Las Minas de Mondüür

LOS REINOS DE SELAÖN I



MARGOTTE CHANNING

LAS MINAS DE MONDÜIR



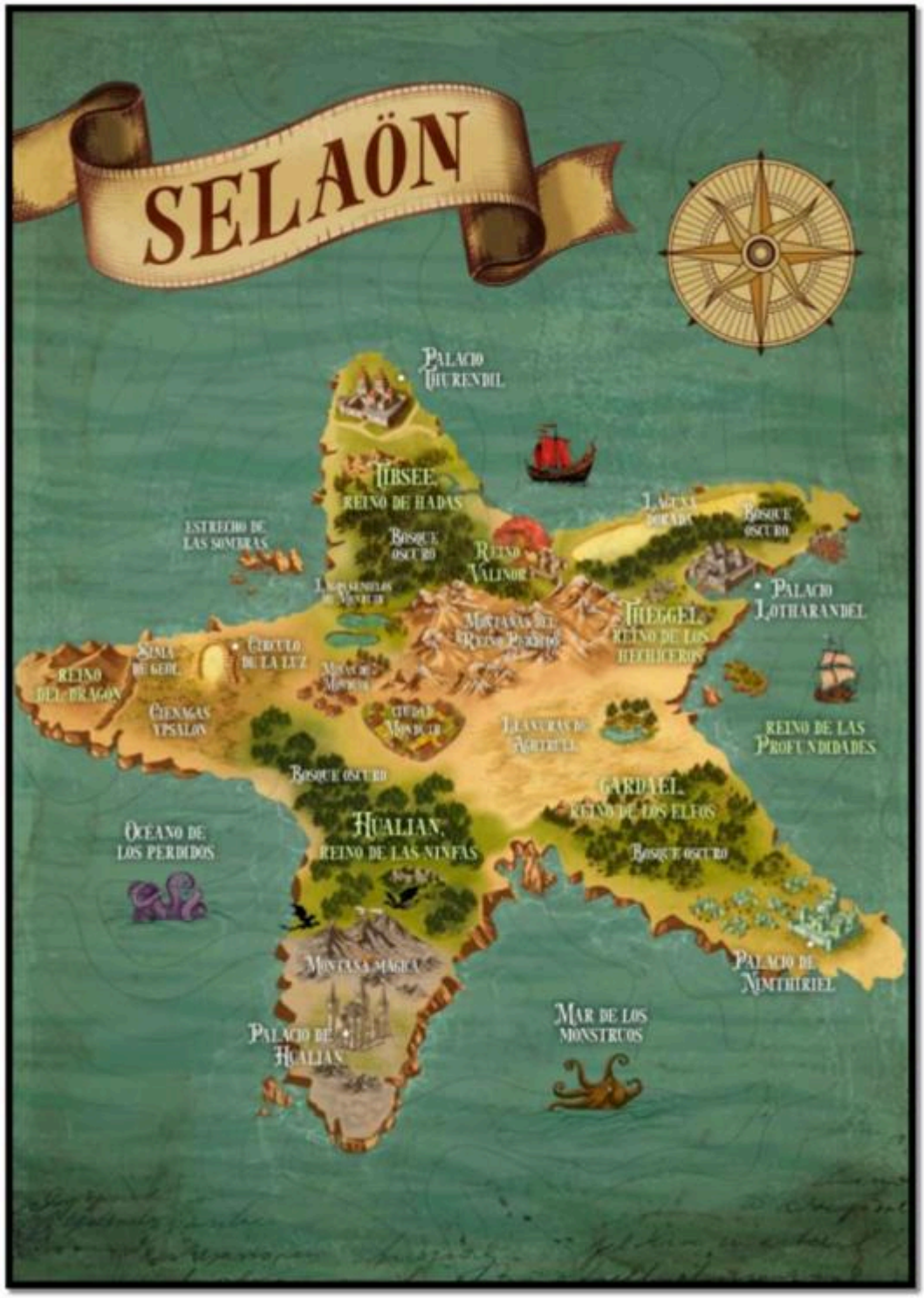
MARGOTTE CHANNING

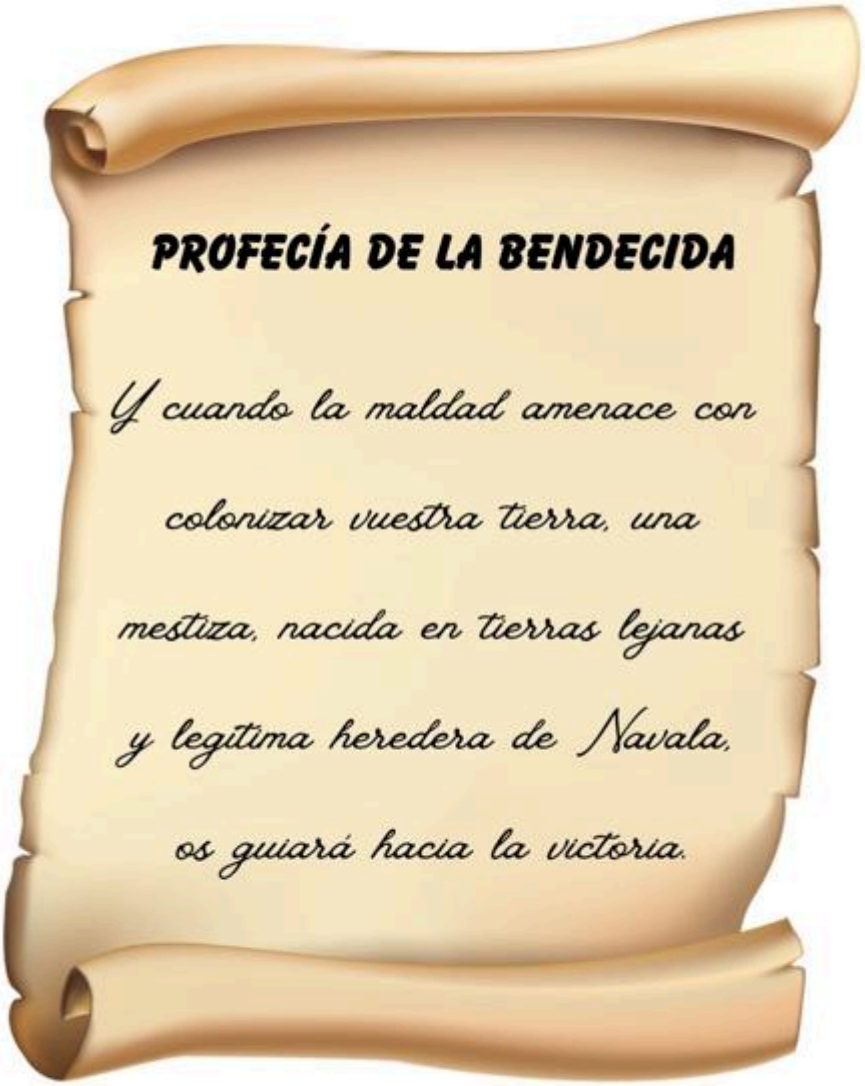
© LAS MINAS DE MONDÜIR de Margotte Channing

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamos públicos.



www.margottechanning.com


SELAÖN
PALACIO THURENDIL
TIRSEE
REINO DE HADAS
ESTRECHO DE LAS SOMBRAS
BOSQUE OSCURO
REINO VALINOR
LAGUNA DORADA
BOSQUE OSCURO
PALACIO LOTHARANBEL
THEGGEL
REINO DE LOS HECHICEROS
MONTAÑAS DEL REINO PERDIDO
CÍRCULO DE LA LUZ
SIERRA DE GEDL
REINO DEL DRAGÓN
CIENAGAS YPSALON
CIUDAD MONACAL
LLANURAS DE AGRICULL
REINO DE LAS PROFUNDIDADES
BOSQUE OSCURO
GARDAEL
REINO DE LOS ELFOS
BOSQUE OSCURO
OCEANO DE LOS PERDIDOS
HUALIAN
REINO DE LAS NINFAS
MONTAÑA MÁGICA
PALACIO DE HUALIAN
MAR DE LOS MONSTRUOS
PALACIO DE NIMTHIRIEL


PROFECÍA DE LA BENDECIDA
Y cuando la maldad amenace con
colonizar vuestra tierra, una
mestiza, nacida en tierras lejanas
y legítima heredera de Navala,
os guiará hacia la victoria.

Querida lectora

Si sigues creyendo en el amor cuando todo parece perdido.

Si no temes adentrarte en bosques encantados, montar hipocampos gigantes o enfrentarte a una cuadrilla de drows para proteger a los que amas.

Esta historia es para ti.

AVISO

Este libro incluye un Índice de Personajes y un Grimorio al final, para evitarte ***spoilers traicioneros***.

Así que ya sabes dónde están.

UNO



El knarr se deslizaba sobre las olas con una ligereza sorprendente para su tamaño gracias a que su estructura había sido cuidadosamente diseñada con el fin de reducir su resistencia al viento, sin comprometer la solidez necesaria para soportar las inclemencias del viaje. Construido en roble y pino, la combinación ideal para resistir las embestidas de las aguas más traicioneras, era una fortaleza flotante que protegía a los hombres y mujeres que viajaban en su seno.

Lejos de amedrentarse ante la furia del mar, el capitán y su tripulación, todos vikingos, se movían con destreza por la cubierta. Ataban y desataban cabos para ajustar la vela única del barco, siguiendo la dirección del viento, y vaciaban sin cesar el agua acumulada en el suelo. Sus rostros reflejaban una mezcla de desafío y emoción al ver cómo su nave enfrentaba las olas gigantescas con una fiereza inquebrantable.

El viento soplaba con fuerza titánica, haciendo ondear la gran vela cuadrada, y el casco crujía con un sonido terrible como si fuera a partirse en dos. Pero el knarr se mantenía firme,

con la misma determinación que su dueño Einar Falk quien, apoyado en el baúl que estaba atado al palo mayor, examinaba con atención un mapa de la zona, ajeno al estruendo del temporal. A su lado, el capitán Skoll lo observaba con el ceño fruncido.

—Mi madre está segura de que ya hemos atravesado el hechizo de protección y de que pronto avistaremos Selaön —dijo.

Skoll asintió sin dudar de las palabras de Adalïe, sabiendo que nunca se equivocaba. Justo entonces, la tormenta amainó repentinamente, la legendaria isla apareció en el horizonte, y los dos hombres se acercaron a la borda para contemplarla por primera vez.

Mientras observaba el lugar donde había nacido su madre, Einar sintió un pinchazo en la nuca y se giró a tiempo de ver a Yrene aparecer en cubierta. Ella lo saludó con una leve inclinación de cabeza antes de alejarse hacia la otra punta del barco, seguramente pensando que él no la seguiría. Pero se equivocaba. Tras darle unas últimas instrucciones al capitán, fue tras ella mientras su mirada plateada la recorría desde la cabeza hasta los pies. Esa mañana llevaba unos pantalones de gamuza verde, botas altas marrones y una sobre camisa de suave tela color crema, y su larga trenza rubia descansaba sobre su hombro derecho. Estaba bellísima, como siempre, aunque parecía preocupada.

—¿Ocurre algo? —le preguntó, apoyando las manos en la borda a su lado e inclinándose ligeramente para poder verle el rostro. A pesar de que Yrene era una mujer alta, él le sacaba más de una cabeza.

—¡No te he oído acercarte! —exclamó ella, llevándose la mano al pecho.

—A veces olvido que eres completamente humana —bromeó él, dándole un leve tirón a su trenza. Yrene sintió el impulso de dar un paso atrás, pero se negó a hacerlo.

—Pues yo nunca olvido que tú no lo eres —replicó con rapidez.

Einar esbozó una sonrisa ladeada.

—Curioso, ¿verdad? —Se giró hacia ella apoyando la cadera en la borda, como si no tuviera ninguna preocupación en el mundo, antes de aclarar—: Que yo sea medio hada y haya vivido siempre en el mundo humano, y que tú, siendo completamente humana, nacieras y te criaras en Selaön. Y todavía es más curioso que nuestras dos familias provengan de Mondüir. ¿No te parece cosa del destino?

—No —afirmó Yrene enseguida. Su respuesta lo hizo sonreír —. Y en cuanto a lo de ser humana, estoy orgullosa de ello.

—Yo también lo estoy de ser mitad hada y mitad *berserker* —declaró él sin dejar de sonreír. Luego, inclinándose más sobre ella, susurró en tono cómplice—: Mi padre dice que esa mezcla en mi sangre es la mejor combinación posible.

Yrene sonrió. Las salidas de Ulrik siempre le hacían gracia.

—Dime, ¿por qué pareces tan preocupada?

—Acabo de darme cuenta de que nos dirigimos directamente a la playa privada de los Reyes Hechiceros.

Einar entrecerró los ojos y recorrió la costa con la mirada y, aunque no percibió ningún peligro inmediato, conocía a Yrene lo suficiente para no ignorar sus advertencias.

—Skoll dice que con este viento llegaremos en media hora. Si fuera necesario podríamos cambiar el rumbo, pero preferiría no hacerlo porque no veo ningún otro sitio donde desembarcar. ¿O me equivoco? —Sus ojos plateados volvieron a encontrarse con los ambarinos de ella.

—No, tendríamos que rodear toda la isla para encontrar un lugar seguro donde hacerlo —confirmó Yrene.

—¿Crees que podrían atacarnos si desembarcamos en esa playa? —preguntó Einar.

Yrene mordió su labio inferior mientras observaba la costa, pensativa. Finalmente, respondió:

—Seguramente nos detendrán en cuanto pisemos tierra. Creo que es mejor que baje yo sola; pediré hablar con la reina y le explicaré la situación.

—¿De qué conoces a la reina? —Einar lo sabía, pero quería escucharlo de sus labios.

—Eso no importa ahora…

—Yo diré qué es lo que importa —respondió él con una firmeza que la hizo callar. —¿Por qué no me habías dicho que la conocías?

—¡Vamos, Einar! ¡Tú sabes por qué! —replicó Yrene, frustrada.

Él se acercó más, reduciendo la distancia entre ambos.

—Entonces, ¿es cierto? ¿Trabajas como espía para ellos? ¿Por eso aparentabas ser una criada cuando tú y Horik conocisteis?

—Si fuera una espía no podría decírtelo, ¿no crees? —contestó ella con mordacidad.

Einar suspiró. Sabía que los espías de las casas reales estaban obligados por un juramento de silencio que no podían romper sin arriesgar la vida y que, por eso mismo, Yrene había sido tan sincera como le había sido posible. Esa comprensión hizo que su deseo por ella, latente desde que la conoció, se intensificara. Sin pensar, le acarició la mejilla y deslizó la mano hasta su nuca. Vio cómo ella entornaba los ojos, pero cuando intentó alejarse, atrapó su muñeca con suavidad. Su pulso acelerado le confirmó que no era indiferente a sus caricias y susurró junto a su oído:

—Quiero besarte. —Ella se ruborizó y él sonrió.

—Te deseo desde que te conocí, pero no confiaba en ti. Eso es lo único que me ha frenado hasta ahora.

Antes de que pudiera reaccionar, la besó con una ternura inesperada e Yrene se aferró a su cuello, olvidando las reglas que se había impuesto. Einar la atrajo más, explorando su boca con la suya, pero cuando su mano se coló debajo de su sobre camisa, la razón de Yrene regresó de golpe.

—No… esto no está bien…, no puede volver a repetirse —susurró, alejándose. —Einar entrecerró los ojos, mirándola con intensidad.

—¿Por qué?

Ella se mordió el labio inferior, pero guardó silencio, aunque la intensidad en los ojos de Einar la hizo contener el aliento por un instante. Él sostuvo su mirada unos segundos más, como si esperara que cambiara de opinión, hasta que el sonido de la irrupción en la cubierta del resto de viajeros lo hizo apartar la vista y murmurar:

—De acuerdo. Lo haremos a tu modo… de momento; hablaremos cuando todo esto pase. Ahora tengo que hablar con los demás. —Ella asintió y lo siguió.



Asomados a la borda estaban los padres de Einar, Ulrik y Adalïe Falk, junto a su prima, la joven Adalïe, y su esposo, Finn. Einar sonrió al ver a su padre sujetarse con una mano a la borda mientras con la otra rodeaba la cintura de su esposa; a la vez, inclinaba ligeramente la cabeza para poder escuchar lo que su mujer le decía, al tiempo que señalaba la costa de la isla donde había nacido.

Einar e Yrene se detuvieron a dos pasos del grupo y, entonces, él les dijo en voz alta:

—Buenos días. Hay algo que debéis saber. —Todos se volvieron hacia él, expectantes—. Yrene cree que habrá soldados esperándonos en la playa. Como conoce a los Reyes Hechiceros, bajaremos primero nosotros dos para explicar quiénes somos y cuál es nuestro propósito. Cuando sea seguro, os avisaré para que desembarquéis.

—Yo también quiero bajar con vosotros —intervino inesperadamente su madre. Su padre la miró con el ceño fruncido.

—¿Te has vuelto loca? —gruñó.

—No —respondió ella, tranquila, ignorando su enfado—. Conozco bien a la reina. De jóvenes éramos muy amigas.

—Nunca te he oído hablar de ella —replicó Einar a su madre, sorprendido.

—Cuando su padre murió… —comentó Adalïe con un deje de tristeza—, dejamos de vernos. Poco después conocí a tu padre y, como sabes, me fui con él de la isla cuando tus abuelos se negaron a aceptar nuestra unión.

—Entiendo que pienses que es tu amiga, pero no sabemos si ella te sigue considerando así. Preferiría que ambos os quedarais en el barco —afirmó Einar, alternando la mirada entre sus padres.

—Y yo agradezco tu preocupación, pero voy a bajar —afirmó su madre, alzando la barbilla en un gesto de tozudez que tanto Einar como Ulrik conocían bien.

—Y yo también —añadió Ulrik. Einar tuvo que contener un suspiro de frustración. Su madre apoyó una mano en el antebrazo de su esposo hasta que él la miró.

—Tú no deberías bajar —le dijo con voz serena.

—¿Por qué no? —preguntó él, casi con curiosidad.

—Sabes bien lo que pasará si hay soldados en la playa y ven que un vikingo enorme y armado hasta los dientes baja del barco. Einar puede ser diplomático si es necesario, pero tú… —dejó la frase inconclusa, pero el mensaje estaba claro.

—Dejaré el hacha en el barco —replicó él, divertido.

—Esto es serio, Ulrik.

—Lo sé. Por eso no irás sola —replicó él, esta vez en serio y con firmeza. Adalïe suspiró, sabiendo que no lo haría cambiar de opinión. Entonces Einar se volvió hacia Yrene.

—Quizás sea mejor buscar otro lugar para desembarcar, aunque nos retrasemos.

—Ya es tarde para eso —respondió ella sin dudar—. Estoy segura de que las torres de vigilancia ya nos han visto y han avisado a las patrullas. Si cambiamos de dirección ahora, solo conseguiremos parecer más sospechosos. Es mejor seguir el rumbo fijado y llegar a la playa.

—Está bien —admitió Einar.

—¿Puedo hablar contigo a solas? Solo será un momento —le dijo Finn a Einar en voz baja tras susurrar algo al oído de su esposa. Ambos hombres se alejaron unos pasos hacia la otra borda para tener privacidad. —Cuando bajes a tierra, te agradecería que preguntaras si han visto el otro barco —le pidió.

—Por supuesto —aseguró Einar, comprendiendo su preocupación, puesto que en el otro knarr viajaba su familia.

Los dos barcos navegaban juntos hasta que una tormenta los separó el día anterior y, desde entonces, no habían tenido noticias del otro. Su mirada se posó en su prima Adalïe, que conversaba con su madre. No era la primera vez que notaba con inquietud las sombras bajo sus ojos. Con expresión seria, se volvió hacia Finn.

—¿Le inquieta algo a mi prima? —Él miró a su esposa antes de responder.

—Hace días que no duerme bien. Quería preguntarte algo más —continuó Finn, aprovechando que nadie podía escucharlos—. Es sobre todo ese asunto de la *Bendecida*… ¿Tú sabes qué esperan exactamente de Adalïe? Porque no voy a permitir que la obliguen a hacer algo en contra de su voluntad. —Einar suspiró.

—No sé qué decirte. Mi madre es la experta en eso —se encogió de hombros—, pero sabes cuánto la queremos; nosotros tampoco consentiríamos que nadie la forzara a hacer algo que ella no quisiera hacer.

—Gracias —murmuró Finn, aliviado.

—¿Ya has hablado con Knut e Isolda? —El día anterior le había pedido que lo hiciera.

—Sí, anoche. Y, definitivamente, no van a acompañarnos. Isolda quiere asegurarse de dejar el barco bien abastecido para el viaje de regreso y le llevará varios días preparar la carne y el pescado que compre en el mercado. Y Knut, por supuesto, no piensa alejarse de ella. Siguen pensando en quedarse a vivir en la isla, al menos una temporada. —Einar asintió porque ya lo sospechaba. —Pero sí quieren venir con nosotros a las minas.

—¿A Mondüir?

—Sí. Esperan que Magnus esté allí y los case.

Einar parpadeó, sorprendido.

—¿Así que vamos de boda?

—Eso parece —rió Finn.

Las voces de los padres de Einar hicieron que los dos giraran la cabeza a la vez, justo a tiempo de ver a Adalïe acariciar la barba de su esposo mientras lo regañaba suavemente.

—Cada vez eres más testarudo. —Ulrik sonrió con ternura.

—Siempre he sido así. —Adalïe suspiró y apartó la mirada, pero él le tomó la barbilla con suavidad, obligándola a mirarlo.

—Deja de preocuparte, amor mío. Todo irá bien —susurró para que nadie más pudiera escucharlo.

Einar se acercó al grupo y volvió a levantar la voz para llamar su atención:

—¡Escuchad! Cuando atraquemos, solo desembarcaremos mis padres, Yrene y yo. Quiero asegurarme de que no haya ningún problema antes de que bajéis los demás.

El príncipe y sus acompañantes aparecieron en cubierta. Saludaron al pasar junto al grupo, pero continuaron su camino hacia la otra punta del *knarr*, donde no había nadie. Formaban un grupo solemne y taciturno. Einar sabía que debía hablar con ellos, pero antes había algo más que necesitaba aclarar con Yrene. Se volvió hacia ella y, en voz baja, le dijo:

—Necesito hablar contigo.

Yrene asintió, suponiendo que se trataba de algo relacionado con la isla, y lo siguió hacia la popa. Einar se detuvo junto al

baúl donde se guardaban las sogas y se giró hacia ella.

—Antes, cuando dije que hablaríamos cuando esto terminara, me refería a cuando estuviéramos instalados en la isla. Pero acabo de darme cuenta de que no sé si vas a quedarte con nosotros o desaparecerás en cuanto bajemos.

Su mirada plateada recorrió su rostro con interés. Yrene se ruborizó, pero respondió sin dudar:

—Permaneceré con vosotros mientras estéis en el Reino de los Hechiceros y también me gustaría acompañaros a Mondüir. Ya sabes que mi familia es de allí y hace mucho que no los veo —confesó. Einar le acarició la mejilla con la yema de los dedos y sonrió.

—Bien. Ahora tengo que hablar con el príncipe y su grupo.

—¿Puedo acompañarte? Aún no les he dado el pésame.

—Sí. Pero te advierto que ya saben que eres una espía.

—¿Se lo dijiste tú? —preguntó ella, entornando los ojos.

—No. Horik —respondió Einar con una sonrisa traviesa.

Horik, el primo de la Reina Margarita de Noruega y jefe de sus espías, había reconocido a Yrene a pesar de que, cuando coincidieron en una corte extranjera, ella iba disfrazada como una simple sirvienta.

Yrene suspiró, fingiendo molestia, aunque en el fondo disfrutaba del intercambio porque, cuando Einar se ponía así, le resultaba realmente encantador. Sin embargo, al cruzar la mirada con Haakon y ver la tristeza en sus ojos, su expresión cambió. Einar siguió su mirada y su sonrisa también desapareció.

—¿Vamos? —preguntó él.

—Sí.

Cuando se detuvieron ante el príncipe, Yrene habló mirándolo a él, aunque sus palabras iban dirigidas a todos:

—Lamento mucho vuestra pérdida. Daven parecía un gran hombre.

—Lo era. Gracias, Yrene —respondió Haakon con voz ronca.

Einar aprovechó para explicarle que no debían bajar del barco hasta que él se lo indicara; Ahmad, el médico árabe que lo acompañaba por orden de los reyes noruegos, se mantenía a unos metros de distancia, tan discreto como siempre.

En ese momento, Horik tocó suavemente el brazo de Yrene para llamar su atención y le hizo un gesto para que lo siguiera, asegurándose de alejarse lo suficiente para que ninguno de los otros escuchara su conversación.

—He estado pensando en cómo llegaste a casa de los Falk —dijo.

—¿Sí? —respondió ella con aparente tranquilidad, aunque su corazón se aceleró porque Horik era una leyenda entre los espías; tenía fama de que no se le escapaba nada.

—Sí —afirmó él, mirándola con intensidad. Yrene estuvo a punto de apartar la vista, pero se mantuvo firme —. Y no creo que sea casualidad que aparecieras justo cuando los Falk iban a emprender este viaje.

—¿Insinúas que buscaba viajar gratis? —bromeó ella, intentando aligerar la tensión.

—No creo que quieras hacerles daño o ya se lo habrías hecho. —afirmó Horik, sin hacer caso a su broma—. Pero estoy seguro de que ocultas algo. ¿Tengo razón?

Yrene suspiró, cansada de mentir.

—Tú, mejor que nadie, sabe que no puedo decirte nada —confesó francamente. Hacía tiempo que quería dejar su trabajo y así se lo había expresado a la reina, pero esta misión era demasiado importante y no había tenido más remedio que aceptarla.

Horik ladeó la cabeza, observándola con curiosidad.

—Si no tuviera la certeza de que no planeas traicionarlos, no me quedaría callado —admitió tras unos segundos—. Por eso, te voy a dar un consejo: trata de ser sincera con quienes te importan de verdad, o un día te darás cuenta de que has perdido lo único que valía la pena en tu vida. —Yrene parpadeó, sorprendida por sus palabras. Pero antes de que pudiera preguntarle qué quería decir, Einar se unió a ellos y dijo, mirando a Horik:

—Haakon parece estar mejor. —El espía asintió, mostrando su preocupación.

—Está devastado por la muerte de Daven, como es natural, pero creo que logrará sobreponerse.

—Espero que no sufra otro ataque.

—Ahmad dice que la infusión que le está dando está surtiendo efecto, pero aun así, no pienso apartarme de su lado. Si noto cualquier indicio de recaída, te avisaré enseguida —prometió Horik antes de volver junto al príncipe y su grupo.

Einar e Yrene recordaron cómo la desesperación del príncipe por la muerte de su amigo había desatado la furia *berserker* en él, volviéndolo incontrolable; habían hecho falta cinco hombres para derribarlo y encerrarlo en la celda que llevaban a bordo para esos casos, ya que la mayoría de la tripulación eran *berserkers*. Einar sacudió la cabeza para despejar los recuerdos de su mente y se volvió hacia Yrene.

—¿Qué quería Horik? —preguntó.

—Asegurarse de que no voy a traicionaros.

—¿Y no lo harás? —murmuró Einar, clavando en ella esa mirada que siempre conseguía estremecerla.

—Jamás os haría daño a sabiendas, Einar. Ni a ti, ni a tu familia. Ya te lo dije —afirmó sinceramente.

Los ojos plateados de Einar respondieron a su confesión con una promesa silenciosa. Yrene apartó la vista y se mordió los labios, inquieta.

DOS



La arena de la playa era tan suave que caminar sobre ella era como flotar en una nube y su intenso tono rosado contrastaba vívidamente con el turquesa cristalino de las olas que rompían sin cesar contra la orilla. A pocos metros de semejante paraíso se alzaba el hogar de los Reyes Hechiceros entre árboles, plantas y flores de infinitos colores.

El palacio de Lotharandël había sido un regalo de las hadas a la Reina Lena. Se decía que su luminosidad y ligereza se debían a que había sido construido solo con la luz de las estrellas y la espuma del mar. Una torre de cristal con forma de espiral se erguía en cada una de las esquinas del edificio y sus muros, aparentemente sólidos, se volvían translúcidos cuando la reina lo deseaba. Otra de sus características más extraordinarias era su capacidad de cambiar de ubicación; en un instante, podía trasladarse de una cala secreta oculta entre los acantilados a la cima de una colina verde, elevándose y flotando hasta su nuevo destino, siempre obedeciendo la voluntad de la soberana.

Sin embargo, lo más sorprendente era que el palacio siempre reflejaba el estado de ánimo de la monarca; cuando

estaba alegre, sus muros brillaban mezclando los colores dorados y rosados, sus favoritos y, si le embargaba la melancolía, el edificio despertaba teñido de un color gris brumoso; sin embargo, en los momentos de ira, las torres vibraban con un rojo intenso y el aire a su alrededor se cargaba de electricidad.

Esa mañana, la Reina Lena había ordenado instalar una gran carpa dorada junto a los árboles que separaban la playa de la selva que rodeaba su palacio. Bajo su sombra, ella y su esposo, el Rey Holmgeirr, se encontraban cómodamente sentados, rodeados de su familia y amigos más íntimos. Se habían reunido para presenciar la increíble hazaña que Hjalmar, el marido de la Princesa Oonagh, estaba a punto de realizar; Intrépido como pocos, el vikingo había logrado ganarse la confianza de un caballito de mar gigante que, en un gesto sin precedentes, le había permitido cabalgar sobre su lomo bajo el agua hasta el Reino de las Profundidades. Un honor que ningún ser terrestre había obtenido jamás. Claro que, en gran parte, Hjalmar debía su proeza a la ayuda de su suegro, el Rey Apsel, quien había preparado un gel especial que, aplicado en la boca y la nariz, le permitiría respirar bajo el agua.

Mientras esperaban su regreso, varias *ylvas*, las sirvientas del palacio, se encargaban de que no faltara comida ni bebida en la mesa. En un momento de silencio, mientras los presentes degustaban las exquisiteces servidas, la Reina Lena alzó su copa, dirigió su mirada a su amiga, la Reina de los Elfos, y confesó:

—Querida Eruwa, hace tiempo que quiero decirte lo orgullosa que estoy de todo lo que has logrado en tu reino en tan poco tiempo. Y también cuánto me alegra verte tan feliz.

Su mirada se posó en Apsel, el rey consorte de Eruwa, con quien se había casado hacía solo unos días después de haber

estado media vida separados. Su hija, la Princesa Oonagh, sonrió distraídamente, pero enseguida apartó la vista hacia la orilla, donde todavía no se veía ni rastro de Hjalmar. Kaia, Princesa Heredera de las Hadas y su amiga más íntima, notó su inquietud y, rozándole suavemente el dorso de la mano con un dedo azul, le propuso:

—¿Quieres dar un paseo por la orilla?

Oonagh asintió y ambas se alejaron. Carlson, el esposo de Kaia, observó con una sonrisa cómo su mujer revoloteaba alrededor de su amiga mientras conversaban. Era incapaz de tener demasiado tiempo los pies sobre el suelo.

—¿No vas con ella? —preguntó Tronch, el hermano de Hjalmar, con su característica voz profunda. Aún no se había recuperado del todo de su transformación de Ent a humano, como delataban su palidez y delgadez. Estaba sentado junto a su esposa, Zoydis, la Gran Maestra de los Bosques Oscuros y todas sus criaturas, que estaba visiblemente embarazada.

—Sé cuándo mi Kaia necesita un momento a solas con su amiga —respondió Carlson con calma.

—Bien dicho, joven —intervino la Reina Lena con voz serena, dejando su copa vacía sobre la mesa. Siempre que podía, disfrutaba de sus comidas allí, pues contemplar el mar siempre la calmaba. Carlson sonrió ante el comentario sabiendo que, para una hechicera de la edad de Lena, un vikingo como él debía de parecer un muchacho.

—¿No tendría que haber vuelto ya Hjalmar? —preguntó Tronch, frunciendo el ceño. Zoydis le apretó la mano con suavidad.

—Volverá enseguida —afirmó con seguridad, tranquilizando a todos.

Apsel aclaró con una leve sonrisa:

—No le pasará nada. Le mentí cuando le dije que el gel solo le permitiría respirar bajo el agua durante una hora. En realidad, le durará al menos dos, quizá más.

La Reina Lena lo miró boquiabierta.

—¿Por qué le mentiste?

—Porque sabía con seguridad que se pasaría del tiempo que le dijera, y si es posible, prefiero que mi hija no se quede viuda.

Arud, amigo de Hjalmar, soltó una carcajada.

—No le va a hacer ninguna gracia cuando lo descubra.

A su lado, la Princesa Lena y su madre, la Princesa Holda Unn, intercambiaron una mirada. Ambas, nieta e hija de los Reyes Hechiceros, eran casi un reflejo de la Reina Lena, con su largo cabello rubio y sus ojos oscuros.

—Seguramente —respondió Apsel con un destello divertido en los ojos. Eruwa suspiró, pero no dijo nada. No le gustaba que Apsel hubiera mentido a su hija y a su yerno, pero entendía por qué lo había hecho

—En cualquier caso, es un invento extraordinario, Apsel. Creo que aún no somos conscientes de cuánto puede cambiar nuestras vidas —comentó Holmgeirr con admiración—. Gracias a ti, en este momento, un humano está explorando una ciudad en el fondo del mar como si fuera un pez. Es algo increíble, impensable hasta hace unos días y eso que muchos lo habían intentado antes que tú, sin éxito.

—Gracias —respondió Apsel, algo incómodo con los halagos, aunque su expresión se relajó al cruzar la mirada con su esposa,

que lo miraba con orgullo.

—Tenemos que reconocer que la hazaña de Hjalmar no se la debemos solo a Apsel —intervino Arud.

—¿A qué te refieres? —preguntó su esposa, intrigada.

—A Pelus. Vosotros mismos habéis dicho que es asombroso que un hipocampo gigante como él, acepte a un terrestre como jinete. Que, hasta ahora, siempre habían preferido a los elfos acuáticos.

—Es cierto —admitió Holmgeirr.

—¡Ojalá podamos disfrutar de más días como este! —deseó la Reina Eruwa, sin darse cuenta de que hablaba en voz alta. La Reina Lena le dirigió una sonrisa confiada.

—Estoy segura de que así será. La profecía es clara y la *Bendecida* llegará a tiempo de ayudarnos a ganar la guerra.

—¡Ojalá! —murmuró Eruwa.

Zoydis intervino con voz segura:

—La Reina Lena tiene razón. La *Bendecida* vendrá antes de lo que creéis. —Sus palabras hicieron que todas las miradas se posaran en ella.

—¿Por qué dices eso? ¿Sabes algo? —preguntó la Princesa Holda Unn.

—Anoche tuve un sueño —explicó Zoydis—. En él se me reveló que una joven humana será la nueva portadora de la magia de Navala.

—¿Una humana? —repitió con asombro la Princesa Lena, que hasta hacía poco había vivido en el mundo humano, antes

de conocer sus verdaderos orígenes. Mientras hablaba, acariciaba distraídamente su vientre abultado. La Reina Lena entrecerró los ojos, evaluando la declaración de la hechicera.

—¿Estás segura? —le preguntó.

—Sí. El sueño fue muy claro.

—¿Cómo era esa humana? —preguntó Holmgeirr.

Zoydis estaba a punto de decir que no recordaba cuál era su aspecto cuando, inesperadamente, recordó algo.

—Tiene los ojos plateados.

—¿Plateados? —repitió Lena con interés, mirándola fijamente. Pero un grito interrumpió la conversación y todos giraron el rostro y vieron a Oonagh y a Kaia correr hacia la otra punta de la playa donde en el mar, aunque no demasiado lejos de la orilla, comenzaban a emerger grandes burbujas de aire que estallaban al contacto con la superficie. Momentos después, entre la espuma y el sol centelleante, Pelus surgió del agua con Hjalmar aún montado sobre su lomo. Ambos parecían ilesos tras la aventura.

Las escamas verdes e iridiscentes de Pelus reflejaban la luz, y sus ojos rojos brillaban con un destello travieso, evidencia de lo mucho que había disfrutado. Hjalmar, completamente empapado, reía a carcajadas, incapaz de contener su euforia al ver a su esposa correr hacia él. Palmeó agradecido el cuello de su amigo antes de deslizarse al agua, que le llegaba hasta el pecho, porque Pelus, debido a su tamaño, no podía acercarse más a la playa. Hjalmar se volvió hacia el hipocampo e inclinó la cabeza en señal de respeto, como era costumbre en la isla y Pelus correspondió al gesto, lo que suponía una gran distinción, puesto que los hipocampos gigantes rara vez mostraban deferencia hacia sus jinetes.

Finalmente, con un suave pitido, el majestuoso animal volvió a sumergirse y Hjalmar nadó rápidamente hasta la orilla, donde lo esperaba Oonagh. En cuanto llegó, la tomó en brazos y giró con ella, riendo de felicidad.

—¿Estás bien? —Se detuvo al ver que ella comenzaba a llorar.

—Sí, sí —respondió, con una sonrisa, a pesar de las lágrimas—. Es que estaba muy preocupada. Has tardado tanto que pensé que te había pasado algo.

Hjalmar le secó las mejillas con ternura y, después, Oonagh se apartó, para que los demás pudieran saludarlo, y el vikingo le dirigió una intensa mirada con la que le prometió que hablarían más tarde.

Kaia, que era la estaba más cerca, lo abrazó la primera y él le devolvió el abrazo cuidadosamente, consciente de la sensibilidad que tenía en las alas, recientemente reconstruidas por Carlson.

—Me alegra verte sano y salvo —le dijo antes de darle un beso en la mejilla y marcharse revoloteando para dejar espacio a Tronch, que observaba a su hermano con sus tormentosos ojos azules.

Hjalmar, sabiendo cuánto le costaba todavía mostrar sus sentimientos, lo abrazó con fuerza y notó cómo tragaba saliva varias veces antes de apartarse. Zoydis le dio un rápido achuchón antes de dejar paso a los siguientes, que fueron los suegros de Hjalmar y después lo felicitaron los demás.

—Siempre he querido hablar con un hipocampo —le confesó la Reina Lena con un suspiro—. ¡Pero son tan poco sociables!

Todos sonrieron al escucharla.

—Pelus hoy no podía quedarse. Tenía una carrera en la otra punta de la isla —respondió Hjalmar y, aunque era cierto, también lo era que el hipocampo solía evitar el contacto con todas las criaturas, terrestres o no. Que lo hubiera elegido a él como jinete seguía siendo un misterio.

Se giró hacia su suegro y le dijo:

—Me mentiste. El gel dura más de una hora.

—Sabía que superarías el límite del tiempo que te dijera. Y, aunque no lo creas, parece que mi hija te tiene cierto cariño y prefiere que sigas vivo —respondió con una sonrisa. Mientras hablaba, rodeaba con su brazo derecho a Eruwa, que observaba el intercambio con diversión.

—Y tampoco mencionaste que me saldrían burbujas por las orejas cada vez que respirara —protestó Hjalmar. Apsel arqueó una ceja, fingiendo seriedad.

—Por algún sitio tiene que salir el aire. Pero, ahora que lo dices… no me habría importado haberte visto hablando mientras te salían burbujas por las orejas.

No pudo contenerse más y estalló en carcajadas, contagiando a los demás. Cuando todos se calmaron, volvieron a sus asientos bajo la carpa, ansiosos por escuchar el relato del héroe del día.

—Tenías razón, Lena —dijo Hjalmar en cuanto se sentó junto a su esposa y sus suegros, frente a los Reyes Hechiceros. Gracias a la gran amistad que había entre ambas familias, la reina insistía en que la tutease—. Lo que hay ahí abajo es indescriptible.

—¿Hasta dónde habéis llegado? —preguntó Lena, claramente interesada.

—Hasta Galithea. —Su respuesta provocó un murmullo de asombro entre todos. La capital del Reino de las Profundidades era poco menos que una leyenda para ellos.

—En cuanto traspasamos la frontera de coral, nos detuvieron unos delfines —soldado de la armada real. Pero Pelus los convenció de que íbamos en son de paz y que llevábamos un mensaje importante para sus reyes; y nos escoltaron hasta el palacio, aunque apenas tuve tiempo de hablar con Pityon, el mayordomo real y tío del rey. Como pensaba que solo tenía una hora de aire, nos vimos obligados a regresar después de solo unos minutos de conversación.

—¿Le mencionaste nuestro deseo de restablecer las relaciones entre los dos reinos? —preguntó la monarca.

—Sí, y también envié vuestros saludos a los Reyes Bryal y Kerelin. Pityon me aseguró que creía que estarían interesados en recuperar el contacto con los terrestres, pero no quiso hacer ninguna promesa hasta hablar con ellos. —La miró con curiosidad antes de añadir —: Pensaba que los terrestres nunca habíais tenido contacto con los acuáticos.

La Reina Lena hizo una mueca.

—Según algunas crónicas antiguas que he estudiado, hubo un tiempo en que todos los reinos estaban unidos y los acuáticos nos visitaban con frecuencia; pero hace siglos que dejaron de hacerlo, aunque nunca he sabido por qué.

—¿Cómo reaccionaban los acuáticos cuando os veían a Pelus y a ti? ¿Parecían preocupados? —preguntó Holmgeirr.

—En absoluto, más bien fascinados; no olvidéis que Pelus es muy famoso allí abajo. Seguramente les ha resultado, como mínimo curioso, que un terrestre lo acompañara. Solo hubo un momento de tensión cuando le prohibieron la entrada al palacio

real y Pelus se puso un poco agresivo, pero logré calmarlo, asegurándole que regresaría enseguida. Creo que estaba preocupado por mí —rio, como si la idea le pareciera divertida. La Reina Lena sacudió la cabeza con una sonrisa, admirando la capacidad del vikingo para ganarse la confianza de cualquier ser vivo y añadió:

—Debo confesar que dudé de que pudieras llegar hasta Galithea y mucho menos entrar en el palacio real.

—A mí me hubiera sorprendido más que no lo lograra —dijo Apsel, sin ocultar su admiración por su yerno—. Hace tiempo que he descubierto que Hjalmar consigue todo lo que se propone. —El aludido les dedicó una sonrisa a los dos antes de admitir:

—He tenido suerte; todos los acuáticos con los que he hablado han sido amables. Claro que seguramente se comportaban así porque iba con Pelus.

—¿Cómo te comunicabas con ellos? —preguntó Arud.

—Con la mente. Anoche Apsel me hizo beber un brebaje asqueroso —dijo con fingido desagrado, arrancando una risa al hechicero—, pero admito que funcionó. —Intrigado, preguntó a su suegro—: ¿Cuánto aguanta en realidad ese gel? La próxima vez necesitaré más tiempo, puede que el doble... —Oonagh lo interrumpió con tono preocupado:

—Dijiste que con una hora tendrías suficiente. No quiero que estés tanto tiempo bajo el agua, es peligroso. —Hjalmar le dedicó su sonrisa más zalamera.

—Cariño, no me pasará nada. Te lo prometo. —Se volvió a Apsel—. Cuando vuelvas a fabricar el gel, ¿podrías hacer que dure más? ¿Quizá cuatro horas? —Apsel lo miró muy serio.

—No sé si volveré a hacerlo. No quiero que hagas sufrir a mi hija. —Hjalmar miró a Oonagh. Ella suspiró y contestó a su petición silenciosa:

—Jamás te pediría que renunciaras a algo que te hace tan feliz. —Agradecido, él besó su sien antes de girarse de nuevo hacia su suegro.

—¿Por qué no me acompañas la próxima vez? Estoy seguro de que te encantaría...

—No se me ha perdido nada bajo el agua, al menos de momento.

—Pues a mí me encantaría ir contigo —afirmó la Reina Lena.

Holmgeirr carraspeó elocuentemente y ella lo miró sorprendida.

—¿Qué pasa? Sabes cuánto me fascinan los acuáticos.

—Precisamente por eso no me gusta la idea de que vayas.

—¿Por qué te molesta, abuelo? —preguntó la Princesa Lena.

El rostro de Holmgeirr se suavizó antes de responder:

—Porque un elfo acuático casi me roba a tu abuela cuando éramos jóvenes. No pienso dejar que vaya a ver a esos seres sin mí. —Todos abrieron los ojos como platos y se volvieron hacia la reina, que estalló en carcajadas.

—¡Exagerado! ¡Si por entonces ni siquiera éramos novios! —respondió con picardía.

Holmgeirr la rodeó por la cintura y la atrajo hacia él antes de sellar sus labios con un beso, un gesto que, por lo general,

reservaban para la intimidad. Sin embargo, los gritos del capitán de la guardia real los obligaron a separarse.

—¡Majestad, debo hablar con vos! —exclamó, corriendo hacia ellos. Se detuvo a un par de metros de la carpa, esperando una señal de los reyes para acercarse.

—Aproxímate, Hytlan. ¿Qué ha ocurrido? —preguntó la Reina Lena.

—Señora, disculpad que os moleste, pero el vigía de la torre oeste ha avistado un barco extranjero. Al parecer, ha conseguido atravesar la barrera de protección y se dirige hacia aquí.

La reina se levantó de inmediato, provocando que todos hicieran lo mismo. Miró hacia el mar, aunque desde allí aún no se veía nada.

—¿Cómo ha logrado sortear el hechizo de protección? —preguntó Hjalmar.

Los cuatro reyes intercambiaron una mirada preocupada porque, hasta ese momento, nunca había ocurrido algo así. El vikingo, impaciente, se encaminó a la playa, seguido por Tronch, Carlson y Arud.

—Majestad, deberíais regresar al palacio —insistió Hytlan—. Dos escuadrones de soldados llegarán enseguida para proteger la playa.

Lena se volvió hacia Apsel quien, además de ser el Rey de los Elfos, era el mejor hechicero de la isla.

—¿Qué piensas?

—Ese conjuro nunca ha fallado. La única explicación para que un barco pueda llegar hasta aquí es que en él viaje alguien nacido en la isla. —Lena asintió, pensando rápidamente.

—Tienes razón. Holmgeirr y yo nos quedaremos —afirmó tras intercambiar una mirada con su marido—. Pero vosotras —añadió, dirigiéndose a las princesas y a Zoydis, que en otras circunstancias habría permanecido con ellos, pero que ahora estaba en el último tramo de su embarazo— debéis regresar al palacio.

—Las acompañaremos y luego volveremos —dijo Tronch, ofreciendo su brazo a Zoydis. Los demás vikingos hicieron lo mismo, escoltando a sus mujeres.

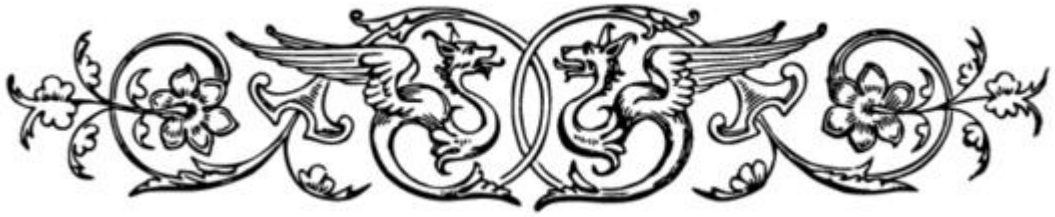
Pocos minutos después, un barco emergió de la niebla. Holmgeirr usó su catalejo y luego se lo pasó a su esposa.

—Definitivamente, es extranjero.

—Ya —murmuró Lena.

Los soldados formaron filas en la orilla, con las armas en mano. Cuando Hjalmar y los demás vikingos regresaron, también lo hicieron armados, colocándose en primera línea, listos para luchar si era necesario.

TRES



Isolda le había pedido a Egil que se sentara en su silla habitual en la cocina, y ella lo hizo a su lado. Knut se acomodó frente a ellos, observándolos en silencio, cumpliendo así la promesa que le había hecho a su *andsfrende,* de mantenerse al margen y dejar que el muchacho tomara su propia decisión, sin sentirse presionado.

—¡Estamos a punto de llegar! ¿Por qué no estamos arriba, como los demás, mirando por la borda? —preguntó Egil, alternando la mirada entre Isolda y Knut, claramente extrañado.

—Subiremos enseguida —respondió ella con una sonrisa cariñosa. Tomó entre las suyas las manos del muchacho, grandes y llenas de callos, a pesar de su juventud, y añadió—: Antes de desembarcar, hay algo importante que debemos contarte. —Egil frunció el ceño; al notar su inquietud, Isolda negó con la cabeza y susurró con suavidad: —No te preocupes, no es nada malo.

—Entonces, ¿qué pasa? —murmuró él.

Isolda abrió la boca para responder, pero dudó. Se mordió el labio y miró a Knut en busca de apoyo. Él sostuvo la mirada de Egil y le dijo con tranquilidad:

—Queremos casarnos aquí y quedarnos a vivir en la isla por un tiempo.

Egil parpadeó, sorprendido.

—¿Por qué? —preguntó, sin darse cuenta del temblor en su voz. Isolda sintió un nudo en el pecho al notar su angustia y decidió ser completamente sincera:

—No puedo volver a Noruega, Egil. Antes de zarpar, supe que Ebbe sigue buscándome; si me encuentra, me venderá como esclava.

—¿Y tú no puedes hacer nada? —preguntó el muchacho a Knut, con tono desesperado. El vikingo apoyó los codos sobre la mesa y sonrió, aunque sus ojos reflejaban una dureza letal.

—Ya le he dicho que no tiene nada que temer. Aunque estoy en contra de la esclavitud, pagaré lo que haga falta para liberarla de ese cabrón. Y si no quiere negociar… —se encogió de hombros con indiferencia— será un placer para mí solucionarlo de otra manera. — La sonrisa que curvó sus labios no tenía nada de amable mientras imaginaba lo que disfrutaría haciendo que el cabrón que perseguía a su mujer se arrepintiera de haber nacido. —Pero Isolda no quiere volver a Noruega— añadió con calma, dejando claro que respetaría su decisión.

—Egil —susurró ella, atrayendo la atención del muchacho—. Nos encantaría que te quedaras en la isla, con nosotros. —Los ojos del muchacho se abrieron con asombro y un rubor se extendió por sus mejillas antes de que sus ojos se humedecieran. Isolda le apretó las manos con ternura. —¿De verdad pensaste que te dejaríamos solo? —preguntó con

incredulidad. Egil asintió sin poder hablar. Isolda se levantó y tiró suavemente de su mano, obligándolo a ponerse en pie para abrazarlo. El joven agachó la cabeza y apoyó la frente en su hombro, ocultando sus lágrimas mientras trataba de controlarse. —Jamás te abandonaríamos. Ahora los tres somos una familia, ¿recuerdas? —susurró ella, con la voz quebrada por la emoción.

Él asintió nuevamente y, sin contenerse, la rodeó con sus enormes brazos, apretándola con tanta fuerza que casi le cortaba la respiración. Pero Isolda no se quejó. Alzó la mirada, encontrándose con los ojos de Knut, que se acercó y posó una mano en el hombro del muchacho.

—¿Es que no queréis subir a ver la puñetera isla? —preguntó con una sonrisa.

Isolda soltó una risa entrecortada y asintió, apartándose de Egil. Él se secó las lágrimas con disimulo y los tres se dirigieron a cubierta, listos para ver con sus propios ojos el que sería su nuevo hogar.



—Están bien, Finn, estoy segura. Lo siento aquí —susurró Adalïe a su marido, golpeándose suavemente el pecho con el puño derecho, justo sobre el corazón—. Y también sé que estarán en Mondüir cuando lleguemos allí.

Ambos tenían las manos entrelazadas y estaban apoyados sobre la borda, mientras se miraban el uno al otro.

—¿Sabes lo agradecido que estoy por haberte encontrado aquel día nadando en el río? —dijo él con voz ronca—. No sé qué habría sido de mí sin ti. —Pasó un brazo sobre sus hombros y la besó en la mejilla.

—Para empezar, no estarías aquí, porque nadie te habría obligado a cometer la locura de cambiarte de barco en alta mar, solo para asistir al cumpleaños de su tía —replicó ella.

—¡Eh, que tú no me obligaste a venir!

—No, pero te dije que vendría contigo o sin ti y no… —antes de que pudiera terminar, él le puso un dedo en los labios.

—Y lo entendí perfectamente. Acabas de encontrar a tu familia y es normal que quieras pasar todo el tiempo que puedas con ellos.

—Lo siento… —insistió ella, pero Finn no la dejó seguir.

—No, cariño, no sigas. Prefiero estar aquí contigo, a pesar de lo que quiero a mi familia; si me hubiera quedado con ellos y la tormenta te hubiera separado de mí, me habría vuelto loco —confesó.

—¿Sabes que eres el mejor marido del mundo? —le preguntó ella, con los ojos húmedos.

—Por supuesto que lo sé —respondió él con una sonrisa sabihonda.

Adalïe se abrazó a su cintura y escondió el rostro en su pecho con un suspiro.



Horik hizo un discreto gesto a Ahmad y el médico se acercó a él, alejándose del príncipe y sus amigos quienes, como el resto de los viajeros, estaban acodados en la borda de proa observando la costa a la que llegarían en pocos minutos. Sin embargo, al contrario que los demás, que lanzaban exclamaciones emocionadas como si aún no pudieran creer que su largo viaje estuviera a punto de terminar, ellos permanecían en silencio, con el rostro serio.

Axel, el mejor amigo del príncipe, volvió la cabeza discretamente hacia Horik y Ahmad; al verlos hablar en voz baja, desvió la mirada de nuevo hacia la isla, creyendo que Haakon no se había percatado de ello, pero se equivocaba. Su amigo, que estaba a su derecha, se inclinó ligeramente hacia él y le susurró:

—Están hablando sobre mí. Horik debe de estar preocupado por si me vuelvo loco otra vez… y encima, en un país desconocido que no sabemos cómo nos recibirá. —Trató de sonreír, pero solo logró hacer una mueca.

—Es normal que se preocupe —respondió Axel con voz calmada.

—Debe de estar arrepintiéndose de haber venido. Estoy seguro de que solo lo ha hecho porque mi madre le pidió que cuidara de mí.

—Horik no hace nada que no quiera hacer, ni siquiera por tu madre. Pero lo cierto es que todos estamos preocupados por ti. Tienes que tratar de…

—¿De qué? ¿De fingir que no ha pasado nada? ¿Quieres que me comporte como si no hubieran asesinado a Daven por mi culpa, hace solo unas horas? —lo interrumpió Haakon, furioso.

Acostumbrado a su genio, Axel le puso una mano en el antebrazo y le dijo con firmeza:

—Ninguno hemos olvidado lo que le ocurrió a Daven, pero su asesino está muerto; se ha hecho justicia y no hay nada más que podamos hacer al respecto. Pero sí podemos honrar su memoria; podemos decidir de qué manera nos cambiará su muerte. Él se merece que lo ocurrido nos impulse a ser mejores personas.

Haakon asintió, aunque sus labios aún dibujaban una mueca amarga.

—¿Queréis dejar de cuchichear como dos viejas? ¡Mirad lo que tenéis delante, por todos los dioses! —murmuró Bjorn, con la intención de distraerlos.

Sus amigos obedecieron y dirigieron la mirada hacia la isla, donde la playa de arena rosada brillaba bajo el sol, cada vez más cerca.



Mientras tanto, Horik hablaba con Ahmad:

—¿Cómo está? —preguntó en voz baja.

El médico suspiró, dejando que su mirada se posara en la gallarda figura del príncipe, que seguía apoyado en la borda, flanqueado por sus amigos como siempre. Luego volvió a mirar a Horik y respondió:

—Algo mejor, aunque sigue muy afectado por la muerte de Daven.

—Entonces… ¿Crees que el ataque puede volver a repetirse?

—Es difícil de decir —confesó Ahmad.

—Lo sé, pero estamos a punto de desembarcar y necesito saber qué puedo esperar. Lo último que quiero es que vuelva a perder la cabeza, sobre todo en un lugar desconocido…

—Mira, ten en cuenta que es el primer *berserker* que trato y todo lo que sé sobre su condición proviene de lo que he leído en algunos libros. —Horik asintió en silencio, pero siguió mirándolo fijamente, esperando una respuesta. Ahmad suspiró, sabiendo que su testarudez no le permitiría marcharse sin una contestación clara, por lo que añadió—: Si tengo que darte una opinión… no creo que el ataque se repita. Lo de anoche ocurrió por el dolor que sintió al perder a su amigo y, sobre todo, porque cree que murió por su culpa.

—¡No fue por su culpa! —barbotó Horik de inmediato.

El médico levantó una mano en son de paz.

—Lo sé, pero eso es lo que él piensa, aunque todos opinemos lo contrario. El único culpable de la muerte de Daven es el hombre que envenenó su comida. —Horik asintió, más calmado—. Lo que quiero decir es que Haakon está más tranquilo, pero el sentimiento de culpa tardará en desaparecer.

—¿Sigue bebiendo la infusión que le mandaste?

—Sí, pero llegará un momento en que eso no será suficiente y, a menos que encuentre a su *andsfrende*, empeorará. Ya lo sabes.

—Lo sé, lo sé… —Frustrado, Horik se pasó una mano por la barba—. Gracias, Ahmad. Si se te ocurre algo más que podamos hacer para ayudarlo, dímelo.

—Por supuesto…

Los dos volvieron junto a la borda y vieron que la costa ya estaba cerca. Dentro de poco, podrían desembarcar.



En cuanto se acercaron lo suficiente para distinguir los rostros de quienes aguardaban en la playa Yrene localizó a la reina, que conversaba con su marido sin apartar la vista del barco, alzó una mano en un gesto de saludo y, cuando sus miradas se cruzaron, sonrió ampliamente, tratando de transmitirle que no había peligro a bordo.

La Reina Lena se volvió hacia su esposo y susurró:

—¿Has visto a Yrene?

—Sí —respondió él. —Sus ojos se encontraron durante unos segundos, comunicándose sin necesidad de palabras. Finalmente, Holmgeirr asintió y respondió a la silenciosa petición de su esposa—: De acuerdo. —Se giró hacia el capitán que permanecía en la orilla junto a sus soldados, listo para responder a cualquier amenaza y le ordenó:

—Hytlan, parece que no hay peligro. Retiraos unos metros, pero permaneced atentos, por si acaso.



Einar vio que Yrene agitaba el brazo y giró el rostro para observar con atención al grupo que esperaba en la playa, tratando de averiguar a quién había saludado. Entonces, su mirada plateada se detuvo en un vikingo pelirrojo, de ojos

verdes, adelantado a los demás, con el agua hasta las rodillas y las manos en las caderas, que observaba el barco fijamente. A su lado, aunque algo más retrasados, había otros tres hombres que también parecían vikingos, pero ninguno de ellos le resultaba conocido. Volvió a observar al pelirrojo, entrecerrando los ojos para agudizar la vista, hasta que una gran sonrisa apareció en su rostro y se inclinó sobre la borda para gritar:

—¡Hjalmar! ¿Eres tú?

El aludido lo miró fijamente durante unos instantes, luego sacudió la cabeza, como si no pudiera creer lo que veía, y le devolvió el grito con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Pues claro que soy yo, *Halcón*! ¡Por todos los demonios, creíamos que veníais a invadirnos!

—¡De momento, no! ¡Solo somos mi familia y unos amigos! —bromeó Einar mientras el barco se detenía definitivamente. Skoll, el capitán, acababa de ordenar que echaran el ancla y prepararan las rampas para desembarcar.

—¡No me digas que tu padre también ha venido! —exclamó Hjalmar, con una gran sonrisa. Durante el tiempo que habían coincidido en el ejército del rey, el padre de Einar se había portado muy bien con él, y le tenía un gran aprecio. Al escuchar su nombre, Ulrik, que estaba atento a la conversación, movió el brazo derecho sobre su cabeza para llamar su atención y replicó a gritos:

—¡Hjalmar, pedazo de sinvergüenza! ¿Qué haces aquí?

—Vine a la boda de este amigo —respondió él riendo, a la vez que señalaba con el pulgar a Arud, que estaba detrás de él. El aludido saludó a Ulrik con la mano—, y después me quedé a la mía—añadió Hjalmar, volviendo a reír.

—¿Estás casado? —preguntó Einar, sorprendido, porque Hjalmar siempre había sido reacio a emparejarse.

—¡Sí! Por fin encontré a mi *andsfrende*! —contestó, radiante.

—¡Ahora mismo bajo, amigo! —gritó Einar.

—¿Conoces bien a ese hombre? —preguntó la Reina Lena a Hjalmar.

—Sí, a él y a su padre. Los conocí en el ejército y respondo por ellos. Ambos son vikingos honorables —afirmó con convicción. La reina asintió, aliviada, porque sus palabras confirmaban el gesto de confianza que le había hecho Yrene.

Mientras, Ulrik, que esperaba junto a su mujer para bajar a tierra, se inclinó sobre ella y le susurró:

—Cariño, ¿qué te pasa? Ya has visto a Hjalmar… no creo que haya ningún problema, es un buen chico.

Adalïe sonrió para tranquilizarlo, pero él sentía su preocupación. Entrelazó su mano con la de ella y añadió en voz baja:

—Si sigues preocupada por tus padres, tranquila. En cuanto conozcan a Einar, se les olvidará que es medio humano.

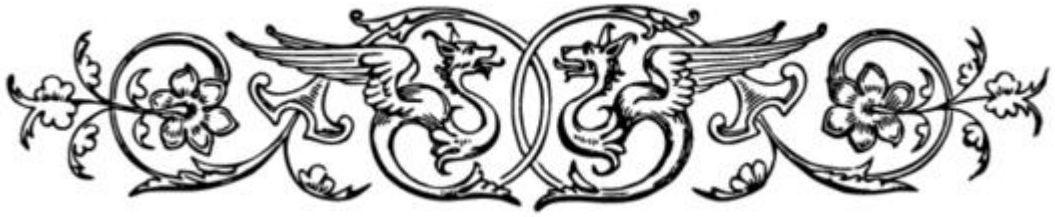
A pesar de la sonrisa de Ulrik, Adalïe sabía que él seguía culpándose por el hecho de que sus padres la hubieran apartado de sus vidas al no aceptar que se hubiera enamorado de un humano. Sus ojos plateados relampaguearon y levantó la barbilla antes de decir:

—Lo mejor que hice en mi vida fue hacer caso a mi corazón y marcharme contigo. Me has hecho más feliz de lo que nunca

creí posible. —Se puso de puntillas y le dio un beso suave y lleno de amor en los labios—. Y si mis padres siguen sin aceptarte, lo siento por ellos, porque entonces no podrán conocer al hombre más maravilloso del mundo. Y si se les ocurre decir una sola palabra mala sobre ti, no volverán a verme nunca más. Y sé que Einar actuará igual que yo.

Por un momento, los ojos de Ulrik se humedecieron, pero parpadeó rápidamente al ver que Einar e Yrene ya habían comenzado a bajar por la rampa. Con las manos entrelazadas, los siguieron.

CUATRO



Einar, seguido de sus padres e Yrene, comenzó a vadear el agua que le llegaba por la rodilla en dirección a Hjalmar, quien los esperaba sonriendo junto a los otros tres vikingos. Detrás de ellos, una barrera de soldados fuertemente armados los observaba con recelo, a diferencia del pelirrojo, que parecía encantado de verlos. Einar no se molestó por la desconfianza de los soldados, al contrario, le parecía lógica; mientras bajaban por la rampa del barco, Yrene le había susurrado que se trataba de la guardia real y que estaban protegiendo a los Reyes Hechiceros y a los Reyes Élficos, que estaban en la última fila.

Cuando pisó la arena y antes de que pudiera abrir la boca para presentarse, Hjalmar ya había dado un par de zancadas hacia él y lo había abrazado con entusiasmo.

—¡Debí imaginarme que semejante barco sería tuyo! —exclamó al apartarse. Einar aprovechó sus palabras para preguntar:

—Viajábamos junto a otro barco, idéntico a este, pero ayer lo perdimos de vista debido a una tormenta. ¿Sabes si alguien lo

ha visto?

—No, lo siento —contestó, negando con la cabeza—. Sois el primer barco extranjero que llega aquí en meses…y si la tormenta lo ha desviado a otro reino, puede que no lo sepamos hasta dentro de unos días.

Después, Hjalmar saludó a Ulrik, y Einar le presentó a su madre. Luego, el pelirrojo abrazó a Yrene, a quien conocía por haber coincidido en el palacio de los Reyes Hechiceros.

De repente, todos se sorprendieron al escuchar el grito de la Reina Lena, mientras se acercaba casi corriendo:

—¡Adalïe! —En cuanto tuvo a su antigua amiga a su alcance, la reina la abrazó, sin advertir que todos los presentes se habían quedado en silencio, observándolas. —¡Creí que no volverías nunca! —confesó.

—Yo también —reconoció Adalïe, emocionada—, pero mi madre me pidió que volviera hace unas semanas. ¿Sabes si están bien?

—La última vez que fui a las minas, tu padre parecía un poco triste; pero, aparte de eso, creo que sí.

Adalïe no hizo ningún comentario y se giró para presentar a su familia.

—Estos son mi marido Ulrik y mi hijo Einar —dijo, señalándolos con orgullo. —La reina los saludó cordialmente y luego se dirigió a Yrene, que se había apartado unos metros a propósito.

—¿Cómo estás, querida? —le preguntó.

—Bien, majestad. Gracias. —Una rápida mirada de la reina le indicó que hablarían a solas más tarde, cuando pudieran hacerlo con libertad. Volvió a girarse hacia Adalïe y le dijo, señalando al rey:

—Este es Holmgeirr, mi esposo. Creo que no llegaste a conocerlo.

—No tuve ese honor —replicó Adalïe, dándole el protocolario beso en la mejilla, reservado para la familia y los amigos más cercanos.

—Nuestra hija y nuestra nieta están en palacio, ahora las conoceréis. Estos son nuestros amigos, los Reyes de Gardaël, Eruwa y Apsel —se interrumpió de repente y miró a la Reina Élfica y a Adalïe alternativamente—. ¿Vosotras dos no os conocíais?

Ambas se observaban con una sonrisa, pero fue la reina Eruwa quien contestó:

—Por supuesto que sí, y me alegra mucho verte de nuevo, Adalïe. Estás exactamente igual que la última vez que coincidimos.

—¡Ojalá fuera cierto! Pero los años pasan para todos, incluso para las hadas —respondió con una risa suave.

Después de que Eruwa y Apsel saludaran a Ulrik y Einar, la Reina Élfica comentó:

—Nuestra hija Oonagh también está en palacio, junto a su amiga, la Princesa Kaia. Más tarde os las presentaremos, pero ya he visto que conocéis a mi yerno —añadió, mirando a Hjalmar.

Ulrik y Einar miraron al pelirrojo asombrados al saber que ahora pertenecía a una familia real, pero él se limitó a encogerse de hombros con una expresión risueña.

Aprovechando el silencio que se hizo a continuación, Einar se dirigió a la Reina Hechicera:

—Si te parece bien, iré a decirle a los demás que pueden desembarcar.

—Por supuesto —contestó ella—. Disculpa que no te lo haya dicho yo antes, pero ver a tu madre me ha sorprendido tanto que olvidé mis deberes como anfitriona; no es frecuente que una amiga tan querida regrese después de tantos años de ausencia. Por favor, haz saber a vuestros amigos que son bienvenidos en mi casa.

—Te acompaño —exclamó Ulrik, dirigiéndose a su hijo, pero antes de marcharse, inclinó el rostro hacia su esposa y le susurró—: No te importa, ¿verdad? —Ella sonrió y negó con la cabeza, y padre e hijo volvieron al barco.

—Creo que iré con ellos, por si necesitan ayuda —señaló Hjalmar inesperadamente, aunque la verdad era que quería ver por dentro aquel impresionante barco. Por supuesto, Tronch, Carlson y Arud lo siguieron, pues tampoco habían visto nunca una nave así.

Cuando se alejaron lo suficiente, la Reina Lena se volvió hacia Adalïe y confesó en voz baja:

—Si no fuera porque la profecía habla de una mujer, habría pensado que tu hijo es el bendecido.

—No —aseguró Adalïe con firmeza. Sus ojos plateados brillaron con tal intensidad que la reina contuvo el aliento, a la

espera de sus siguientes palabras—: Mi Einar no es el heredero de Navala, pero estoy segura de que mi sobrina sí lo es.

—¿Tienes una sobrina? —preguntó la monarca, sorprendida, pues Adalïe no tenía hermanos.

—Es la hija de Edohy —afirmó ella y la reina lo entendió al instante pues, aunque Adalïe y Edohy eran primas, siempre se habían tratado como hermanas. —Está en el barco —añadió.

—Sentí mucho la muerte de Edohy —murmuró la monarca.

Adalïe bajó la mirada y suspiró. Cuando volvió a alzarla, sus ojos estaban llenos de sombras.

—Lo peor fue saber que en sus últimos años sufrió terriblemente.

—¿Por qué? —preguntó Lena, recordando la alegría de vivir que siempre transmitía Edohy.

—Su marido la hizo padecer de formas indescriptibles y, finalmente, ordenó a una bruja que la envenenara.

—¡Qué atrocidad! —exclamó la reina, horrorizada—. Tu prima tenía una de las almas más puras que he conocido.

—Lo sé… y su hija es igual que ella, pero, además, posee un gran poder.

—¿Sus abuelos saben que existe?

—No, y mis padres tampoco. En realidad, yo supe de su existencia hace solo unas semanas; pero ella sí sabe que mis padres y sus abuelos aún viven.

—No tenía ni idea —murmuró la reina pensativa, observando el barco como si intentara ver a la muchacha, a

pesar de que no había nadie asomado a la borda; seguramente porque todos estaban preparándose para desembarcar. Holmgeirr se inclinó sobre su esposa y le susurró algo al oído. Ella asintió y, con un leve mohín dirigido a su vieja amiga, dijo:

—Mi marido tiene razón. Es muy maleducado por mi parte tenerte aquí de pie después de un viaje tan largo. Vamos al palacio, así podrás descansar mientras llegan los demás.

—Yo me quedaré para recibir a nuestros invitados —intervino Holmgeirr. Lena asintió, sabiendo que su esposo quería asegurarse personalmente de que no había ningún problema. Por eso todavía no había ordenado a los soldados que se retiraran y prefería que ella regresara al palacio. La reina tomó a Adalïe del brazo y se volvió hacia Eruwa.

—¿Vienes con nosotras?

—Prefiero quedarme, si no te importa.

—Por supuesto que no, querida. ¿Y tú, Yrene?

—Os sigo, majestad.

—Entonces, ¿has venido a visitar a tu familia? —preguntó Lena a Adalïe, mientras se dirigían hacia el palacio.

—Sí, aunque el principal motivo de este viaje es que el Rey Haakon de Noruega quiere comprar la producción de plata del año que viene de las Minas de Mondüir

La reina se detuvo de golpe al escucharla, haciendo que Adalïe e Yrene la imitaran. Con los ojos como platos, la observó unos segundos antes de soltar una carcajada. Adalïe sonrió, entendiendo porqué había reaccionado así. Cuando dejó de reír Lena comentó, divertida:

—Imagino que no tendrás problemas para convencer a tu familia de que le vendan a ese rey toda la plata que desee. Al fin y al cabo, las minas también son tuyas.

Adalïe se encogió de hombros con delicadeza. No estaba tan segura como la reina de que eso fuera tan sencillo.

—Sabes que mis padres nunca aceptaron mi matrimonio con Ulrik —le recordó con un leve suspiro. Luego, añadió—: Por cierto, que el príncipe heredero de Noruega está en el barco, acompañado por unos amigos; de hecho, él debía viajar en otra embarcación, gemela de esta, pero ayer se cambió a la nuestra para asistir a mi cena de cumpleaños. Y eso me recuerda que quería preguntarte algo… —La reina esperó pacientemente a que continuara —… anoche hubo una tormenta y perdimos de vista el otro barco. Seguramente se habrá desviado de su ruta y habrá llegado a otro punto de la costa, pero estamos preocupados. A bordo viajan la familia del marido de mi sobrina Adalïe, un diplomático del rey y su esposa, además de la tripulación. ¿Sabes si alguien lo ha visto? —Adalïe había escuchado a su hijo hacerle la misma pregunta a Hjalmar y también la respuesta negativa del pelirrojo, pero cabía la posibilidad de que la reina tuviera más información.

—No, lo siento —respondió Lena con sinceridad.

—Te agradecería mucho que nos ayudaras a buscarlos.

—Nos ocuparemos de ello, no te preocupes. Mañana por la mañana enviaré mensajes a los otros reinos para averiguar si han visto un barco extranjero —aseguró Lena, apretándole el brazo en un gesto reconfortante. Adalïe le dedicó una sonrisa agradecida. —Estoy deseando conocer a tu sobrina —añadió la reina con interés, echando un vistazo hacia atrás, pero los viajeros aún no habían desembarcado—. ¡Vamos, ya casi estamos en casa! Tenemos zumo de fonhill recién hecho.

—¡Zumo de fonhill! —exclamó Adalïe, recorriendo el paisaje con emoción—. Me parece mentira haber vuelto a mi tierra después de tantos años… Me siento como si estuviera soñando —susurró, conmovida.

—Pero no lo estás. Esto es real —afirmó Lena con una cálida sonrisa mientras entraban en los jardines del palacio.



Cuando las mujeres desaparecieron de su vista, Holmgeirr se volvió hacia los Reyes Élficos y dijo:

—Yo debo quedarme para recibirlos, pero vosotros podéis regresar al palacio si lo preferís.

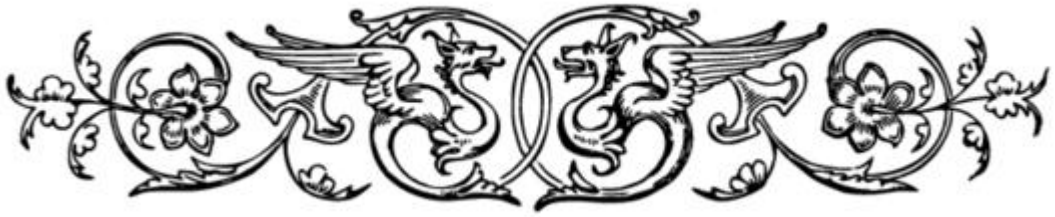
—Apsel quiere quedarse —respondió Eruwa con voz segura.

—¿Por qué? ¿Has sentido algo extraño? —preguntó, sorprendido, Holmgeirr a su amigo, que sonreía al ver lo bien que lo conocía su esposa.

—No, pero confío plenamente en las predicciones de Zoydis y quiero ver con mis propios ojos si acierta sobre la heredera de Navala —contestó él, sin apartar la vista del barco.

En ese momento, los pasajeros comenzaron a descender, y los tres reyes guardaron silencio, al igual que los soldados que había a su lado, mientras esperaban a que los viajeros llegaran a la playa.

CINCO



A Yrene apenas le había dado tiempo de lavarse la cara y las manos cuando una *ylva* llamó a la puerta de su dormitorio para informarle de que la reina solicitaba su presencia, por lo que terminó de secarse las manos y la siguió.

Las *ylvas* eran unas criaturas pequeñas y aladas que, a pesar de su aspecto delicado, poseían una sorprendente fuerza física. Tenían la piel de un suave tono rojizo y sus grandes ojos dorados reflejaban la antigua sabiduría. Siempre vestían de rosa y llevaban unos extravagantes gorros blancos que adornaban con borlas que representaban, cada una de ellas, un siglo de vida. La que guiaba a Yrene en ese momento no tenía ni una sola borla en su gorro, señal de que aún no había alcanzado la edad adulta. Aunque, para ser justos, no hacía falta fijarse en su atuendo para darse cuenta; con escucharla tararear desafinadamente y verla dar saltitos torpes al ritmo de su propia melodía, quedaba claro que aún no había dejado atrás la adolescencia. Por eso, Yrene no pudo dejar de sonreír durante todo el trayecto hasta la salita de la reina, la habitación que esta usaba para tratar sus asuntos privados. Cuando llegaron, la *ylva*

llamó a la puerta y la abrió; una vez que Yrene entró, la criatura cerró tras ella y se alejó sin dejar de tararear, completamente ajena a su falta de talento musical.

Yrene inclinó la cabeza con respeto y la reina le hizo un gesto para que se acercara. Lena estaba sentada en su lugar favorito, junto a las puertas dobles que daban acceso directo a la playa.

—Ven, querida. Siéntate —ordenó, señalando una silla frente a la suya. Yrene obedeció en silencio, dedicando una rápida mirada a la bola de cristal que la monarca tenía a su lado.

—Estaba deseando hablar contigo a solas para agradecerte que nos hayas traído a la *Bendecida* —añadió la monarca, visiblemente impresionada.

—No es mérito mío que haya venido a la isla, majestad —respondió ella con humildad.

—¿Es que piensas seguir tratándome de usted, aunque estemos solas? —preguntó. Yrene sonrió y se encogió de hombros. —¿Tengo que recordarte que te he visto crecer? —insistió.

—No, maj… quiero decir, Lena —se corrigió enseguida. La reina asintió con aprobación.

—Bien. Ya sabes que para mí eres como de la familia, hija; no me hagas repetírtelo continuamente.

—Lo siento —murmuró Yrene, pero la monarca hizo un gesto con la mano para restarle importancia y pasó al tema por el que la había mandado llamar.

—Cuéntamelo todo. Empieza por cómo ha sido viajar en un barco como ese; nunca habíamos visto uno parecido —reconoció.

—Lo que más me ha sorprendido es lo cómodo que es para los pasajeros. Todos teníamos camarotes individuales y la tripulación estaba perfectamente organizada. Cada uno conocía cuál era su deber en cada momento. Ha sido… —tardó unos segundos en encontrar la palabra adecuada— impresionante.

—Había oído que el marido de mi amiga Adalïe era un gran comerciante, pero no sabía que también era un excelente marino.

—Creo que lo es; pero en esta ocasión, el que dirigía el barco realmente, por encima del capitán, era su hijo Einar. —Algo en la voz de Yrene al mencionarlo hizo que la reina ladease ligeramente el rostro y la observara con atención.

—¿Lo consideras un hombre autoritario?

—Sí —respondió con sinceridad—. Y a veces duro, pero justo.

—¡Lo admiras! —exclamó la reina en voz baja, maravillada.

—Sí… creo que sí —reconoció Yrene, sorprendiéndose ella misma al reconocerlo.

—Entonces, ¿ha sido un viaje agradable?

—En su mayor parte, sí. —De repente, su sonrisa desapareció. —Hasta anoche, cuando organizaron una cena especial para celebrar el cumpleaños de Adalïe Falk. Su sobrina y su marido, junto con el príncipe y sus acompañantes, se trasladaron a nuestro barco para asistir a la fiesta.

—¿Cambiaron de barco en alta mar? —preguntó la reina, arqueando una ceja.

—Sí. Los marineros de los Falk engancharon unas pasarelas con garfios a las bordas de ambas naves para que pudieran cruzar.

—Comprendo. Sigue.

—Cuando estábamos todos, la cena empezó; y, todo iba muy bien, hasta que uno de los amigos del Príncipe Haakon murió envenenado.

—¿Qué dices? ¿Y averiguaron quien lo mató?

—Sí, antes del amanecer; fue uno de los timoneles. Es una larga historia, pero lo más importante es que, en realidad, el veneno iba dirigido al Príncipe Haakon. Su amigo murió porque ambos se habían intercambiado los platos.

La reina parpadeó, asimilando la noticia. Luego preguntó:

—¿Y qué ocurrió después?

—Haakon enloqueció y trató de estrangular al médico que lo había acompañado desde la corte.

—¿Porque lo culpaba por la muerte de su amigo? —preguntó Lena, atónita.

—No. Simplemente, el árabe era el que estaba más cerca de él en ese momento.

Al ver la expresión de la reina, Yrene explicó con más detalle:

—Haakon es un *berserker*; por ese motivo su madre, la Reina Margarita, insistió en que el médico árabe lo acompañara

en este viaje.

—No lo sabía. Ninguno de los informes que me habéis entregado sobre Noruega menciona ese dato sobre el príncipe —murmuró ella, pensativa.

—Creo que casi nadie lo sabe.

—¿Qué ocurrió después?

—Tres hombres lograron separar al príncipe del médico y lo encerraron en una celda que hay en el barco.

—¿Por qué los Falk tienen una celda en su barco?

—Porque Einar y Ulrik son berserkers. Igual que casi toda su tripulación. —La Reina Lena entrecerró los ojos y murmuró, con la mirada perdida:

—Es curioso cómo suceden las cosas…

—¿A qué te refieres? —La monarca la miró de nuevo, con expresión muy seria.

—Hace unos meses descubrimos que los *molugs* no son seres sin alma dependientes de un *Ent*, como siempre creímos, sino *berserkers* castigados por Odín a servir en esta isla durante quinientos años.

Yrene arrugó la frente, tratando de entender.

—¿Quieres decir que en una vida anterior fueron berserkers?

—Es mucho peor que eso. Bajo su corteza arbórea, siguen teniendo un cuerpo humano…, pero alterado de un modo terrible para poder sobrevivir como lo haría un árbol.

—¡Cómo es posible que sigan vivos en esas condiciones! —exclamó Yrene, horrorizada—. ¡Eso es terrible!

—Lo es —asintió Lena con gravedad—. Y hay miles de ellos en cada Bosque Oscuro. Además, a los *Ent* les sucede lo mismo; de hecho, el esposo de Zoydis, Tronch, era el *Ent* de nuestro Bosque Oscuro.

—¿Tronch era un *Ent*? —preguntó Yrene, boquiabierta. Había supuesto que Zoydis y él se habían separado en el pasado y que ahora se habían reencontrado.

—Sí. Tú no tuviste que lidiar con él en su época de *Ent,* pero era insoportable —reconoció la reina con una sonrisa, recordando las discusiones que habían tenido—. Pero todo eso ha quedado atrás. Ahora ha recuperado su humanidad y él y Zoydis esperan un hijo, lo que nos hace muy felices a todos. Sin embargo, por alguna razón que solo Tronch conoce, prefiere seguir usando el nombre que tenía cuando era un *Ent*, en lugar del que utilizaba cuando era humano.

—Quizá no quiere olvidar lo que le ha pasado —murmuró Yrene.

—Puede ser.

—¿Y cómo consiguió… volver a ser humano?

—Gracias a Zoydis y a Apsel, ya sabes que ambos son dos de los mejores hechiceros de la isla. Pero sobre todo, a la tozudez del que era su hermano cuando era humano, Hjalmar, quien después de recuperar a Tronch, está dedicando todos sus esfuerzos a devolver su humanidad a los *molugs* que lo deseen.

—Sé que he estado casi todo el tiempo fuera durante los últimos tres años, pero me cuesta creer que no me haya enterado de nada de todo esto —murmuró Yrene, extrañada.

—Hemos procurado mantenerlo en secreto, al igual que las expediciones a la Montaña Mágica. Prefiero que, al menos por ahora, los *drows* no sepan nada de este asunto.

—¿Qué tiene que ver la Montaña Mágica con todo esto?

—Es donde estamos enviando a los *molugs* que quieren volver a ser humanos. —Yrene lo entendió, porque era el mejor lugar de sanación de toda la isla. —Creo que en un par de días partirá otro grupo hacia allí—añadió la reina—. Pero ahora quiero que me cuentes todo lo que sepas sobre Adalïe Lodbrok. Apenas pude hablar con ella antes de que todos se retiraran a descansar.

Por primera vez, Yrene se percató del leve rubor en las mejillas de la monarca, un detalle inusual en ella y que imaginó que era debido a la emoción.

—Hace unos meses, escuché rumores en la corte noruega sobre una muchacha que tenía unos poderes extraordinarios y decidí investigarlos. Ese es el motivo por el que no volví directamente después de mi última misión, pensé que valía la pena comprobarlo.

—Sí, recibí tu mensaje. Hiciste bien —asintió la reina—. ¿Cómo la localizaste?

—Como solo tenía esa pista, recurrí a una conocida, una anciana condesa que suele frecuentar la corte. Ella misma había presenciado un par de sucesos protagonizados por Adalïe, que la dejaron asombrada, como a todos los presentes; también me contó que el padre de Adalïe, un tal Otto, la había prometido con un vikingo del norte a cambio de su apoyo para derrocar al rey.

—¿Con quién la había prometido?

—Con Einar Falk —respondió Yrene, observando con diversión la expresión de asombro de la reina—. Lo que su padre no sabía era que Einar había descubierto que Adalïe era su prima y que Otto la maltrataba, y que fingió estar de acuerdo con traicionar al rey para poder liberarla. Así que, cuando Einar llegó al castillo del rey con su ejército, se volvió contra el padre de Adalïe y sus hombres. Y gracias a su intervención, Haakon pudo conservar la corona.

—Y, por lo que he visto, al final Adalïe se casó con Finn Lodbrok —comentó la reina.

—Sí, y están muy enamorados. También se lleva muy bien con la familia de su esposo y, por supuesto, con los Falk.

—Mi amiga Adalïe me dijo que los Lodbrok viajaban en otro barco.

—Sí. Desapareció en medio de la tormenta.

—En cuanto amanezca enviaré pájaros a los otros reinos con mensajes, preguntando si lo han visto —aseguró la reina.

—No sé si lo sabes, pero Lisbet Lodbrok, la madre de Finn, es sobrina del Rey Haakon.

—¡Ah! No, no tenía ni idea —murmuró la soberana —¿Y cómo conseguiste venir en el barco de los Falk?

—La condesa me contó que, tras la caída de su padre, Adalïe se marchó con Finn Lodbrok y su familia a su finca, en el sur del país. Estaba buscando una excusa para presentarme allí cuando supe que los Lodbrok y los Falk planeaban viajar juntos a Selaön. Entonces, decidí ir a casa de Adalïe Falk para saludarla, aprovechando que mi madre y ella habían sido amigas durante la infancia; por supuesto, esperaba que me invitara a acompañarlos en el viaje, y así fue.

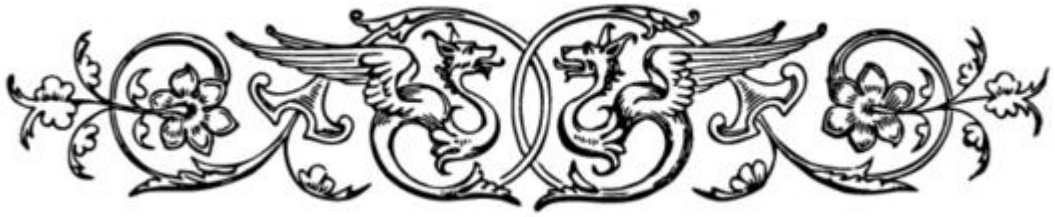
—Siempre tuvo un gran corazón —aseguró la monarca, con una sonrisa nostálgica—. ¿Sabías que también era amiga mía?

—No, eso no lo sabía —admitió Yrene sintiéndose un poco culpable por haber ocultado a los Falk, en especial a Einar, sus verdaderas intenciones.

—Imagino que viajarás con los Falk a Mondüir para ver a tus padres.

Yrene asintió y Lena dio por finalizada la conversación.

SEIS



—Al menos, las niñas están más tranquilas aquí que en el camarote —comentó Magnus, echando un vistazo a las gemelas, que descansaban en los brazos de sus padres, Leif e Ydril. La pareja estaba sentada en la arena, escuchando a Inge Dahl, al igual que Lisbet, la abuela de las pequeñas, quien no dejaba de mirar al horizonte con la esperanza de divisar el barco en el que viajaban su hijo y su nuera antes de que la tormenta los separara. Su inquietud no era de extrañar, considerando que su propia embarcación había quedado varada en una playa desconocida. Al menos, la noche les concedía bastante claridad gracias a las dos lunas azules que brillaban en el cielo y que iluminaban el paisaje con una luz muy distinta a la del sol, pero no menos intensa.

—Mi mujer tiene la habilidad de calmar a cualquiera, sin importar la circunstancia. Por eso siempre ha sido una gran ayuda en mi trabajo —comentó Gregers Dahl con orgullo. Alto, moreno y de porte distinguido, el diplomático noruego contrastaba notablemente con su esposa, Inge, una mujer de

baja estatura y cuerpo redondeado debido a su irrefrenable amor por los dulces.

—Gregers, ni mi mujer ni yo estaremos tranquilos hasta que veamos a nuestro hijo y a su esposa sanos y salvos —intervino Esben con una mueca de preocupación.

—Por supuesto, yo también estoy inquieto por ellos y por el príncipe... Lo siento, no quería parecer insensible —respondió el diplomático.

Esben negó con la cabeza, haciéndole un gesto para que no se preocupara; justo en ese momento, escuchó un sonido que lo hizo mirar al otro extremo de la playa y vio a cuatro jinetes alados, que se acercaban al galope, montando caballos de porte majestuoso.

—Mirad —advirtió, incapaz de apartar la vista de aquellas figuras.

—Joder, espero que sus intenciones sean buenas —murmuró Magnus. Gregers y Esben lo miraron con sorpresa y él se encogió de hombros con aire desafiante, mientras afirmaba:

—¿Qué? Yo también sé maldecir cuando es necesario. Además, ya no soy fraile.

Ignorando su comentario, ambos volvieron a fijar la vista en los jinetes, que frenaron sus caballos a pocos metros de ellos. Gregers, acostumbrado a ese tipo de situaciones debido a su oficio, avanzó unos pasos sin invadir el espacio de los recién llegados y habló con voz firme y respetuosa:

—Saludos. Venimos de Noruega, enviados por nuestro rey. Debíamos llegar al Reino de los Hechiceros, pero la tormenta dañó el timón de nuestro barco y nos obligó a desviarnos. ¿Podríais decirnos dónde estamos?

Uno de los jinetes desmontó con agilidad y se acercó a ellos. Era alto y musculoso, tenía el cabello color plateado, y sus ojos, de un azul profundo, escrutaban a los extranjeros con intensidad. Sus alas blancas y translúcidas se alzaban más allá de su cabeza, captando la luz lunar con un resplandor etéreo. Vestía con sencillez y llevaba una espada colgada del cinto.

—Estáis en Valinor —anunció con voz clara y firme—. Soy el Príncipe Askar. Gregers inclinó ligeramente la cabeza y se presentó:

—Yo soy Gregers Dahl, y ellos son Magnus Jorvik y Esben Lodbrok.

El príncipe los observó detenidamente antes de dirigir su mirada hacia el grupo que los acompañaba, que se había acercado en silencio. Percibiendo su interés, el diplomático continuó con las presentaciones.

—Mi esposa, Inge. —Señaló luego a la pareja que sostenía a las bebés—. Ellos son Leif e Ydril, los padres de las gemelas. —Los ojos del príncipe se detuvieron en las niñas durante un instante, pero enseguida se centró en la otra mujer que estaba junto a la pareja. Gregers agregó—: Y ella es Lisbet, la esposa de Esben y abuela de las pequeñas, Magna y Edohy.

Al oír aquel nombre, la expresión de Askar cambió sutilmente.

—¿Una de ellas se llama Edohy?

—Sí —respondió Ydril, acariciando suavemente la cabecita de la pequeña que llevaba en brazos. —El príncipe contempló a la niña durante unos segundos antes de volver a alzar la vista.

—Es un nombre poco común para una humana.

—Lo elegimos en honor a mi cuñada, cuya madre era originaria de Selaön y que también se llamaba así.

En la voz de Askar había un matiz de tristeza cuando murmuró:

—Antaño, era un nombre frecuente por aquí..., pero ya casi nadie lo usa. Conozco a una muchacha a la que se lo pusieron como segundo nombre, y ella siempre lo detestó. —Como si de pronto recordara su deber, su mirada se dirigió al barco.

—¿Queda más gente a bordo?

—Solo la tripulación. Son diez hombres —respondió Gregers. El príncipe se volvió hacia uno de sus acompañantes.

—Othar, ve a buscar a Mahril. Que venga a revisar ese timón. —El aludido montó su caballo y se alejó al galope.

—¿Mahril? —preguntó Gregers.

—La mejor carpintera de barcos del reino —contestó Askar, antes de dirigirse a otro de sus jinetes.

—Fortyon, ve al barco e informa a la tripulación de que la ayuda está en camino.

Gregers captó la mirada que el príncipe intercambió con su hombre y comprendió que no solo quería que les llevara el mensaje, también le estaba pidiendo que evaluara la situación en el barco por sí mismo. Por último, Askar se giró hacia la única mujer de su grupo.

—Vinerwa, tú ve al palacio y trae un carro para poder llevar a nuestros invitados. —Ella inclinó la cabeza respetuosamente, montó en su caballo y desapareció en la noche a toda velocidad.

—Mi casa no está lejos —explicó Askar—. No tardará en regresar.

—Gracias, es muy amable de tu parte —agradeció Gregers sinceramente.

Poco después, cuando los extranjeros estuvieron frente al palacio, quedaron sin aliento al ver sus paredes tornasoladas que reflejaban el azul lunar, y las ocho esbeltas torres que lo coronaban, rematadas por sendas esferas luminosas. A su alrededor se extendían los exuberantes jardines, salpicados de cascadas y estanques cristalinos, donde florecían multitud de plantas y flores que impregnaban el aire con un aroma dulce y embriagador.

—Esto es… precioso —murmuró Inge. Las expresiones de los rostros de los demás confirmaban que compartían su opinión.

El Príncipe Askar los observó con una leve sonrisa antes de hacer un gesto para que lo siguieran al interior. Cruzaron las dos gigantescas puertas de madera dorada, talladas con intrincados dibujos de plantas y flores, y entraron en un gran vestíbulo. El suelo, que era una mezcla de cristal y piedra pulida, dejaba entrever las vetas de luz que fluían bajo su superficie, como corrientes de magia atrapadas en el interior de la tierra. Altísimos pilares de ámbar sostenían un techo cubierto de mosaicos cambiantes, elaborados en las legendarias Llanuras de Aghtrull y las paredes estaban adornadas con delicadas pinturas que parecían a punto de cobrar vida. Nada más cruzar el umbral, el palacio los recibió con un murmullo suave y envolvente, como si les diera la bienvenida, y cuatro pequeñas hadas, similares a las que habían visto por el camino, se acercaron aleteando hasta ellos y se inclinaron respetuosamente.

—Seguidlas —indicó el príncipe, señalándolas—. Os llevarán a vuestras habitaciones. La cena será dentro de un rato, pero si preferís descansar, se os subirá una bandeja. Y si necesitáis leche para los bebés, pedidla y os la llevarán.

El grupo siguió a las hadas por un amplio pasillo que bordeaba el palacio, cuyas enormes ventanas ofrecían unas magníficas vistas de los jardines donde, bajo la luz de la luna, un grupo de luciérnagas danzaban en círculos alrededor de un macizo de flores, como si celebraran su llegada.

Cuando los visitantes se alejaron, Askar se dirigió a su despacho, donde Othar lo esperaba de pie junto a una ventana, observando el juego de luces del jardín.

—Mahril dice que el barco necesita un timón nuevo, pero que mañana lo tendrá listo —informó sin volverse.

—Está bien —contestó el príncipe mientras caminaba hacia el escritorio de madera oscura, cuya superficie estaba cubierta de relieves de antiguas runas talladas con esmero. Se sentó ante él y deslizó los dedos sobre una pequeña talla de nácar que descansaba sobre la mesa y que representaba un hada con las alas desplegadas. Su expresión se ensombreció mientras recorría con el índice la delicada figura.

—¿Has sabido algo más de Amariel? —preguntó Othar.

—No quiero hablar de ella —murmuró mientras sentía la suavidad del nácar bajo sus dedos; había esculpido la figura él mismo, cuando todavía creía que los sueños podían hacerse realidad, pero nunca sería tan suave como la piel del hada que representaba. Othar lo observó en silencio durante un rato antes de volver a hablar.

—Tarde o temprano tendrás que ceder, no puedes seguir actuando como uno de tus súbditos. Tus padres no aguantarán

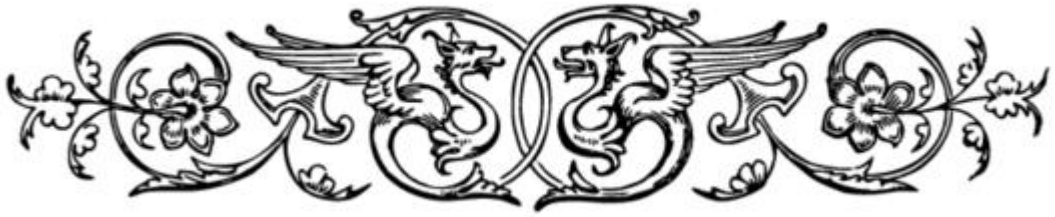
mucho más tu negativa a casarte; tendrás que elegir entre las princesas que se han ofrecido…

—Lo sé —Askar lo interrumpió con un tono cortante. Luego suspiró y lo miró, arrepentido por su brusquedad—. Lo sé, Othar, pero necesito un poco más de tiempo.

—Siempre tan obstinado —replicó su amigo con una sonrisa que no ocultaba su preocupación—. Lamento que te sientas así, Askar. Haría lo que fuera porque fueras feliz, pero a veces tenemos que conformarnos con cumplir nuestro deber.

El príncipe desvió la mirada hacia los jardines donde había jugado tantas veces en su infancia, a menudo acompañado por ella. Hasta que crecieron y todo cambió.

SIETE



Cuando Ulrik abrió la puerta del dormitorio que compartía con su mujer, sonrió al ver a la joven Adalïe acompañada de su marido a punto de llamar.

—Quería hablar con la tía antes de que vayamos a ver a la Reina Lena, ¿puedo pasar?

Ulrik miró hacia atrás, a tiempo de ver a su esposa levantarse de la silla donde se estaba peinando.

—Claro, hija —contestó la otra Adalïe con una sonrisa. Él se apartó para que la pareja pudiera pasar y dijo:

—Pues os dejo con ella porque yo tengo que ir al mercado.

—¿Puedo acompañarte? —preguntó Finn. Ulrik lo miró sorprendido y el joven se explicó:

—Creo que ellas preferirían hablar a solas y, además, cuando hablaste en el barco del mercado de esta ciudad y de lo

sorprendente que era, me entró curiosidad por conocerlo; y no sé si volveré a tener otra oportunidad.

—¡Claro que sí, acompáñame! —exclamó Ulrik—. Einar también quería venir, pero me ha mandado una nota diciendo que ahora no podía. —Echó un vistazo al reloj que había en la pared y añadió:

—Se me ha hecho tarde sin darme cuenta; Isolda, Knut y Egil deben estar ya esperándome. Vámonos —ordenó, mientras cogía su capa. Se acercó a su mujer y le dio un beso en la mejilla antes de abrir la puerta, mientras que Finn se despedía de su esposa.

—Sentémonos —dijo Adalïe la mayor, en cuanto los hombres desaparecieron. Su sobrina la obedeció con un suspiro. —Esperaba que vinieras a verme.

—¿Einar te lo ha contado? —preguntó la joven, refiriéndose a la conversación que había mantenido con su primo unas horas antes. Su tía la miró cariñosamente antes de responder con voz suave:

—Está preocupado por ti. Te quiere mucho, como todos nosotros.

—Lo sé. Tía, por favor, no te enfades conmigo por no habéroslo dicho antes —suplicó la joven, inquieta, pero su tía le tomó una mano entre las suyas y la miró con ternura antes de contestar:

—Hija, ¿por qué habría de enfadarme contigo? Solo estoy preocupada. —Al ver que su sobrina se encogía de hombros, sin responder, preguntó—: Cariño, ¿es cierto que siempre sueñas lo mismo? ¿Que una mujer abandona a un niño en medio de un bosque y que el pequeño muere?

—Sí, y todas las veces me despierto llorando, con el corazón roto. ¡Parece tan real! —susurró Adalïe, afligida.

—¿Y crees que lo que estás viendo es el futuro? —Cuando su sobrina asintió en silencio, ella musitó pensativa—: Entonces, es posible que ese niño todavía no haya nacido.

—No. Sé que ya ha nacido.

—¿Y estás segura de que morirá si no intervienes?

—Sí.

—¿Has podido ver el rostro de la mujer?

—No, siempre va encapuchada. —Después, confesó—: Me daba vergüenza contároslo.

—¿Por qué? —preguntó su tía, sorprendida.

—Puede que porque, desde que era niña, mi padre siempre me castigaba cuando utilizaba mis poderes. Él odiaba que no fuera totalmente humana, por eso nunca me quiso.

Su confesión destrozó el corazón de la otra mujer, que la abrazó con lágrimas en los ojos y le dijo al oído:

—Lo siento mucho, hija. —Pero la muchacha sacudió la cabeza con una sonrisa.

—No, tía, no te preocupes. Hace mucho tiempo que pasó, ya no me duele.

—Te merecías un padre mejor, de eso no hay ninguna duda, pero ahora tienes una familia que te quiere; así que cuenta con nuestra ayuda para encontrar a ese pequeño. ¿Sientes que está cerca?

—Solo sé que está en la isla.

—Bien, pues cuando descubras dónde está, avísanos y te acompañaremos. Recuerda que ya no estás sola, cariño, y nunca lo estarás.

—Lo sé —susurró ella con la voz ronca.

—Bien, entonces, vayamos a ver a la reina. Y no te preocupes, es muy agradable.

—No estoy preocupada —respondió mientras salían de la habitación.

—¿No? —le preguntó su tía, mirándola con curiosidad mientras caminaban una junto a la otra por el pasillo.

—No. Sé que solo quiere asegurarse de que no soy una amenaza. Es normal —aseguró.

Cuando llegaron ante la habitación de la reina, la puerta se abrió lentamente antes de que pudieran llamar. Su vieja amiga, rio por lo bajo antes de decir:

—Por lo que veo, sigues igual. —La reina, que se había levantado para recibirlas, contestó con un destello de picardía en los ojos:

—No sé a qué te refieres. —Luego miró a la joven y le dijo —: Bienvenida, Adalïe, estaba deseando hablar contigo. Pasad, por favor.

Las acomodó en un pequeño sofá junto al que había una mesita con tres vasos llenos de un líquido rosado.

—Tenéis sed? —preguntó, señalando las bebidas. Sus invitadas declinaron con un gesto y entonces la reina se sentó

frente a Adalïe la joven, observándola con atención. La muchacha ladeó el rostro y le sostuvo la mirada. Permanecieron en silencio durante varios minutos hasta que la monarca frunció el ceño y miró a su amiga.

—¿Qué pasa? —preguntó ella, notando la tensión en el ambiente. Pero antes de que la reina pudiera responder, la joven se lo explicó a su tía:

—Ha intentado entrar en mi mente. Supongo que para conocer mis intenciones. —Al principio, la soberana no parecía preocupada por la acusación, hasta que vio la mirada ofendida que le dirigió su antigua amiga.

—¿Por qué insultas a mi sobrina? —preguntó, colocando una mano protectora sobre el antebrazo de la joven.

—Cálmate, por favor. Era necesario para medir la magnitud de su poder; no quería insultarla. —La reina se disculpó sinceramente, pero Adalïe estaba demasiado ofendida. Iba a levantarse cuando su sobrina la sorprendió, cogiendo su mano y diciendo:

—Espera. Lo que dice es cierto. —Su tía la miró y, tras un instante de duda, suspiró y se sentó de nuevo. Entonces la joven Adalïe dirigió una mirada firme a la reina y, con voz serena, le dijo:

—Vuelve a intentarlo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó para asegurarse.

—Que entres en mi mente. Esta vez te dejaré pasar.

La reina la miró con sorpresa. Luego desvió la vista hacia Adalïe Falk, que asintió y, finalmente, aceptó la invitación y se adentró en la mente de la joven. La conexión solo duró unos

segundos, pero cuando la soberana recuperó la conciencia, estaba pálida y con los ojos vidriosos, como si acabara de presenciar algo abrumador.

—¡Es cierto! ¡Es la *Bendecida*! —susurró, emocionada, mirando a su amiga.

—Lo sé —contestó ella, contemplando a su sobrina con una sonrisa. Luego, volvió a mirar a la reina con los ojos entrecerrados, reflejando una furia inusual en ella—. Y también habrás visto que su corazón es puro, como el de su madre. No merece que la traten irrespetuosamente… y yo tampoco.

La reina suspiró, aceptando su error.

—Tienes razón. Pero me temo que no eres consciente de la situación en la que se encuentra la isla. El mal ha crecido en los últimos años de forma imparable.

—¿Por los *drows*?

—Ahora son mucho más poderosos que cuando te fuiste y han conseguido que su oscuridad esté invadiendo, poco a poco nuestra tierra. Uno de los signos que lo demuestran es la desertización que estamos sufriendo. El Reino del Dragón, la Sima de Geöl e incluso el Círculo de la Luz ya han perdido casi toda su vegetación. Como recordarás, esa región producía la mejor miel de Selaön, pero sin flores, las abejas han desaparecido casi por completo. Ahora mismo, el precio de la miel es exorbitante… aunque ese es el menor de nuestros problemas. —Se calló cuando se percató de la leve sonrisa que apareció en el rostro de su vieja amiga.

—¿Por qué sonríes al escuchar algo así?

—Estaba recordando una conversación que tuve con mi marido, cuando estábamos preparando el viaje. Se le ocurrió

traer casi toda la bodega del barco llena de miel para venderla aquí, a pesar de que le dije que en Selaön se producía la mejor miel del mundo, y que nadie se la compraría. —La reina estuvo a punto de sonreír, pero la gravedad de la situación pesaba demasiado.

—Pues esa miel ahora vale su peso en plata —confesó, antes de dirigirse de nuevo a la joven Adalïe:

—Creo que lo mejor es que, de momento, nadie sepa que eres la *Bendecida*. Desgraciadamente, en estos tiempos, los *drows* tienen ojos y oídos en todas partes, incluso en mi propio palacio. Por eso, preferiría que ignoraran tu existencia hasta que estemos preparados. Necesito pensar qué hacer.

—¿Temes que esté en peligro si se enteran? —preguntó ella, aunque no parecía asustada.

—Es posible. Solo te pido que seas prudente durante un tiempo, hasta que pueda hablar con los demás reyes y decidamos qué hacer. Ya habrá tiempo para presentártelos a todos; mientras tanto, por favor, no muestres tus poderes a menos que sea absolutamente necesario.

—Por supuesto —prometió Adalïe, con voz serena.



Mientras volvía por el pasillo, los pensamientos de Yrene volvían una y otra vez al hombre al que había estado evitando desde que desembarcó… hasta que se lo encontró esperándola frente a la puerta de su habitación.

Einar tenía el cabello aún húmedo, se había cambiado de ropa y parecía completamente relajado y absorto en sus pensamientos, hasta que escuchó sus pasos. Entonces, se irguió y giró el rostro para observarla fijamente.

Yrene respiró hondo, tratando de calmar los latidos acelerados de su corazón, pero mantuvo la compostura y siguió caminando con aparente tranquilidad hasta quedar frente a él.

—¿Cómo me has encontrado? —preguntó, dándose cuenta demasiado tarde de que su propia pregunta la delataba. Él esbozó una sonrisa divertida.

—Una *ylva* muy dicharachera me ha aclarado que tú no estabas en el ala de los invitados, porque tienes tu propia habitación en el ala familiar. —Yrene suspiró, comprendiendo que había sido muy ingenua al pensar que no la encontraría porque no había seres más cotillas en toda la isla que las *ylvas.* Con resignación, abrió la puerta y le hizo un gesto para que entrara detrás de ella. Esperó hasta que él cerró la puerta antes de preguntar:

—¿Qué quieres, Einar?

—Te dije que hablaríamos en cuanto desembarcáramos y también te advertí que no serviría de nada que te escondieras de mí.

—No me escondía —mintió—. Tenía una reunión con la reina, por eso no he podido…

De repente, Einar tomó su mano y la atrajo hacia él, estrechándola contra su cuerpo, y todo pensamiento racional desapareció de la mente de Yrene.

—¿Decías? —preguntó él educadamente, sujetándola por la cintura con el brazo derecho y acariciando un mechón de su cabello con la mano izquierda. Sus cuerpos estaban tan cerca que Yrene podía percibir su aroma y tuvo que alzar el rostro para mirarlo a los ojos. Parpadeó un par de veces, y le preguntó, incrédula:

—¿Crees que podemos mantener una conversación así?

—Por supuesto —respondió él con una sonrisa ladeada, acariciando su mejilla con los nudillos con tanta ternura que

Yrene sintió un nudo en la garganta.

—Preferiría que habláramos en otro momento —pidió con voz ahogada, sintiendo que estaba a punto de perder el control.

—Estás asustada —afirmó Einar en voz baja, sorprendido.

—¡Por supuesto que no! —Se dio cuenta de que había alzado demasiado la voz y bajó el tono al decir—: Estoy cansada y había pensado dormir un par de horas antes de la cena.

—¿Qué te pasa, Yrene? —preguntó él, frunciendo levemente el ceño. Sus ojos se habían oscurecido y ella tembló, atrapada entre la excitación y el miedo.

—Nada. Pero no quiero tener nada contigo —susurró, casi sin voz, temiendo que percibiera el efecto que su cercanía tenía sobre ella.

—¿Estás segura de eso? —preguntó él con voz sedosa.

Einar sonrió de esa manera que la desarmaba por completo e inclinó la cabeza lentamente hacia ella, sin apartar su mirada de la suya, hasta que sus labios se encontraron.

OCHO



La forma en la que Einar estaba mordisqueando su boca, como si fuese un manjar exótico digno de ser paladeado, hizo que Yrene sintiera las rodillas tan débiles que apenas podía permanecer de pie. Trató de mantenerse firme en su decisión de no ceder ante él, pero cuando la lengua de Einar rozó la suya, fue incapaz de resistirse durante más tiempo y rodeó el cuello masculino con sus brazos. Gimió al sentir su rígida protuberancia en el vértice entre sus muslos y, entonces, la mano de Einar se cerró sobre su culo y lo acarició al tiempo que devoraba sus labios y que su lengua recorría sensualmente su boca. A ella le resultaba imposible respirar y jadeó al sentir que él trataba de desabrochar los botones que había en la parte trasera de su vestido.

—Necesito sentir tu piel… —pidió él sobre sus trémulos labios, mirándola interrogante— besarte por todas partes.

—Sí —concedió ella con un susurro agónico. Se giró lentamente, ofreciéndose a él, y sintió el roce de sus dedos firmes mientras le desabrochaba el vestido y el corpiño, deslizándolos luego por su piel con una expresión casi devota.

La prenda cayó al suelo suavemente, dejando su piel al descubierto y Einar inclinó la cabeza y atrapó con sus labios uno de sus pezones, mordisqueándolo con una mezcla de dulzura y pasión. Yrene arqueó la espalda y un gemido entrecortado escapó de sus labios mientras sus dedos se enredaban en su cabello negro. Con los ojos cerrados y la respiración entrecortada, se entregó por completo a la vorágine de sensaciones que la recorrían, hasta que todo pensamiento coherente se disipó y su cuerpo entero se estremeció debido a la intensidad de su deseo.

Einar se sentía a punto de explotar. Su erección estaba más dura que nunca y necesitaba hundirse en la esbelta forma femenina, por lo que la cogió en brazos y la llevó a la enorme cama blanca llena de suaves almohadones, donde la tendió cuidadosamente. Yrene se quedó tumbada mirándolo con los ojos entrecerrados y se lamió el labio inferior, súbitamente nerviosa, al ver que él se sentaba a su lado, observándola. Sus ojos ardían como plata líquida y se sintió orgullosa al saber que era gracias a ella, pero, de repente un pensamiento se le pasó por la cabeza y confesó:

—No soy virgen. —Él había empezado a acariciarle las piernas, pero al escucharla se quedó inmóvil. La miró, incrédulo, y movió la cabeza a los lados. Las piernas de ella comenzaron a temblar levemente hasta que él le puso la mano sobre el muslo derecho, calmándola enseguida. Entonces, le preguntó:

—¿Pensabas que creía que lo eras? ¿O que me importaba siquiera?

—Me ha parecido posible —respondió ella, odiando el rubor que sabía que estaba coloreando sus mejillas en ese momento. Sin embargo, a él pareció gustarle porque le pasó el dedo índice tiernamente por la mejilla.

—Ni siquiera lo había pensado, Yrene. Los dos hemos tenido amantes antes de conocernos, eso no importa. Lo que me importa es lo que ocurra de ahora en adelante —confesó. Un destello de admiración pasó por los ojos de ella y tragó saliva para darse fuerza antes de decir:

—¿No te parece que tienes demasiada ropa puesta? —Él sonrió y se levantó para desnudarse. Yrene disfrutó de las vistas con los labios entreabiertos, sintiendo que el corazón se le aceleraba. Cuando terminó, la ayudó a terminar de desvestirse y se tumbó a su lado, de costado, mirándola fijamente. Ella seguía tumbada bocarriba, pero había girado el rostro hacía él y también lo miraba.

Einar respiró profundamente tratando de controlarse. Yrene era voluntariosa, inteligente y testaruda... cualidades que la mayoría de los hombres no desearían en su esposa, pero que a él cada vez le agradaban más, aunque reconocía que jamás había imaginado que *su mujer* sería así. Ella todavía no estaba preparada para aceptarlo y, a pesar de la urgencia de su parte *berserker* para que la presionara y lo aceptara como suyo, él quería darle el tiempo que necesitara, aunque sabía que le iba a resultar tremendamente difícil.

Rodeó con su mano su nuca y acercó su boca a la de ella. Yrene emitió un sonido inarticulado y le devolvió el beso con entusiasmo, haciéndolo gemir de placer. Le encantaba la forma en la que respondía a él, devorando su boca con una pasión que rivalizaba con la suya propia. Colocó su rodilla entre sus piernas y ella, automáticamente, las abrió para dejarle espacio y cuando estuvo sobre ella, volvió a besarla. Ella lo abrazó y comenzó a acariciar su espalda.

Era delgada, pero fuerte. Lo envolvía con las piernas y lo acariciaba impacientemente. Einar ya no podía esperar más, tenía que entrar en ella.

—¿Estás segura? —Tenía que preguntárselo porque, después de hacer el amor, ambos se pertenecerían; no habría marcha atrás, y necesitaba asegurarse de que ella era consciente de lo que iban a hacer.

Yrene se tensó, sabiendo por qué se lo preguntaba, pero estaba tan excitada que, en ese momento, no le importaba. Colocó la palma de su mano sobre la mejilla de él y lo miró a los ojos con una intensidad abrasadora.

—Necesito que entres en mí, ya —ordenó, desesperada. Einar la besó, agradecido porque sintiera lo mismo.

Yrene sentía todo el peso del cuerpo masculino sobre el suyo, su fuerza la envolvía, sorprendiéndola tanto como la suavidad de su piel sobre los acerados músculos que iba descubriendo con las manos. El cuerpo de Einar era toda una revelación: tan duro y a la vez tan suave... El vello de su pecho le hacía cosquillas en los senos cada vez que se movía sobre ella, mientras reclamaba cada centímetro de su cuerpo con besos y caricias.

Solo había tenido un amante antes, su antiguo prometido, y aunque el sexo con él había sido agradable, no se acercaba, ni de lejos, a lo que estaba sintiendo en ese momento; al contrario que Badel, Einar era un hombre tierno y apasionado que ponía el placer de ella por encima del suyo propio; en ese momento él se cambió ligeramente de postura, para poder rozar su vulva, haciéndola gemir y arquearse sobre el colchón.

Con un murmullo destinado a tranquilizarla, Einar presionó su vientre con la palma de su mano, suavemente, para que volviera a tumbarse y, cuando ella lo hizo, apartó los sedosos rizos de su entrada y la penetró con un dedo, jugueteando con su delicada carne, dibujando con caricias su interior. Yrene jadeó de placer, mirándolo con los párpados entornados y luego

dirigió la vista a su pene, que había crecido notablemente y que ya estaba totalmente erecto. Los mágicos dedos de Einar salieron de su vulva y continuaron con sus caricias, enloquecedoramente lentas, esta vez en los muslos, impacientándola; para ella el sexo siempre había sido rápido y sencillo, simplemente la satisfacción de una necesidad básica, pero esta vez era distinto. Y eso la asustaba. Por eso, cuando el pene de Einar rozó su cadera, ella alargó la mano para cogerlo; lo rodeó con sus dedos y miró a Einar con una sonrisa, mientras comenzaba a moverlo lentamente, arriba y abajo. Sorprendido, él se quedó completamente quieto y cerró los ojos, apretando los dientes y ella, con el corazón desbocado, continuó masturbándolo lentamente a la vez que ordenaba:

—Te necesito dentro de mí. Ya.

Había una fiera determinación en los ojos de él cuando la miró. Apartó suavemente la mano de Yrene de su pene y, después, tomó las muñecas femeninas y las sujetó fácilmente con su mano izquierda sobre la cabeza de ella.

—¿Qué haces? —preguntó, asustada. Einar, que acariciaba sus costillas, se detuvo un instante para mirarla. En sus ojos vio pánico, pero también deseo.

—No siempre puedes ser tú quien lo controle todo, Yrene —dijo, mientras sus caricias vagaban por su cuerpo. Ella tembló y su respiración se agitó cuando sintió sus dedos en la parte posterior de la rodilla.

—No... —jadeó.

—¿A qué le tienes tanto miedo? —preguntó mientras acariciaba la piel sensible y subía hacia su ingle. Yrene respiraba entrecortadamente, intentando apartarse de su roce. —Demasiado tarde, cariño —murmuró él con ternura—. Ya me he

dado cuenta de que solo buscas el placer, sin intimidad, pero yo lo quiero todo de ti.

Bajó los labios por su cuello, mimándolo lentamente mientras ella temblaba como si se enfrentara a un peligro mortal.

—No puedo…. no quiero —sollozó, sobrecogida porque él hubiera descifrado con tanta facilidad lo que escondía dentro de sí. Pero cada vez se debatía con menos fuerza, porque hasta la mano con la que Einar le sujetaba las muñecas estaba despertando en ella nuevas y devastadoras sensaciones.

—Déjate ir. Deja que te dé placer —pidió él, controlándose para darle su tiempo.

—No puedo —murmuró Yrene, negando con la cabeza.

—Puedes. Y lo harás.

Sus palabras sonaron como una promesa mientras la palma de su mano volvía a recorrer su piel ardiente, provocando nuevos estremecimientos. Luego, con el rostro pegado al suyo, Einar la deslizó hasta su pubis. Ella gimió:

—Maldito cabrón... No puedo. —Por un instante, él dudó al ver su expresión angustiada, pero volvió a reconocer el deseo que había en sus ojos.

—Mentira. Sí que puedes —musitó, antes volver a deslizar un dedo en su interior y ahora el que gimió fue él, al sentir su humedad atrapándolo. Comenzó a meter y sacar el dedo lentamente e Yrene apretó los dientes, resistiéndose a ceder el control, pero solo le tomó unos segundos darse cuenta de que era imposible; Einar aceleró poco a poco el movimiento de su dedo hasta que el placer la alcanzó de lleno, y gritó con fuerza. Dejó que su cuerpo cayera rendido sobre la cama sin notar que

él ya había liberado sus muñecas y que apartaba las hebras sudorosas de su rostro. Maravillado al ver su expresión llena satisfacción, exclamó—: ¡Otra vez! —La besó vorazmente antes de repetir—. ¡Otra vez, maldita sea!

—No puedo… —susurró Yrene, pero él ya la penetraba de nuevo, esta vez con dos dedos y el deseo volvió a consumirla. Sus manos recorrieron por voluntad propia el cuerpo masculino mientras arqueaba el suyo, entregándose a los voraces labios de Einar.

Cuando sintió el siguiente orgasmo de Yrene, Einar masculló algo ininteligible antes de volver a colocarse sobre ella, alzar sus caderas y hundirse en su interior; gruñó de placer cuando el cuerpo de Yrene rodeó su miembro como la más ardiente y húmeda boca. Sus uñas arañaron su espalda y sus caderas se alzaron para encontrar las de él. El siguió penetrándola durante unos minutos, ambos perdidos en la mirada del otro, hasta que su rostro se contorsionó por el placer y se vació en el interior de ella.

Yrene no quiso hablar durante un largo rato, convencida de que lo que había ocurrido era un error; aunque no le quedaba más remedio que asumirlo.

—Creo que deberías irte. Como te he dicho antes, me gustaría dormir un poco antes de la cena. —Lo miró con la expresión más fría que pudo reunir, lo que a ella mismo le resultó algo hipócrita ya que ambos seguían desnudos y él la tenía abrazada.

—Preferiría quedarme a dormir contigo. —La voz de Einar sonó perezosa y exasperante por algún motivo y, cuando ella intentó levantarse de la cama, él la agarró por el brazo y la hizo caer de espaldas.

—Te he dicho que se acabó la diversión —masculló. Él sonrió y le dio un beso en la nariz.

—Esto no ha sido una diversión más, y tú lo sabes —Su sonrisa se amplió al ver que ella bostezaba, a pesar de su intento de aparentar estar enfadada. —Duérmete un rato, te despertaré a tiempo para la cena.

—No quiero pelear contigo, pero preferiría que te marcharas —confesó ella, con voz cansada. Einar cogió la colcha y la echó sobre los dos porque le parecía que ella tenía frío. Después, la abrazó, pegándola a su cuerpo y volvió a decir:

—Duérmete.

Esperó a que la respiración de ella se hiciera más lenta y profunda antes de darle un beso en la frente y, entonces, volvió a recostarse y cogió un mechón de su pelo y lo acarició suavemente, contento de poder velar su sueño.

NUEVE



—¿Hay algo que quieras contarme? —preguntó Ulrik a Finn mientras caminaban calle abajo, en dirección al mercado; él no se sorprendió por la pregunta porque como sus esposas eran tía y sobrina, se habían tratado con frecuencia en los últimos meses y se conocían bien.

—Desde hace semanas, Adalïe sueña, una y otra vez, con un niño que es asesinado por una mujer. Cree que es una premonición y que podemos salvarlo, por eso hemos venido a la isla. Ahora mismo, debe de estar contándoselo a tu mujer.

Ulrik siguió caminando en silencio unos segundos, reflexionando, mientras descendían por la suave pendiente. Luego, respondió:

—Mi Adalïe está convencida de que tu esposa es la *Bendecida*, una especie de semidiosa a la que la gente de esta isla lleva siglos esperando. —Lo miró fugazmente antes de volver la vista al frente.

—Lo sé, mi mujer me lo ha dicho… al principio no quería creerlo, pero, poco a poco, se ha ido dando cuenta de que es verdad. Y, aunque lo acepta, también la asusta —admitió en voz baja y preocupada. Recordó el momento en que la conoció, meses atrás. Desde el primer instante, supo que era especial, que no era solo humana, pero nunca imaginó algo así...

Ulrik se detuvo al escuchar su tono de voz, provocando que Finn hiciera lo mismo, y le puso una mano en el hombro, en un gesto que le recordó a uno que hacía frecuentemente su padre, y afirmó con seriedad:

—Es normal que te preocupes. Tu mujer posee un poder antiguo y formidable, además de un corazón que no le cabe en el pecho. La combinación de ambas cosas puede suponer un peligro para ella —Finn asintió, de acuerdo con cada palabra—, pero te tiene a ti para protegerla y no podría haber elegido un mejor compañero. He visto cuánto la amas, igual que ella a ti. —Los ojos de Ulrik brillaron con el azul glacial del *berserker* al volver la vista hacia el palacio que acababan de abandonar, donde estaba su esposa, la persona que más quería en el mundo. Con una sonrisa, confesó: —Encontrar a nuestra *andsfrende* es un milagro. Doy gracias a Dios todos los días por haber encontrado a la mía y sé que moriré con su nombre en los labios.

—Daría mi vida sin pensarlo, si eso evitara su sufrimiento. Es mi única preocupación.

—¡Ah, hijo! —exclamó Ulrik en voz baja, mirándolo con complicidad—. Todos queremos eso para nuestras mujeres, pero no podemos encerrarlas en un cuarto para que no les pase nada. Además, ellas no lo permitirían —bromeó antes de soltar una carcajada—. Te diré lo mismo que le dije a Einar hace poco: si quieres un matrimonio largo y feliz, respeta a tu mujer. Ámala

con todo tu corazón, protégela con tu vida y, sobre todo, respétala.

—Mi padre me dijo algo muy parecido cuando conocí a Adalïe —reconoció Finn. Ulrik, con gesto sabihondo, respondió:

—Eso demuestra que tu padre y yo somos hombres muy inteligentes. —Ambos rieron hasta que oyeron que alguien los llamaba.

—¡Mira, ahí están! —exclamó Finn al ver a Knut, Isolda y Egil al final de la cuesta, junto a la entrada del mercado. Se reunieron con ellos y, mientras Ulrik saludaba a Isolda y a Egil, Finn aprovechó para hablar con Knut:

—Os hemos echado de menos. Esta noche los reyes darán una cena en nuestro honor. ¿Seguro que no queréis venir? —Los demás habían escuchado la pregunta y esperaban en silencio la contestación de Knut.

—Gracias por la invitación —respondió él tras compartir una mirada con Isolda—, pero preferimos quedarnos en el barco. Eso sí, seguimos queriendo acompañaros a Mondüir—le recordó.

—¿Seguro que queréis venir? —preguntó Ulrik, mirando a Isolda, para asegurarse de que ella estaba de acuerdo.

—A mí me da igual quién nos case, pero a Knut le hace ilusión que sea Magnus; dice que es una tradición entre vuestro grupo de amigos; también me ha dicho que es tío tuyo —contestó ella respondiendo a la pregunta de Ulrik, aunque al decir la última frase miraba a Finn.

—Es cierto, es hermano de mi madre. Fue fraile casi toda su vida, hasta que el papa lo excomulgó —contestó él, sonriendo al ver la expresión de sorpresa de Egil.

—La historia de cómo lo excomulgaron es muy divertida, pero ahora será mejor que nos movamos —intervino Knut, al ver que estaban obstaculizando la entrada de Luminar, el mercado de la ciudad, que era famoso por sus productos mágicos, únicos en el reino; en él se podían encontrar bálsamos lunares, bebedizos para el desconsuelo y elixires *mayal*, capaces de interpretar el significado de los sueños.

Al cruzar el umbral los cuatro se detuvieron, fascinados, a observar el lugar. Enredaderas luminiscentes trepaban por grandes árboles cuyas copas entrelazaban sus ramas en lo alto, formando un techo natural del que colgaban lianas de flores cuyo aroma llenaba todo el mercado; además, el suelo estaba cubierto por una densa alfombra de hierba que amortiguaba los pasos de los visitantes. Parecía como si la naturaleza protegiera el lugar y abrazara a quienes se aventuraban en él.

Ulrik aprovechó para consultar a un anciano hechicero, quien le indicó que el único puesto de miel que había en el mercado, estaba después de pasar la fuente central. Pero Egil se había detenido en un puesto atendido por elfos de cabellos dorados que vendían joyas encantadas. Finn y Knut lo observaban, igual de fascinados.

—No me extraña que el muchacho se haya quedado boquiabierto —comentó Finn—. Yo también lo estoy.

—Es increíble que el resto del mundo aún crea que la magia no existe —murmuró Ulrik mientras iban a buscar a Egil para decirle que debían continuar. Sin embargo, sus pasos volvieron a ralentizarse al pasar junto a un puesto donde un macho hada, de piel azul y alas traslúcidas, vendía a una pareja de humanos un ramo de flores-estrella recién cosechadas; en el puesto contiguo, un elfo anciano de ojos traviesos negociaba con un joven aprendiz de hechicero la venta de un cayado blanco, grueso, y retorcido.

Poco después de pasar junto a un grupo de puestos de diferentes tipos de comida y zumos, encontraron la fuente central de Luminar. Era redonda y blanca, con un surtidor en el centro del que manaba un chorro de agua dorada que se elevaba más de tres metros en el aire antes de volver a caer, salpicando a quienes se acercaban demasiado, motivo por el que un grupo de niños, humanos, hadas y elfos, correteaba a su alrededor, disfrutando del inesperado frescor en un día tan caluroso. Sus risas resonaban en el aire mientras dos hadas adolescentes los perseguían, dejando tras de sí una estela de polvo dorado, a la vez que emitían ruidos supuestamente aterradores.

Los cuatro se detuvieron a observar la escena, manteniéndose a una distancia prudente para no mojarse.

—Quedaos aquí. Acabo de ver el puesto de miel; vuelvo enseguida —dijo Ulrik.

Mientras Finn y los demás seguían disfrutando de la escena de los niños corriendo y riendo como locos, Ulrik aprovechó para negociar la venta de la miel que habían traído en el barco. Cuando regresó con ellos, su expresión satisfecha lo decía todo.

—Ya está vendida. Mañana le traeremos la miel y me pagará. Vamos, tenemos el tiempo justo para recorrer los últimos puestos antes de volver al palacio para la cena.

A medida que avanzaban, el ambiente del mercado se fue transformando ante sus ojos. Las risas cristalinas de las hadas se mezclaban con la voz grave de un anciano que anunciaba pociones capaces de sanar los corazones rotos, mientras la magia flotaba en el aire como diminutos fuegos artificiales. Algunos hechiceros hacían pequeñas demostraciones para vender sus productos: uno conjuraba llamas azules que danzaban sobre la palma de su mano y otro creaba un diminuto

dragón de humo que revoloteaba entre los curiosos, soltando chispas doradas que se desvanecían al contacto con sus cuerpos. Una elfa de rostro severo y túnica bordada con hilos de plata, vendía las codiciadas telas fabricadas por las hadas. Algunas cambiaban de color según el clima y otras eran tan ligeras que parecían desvanecerse al tacto. Los clientes se agolpaban a su alrededor escuchando con atención cómo explicaba, con voz calmada y enérgica, para qué servía cada una.

Al llegar al final del mercado decidieron regresar por el camino de la derecha, más cercano al mar, donde el sonido de las olas acarició sus oídos mientras caminaban junto a las terrazas, desde las que los clientes podían contemplar las maravillosas vistas mientras disfrutaban de un zumo. Entre los puestos que había en esa zona del mercado, uno en particular les llamó la atención, el que vendía criaturas capturadas en las profundidades del mar: caracolas parlantes, perlas luminosas y peces que nadaban en esferas de agua suspendidas mágicamente en el aire. El dueño del puesto, un tritón de piel verdosa y cabello cubierto de algas, conversaba animadamente con un grupo de compradores que observaban boquiabiertos los tesoros marinos que tenía a la venta.

Recorrieron el resto del camino en silencio, maravillados por la belleza de aquel lugar, hasta que llegaron a la salida y los dos grupos se despidieron.



Solo habían pasado dos días desde que su barco se había quedado varado en una de las playas de Valinor, aunque para ellos parecía que había pasado mucho más tiempo. A diferencia del primer viaje en el carro, que había sido por la noche, ahora se dirigían a la playa bajo los primeros rayos del amanecer. La luz dorada bañaba la costa con delicadeza y las dos lunas azules se desvanecían en el inmenso cielo, mientras los tonos anaranjados y rosados anunciaban la inminente salida del sol. La arena, de un delicado rosa, resplandecía con la luz del día mientras que las olas, de color turquesa, se deslizaban suavemente hacia la orilla y su sonido se mezclaba con el canto de las numerosas aves marinas que revoloteaban en busca de su desayuno.

El Príncipe Askar y sus amigos escoltaban el carromato que transportaba a los extranjeros, junto con suficientes provisiones y agua para el viaje. Gregers llevaba, además, una carta escrita por el príncipe en nombre de sus padres, destinada al monarca de Noruega como muestra de cortesía. Al lado de Gregers iba sentada su esposa y, junto a ella, Markus, que se volvió para ver a su familia y sonrió al ver a las pequeñas gemelas observando a sus padres, que las llevaban en brazos. Su hermana Lisbet y su esposo Esben contemplaban el paisaje con algo de nostalgia, igual que el resto del grupo; la noche anterior todos habían expresado su deseo de quedarse más tiempo en aquella tierra tan hermosa, pero debían partir cuanto antes hacia Mondüir. Markus giró la cabeza al escuchar el suspiro de Inge, que observaba la playa maravillada.

—Nunca olvidaré este lugar, es realmente hermoso —murmuró, contemplando cómo desaparecía el último rastro de las efigies de las lunas.

Askar, que cabalgaba a su lado, respondió con su cortesía habitual:

—Estáis invitados a volver cuando queráis.

Cuando el carro se detuvo, vieron a una mujer vestida con pantalones y camisa que parecía estar esperándolos. Los saludó y luego se dirigió al príncipe:

—El timón nuevo está instalado y en perfectas condiciones para navegar. —Askar bajo de su caballo y le dio las gracias. Gregers fue el primero en bajar del carromato y estrechar la mano de la carpintera.

—Gracias, muchas gracias —dijo con sinceridad. Luego miró al príncipe—. No sé qué hubiera sido de nosotros sin vuestra ayuda.

Askar sonrió y él y sus amigos ayudaron a los extranjeros a bajar del carro y a subir a la barca que los llevaría hasta su nave, despidiéndose cortésmente de ellos.

Cuando todos estuvieron a bordo y el barco comenzó a moverse. Gregers, pegado a la borda, alzó un brazo y saludó con entusiasmo.

—¡Gracias por todo, Príncipe Askar! ¡Nunca olvidaremos vuestra hospitalidad! —gritó.

—¡Que los vientos os sean favorables! —gritó Askar, otorgándoles, sin que lo supieran, la bendición más conocida de la isla.

—¿Crees que volveremos a verlos? —preguntó Othar. Askar no respondió de inmediato. Sus ojos azules y melancólicos se posaron en el horizonte, donde el sol ascendía, tiñendo el agua con destellos dorados.

—Tal vez —dijo finalmente.

El barco comenzó a alejarse impulsado por un viento suave. Desde la cubierta, los viajeros contemplaron por última vez la playa, el palacio que resplandecía en la distancia y al amable príncipe y sus amigos. Valinor quedaba atrás, pero el recuerdo de las maravillas de su reino permanecería en su memoria para siempre.

DIEZ



Yrene había echado de su habitación a Einar hacía una hora, para poder bañarse y prepararse para la cena y ya casi había terminado; solo le faltaba cepillarse el pelo para hacerse la trenza que llevaba siempre. Se había puesto un vestido que la reina le había regalado años atrás y que aún no había estrenado porque prefería los pantalones y las camisas, mucho más cómodos para su trabajo. Cuando asistía a algún evento en el palacio solía optar por pantalones y una blusa y, si hacía falta, una chaqueta de vestir. Nunca había entendido el afán de otras mujeres por llevar ropa ajustada e incómoda... hasta ese momento, porque, por primera vez, quería lucir lo más atractiva posible.

El vestido, de un verde tornasolado, cambiaba de tono según la luz, y la tela era la más suave que había tocado jamás. La reina también le había enviado unas sandalias doradas con largas tiras para atarlas al tobillo y con un tacón pequeño, pues sabía que si eran demasiado altas ella jamás se las pondría. Una vez calzada, se colocó frente al espejo de cuerpo entero del baño y se observó con ojo crítico.

El escote del vestido realzaba el nacimiento de sus pechos y se ceñía a su figura hasta las caderas, donde la falda se abría en una caída elegante que rozaba el suelo. Se miró en el espejo, notando cómo la tela acariciaba su piel con suavidad, y sonrió sin darse cuenta. Pero no tenía tiempo para admirarse; si no se peinaba en ese momento, llegaría tarde. Con una tonta sonrisa curvando sus labios, se sentó ante el tocador, sintiéndose absurdamente feliz.

Apenas había comenzado a peinarse cuando llamaron a la puerta. Se levantó para abrir y era Einar. Él no dijo nada, pero su mirada la recorrió lentamente, deteniéndose en cada detalle, y ella hizo lo mismo y se deleitó con su imagen. Con esos pantalones y la chaqueta negra que se ajustaban a su cuerpo como una segunda piel, estaba más imponente que nunca.

—Estás preciosa —dijo él con voz ronca.

—Gracias —contestó ella, carraspeando para recuperar la voz—. ¿Querías algo?

—Acompañarte al salón.

—Todavía no estoy lista —respondió, esperando que se marchara porque su corazón latía con tanta fuerza que estaba segura de que él podía escucharlo.

—¿Puedo pasar? —Ella dudó, pero después de lo que habían hecho hacía un rato en esa misma habitación, le parecía una hipocresía negarse.

—Claro. —Se apartó para dejarle espacio mientras decía—: Es verdad que todavía no he terminado de prep... —Pero Einar la interrumpió al cerrar la puerta y sujetarla por la cintura. Luego inclinó el rostro y la besó suavemente; dos veces, como si con una no hubiera tenido suficiente. Yrene le rodeó el cuello con los brazos y le correspondió, feliz.

—Yo creo que estás perfecta —musitó Einar, tomándole un mechón de cabello y acariciándolo entre los dedos. El corazón de Yrene se saltó un latido al cómo se lo llevaba a los labios y lo besaba, sin apartar la mirada de sus ojos.

—Todavía tengo que peinarme —repitió ella, odiando el temblor de su voz. Puso las manos sobre su pecho para apartarlo, pero entonces sintió cómo se aceleraba su corazón bajo su contacto y lo miró, sorprendida.

Einar le sonrió, aunque no era su sonrisa habitual, esta parecía casi... tímida.

—Nunca te he mentido. Esto no es un juego para mí. —Sus palabras la pusieron todavía más nerviosa.

—Déjame que me peine, por favor, o se nos hará tarde —susurró. La mirada de él se ablandó y le acarició la mejilla con un dedo antes de apartarse.

—Permíteme que te ayude.

—No hace falta —respondió ella, sentándose de nuevo en el tocador. Indiferente a su negativa, él se colocó detrás de ella y alargó la mano, solicitando el cepillo silenciosamente.

—Déjame —pidió, sereno.

—Pero... —susurró Yrene con la boca seca.

—Solo quiero cepillarte el pelo.

—No —dijo, pero cuando sus ojos se encontraron con los suyos a través del espejo, supo que él no cedería. Entonces suspiró y se lo entregó.

Einar deslizó el cepillo por su melena con tanta suavidad que Yrene parpadeó para ahuyentar la humedad en sus ojos.

—¿Le has cepillado el pelo a muchas mujeres? —Se maldijo en cuanto se lo preguntó porque no quería parecer celosa. Él se detuvo un instante, como si la pregunta lo tomara por sorpresa, luego reanudó el movimiento.

—No. Para los *berserkers* este es un acto de amor tan importante que solo lo realizamos con nuestra verdadera pareja. —Horrorizada, Yrene apartó la cabeza de él.

—Ya es suficiente. Gracias. Voy a hacerme la trenza. —Él dejó el cepillo sobre el tocador y le puso las manos sobre los hombros, mirándola a los ojos a través del espejo.

—No te la hagas —pidió.

—Pero...

—Déjatelo suelto. Por favor. —Sabía que no debía ceder, pero inclinó la cabeza en señal de aceptación. Cuando salieron al pasillo, él añadió—: Lo que he dicho antes es cierto, estás preciosa. —Le ofreció su brazo y ella lo aceptó.

—Tú también estás guapo.

—Muchas gracias —contestó Einar, deteniéndose por un momento, mientras sus ardientes ojos recorrían el rostro de ella como si buscara la respuesta a algo.

—¿Qué ocurre?

—Nada —dijo, sacudiendo la cabeza y reanudando la marcha.

Yrene lo acompañó sin soltar su brazo y, pocos pasos después, ambos se detuvieron ante la sala de la familia, donde los reyes celebrarían una cena privada con los recién llegados. Como las altas puertas doradas estaban abiertas, cruzaron el umbral, pero se detuvieron en la entrada observando la deslumbrante habitación iluminada por decenas de los típicos faroles flotantes de la isla, que proyectaban una luz suave y cálida. En el centro de la sala, una gran mesa rectangular de tonos dorados y plateados ya estaba lista para los comensales. Einar se acercó y rozó una esquina con el índice; luego, se volvió hacia Yrene.

—¿Qué material es?

—Arenas del Círculo de la Luz —respondió ella con una sonrisa misteriosa. Se acercó y apoyó la palma sobre la mesa. Al instante, una vibración sutil recorrió su piel, como si la superficie cobrara vida bajo su toque.

—Pon la mano como yo —dijo a Einar. Él obedeció y, al notar el leve temblor, frunció el ceño con sorpresa.

—Es como si chisporroteara.

—Porque está llena de energía —explicó ella—. Si se sabe canalizar, este material puede proyectar tu espíritu a cualquier lugar. Pero solo aquellos con ciertos dones son capaces de lograrlo.

Yrene se fijó en que habían dispuesto la mesa para doce comensales y que tanto la cubertería, como la vajilla y la mantelería, pertenecían a la colección personal de la reina, reservada solo para ocasiones especiales. Además, toda la superficie ya estaba cubierta con bandejas ofreciendo coloridos guisos, potajes y picadillos.

—¿Están humeando porque están recién hechos o es magia? —preguntó Einar en broma, pero se sorprendió al escuchar una voz tras él que respondía:

—Es magia, por supuesto.

Era la Reina Lena, que se acercó a ellos con una sonrisa. Llevaba un vestido de terciopelo azul medianoche y sostenía su varita favorita en la mano derecha.

—Acabo de terminar con la comida, ahora iba a comenzar con el techo —confesó—, pero habéis llegado algo temprano.

—Podemos irnos si quieres —ofreció Einar amablemente. La reina negó con la cabeza, sin dejar de sonreír.

—Por supuesto que no. Esperad un momento, termino enseguida.

Bajo la atenta mirada de Einar e Yrene, apuntó al techo con la varita y cerró los ojos, murmurando un hechizo ininteligible para ellos. Pasados unos segundos, comenzó a balancearse levemente, como si siguiera una melodía que solo ella podía escuchar, y su vestido de baile se mecía con ella.

—¿Qué está haciendo? —musitó Einar al oído de Yrene.

—Encantando el techo —respondió ella en voz baja con naturalidad. Einar volvió a observar a la reina, todavía más interesado que antes, porque era la primera vez que veía es tipo de magia en acción. Aunque había presenciado en alguna ocasión los dones de su prima, esto era distinto y estaba decidido a no perderse nada. —Es mi encantamiento preferido. Ya verás —susurró Yrene en su oído.

Einar notó cómo, poco a poco, el techo comenzaba a volverse translúcido. Lena continuó su conjuro hasta que la

superficie desapareció por completo, revelando un cielo salpicado de estrellas y las dos lunas azules brillando sobre ellos.

Yrene se acercó a la reina rápidamente al ver que se tambaleaba ligeramente al abrir los ojos y se preparó para sostenerla si era necesario.

—¡Majestad! ¿Estáis bien?

—Sí, querida. No es nada —aseguró, dirigiendo su mirada a Einar, que también se había acercado a ella. Al ver que la monarca estaba bien, él miró al cielo y musitó:

—Es increíble. —La reina sonrió con modestia.

—Me gusta hacerlo cuando tenemos invitados especiales. ¿Queréis tomar algo? A mí me vendría bien un zumo —añadió, caminando hacia la mesa.

Como por arte de magia, una *ylva* apareció con una jarra de zumo y tres vasos. Einar imaginó que la reina le había pedido mentalmente a la diminuta criatura que le trajera la bebida.

—Por favor, llévalo a la mesa, Aranuï —ordenó. Luego, mirando a Yrene y Einar, añadió—: Sentémonos un momento. —Ella lo hizo en la cabecera de la mesa y dejó la varita cuidadosamente junto a su plato. Einar tomó asiento a su izquierda e Yrene a su derecha, de modo que, ellos dos, quedaron frente a frente.

La reina cogió uno de los vasos de madreperla, lleno de un líquido azul, y bebió en silencio, y ellos la imitaron, aunque Einar solo dio un sorbo, porque el zumo era demasiado dulce para él; mientras las dos mujeres bebían, su mirada se deslizó por los diversos manjares que había sobre sobre la mesa, la mayoría de los cuales le resultaban desconocidos.

—Pensaba que no comíais carne —comentó, extrañado, al fijarse en una bandeja que había cerca de ellos que contenía lo que parecía ser un ave dorada, similar a un faisán, aunque de mayor tamaño. Su piel crujiente estaba decorada con pequeñas flores rojas y amarillas que parecían de cristal y que llamaron su atención más que el ave en sí.

—Y no lo hacemos —respondió Yrene, después de intercambiar una mirada divertida con la reina—. Ese es uno de los platos más típicos de nuestro país, una mezcla de plantas, hortalizas, especias y huevo, todo horneado. Aunque normalmente no los hacemos con forma de animales; imagino que ese lo han moldeado así por vosotros.

—¿Y esas flores que tiene encima? ¿Se comen?

—Sí, tienen un sabor dulce y picante a la vez. La salsa de los cuencos que hay a los lados está hecha de frutos secos y hierbas, y es el aderezo perfecto para ese plato. Pero no me pidas la receta, porque soy la peor cocinera que puedas imaginar —confesó, riendo.

Su risa hizo que una gran sonrisa apareciera en el rostro de Einar, hasta que notó la manera en que los observaba la reina. Entonces volvió a mirar la mesa y dijo:

—Nunca había visto una mesa tan lujosa y eso que antes embarcar cenamos con los Reyes de Noruega.

—Esta es mi vajilla preferida. Ha sido tallada por los mejores artesanos de la isla —confesó la reina.

—¿Eso es jade? —preguntó, incrédulo, señalando uno de los platos. Su anfitriona asintió.

—Sí, la vajilla entera está fabricada en jade y cuarzo rosa, excepto las ensaladeras, que son de piedra de luna.

De repente, se levantó y dijo:

—Venid.

La siguieron hasta el centro de la mesa, donde había dos ensaladeras que parecían conchas marinas gigantes. La reina señaló una de ellas y explicó, mirando a Einar:

—Esta ensalada es de algas luminosas, que han sido recolectadas hoy mismo para que no pierdan su brillo, y de chiribitas marinas. Las chiribitas no son tan llamativas como sus compañeras, pero al morderlas explotan en la boca con un sabor levemente salado y refrescante, como si tomaras un sorbo del mismísimo océano. Por eso combinan tan bien con el dulzor de las algas. Estoy segura de que la mezcla te encantará —afirmó. Einar observó con interés las algas brillantes de color azul celeste junto a las bolitas blanquecinas y semitransparentes.

Junto a las ensaladeras había varios tipos de panes, todavía calientes, aunque muy diferentes a lo que en su tierra conocían como pan. Yrene le explicó que la mitad estaban rellenos de crema de miel de flores silvestres, para quienes preferían lo dulce, y la otra mitad de mermelada de frutos secos y especias del norte, para los que gustaban de un sabor más picante. A petición de la reina, Yrene cortó un trozo de pan de cada clase y lo repartió entre los tres; cuando él terminó de probarlos, ellas lo miraban esperando que les dijera cuál le había gustado más, pero sus siguientes palabras no tenían nada que ver con la comida.

—¿Ya has hablado con mi prima? —Yrene sintió que la reina se tensaba al escuchar su pregunta.

—Sí. —Él entrecerró los ojos ante su escueta respuesta, pero insistió:

—¿Y crees que es la *Bendecida*?

—Sí. Y por eso es fundamental que se quede aquí, con nosotros, para que podamos enseñarle a utilizar el gran poder que le ha legado Navala. Además, según la profecía, ella es nuestra única esperanza para frenar el avance de la oscuridad. —Su voz sonó más autoritaria de lo habitual, sorprendiendo a Yrene.

—Sé que para vosotros el don de mi prima es muy importante, pero Adalïe decidirá si se queda o no. —Einar le respondió en el mismo tono que ella había utilizado—. Su marido jamás permitirá que la obliguen a hacer algo contra su voluntad y, en cuanto a mí, aunque solo hace unos meses que la conozco, la quiero como a una hermana y defenderé su felicidad con mi vida, sin importarme nada más.

Las últimas palabras sonaron como una advertencia. Yrene apoyó la mano sobre su antebrazo y susurró:

—Einar… —Él la miró durante un instante y puso su mano sobre la de ella para tranquilizarla. La reina, al ver ese gesto, sonrió.

—No pasa nada —le dijo a Yrene, antes de volver a mirar a Einar y, en un tono más suave, añadir—: Entiendo tu preocupación y te doy mi palabra de que no queremos hacerle daño, pero necesitamos su ayuda para salvar Selaön; por eso encargué a Yrene hace tres años que buscara a la *Bendecida*.

Einar miró a Yrene con aparente seriedad, aunque en su mirada brillaba un destello divertido al descubrir, por fin, su verdadera misión.

—Buenas noches.

Los tres se giraron hacia la puerta, donde Adalïe los observaba acompañada por Finn y por los padres de Einar.

ONCE



La reina se acercó a saludarlos y, poco después, al ver que Haakon llegaba junto a sus amigos, pidió al grupo de su amiga que fuera tomando asiento. Se dirigió al príncipe y le habló en voz baja y comprensiva:

—Bienvenido, príncipe. He oído que habéis perdido a un amigo muy querido en el viaje. Lo siento mucho.

—Era el mejor hombre que he conocido —murmuró él con expresión grave, flanqueado por Bjorn y Axel. Detrás de ellos esperaban Ahmad, su médico, y, por supuesto, Horik.

—Entonces, lo lamento doblemente —dijo la monarca, posando con suavidad una mano en su antebrazo, sorprendiéndolo. La mirada de la anciana parecía querer decirle algo sin palabras; Haakon frunció ligeramente el ceño, impaciente, y, finalmente, la reina sonrió antes de decir con expresión inocente—: Encontraréis vuestro nombre escrito en una hoja dorada con tinta brillante al final de la mesa. Os he asignado ese sitio personalmente y espero que la cena os ayude a distraeros de vuestro dolor, al menos durante un rato.

Disculpadme—añadió, antes de pasar a saludar al siguiente grupo de invitados.

Eran los Reyes Élficos, que estaban conversando animadamente con la hija de la Reina Lena, la Princesa Holda Unn, y su nieta la Princesa Lena, que venía acompañada por su esposo; detrás de ellos llegaron la Princesa Kaia y su marido. Después de saludarlos, la reina notó que algunos invitados aún no habían llegado. Holmgeirr se acercó a ella y le susurró:

—Tronch, Zoydis, Hjalmar y Oonagh no han venido.

—Es extraño. ¿Podemos enviar a alguien a buscarlos...? —comenzó a decir, pero en ese momento los aludidos entraron en el salón.

—Perdonad, majestad —dijo Oonagh, acercándose junto a su esposo. Tronch y Zoydis los seguían de cerca—. Ziu no se encontraba bien y he tardado un poco en tranquilizarlo.

—Siento oír eso —murmuró la anfitriona—. ¿Está mejor? —Oonagh asintió en silencio, y ella sonrió. Fue entonces cuando el mayordomo del palacio, un enano con la piel de color verde lima y el cabello dorado, hizo su entrada en el salón, seguido por varias *ylvas* que portaban, cada una de ellas, un cuenco humeante. —Entonces, disfrutemos de la cena. Vuestros asientos están al otro lado de la mesa, junto a los de tus padres —dijo la Reina Lena a la Princesa Oonagh.

La soberana tomó asiento en la cabecera de la mesa más cercana a la puerta, con el rey a su derecha. A su izquierda, se encontraba la joven Adalïe, con quien deseaba conversar más a fondo, y su marido, Finn; a continuación, Adalïe la mayor, y su esposo Ulrik. Después, la Princesa Kaia, sentada sobre una varda para proteger sus alas, su esposo Carlson, la Princesa Holda Unn, Bjorn y Axel. El Príncipe Haakon estaba sentado en

la esquina, junto a la Reina Eruwa y el Rey Apsel, quienes presidían el otro extremo de la mesa.

Al otro lado, comenzando por la izquierda del Rey Apsel, estaba su hija, la Princesa Oonagh y su esposo Hjalmar; a continuación, Zoydis y Tronch, seguidos por Ahmad, Horik, la Princesa Lena, Arud, y finalmente, Yrene y Einar.

Cuando todos estuvieron sentados, se hizo un breve silencio, roto solo por el suave sonido de las *ylvas* depositando los cuencos de sopa dulce y caliente ante los comensales. Para aliviar la tensión, Hjalmar rompió el silencio:

—Disculpad nuestro retraso, pero Ziu, el unicornio de mi esposa, estaba muy inquieto y las canciones habituales no lograban calmarlo. —La Princesa Oonagh se ruborizó al notar que todos la miraban y se apresuró a justificarse:

—Es muy sensible y extraña mucho a Basthil.

—¿Quién es Basthil? —preguntó el Príncipe Haakon, claramente desconcertado.

—Su dragona —respondió Hjalmar, disfrutando del asombro reflejado en los rostros de los recién llegados. Con una expresión traviesa, añadió—: Aunque, por su tamaño, parece más un caballo que un dragón.

—¿Es pequeña? —volvió a preguntar Haakon. Esta vez, respondió Oonagh.

—Sí. Cuando salió del huevo, su madre la abandonó, segura de que moriría. La encontré una tarde en el bosque, refugiada en una cueva… apenas era capaz de sostenerse en pie. Me la llevé a escondidas a mi habitación y cuidé de ella desde entonces. Pasé muchas noches en vela, alimentándola con mis propias manos, temiendo que no lo lograría, pero sobrevivió.

—Gracias a ti —intervino Hjalmar, tomándole la mano y mirándola con orgullo. Oonagh volvió a sonrojarse, aunque su sonrisa mostraba lo feliz que se sentía.

—No lo entiendo muy bien —intervino Ahmad, el médico, que había seguido la conversación con atención— ¿Queréis decir que vuestra dragona se parece a un caballo?

Su pregunta provocó carcajadas entre quienes conocían a Basthil, aunque los extranjeros se miraron entre sí, sin comprender qué les resultaba tan divertido. La Reina Lena decidió intervenir y explicó con una sonrisa:

—Nadie podría confundir a Basthil con un caballo. Aunque es pequeña, su forma es la de un dragón y es capaz de escupir fuego, aunque en menor cantidad que uno de tamaño normal. Además, no creo que exista un caballo rosa y con ojos verdes.

—¡Qué pena que no la hayas traído! ¡Me encantaría haberla visto! —afirmó el médico. Los visitantes asintieron, completamente de acuerdo, lo que llevó a Oonagh a explicar:

—No podía. Acaba de poner un huevo y habría sido muy doloroso para ella separarse de él.

Einar sacudió la cabeza mirando a la elfa, pero su atención se desvió a su izquierda, cuando escuchó la voz de su prima hablando con la Reina Lena.

—Me gustaría mucho ir a ver una competición de truchas. Mi tía me ha hablado mucho de ellas —comentaba en ese momento con una sonrisa.

—¡Hace tantos años que no vamos a una! —suspiró melancólicamente la reina, antes de volverse hacia su esposo—. ¿Cuánto hace, Holmgeirr?

—No lo sé, pero demasiado.

—Sí —admitió ella. Miró a tía y sobrina—. ¿Os importaría que os acompañáramos?

—Claro que no —contestó, la prima de Einar al notar la ilusión en el rostro de la reina. Luego miró a su tía, quien añadió:

—Estaríamos encantadas.

—¡Estupendo! ¿Podríamos ir mañana? —preguntó la monarca, volviendo a mirar a su esposo.

—No veo por qué no. Yo me encargo de prepararlo todo —aseguró él.

Einar no intervino, pero no dejaba de observarlos para asegurarse de que su prima no se sintiera incómoda, a pesar de saber que Finn hacía lo mismo.

—La reina jamás le haría daño, te lo prometo —susurró Yrene junto a su oído. Él giró la cabeza para mirarla y ella susurró —: Aunque no sé si ahora seguirás fiándote de mi palabra.

—¿Por qué no iba a hacerlo? —preguntó Einar, genuinamente sorprendido. La expresión de Yrene vaciló y, sin darse cuenta, su mirada se desvió hacia la reina. Fue suficiente para que él entendiera. —Cariño…—murmuró con suavidad, apretando ligeramente su mano—… te conozco y confío en ti. No tienes que explicarme nada.

En los ojos de Yrene, el temor dejó paso al alivio al darse cuenta de que no estaba molesto. Einar se llevó su mano a los labios y la besó, sin preocuparse por las miradas ajenas y sonrió al notar que ella no intentaba apartarse.

Ninguno de los dos se percató de que la reina los observaba en silencio, con una discreta sonrisa en los labios.

Poco a poco, la sala se llenó de conversaciones y risas mientras los comensales degustaban los exquisitos manjares, reflejo de la cultura de cada Reino de Selaön. La Reina Lena recorría la mesa con la mirada, asegurándose de que todos sus invitados estuvieran cómodos, mientras conversaba intermitentemente con Adalïe y con su esposo, el Rey Holmgeirr, entre sorbos del afamado vino estrellado, que debía su nombre al sutil resplandor que emitía.

Los invitados alabaron todos los platos, pero el que más elogios recibió fue el postre, una creación especial de la pastelera real para el último cumpleaños de la monarca, gran amante de los dulces. Se trataba de una tarta cubierta con una capa de merengue plateado que, al ser cortada, liberaba una luz suave que llenó la sala de serenidad; pero, lo más sorprendente era su sabor dulce y sutil, que hizo que todos los presentes afirmaran que era el mejor postre que habían probado en su vida. Durante la cena, la reina apenas había hablado con Einar, pero lo hizo al terminar su trozo de tarta.

—Yrene me contó que hubo un asesinato en el barco.

—Sí, fue algo muy desagradable, sobre todo para el príncipe porque, no solo perdió a un gran amigo, sino que el veneno iba dirigido a él —explicó Einar. Echó un vistazo a Haakon, pero en esa parte de la mesa estaban inmersos en su propia conversación y no los escuchaban—. El príncipe sobrevivió porque intercambió su plato con Daven y ahora debe cargar con el sentimiento de culpa que siente por su muerte, además del dolor por su pérdida.

—Al menos descubristeis pronto quién fue y no hubo más víctimas.

—Lo más sorprendente es que el asesino era uno de nuestros mejores timoneles. Lo conocía desde hacía años y jamás había dado problemas —suspiró—. Pero quería matar a Haakon para vengarse de su padre porque había perdido a toda su familia en la guerra. Cuando lo confrontamos y le dijimos que sabíamos la verdad, sacó un frasco de veneno y se lo bebió. Murió minutos después.

—Vaya historia —murmuró el rey, que, al igual que los que estaban cerca, había estado escuchando la historia en silencio.

Al final de la mesa, la conversación tomaba otro rumbo. Hjalmar estaba explicando que al día siguiente iba a viajar a la Montaña Mágica para llevar a un grupo de *molugs*. Después de tragar un trozo de la deliciosa tarta, se dirigió a Bjorn, Axel y Haakon, a quienes tenía justo enfrente:

—¿Sabéis qué son los *molugs*?

Los tres negaron con la cabeza. Hjalmar dejó la cucharilla sobre su plato y suspiró. Miró a su hermano por encima de la cabeza de su cuñada, Zoydis, y Tronch asintió, dándole permiso, consciente de que era imposible contar la historia de los *molugs* sin mencionarlo. Solo entonces, Hjalmar comenzó a hablar:

—Aunque aún no los hayáis visto, porque evitan a los extranjeros, los *molugs* son los guardianes de este palacio. Pero no obedecen a los reyes, sino a los *Ent* que habitan en los bosques oscuros. A simple vista, parecen árboles parlantes que son capaces de moverse, aunque rara vez lo hacen a la vista de otros, pues prefieren permanecer invisibles. Cuando están cerca, el aire vibra con una extraña energía y un intenso aroma a tierra mojada lo impregna todo. Pero lo realmente trágico de su existencia es que creen ser espíritus libres cuando, en realidad, cumplen una condena por un pecado cometido en una vida anterior; su castigo es más cruel de lo que parece pues,

bajo la corteza que los recubre, aún conservan su cuerpo humano, aunque no lo usen ni recuerden quiénes fueron. —Hjalmar se quedó mirando a Tronch durante un largo instante, hasta que Bjorn preguntó:

—Entonces, ¿los *molugs* obedecen a los *Ent*? —preguntó Bjorn.

—Sí —confirmó Hjalmar.

—¿Y los *Ent*?

—A nadie —respondió Tronch con voz atronadora antes de que su hermano pudiera contestar.

El silencio se extendió entre los invitados, que trataban de asimilar lo que habían escuchado.

—¿Decís en serio que esos árboles guardianes tienen hombres atrapados bajo su corteza? —preguntó Einar con el ceño fruncido.

—Exactamente —afirmó Tronch, mirándolo fijamente, con la mandíbula tensa, conteniendo la furia que le provocaba ese tema. Ignorando los murmullos de asombro que había despertado, añadió—: Más concretamente, a los *berserkers* que se atrevieron a desobedecer a Odín.

—¡Eso es imposible! —exclamó Haakon—. Odín nos ama por encima de los demás, por eso nos bendijo con el espíritu *berserker*. Jamás haría algo que nos perjudicara.

Axel le susurró que se calmara, pero Tronch le dirigió una sonrisa sarcástica antes de preguntar con voz tranquila:

—¿Estás seguro de eso, príncipe?

—Por supuesto —afirmó Haakon con convicción. Luego miró a la Reina Lena, esforzándose por mantener la compostura—. No quiero ser irrespetuoso, majestad, pero...

Ella alzó una mano para calmarlo y respondió con dulzura:

—En mi reino se puede conversar de todo, siempre que se haga con respeto. Hablad con libertad.

Haakon volvió a centrar su atención en Tronch.

—¿Cómo estás tan seguro de lo que dices?

Los ojos helados de Tronch se encontraron con los ardientes de Haakon mientras respondía sin titubeos:

—Porque yo era el *Ent* que gobernaba el bosque oscuro de este reino y, cuando me encontró mi hermano, no me acordaba de él. No recordaba nada de mi vida anterior. —Giró la cabeza hacia su esposa y su expresión se suavizó por completo. —Pero mi Zoydis me salvó. Gracias a ella volví a ser humano.

El médico, lleno de curiosidad, miró a Zoydis y le preguntó:

—¿Cómo lo conseguiste?

—Con mucho esfuerzo —confesó ella, con una mano posada sobre su vientre—. Lo más difícil era retirar la corteza sin hacerle daño, pero lo logramos gracias a Apsel. —Miró al Rey de los Elfos, quien seguía la conversación con atención y que inclinó la cabeza en señal de reconocimiento. —Él tuvo la idea de dormirlo durante los primeros días para evitarle sufrimiento. Luego lo sumergimos en una bañera llena de una sustancia que Apsel destiló, similar a la que exudan ciertos animales al mudar la piel. —Por un instante, el dolor de aquellos días se reflejó en su mirada. Con voz baja, continuó: —No despertó hasta dos semanas después —dijo en voz baja—. Durante ese tiempo, lo

mantuvimos en ese líquido casi sin interrupciones, dejando que su cuerpo se desprendiera de la corteza por sí mismo, y comenzamos a alimentarlo poco a poco con zumos vegetales para fortalecerlo. Fue duro, pero finalmente… —Su mirada se perdió en la de su esposo durante un instante de comunicación silenciosa.

—¿Cómo estaba su cuerpo cuando lograron quitarle la corteza? —preguntó el médico, fascinado.

—No podía sostenerse por sí mismo, ya que la corteza era la que lo había mantenido erguido durante siglos y sus músculos, inactivos durante todo ese tiempo, estaban completamente atrofiados. Tardó semanas en recuperar la fuerza suficiente para mantenerse en pie. —Suspiró, antes de concluir: —Su piel era tan pálida que la luz del sol le provocaba unas quemaduras terribles. Pero lo que más nos costó fue restablecer el flujo de sangre por su cuerpo, porque sus venas estaban llenas de esencia vegetal; finalmente lo logramos gracias a un hechizo desintoxicante y a varios rituales enlazados que consiguieron romper la maldición de Odín.

—Es la historia más increíble que he escuchado en toda mi vida —confesó Ahmad, mientras observaba detenidamente a Tronch, impresionado por su complexión robusta y su evidente buena salud—. Lo digo con todo respeto, pero todo lo que sé me hace pensar que ningún cuerpo humano podría sobrevivir a algo así, ni siquiera durante unos meses, mucho menos durante cientos de años.

—Pues yo soy la prueba de que es posible —afirmó Tronch, sosteniéndole la mirada—. Como ha dicho mi mujer, tardé meses en volver a moverme por mí mismo y en que mi estómago aceptara comida normal, en lugar de los nutrientes que absorbí durante siglos directamente de la tierra. Pero lo

logré, gracias a Zoydis, a mi hermano y, por supuesto, al Rey Apsel—añadió, dirigiéndole una mirada de agradecimiento.

—Cuando Tronch superó ese tormento, supimos que no podíamos quedarnos de brazos cruzados. Enseguida entendimos que era nuestro deber ayudar al resto de los hombres que Odín había maldecido —intervino Hjalmar, con los ojos encendidos de ira—. La Reina Lena convocó a los demás reyes de Selaön y les reveló la verdad, y todos coincidieron en que esto no podía continuar.

—No sabíamos que los *Ent* y los *molugs* eran en realidad humanos. Fue devastador descubrir que aquellos que nos habían protegido durante tanto tiempo, sin que nosotros lo supiéramos, vivían prisioneros de una maldición —afirmó la Reina Lena, con expresión sombría.

—Nosotros tampoco lo sabíamos —agregó la Reina Eruwa con su melodiosa voz—, y estoy segura de que tus padres tampoco —añadió, dirigiéndose a la Princesa Kaia.

—No, y están dispuestos a hacer lo que sea necesario para ayudarlos —aseguró la princesa.

—Si hubiéramos sabido lo que ocurría, no lo habríamos permitido —continuó la Reina Lena—. Siempre consideramos a los *molugs* árboles con conciencia, pero ahora que sabemos la verdad, estamos decididos a hacer lo que sea para devolverles su humanidad.

—Por lo que decís, hay un *Ent* en cada Bosque Oscuro… —dijo Einar, con el mismo gesto preocupado que el resto de *berserkers* presentes.

—Sí —confirmó la reina.

—¿Y cuántos *molugs* hay? —le preguntó a continuación, mirándola fijamente.

La reina desvió la mirada hacia Tronch, quien respondió con su característica voz cavernosa:

—Es difícil precisar un número, pero … miles.

Los extranjeros lo miraron, atónitos, hasta que Hjalmar habló de nuevo:

—Son demasiados. Si tuviéramos que ayudarlos uno por uno, como hicimos con mi hermano, nos tomaría una eternidad… Afortunadamente, contamos con la Montaña Mágica.

—¿Qué es eso? —preguntó Haakon, intrigado.

Hjalmar sonrió y dirigió su mirada al Rey Élfico antes de responder:

—Es mejor que lo explique el Rey Apsel. Él convirtió una montaña yerma en un vergel y un refugio para los enfermos desahuciados y para quienes no pueden permitirse un curandero o un hechicero. —El actual Rey de los Elfos, tomó la palabra, mirando al Príncipe Haakon:

—Como ha dicho Hjalmar, creé la Montaña para brindar un refugio donde sanar a todos los enfermos, independientemente de su situación económica. Allí todo el entorno está diseñado para su bienestar. Los pacientes se alojan en cabañas junto a un lago, mientras que los cuidadores y sanadores residen en un edificio cercano, donde también se almacenan los remedios y se practican los tratamientos.

—¿No los curáis con magia? —preguntó Ahmad, intrigado.

—Utilizamos tanto la magia como la medicina ancestral de la isla, transmitida de generación en generación. Nunca he rechazado ningún método de curación, siempre que beneficie a los enfermos. Zoydis y yo hemos compartido con los curanderos de la Montaña el proceso que empleamos con Tronch y estoy muy satisfecho con los resultados.

—Solo en este reino hemos logrado que casi doscientos molugs recuperen su humanidad —intervino Hjalmar—. Y mañana llevaremos a otros doce.

—¿Está cerca ese lugar? —preguntó Einar.

—Desgraciadamente, no —respondió Hjalmar—. Ese es el problema, porque cuando los molugs se alejan de su bosque, entran

en una especie de hibernación y, si permanecen demasiado tiempo lejos, mueren. Por eso es fundamental que el traslado sea rápido.

—Quiero acompañaros. Me gustaría ayudar, si es posible… —dijo Haakon, sorprendiendo a todos. Hjalmar lo miró fijamente y, tras un instante, asintió.

—Toda ayuda es bienvenida.

—¿Cuánto tiempo permaneceréis allí? —preguntó el príncipe, pensando en el objetivo de su viaje.

—Solo el necesario para dejar a los *molugs* instalados, luego regresaremos. Zoydis y Tronch también vienen con nosotros.

—Me gusta acompañarlos por si algún molug enferma durante el viaje, pero esta será la última vez… al menos hasta que dé a luz. Ya estoy muy pesada —dijo Zoydis, frotándose suavemente la barriga.

Haakon miró a Horik, quien negó con la cabeza, pero, al notar la expresión decidida del príncipe, le explicó en voz alta por qué no le parecía buena idea:

—Recuerda que tenemos que ir a Mondüir, por eso estamos aquí. Y si esa montaña está lejos, tardaréis mucho en ir y volver viaje, ¿no es así? —preguntó a Hjalmar. El pelirrojo sonrió ampliamente antes de responder:

—Viajando con unos caballos normales tardaríamos al menos diez días, pero tenemos la suerte de que nos lleven los caballos alados de la reina. —Miró a la Reina Lena, quien asintió y Hjalmar volvió a mirar a Horik—Gracias a ellos podemos volver en un par de días... siempre y cuando los dragones plateados de la entrada no nos hagan esperar demasiado antes de llevarnos dentro. —Su mirada traviesa provocó que Oonagh, su esposa, le diera un leve golpe en el antebrazo, aunque pareció más una caricia que un reproche. A continuación, la princesa miró a Horik y le dijo:

—No le hagas caso, es una broma.

El Príncipe Haakon, interpretándolo mal, sonrió y afirmó:

—Ya me parecía a mí que eso de los dragones plateados se lo había inventado. —La Princesa Oonagh lo miró, sorprendida, y aclaró:

—No, no, los dragones plateados existen; son los encargados de transportar a los que entran y salen de la Montaña en una cesta. Lo que quise decir es que los dos conocen a Hjalmar y nunca lo han hecho esperar; esa era la broma.

—Pues yo creo que, precisamente porque lo conocen bien, es muy posible que no lo dejen pasar —bromeó Arud, el esposo

de la Princesa Lena y buen amigo de Hjalmar, provocando las risas de todos.

—Ha sido un inesperado placer reencontrarme con una querida amiga a la que creía que no volvería a ver —confesó inesperadamente la Reina Lena, mientras miraba a Adalïe Falk con una sonrisa—, y conocer a toda su familia. —Precisamente recordando algo que le había dicho esa misma tarde, se dirigió a Ulrik y le preguntó:

—Por cierto, ¿fuiste al mercado?

—Sí.

—A juzgar por tu sonrisa, imagino que te fue bien.

—Bastante bien. —La reina rio divertida al ver lo orgulloso que parecía y se volvió hacia su marido y le preguntó:

—Entonces, ¿Mañana vamos a la Laguna Dorada?

—Por supuesto —contestó él. Ella se volvió hacia Eruwa y le dijo:

—Sé que Hjalmar y los demás partirán mañana hacia la Montaña, pero... ¿vosotros queréis acompañarnos? —La otra reina negó con la cabeza, pesarosa.

—Me encantaría; hace demasiado que no veo competir a esas maravillosas truchas, pero debemos partir mañana.

El tono azul de la piel de la Princesa Kaia se intensificó cuando intervino:

—Todos sabéis cuánto disfruto de esas competiciones, pero si no regreso mañana, mi madre vendrá a buscarme y me

llevará de las alas a casa —aseguró con tanta sinceridad que todos rieron, incluido su esposo.

—Abuela, yo prefiero no ir; no quiero arriesgarme a ponerme de parto lejos de casa —dijo la Princesa Lena.

—Pues yo sí quiero ir —afirmó la Princesa Holda Unn. Su madre la observó con el ceño fruncido y respondió con tono medido:

—Tal vez deberías quedarte con Lena.

—Estoy segura de que estará bien, ¿verdad, querida? —preguntó Holda Unn a su hija, quien sonrió y le aseguró que sí.

—De todas formas, yo no me separaré de su lado —aclaró su marido.

La Reina Lena miró con expresión severa a su hija y ella le sostuvo la mirada con igual intensidad. Todos los comensales notaron el duelo silencioso entre las dos, pero, afortunadamente, las siguientes palabras interrumpieron aquel momento de tensión.

—¿Estáis seguras de que mañana habrá competición? —preguntó Adalïe la joven, con una voz tan relajante que todos sonrieron al escucharla. La Reina Lena se giró hacia ella y le dijo con una sonrisa:

—Hay todos los días. Las truchas son los seres más competitivos que existen y les encantan los desafíos.

Los extranjeros rieron ante la imagen de unas truchas compitiendo entre ellas y aquella risa marcó el final de la cena; los reyes anfitriones se levantaron y los demás los imitaron. Mientras salían en grupos, charlando sobre la velada, Einar, que

caminaba junto a Yrene y a sus padres, escuchó su nombre y se volvió.

—¿Tienes un momento? —le dijo Horik.

—Sí, claro. —Einar indicó a sus padres y a Yrene que siguieran sin él; luego se acercó a Horik, que se había apartado a un rincón de la sala para hablar en privado.

—Mañana iré con Haakon y los demás a la Montaña.

—Ya lo imaginaba —respondió Einar con una sonrisa ladeada.

—Aunque te confieso que preferiría ir a ver esas dichosas truchas —confesó.

—No vayas a la Montaña si no quieres —sugirió Einar—. Haakon estará acompañado por Bjorn, Axel y Ahmad. Y Hjalmar es de fiar, puedo pedirle que lo vigile…

—No, no le digas nada —pidió Horik—. No quiero que parezca que no me fío de él o que lo trato como a un niño. Es un hombre hecho y derecho que ha luchado en varias guerras, es honorable y tiene la cabeza bien puesta, pero le prometí a su madre que lo cuidaría y no pienso dejar que se aparte de mi vista y menos después de lo que pasó en el barco.

Precisamente en ese momento, Haakon pasó frente a ellos, conversando con Hjalmar, que salía del salón acompañado por su esposa y sus suegros. Horik observó la escena y luego le dijo a Einar:

—Voy a hablar con él. Nos vemos cuando regresemos, amigo.

Le dio un apretón en el hombro antes de marcharse con paso rápido. Einar lo siguió con la mirada antes de abandonar el salón. Solo entonces, las *ylvas* comenzaron a recoger la mesa.

DOCE



En cuanto llegó a su dormitorio, Yrene se quitó las sandalias y se dejó caer bocarriba sobre la cama con un suspiro de placer. No sabía cuánto tiempo llevaba sumida en ese agradable estado de duermevela que precede al sueño, cuando escuchó unos suaves golpes en la puerta. Abrió los ojos y frunció el ceño, deseando que hubiera sido su imaginación, pero volvieron a llamar. Soltando una maldición en voz baja, se levantó con esfuerzo, solo para detenerse un instante al sentir que el suelo se movía bajo sus pies.

—Es la última vez que bebo vino estrellado —murmuró. Sin embargo, al recordar que siempre decía lo mismo, soltó una risita y abrió la puerta sin preguntar quién era. —¡Ah, eres tú! —susurró al ver a Einar.

Él entró, cerró la puerta tras de sí y la recorrió con la mirada. Sus ojos de águila se fijaron en sus mejillas sonrojadas y se acercó tanto a ella que Yrene retrocedió hasta chocar con la pared. Antes de que pudiera reaccionar, la agarró por la cintura y preguntó en voz baja:

—¿Qué te pasa? Al final de la cena estabas muy rara.

—¿Mmmmhhh? —murmuró ella, ignorando su pregunta mientras alzaba la mano izquierda y comenzaba a acariciar una de sus cejas con el índice. Como le resultaba difícil hacerlo porque Einar parecía moverse, sacó la punta de la lengua y la mordió para concentrarse. Cuando por fin consiguió recorrer toda la línea de su ceja, sonrió con satisfacción, y decidió hacer lo mismo con la otra; luego, su dedo descendió sin rumbo por el dorso de su nariz bajo la atenta mirada de Einar.

—¿Es por el vino? —preguntó, incrédulo, porque él había bebido el doble que ella y no sentía ningún efecto.

—Bastan un par de sorbos para emborracharme —respondió Yrene, arrastrando la voz de una forma que lo hizo sonreír. Ahora entendía por qué había estado tan callada desde poco antes del postre. Ella dejó caer la mano y lo miró fijamente, y su aliento rozó la piel de Einar, provocándole un escalofrío. Nunca le había parecido tan hermosa. —Les ocurre a todos los humanos —continuó diciendo con voz ronca—. Generalmente no lo bebo, pero hoy estaba tan nerviosa por tu culpa que pensé que si bebía un poco me ayudaría a calmarme.

Sus ojos bajaron hasta los labios de él y Einar no pudo resistirse más. La besó con lentitud, dejando que sus lenguas se reconocieran en una danza silenciosa. Cuando se apartó, acarició su mejilla y susurró:

—¿Por qué estabas nerviosa? —Yrene suspiró.

—Me pasa siempre que estamos juntos.

—¿Por qué? —Por primera vez desde que había entrado, ella apartó la mirada, incómoda. Einar le tomó la barbilla y la obligó a mirarlo. —¿Por qué, Yrene? —Su voz era apenas un susurro,

pero estaba cargada con la misma autoridad con la que dirigía a sus hombres en el barco.

—Llevo años preparándome para ser guardia real —confesó. Él la miró sin entender qué tenía eso que ver con lo que estaban hablando. —Eso significa que no podré tener pareja, ni siquiera relaciones sexuales. Sus normas son muy estrictas.

Einar permaneció en silencio unos segundos antes de preguntar:

—¿Siempre has querido ser guardia real?

Yrene parpadeó, sorprendida por la pregunta, y terminó riendo.

—¡No, qué va! —rio al recordarlo—. De pequeña soñaba con enamorarme de un príncipe, como los de los cuentos que me leía mi madre antes de dormir. Nos casaríamos y tendríamos muchos hijos. Pero cuando me enamoré... —hizo una mueca— no fue de un príncipe, sino más bien de todo lo contrario. —Su mirada se perdió en el recuerdo. Einar, al notar una sombra de dolor en su rostro, deslizó los nudillos por su mejilla para traerla de vuelta.

—¿Qué pasó?

Ella se encogió de hombros. Luego lo sorprendió rodeándole el cuello con los brazos y apoyando la frente en su pecho.

—No quiero hablar de eso —susurró.

Einar la levantó con facilidad y se sentó en el borde de la cama, con ella sobre su regazo. Yrene alzó una mano y acarició la mandíbula de él.

—Nunca imaginé que conocería a alguien como tú —susurró —. Eres como uno los personajes de esos cuentos de hadas.

—¿El príncipe encantador? —preguntó Einar con una sonrisa ladina.

—No. Tú eres el dragón. Hermoso, salvaje... y un poco malvado.

—Un dragón que está loco por ti —confesó Einar, inclinándose sobre ella. Deslizó los labios por su cuello, bajando hasta la curva de su pecho que besó por encima de la tela; sintió cómo su pezón se endurecía rápidamente.

—Creo que soy la comida del dragón —bromeó ella con los ojos cerrados.

—Lo eres —confirmó Einar con voz ronca—. Así que quédate quieta y deja que te haga disfrutar. Esa será mi mayor recompensa.

Ella sonrió, con los ojos cerrados y él le desabrochó el vestido y se lo quitó entre caricias y besos. Entonces, Yrene abrió los ojos, y ordenó:

—Desnúdate tú también. Quiero verte.

Él la dejó tumbada sobre la cama y se apartó para desnudarse rápidamente, pero, en cuestión de segundos, volvió a su lado y le dedicó toda su atención. Yrene arqueó la espalda cuando él comenzó a besarle el vientre y Einar siguió descendiendo, dibujando un camino de besos, lametones y mordiscos hasta llegar a su pubis. Allí apoyó la palma de la mano, cubriéndolo con calidez y susurró:

— Desde el instante en que te entregaste a mí pasaste a ser mía, igual que yo soy tuyo. No hay nada en ti que no me

pertenezca, así como no hay parte de mí que no te pertenezca a ti. Entre nosotros no puede haber ni vergüenza, ni secretos

—Por favor, solo quiero disfrutar de este momento sin que me digas que soy tu pareja y que estaremos siempre juntos. No puedo seguir escuchándolo cuando sé muy bien que eso no va a ocurrir —murmuró ella, mordiéndose el labio inferior.

Einar la miró en silencio durante un instante. Luego, sin dejar de mirarla, se irguió y se sentó a horcajadas sobre su cintura. Se quitó el anillo de plata que llevaba puesto y lo sostuvo entre sus dedos.

—Este anillo me lo dio mi padre hace poco, un día que fuimos a pescar. Yo remaba hacia el centro del lago cuando, sin previo aviso, se lo quitó y me dijo que estaba orgulloso del hombre en el que me había convertido —sonrió al recordarlo—, y que había llegado el momento de sucederlo como *jarl*. —Yrene miró el sencillo aro de plata y luego sus ojos ardientes. —Cuando me lo puse, me dije que no me lo quitaría hasta que tuviera que dárselo a mi hijo —continuó Einar—. Pero eso fue antes de conocerte; ahora quiero que lo lleves tú para que recuerdes lo importante que eres para mí. —Alargó la mano ofreciéndoselo, sin intentar ponérselo. Yrene negó con la cabeza de inmediato.

—No puedo —susurró, mirando el anillo como si su toque pudiera quemarla.

—No haré el amor contigo a menos que lo lleves puesto —dijo él con ternura, sin dejar de mirarla.

—No entiendo por qué insistes en que lo lleve… no significa nada...

—Si no significa nada, póntelo y deja de pelear conmigo —insistió Einar, con la voz cargada de paciencia.

Ella no respondió, aferrada a su terquedad. Entonces él se inclinó sobre ella, apoyando los antebrazos a cada lado de su cabeza, y la besó con dulzura.

—Solo esta noche —susurró contra su piel—. Ponte mi anillo y déjame hacerte el amor. —Bajó hasta su garganta, su aliento cálido acariciándole la piel mientras su aterciopelado y rígido pene le rozaba el cuerpo. Yrene suspiró al sentir su contacto, rodeando sus hombros con los brazos y Einar le susurró al oído —: Seré tu esclavo, dedicado solo a tu placer. No pararé hasta que estés tan agotada por los orgasmos que caigas rendida. Entonces te abrazaré y velaré tu sueño. Acepta mi anillo, cariño. —Le dejó un beso lento en la comisura de los labios—. Acéptame.

Yrene sintió que sus defensas se derrumbaban. Extendió la mano temblorosa y él deslizó el anillo en su pulgar, el único dedo en el que no se le caería.

Satisfecho, besó su frente, su nariz y sus labios. Dejó un reguero de suaves besos en el centro de su pecho, su ombligo y siguió descendiendo hasta besarla entre los muslos. Sujetándole las caderas, saboreó su carne trémula lentamente, disfrutando de la reacción de su cuerpo. La oyó gemir y la sintió estremecerse bajo su lengua, suplicando más, hasta que el clímax la envolvió por completo. Solo cuando se relajó, él se acomodó sobre su cuerpo y la penetró, deslizándose en su interior con un suspiro entrecortado. Luego, se quedó quieto, deseando prolongar la sensación de estar dentro de ella.

—Cariño, espera un momento —susurró con voz temblorosa —. No te muevas... por favor. —Pero Yrene no podía resistirse. Se aferró a sus hombros con urgencia y lo apretó con sus piernas, incitándolo a moverse. Einar soltó una risa baja y la besó. —Quédate quieta un momento —murmuró, rozando sus labios con los suyos—. Déjame sentirte. —Jadeante, ella

obedeció hasta que él volvió a moverse, entonces sus cuerpos se encontraron en un ritmo perfecto, y ya no hubo vuelta atrás. Y cuando el placer estaba a punto de consumirlos, sin dejar de moverse y mirándola a los ojos, él prometió—: Siempre seré tuyo.

Sus palabras la hicieron estremecer y se arqueó bajo él en otro clímax desgarrador. Einar también se dejó llevar, rindiéndose al placer y enterrando el rostro en su cuello con un gruñido satisfecho. Durante largos minutos, yacieron enredados, recuperando el aliento. Cuando él finalmente tuvo fuerzas, se tumbó de lado, mirándola. Enterró la nariz en su garganta y se deleitó en su aroma. Yrene suspiró y comenzó a tirar del anillo con torpeza.

—No puedo sacarlo —murmuró, frustrada.

Einar cogió su mano con delicadeza, llevó su dedo a la boca y lo humedeció con la lengua hasta que el anillo salió con facilidad. Luego, con una sonrisa, volvió a ponérselo.

—Te acostumbrarás a llevarlo puesto —susurró, acariciando su mejilla—. Poco a poco. —Ella lo fulminó con la mirada, pero no discutió. Einar subió las sábanas para cubrirlos a ambos y la atrajo hacia sí. Yrene apoyó la cabeza en su hombro con un suspiro. —Dentro de poco confiarás en mí y me dirás la verdad —aseguró él, acariciando su espalda.

—No hay ninguna verdad que contar… Solo que estoy decidida a entrar en la guardia real. Me gustas, pero no voy a unirme a ti —afirmó ella, terca, con la voz adormilada.

—Ssshhh —contestó Einar, besándole el cabello—. Duerme. Ya hablaremos por la mañana.

Ella se sumió en un sueño profundo que duró varias horas, hasta que sintió el peso de alguien sobre su cama y el roce de

unos labios sobre los suyos. Sonrió con los ojos cerrados, haciendo que Einar riera en voz baja.

—Te he traído algo.

Eso bastó para que ella abriera los ojos y viera a Einar sentado a su lado sobre la cama, sosteniendo un vaso con un líquido de aspecto sospechoso.

—Bébete esto. Sé que tiene un aspecto horrible, pero dicen que es lo único que quita los efectos del vino estrellado.

—Nada elimina los efectos —gimió ella, enterrando la cabeza bajo la almohada.

Einar sonrió al verla comportarse como una niña. Le acarició suavemente el muslo y la cadera, hablándole con dulzura.

—La reina me aseguró que, si te lo bebes de un trago, se te pasará la resaca enseguida. —Yrene levantó la cabeza y lo miró con los ojos entrecerrados.

—¿Se lo pediste a la reina?

—Estaba en la cocina cuando fui a preguntarle a la cocinera si había algún remedio para tu malestar y la reina te lo preparó. Me dijo que lo bebieras enseguida y de un trago, para que pudieras venir a ver las competiciones de truchas. —Yrene se ruborizó al imaginar lo que la reina habría pensado al verlo pidiendo un remedio para su resaca. —¡Ah, se me olvidaba! —añadió Einar, con expresión traviesa—. También dijo que el brebaje hacía efecto más rápido si alguien te abrazaba después de beberlo. Y ya que estoy aquí, yo puedo ayudarte con eso.

—Te lo acabas de inventar —murmuró ella, mirándolo con desconfianza.

—Te aseguro que no —dijo él, llevándose una mano al corazón y mirándola con aparente seriedad.

Yrene reprimió una sonrisa y, resignada, aceptó el vaso. Lo olió con cautela, pero, para su sorpresa, tenía un aroma agradable. Contuvo la respiración y se lo bebió en tres tragos rápidos. Después dejó el vaso vacío sobre la mesilla. Antes de que pudiera reaccionar, Einar se había acostado sobre las mantas y la estaba abrazando.

—Descansa. Todavía falta un rato antes de que vayamos a ver las truchas.

Ella cerró los ojos y se dejó envolver por su calor.

TRECE



La hechicera estaba sentada en una vieja mecedora de madera, la misma que había en la cabaña cuando llegó, meses atrás. Se balanceaba suavemente, tarareando una antigua nana mientras observaba a su hijo, dormido en sus brazos. Lo había envuelto en una manta ligera, pues el aire era fresco, pero aún no quería acostarlo. Su mirada volvió a recorrer el rostro del niño, obstinadamente, buscando en él algún rasgo de su difunto padre. Entonces, escuchó pasos en el porche de madera. Sin hacer ruido, dejó al niño en su cuna, junto a la pared, y tomó su bastón. Cerró los ojos, dejó fluir su poder y, al instante, reconoció la energía de Kolbeinn e hizo un gesto de disgusto mientras dejaba rápidamente el bastón en su sitio, justo antes de que la puerta se abriera de golpe con una patada.

Durante unos segundos, ninguno de los dos habló, solo se observaron en silencio. Hallbera fue la primera en moverse, levantándose de la mecedora y dirigiéndose a la otra habitación que había en la casa. Kolbeinn la siguió, relamiéndose, con la mirada clavada en el contoneo de sus caderas. Nada más cruzar el umbral del pequeño dormitorio, la sujetó por el brazo y la giró

bruscamente hacia él. Sin darle tiempo a reaccionar, la besó con brutalidad, metiéndole la lengua hasta la garganta.

Ella había sido amante de Kolbeinn años atrás y una de las pocas satisfacciones que sintió al abandonar la isla fue pensar que nunca volvería a verlo, pero ahora tenía que soportarlo de nuevo a pesar de que, cada vez que sentía su hedor, sus ojos lechosos o sus afilados colmillos, se le revolvía el estómago. Precisamente en ese momento, él le mordió el labio con fuerza, haciéndola sangrar. Rebecca lo apartó con un empujón, con el asco reflejado en su rostro, y se limpió la boca con el dorso de la mano.

—¡Eres un cerdo! No voy a tolerar que me trates así —espetó, furiosa. La sonrisa de Kolbeinn desapareció y sus ojos se entrecerraron de forma peligrosa.

—No creas que me estás haciendo ningún favor, Hallbera —su voz sonó áspera, teñida de desprecio—. Hay muchas otras que estarían encantadas de abrirse de piernas para mí. Sus garras apretaron los brazos de la mujer lo suficiente como para dejarle marcas. —Si tanto te disgusto, coge a tu bastardo y lárgate. Me gustaría ver quién te ayuda después de lo que hiciste en la isla hace años.

Ella sintió una oleada de ira, pero se obligó a bajar la cabeza. No tenía elección.

—Sabes que aprecio todo lo que has hecho por mí —dijo en voz baja. Kolbeinn soltó una carcajada burlona.

—¿Estás segura? Porque a mí no me lo parece. Te doy comida, techo y ropa; a ti y a ese mocoso hambriento. Todo lo que hay aquí —hizo un gesto amplio, abarcando la casa— es mío… incluyéndote a ti. —Ella apretó los puños, reprimiendo la furia que le provocaba oírlo hablar así de su hijo, que era el único recuerdo que tenía de Guttorm, el único hombre al que

había amado. —Tienes suerte de que no te eche a la calle ahora mismo —escupió Kolbeinn—. Y si quieres quedarte, desnúdate y no digas una palabra hasta que yo te lo ordene.

Sin vacilar, Hallbera se quitó la túnica, mostrando su desnudez. Kolbeinn abrió los ojos con un brillo lascivo y sonrió, mostrando los colmillos antes de empujarla hacia la cama.

—Precisamente hoy, que traía la información que esperabas desde hace tanto tiempo, te pones así… —murmuró mientras se desabrochaba los pantalones. La hechicera levantó la cabeza y lo miró con un atisbo de esperanza.

—¿Qué información? —Él, disfrutando de su incertidumbre, se sentó en la cama y deslizó una mano sobre su rodilla. Con un leve empujón, le indicó que abriera las piernas. Ella obedeció con la mandíbula tensa.

—Primero, veamos si podemos darle un hermanito a tu bastardo —susurró con una sonrisa perversa.

Ella apretó los dientes para no responderle que eso era imposible, porque todas las noches tomaba un tónico para evitar un posible embarazo.

Kolbeinn se tumbó sobre ella y la penetró con brusquedad; sin dejar de observar su rostro, comenzó a embestir su cuerpo con violencia. Hallbera se mordió el labio inferior, negándose a darle el placer de verla suplicar, y fijó su mirada en el cuchillo que él había dejado sobre la mesilla al desvestirse, imaginando el placer que sentiría clavándoselo en el corazón. Se permitió soñar con ello el tiempo que tardó Kolbeinn en derramarse dentro de ella con un gruñido.

—A pesar de lo molesta que eres, no hay duda de que tienes uno de los agujeros más jugosos y estrechos que he

probado —comentó con satisfacción, mientras se tumbaba bocarriba.

—Me alegro de que hayas disfrutado. Ahora dime qué sabes. —El *drow* la miró con suficiencia.

—¿Sigues interesada en cualquier noticia que venga de Noruega?

—Sí —respondió ella sin aliento.

—Mi contacto en palacio dice que ayer llegó un barco noruego a la playa real y que causó un gran revuelo porque nadie lo esperaba. —Ella sintió que el corazón le latía con fuerza, pero se obligó a mantener la calma.

—Eso es imposible —replicó con fingida indiferencia—. Ningún forastero puede atravesar el hechizo de protección de la isla… A menos que alguno de los que fueran en ese barco, sea de aquí. —Kolbeinn se encogió de hombros, como si no le importara demasiado, aunque su mirada indicaba que estaba disfrutando. —¿Qué más sabes? —insistió Hallbera.

El *drow* dejó que el silencio se alargara un poco antes de responder, disfrutando de su impaciencia.

—La Reina Lena ha acogido en palacio a todos los extranjeros que han llegado en ese barco, y ya sabes lo raro que es eso. Más aun teniendo como invitados a los Reyes Élficos, con su hija y su yerno, y a la Princesa Hada con su esposo. ¡Ah! Se me olvidaba lo más interesante… —añadió con una sonrisa perversa—: entre los extranjeros está el príncipe heredero de Noruega. —Hallbera respiró hondo, manteniendo la mirada fija en él.

—¿Estás seguro?

—Sí —confirmó, ampliando su sonrisa al notar cuánto le importaba esa información.

—¿Has visto a Oonagh? —preguntó ella, desviando hábilmente la conversación; el rostro de Kolbeinn se endureció al instante.

—Solo un momento, cuando salía a cabalgar con ese maldito vikingo —bufó con desprecio, dejando entrever sus colmillos—. Pero encontraré la manera de deshacerme de él. Oonagh tiene que ser mía.

Hallbera sabía que su obsesión por la Princesa Élfica rozaba la locura, sobre todo porque era su sobrina carnal, y que odiaba tanto al marido de Oonagh porque había frustrado todos los intentos que había hecho Kolbeinn para secuestrarla.

Tragándose el asco que sentía deslizó una mano por su pecho desnudo y, con voz insinuante, preguntó:

—¿Sabes cuánto tiempo planean quedarse los extranjeros? —Él sonrió con suficiencia.

—Mi informador asegura que serán pocos días, aunque no sabe cuántos exactamente; parece que su destino final es Mondüir. —Hallbera frunció el ceño.

—¿Mondüir? Si allí solo están esas minas… y el bosque más oscuro de toda la isla… bueno, eso tú lo sabes mejor que nadie.

—Eso es todo lo que sé de los extranjeros; aunque, por supuesto, podría tratar de conseguir más información —dijo, alargando las palabras—. Pero ya sabes que todo tiene un precio. Y esta vez, quiero una recompensa generosa. Muy generosa. —Sonrió mientras apartaba las sábanas, dejando al descubierto su erección. —Vamos, no me hagas esperar. Se me ha vuelto a poner dura. —Hallbera se movió lentamente hasta

tomarlo en su boca. Kolbeinn le agarró del pelo y le obligó a seguir su ritmo. —Mírame —ordenó con una sonrisa cruel.

Ella obedeció. Sabía que la noche sería larga y desagradable. Pero haría cualquier cosa, soportaría cualquier humillación, si con ello lograba vengar la muerte de Guttorm.



—Gracias —dijo la Reina Lena a la *ylva* que le sirvió el desayuno. Esperó a que las sirvientas se marcharan y cerraran la puerta antes de volverse hacia su nieta—. ¿Cómo te encuentras, querida?

—Bien. La niña está tranquila, no parece tener prisa por salir —bromeó, consciente de lo grande que estaba y de que

todos la miraban como si esperaran que el parto fuera inminente—. Abuela, vete tranquila. No creo que nazca hoy.

—No solo me preocupa que no estemos nosotros; tampoco me gustaría que naciera justo cuando Zoydis está en la Montaña —respondió la monarca, observando el enorme vientre con el ceño levemente fruncido—. ¿Crees que podrás esperar hasta que ella regrese?

—Por supuesto —aseguró su nieta con tranquilidad.

—Hija, insisto en que te quedes con ella —dijo la reina, dirigiéndose ahora a Holda Unn, que estaba sentada a la derecha de la Princesa Lena. A su izquierda, Lena tenía a su marido, Arud.

—Hace tantos años que no voy a la laguna, madre... Además, ella misma dice que no hace falta que me quede —protestó Holda Unn, justo antes de llevarse un trozo de pastel de calabaza a la boca.

Lena sintió las miradas de su madre y su abuela sobre ella y, como tantas veces desde su llegada a la isla, se encontró atrapada entre las dos.

—Es cierto —dijo, mirando a su abuela—. No te preocupes más. Arud no se separará de mí, ya sabes lo pesado que es —bromeó. El aludido le pasó un brazo sobre los hombros y sugirió:

—Podemos ir a la playa, si quieres…

—No, prefiero sentarme en el invernadero y que me leas un rato. Estoy demasiado pesada para andar sobre la arena —confesó ella con una sonrisa cansada.

—Lo que tú quieras —murmuró él, cubriendo con su mano la de ella, que descansaba sobre su vientre.

La reina y Holda Unn apartaron la mirada de la pareja casi al mismo tiempo y se observaron entre sí. Finalmente, la monarca rompió el silencio flotante entre ambas.

—Está bien. Entonces, acompáñanos, hija.

Ella asintió con una sonrisa satisfecha y comenzó a contarle a su hija cómo fue la primera vez que su madre la llevó a la Laguna Dorada, cuando era solo una niña.

La reina la escuchaba con una tensa sonrisa mientras, bajo la mesa, su mano buscaba a tientas la de su esposo y la apretaba con fuerza.

CATORCE



—Ya casi llegamos —dijo Yrene a Einar. Eran las primeras palabras que había pronunciado desde que salieron del palacio.

Ellos dos encabezaban la columna de jinetes en la que viajaban los reyes, la Princesa Holda Unn y los demás invitados, acompañados por un fuerte contingente de la guardia real. La seguridad era esencial, ya que para llegar a la Laguna Dorada debían atravesar el Bosque Oscuro. Por esa misma razón, Einar, Ulrik e Yrene también iban armados.

—¿Tan pronto?

—Sí —asintió ella—. La laguna está muy cerca del palacio. De hecho, antiguamente pertenecía al Reino de los Hechiceros, pero una de las antepasadas de la reina se la cedió al Reino de Valinor, aunque nunca se ha sabido muy bien por qué.

—Imaginaba que evitaríais el bosque oscuro siempre que fuera posible, ya que es territorio de los *drows* —comentó Einar mientras observaba los altos árboles que se alzaban a su

alrededor formando un escudo tan denso que apenas dejaba pasar un rayo de sol.

—No es un lugar por el que nos guste pasar, pero la reina no quiere que los *drows* crean que el bosque les pertenece; por eso lo cruza de vez en cuando, siempre escoltada por un destacamento de soldados.

Einar la miró con intensidad y acercó su caballo al de ella, deteniendo a ambos con un ligero tirón de las riendas. Se habían adelantado unos metros, lo suficiente para tener un poco de privacidad.

—¿Estás bien? —preguntó en voz baja.

—Muy bien —susurró ella. Él levantó la mano y le acarició la mejilla con delicadeza, sonriendo al ver cómo el rubor teñía su piel. Luego, apartó su caballo y continuaron cabalgando con los demás hasta que salieron del bosque y llegaron a la Laguna Dorada. Al norte, los árboles centenarios del bosque se alzaban como guardianes silenciosos, con sus altas copas mecidas por el viento. Y al sur, el mar se fundía con el cielo en la línea del horizonte.

La brisa traía consigo el aroma de las flores y las bayas que crecían en la orilla de la laguna, mientras decenas de mariposas de colores imposibles revoloteaban sobre sus aguas doradas, perseguidas por varias hadas cuyas risas cristalinas se entrelazaban con las de los espectadores. Era el día perfecto para la competición de saltos, uno de los espectáculos más famosos de la isla.

Los reyes y sus invitados ocuparon sus lugares en las gradas de piedra, encantadas siglos atrás para brindar la comodidad de un sillón; desde cualquiera de sus asientos se tenía una vista privilegiada de la laguna, incluso con la multitud que se había congregado para presenciar el evento. Einar recorrió el lugar

con la mirada, observando a las hadas, enanos, elfos y otras criaturas reunidas para la ocasión.

—Como ves, la competición atrae a gente de todos los reinos de la isla —susurró Yrene, que estaba sentada a su lado. La familia de Einar estaba delante de ellos, junto a los reyes y a la Princesa Holda Unn. Él fijó la vista en el árbol solitario que se alzaba en el centro de la laguna, con sus raíces ocultas en las profundidades del agua.

—¿Ese es el famoso Galadian? —preguntó en voz baja.

—Sí. El más anciano y sabio de Selaön —respondió Yrene, observando su tronco retorcido y las largas ramas cubiertas de hojas de un rojo intenso.

—No sabía que un árbol podía sobrevivir con las raíces sumergidas en el agua.

—Según la leyenda, lleva aquí más de mil años.

Einar no tuvo tiempo de preguntar más porque su mirada, como la de todos los demás, se dirigió a la plataforma de madera cercana a la orilla, donde dos ranas habían saltado y ahora observaban al público, esperando que guardara silencio. Se trataba de Thifin, la árbitra de la competición, y Wë, su joven aprendiz, cuyos ojos redondos brillaban de emoción. Thifin, en cambio, mantenía su habitual gesto severo, acorde con la importancia de su papel. Su tamaño, claramente mayor que el de Wë, dejaba claro quién lideraba la contienda.

—¡Silencio! —croó Thifin con autoridad, molesta por la algarabía del público, a quien su mirada intimidante no había conseguido callar. Cuando el murmullo se apagó y solo quedó el susurro del viento y el zumbido de los insectos, gritó—: ¡Saltadores, a sus posiciones!

A su orden, tres truchas emergieron del agua dorada con energía. Thornios, la más experimentada, agitó su aleta dorsal en un saludo jovial que arrancó vítores y silbidos entre la multitud. Su piel plateada destellaba con reflejos azulados bajo la luz del sol. Roshel, cuya escamas rosadas con matices dorados la hacían parecer una joya viviente, se mantuvo firme y concentrada. Naro, en cambio, resopló con impaciencia. Sus escamas verdes tornasoladas brillaban con cada movimiento de su inquieta cola.

—¡Vamos, que me voy a hacer vieja esperando! —bufó Naro, ansiosa por demostrar que era la mejor saltadora de la laguna.

Thifin la fulminó con una mirada que la habría hecho temblar si no fuera por su poca cabeza. Wë, más diplomática, movió la cabeza en un gesto de advertencia, aunque conocía demasiado bien a Naro para pensar que la haría entrar en razón.

—Modera tu lengua, Naro, o te escupo un calmante —gruñó Thifin con tono amenazante.

—¡Pffff! —resopló Naro—. Como si eso me importara… me habéis escupido tantas veces que vuestros calmantes ya no me afectan. —A pesar de su desafío, apartó la mirada cuando la árbitra entrecerró sus grandes ojos amarillos.

—Primera ronda: salto de altura —anunció Wë, alzando su pequeña mano membranosa con solemnidad.

Un grupo de hadas revoloteó por encima de la plataforma, dejando tras de sí un rastro de polvo brillante. Los espectadores contuvieron el aliento cuando Thornios se impulsó con fuerza, emergiendo en un arco perfecto y alcanzando una altura impresionante. Su entrada en el agua fue impecable, sin salpicaduras, lo que desató una ovación atronadora.

—¡Gran salto, Thornios! —exclamó un duende cercano a Einar e Yrene. Él se volvió hacia ella con expresión fascinada e Yrene sonrió.

—No esperabas algo así, ¿verdad? —susurró, divertida. Einar negó con la cabeza.

—Mi madre me ha hablado de estas competiciones toda la vida, pero no… no me imaginaba algo así —admitió en voz baja. Ella le apretó el brazo instintivamente.

—¡Calla, que va a saltar la siguiente!

Roshel tomó impulso y emergió con una gracia envidiable; y, aunque no alcanzó la altura de Thornios, su técnica fue impecable y recibió una ovación entusiasta. Finalmente, Naro se lanzó con toda su energía juvenil, superando en altura a sus rivales. Sin embargo, en el descenso perdió el control, giró de forma extraña y cayó de espaldas, generando una gran salpicadura en el agua.

—¡Salto inválido! ¡No puedes caer de espaldas en esta ronda! —sentenció Thifin con severidad.

—¡Pero he saltado más que ellas! —protestó la joven trucha, indignada, sacando medio cuerpo del agua.

—¡Sí, pero has aterrizado como una almeja borracha! —gritó un elfo, provocando las risas del público.

Naro bufó, frustrada, pero se contuvo; sabía que Thifin no dudaría en descalificarla porque no era la primera vez que lo hacía.

—Segunda ronda: salto en espiral —anunció Wë, parpadeando repetidamente. Una mota de polvo de hada le había caído en el ojo y le resultaba terriblemente molesta.

Los saltadores volvieron a tomar posiciones y se lanzaron al agua uno tras otro, girando en el aire con elegancia. Sus escamas resplandecían bajo la luz del sol, creando destellos de color. Thornios y Roshel ejecutaron el giro con precisión, pero Naro, decidida a demostrar su superioridad, giró con tanta fuerza que perdió el control y, para su horror, se dio cuenta de que iba directa hacia Thifin. La rana, mostrando unos reflejos impecables, saltó para apartarse justo a tiempo y Naro aterrizó con un golpe seco sobre la plataforma de madera. Aleteó desesperada, intentando regresar al agua, pero su cuerpo no respondía. Un silencio tenso se extendió entre los espectadores.

—…Ups —murmuró la rebelde trucha. Al ver los ojos entrecerrados de Thifin, tan afilados como cuchillas, su corazón se aceleró. Sin previo aviso, la rana le escupió un chorro de veneno calmante y luego, con un movimiento elegante de su anca derecha, la empujó de nuevo a la laguna. Hubo un instante de expectación hasta que la trucha emergió con expresión adormilada y dijo con voz arrastrada:

—¡Ehhh… gracias, Thifin!

El público estalló en carcajadas, mientras sobre la plataforma un grupo de hadas adolescentes revoloteaba juguetonamente entre destellos dorados.

—¡Si no dejáis de molestar, suspenderé la competición! —croó Thifin, perdiendo la paciencia.

Los espectadores silbaron a las hadas, pidiéndoles que se alejaran. Resignadas, ellas se marcharon en dirección a Galadian, el viejo árbol que contemplaba la escena sin que se le moviera una sola hoja.

Wë, finalmente, anunció la tercera y última ronda: el salto al revés, el más difícil de ejecutar.

Thornios y Roshel realizaron el giro sin errores, aunque también sin asumir demasiados riesgos. Naro, aún bajo el efecto del calmante, falló el giro y cayó de panza al agua con un sonoro *plof*, provocando el jolgorio de los asistentes.

—Si sigues así, no ganarás nunca —le dijo Wë, apenada.

Indignada, Naro sacó la cabeza del agua y escupió un chorro en su dirección. Pero su puntería resultó tan desastrosa como sus saltos y, en lugar de alcanzar a la pequeña rana, roció de lleno a Thifin.

—¡Madura de una vez, Naro! —croó la árbitra jefe, exasperada, mientras se limpiaba el rostro con una húmeda mano verde. El público vitoreó aún más a la rebelde trucha, que, encantada, intentó un último salto. Su torpeza desató una nueva oleada de carcajadas y aplausos.

—Echo de menos los viejos tiempos, cuando la gente venía a apreciar la técnica de los saltos —murmuró Thifin a Wë. Pero la joven rana estaba demasiado ocupada frotándose el ojo, donde se le había colado una chispa de las hadas. Thifin suspiró con resignación y proclamó ganadora de la competición a Thornios. Luego, abandonó la plataforma de un salto, dejando que Wë siguiera peleándose con su ojo irritado.

Naro volvió a realizar algunas piruetas más en el aire, igual de torpes que las anteriores, agradeciendo así el apoyo del público que, entusiasmado, respondió con nuevos silbidos y aplausos mientras Thornios y Roshel observaban lo que ocurría, atónitas. Luego, con la voz aún gangosa, la trucha perdedora se despidió de la multitud prometiendo que en la próxima competición demostraría ser la mejor saltadora de la Laguna Dorada.

—¿Te ha gustado? —preguntó a Einar su madre, cuando él e Yrene se unieron a su grupo frente a las gradas.

—Claro que sí. Ha sido increíble, tenías razón —admitió él.

Los ojos de Yrene se posaron en Ulrik y Adalïe que entrelazaban sus manos con naturalidad. La imagen le provocó una punzada en el pecho porque en ese instante supo que Einar sería tan buen marido como su padre, pero ella no sería su esposa. Aplastó el sentimiento de angustia que sintió al pensarlo, recordándose que ella había elegido su camino hacía años y no iba a desviarse de él. Con una sonrisa ensayada, fingió escuchar la conversación de los Falk, ignorando la inquietud que latía en su interior hasta que el eco de varios caballos acercándose llegó hasta ellos y el grupo se giró hacia el sonido, alerta.

Los soldados de la reina formaron una barrera alrededor de los reyes y sus invitados. Einar tomó la mano de Yrene, quedándose junto a sus padres, su prima y su marido. Solo entonces, ella se dio cuenta de que estaba dispuesta a luchar junto a él y no con la guardia real, sus futuros compañeros, pero siguió a su lado porque era donde quería estar. La tensión del grupo se disipó cuando vieron que no se aproximaba un grupo de *drows*, sino dos jinetes alados. Al reconocer a uno de ellos, la reina exclamó aliviada:

—Es el Príncipe Askar.

—¿Quién es? —preguntó Einar a Yrene.

—El heredero de Valinor.

—Entonces, estamos dentro de su reino…

—Exacto.

Los recién llegados detuvieron sus caballos y saltaron ágilmente al suelo. El príncipe tenía una apariencia imponente y sus alas blancas y elegantes se alzaban por encima de su

cabeza. En cambio, las de su compañero eran más pequeñas, aunque también eran impresionantes.

—¡Askar, qué alegría verte! —exclamó la Reina Lena, acercándose con una sonrisa a besarlo en la mejilla, un gesto que reflejaba la larga amistad existente entre sus familias. El príncipe le devolvió el abrazo y luego estrechó la mano del rey, quien, como siempre, dejó que su esposa llevara la voz cantante.

—Para mí también es un placer —dijo Askar con tono afable —. Me han informado de la llegada de unos desconocidos, acompañados por soldados, a la laguna. Y he venido a ver si hay algún motivo de preocupación. —Sus ojos azules recorrieron a los presentes con atención. La Reina Lena se mordió el labio, visiblemente incómoda ante la observación.

—Te pido disculpas, Askar —respondió con sinceridad—. Estos amigos llegaron ayer de manera inesperada y, como partirán enseguida hacia Mondüir, no he tenido tiempo de avisarte de nuestra visita. Pero no hay nada de qué preocuparse. —El príncipe observó atentamente a la reina antes de asentir con serenidad.

—No hay nada que disculpar —aseguró cortésmente antes de arquear una ceja y afirmar, mirando a los invitados de la reina—: Precisamente hace dos días ayudé a unos extranjeros cuyo barco había embarrancado en una de nuestras playas, y que también querían llegar a Mondüir. Aseguraban que viajaban acompañados por otra nave, donde iba parte de su familia, y me preguntaron si la había visto porque una tormenta los había separado. Les dije que no, por supuesto. —Sus ojos se posaron en Finn antes de añadir—: Y uno de ellos era exactamente igual que tú.

Finn se acercó a él, ansioso por saber de su familia, pero el acompañante del príncipe se interpuso en su camino, con afán protector. Askar le puso una mano en el hombro sin apartar los ojos de Finn y explicó:

—Este es Othar, cuida de mí desde que era un niño. Deja que se acerque, amigo —ordenó. El otro hada se hizo a un lado, aunque se mantuvo cerca, sin bajar la guardia.

—El que viste era Leif, mi hermano gemelo —confesó Finn, esperanzado—. Con él viajan su mujer, mis sobrinas y mis padres, mi tío Magnus y otra pareja, los Gregers. ¿Están todos bien?

—Sí, algo cansados, pero en perfecto estado. Su barco perdió el rumbo cuando el timón se rompió, pero me aseguré de que lo reparasen lo antes posible. Mientras tanto, han estado alojados en nuestro palacio.

—Fuiste muy amable —intervino la reina.

—No podía dejar que dos niñas tan pequeñas pasaran la noche bajo las estrellas —respondió él, encogiéndose de hombros.

—¿Siguen en tu palacio? —preguntó Finn, esperanzado. Su esposa se acercó y tomó su mano, entrelazando sus dedos con los suyos. Askar tardó unos segundos en contestar porque se había quedado mirando a la joven Adalïe mientras una arruga se formaba en su frente, pero luego contestó a la pregunta de Finn:

—No. Se marcharon esta mañana en dirección a Mondüir, en cuanto el timón nuevo estuvo instalado.

—Gracias por haber cuidado de ellos —dijo Finn.

—¡Esperad! —ordenó Askar, cuando vio que la pareja hacía ademán de volver con su grupo. Luego, inclinó la cabeza para observar bien a Adalïe y, en cuanto sus miradas se cruzaron, sintió un impacto tan fuerte que retrocedió un paso. —¡No puede ser! —susurró, incrédulo. Su abrupta reacción contrastaba tanto con la cortesía que había mostrado hasta ese momento, que todos se quedaron desconcertados. —¿Quién eres? —preguntó, finalmente, el príncipe en voz baja a Adalïe.

Finn, tenso, tiró de la mano de su esposa para colocarla detrás de él en un gesto protector, y antes de que la situación se pusiera peor, la Reina Lena se interpuso entre el príncipe y Finn.

—Askar, hablemos un momento en privado, por favor —pidió con voz calmada. Él le dirigió una última mirada a Adalïe antes de hacerle un gesto a su compañero para que no lo siguiera y se alejó con la reina unos pocos metros, donde nadie pudiera escucharlos.

—¿Es la *Bendecida*? —preguntó él de inmediato.

—Sí.

Askar se pasó una mano por el cabello, perturbado.

—Cuando la he mirado a los ojos, he sentido algo indescriptible. Su energía es… única.

—Por eso el otro barco, en el que viajaban sus seres queridos, pero nadie nacido en la isla, también logró atravesar el hechizo de protección —afirmó la reina. El príncipe exhaló lentamente y volvió a mirar a la joven, que estaba conversando en voz baja con su marido, completamente ajena a la conversación que estaban teniendo sobre ella.

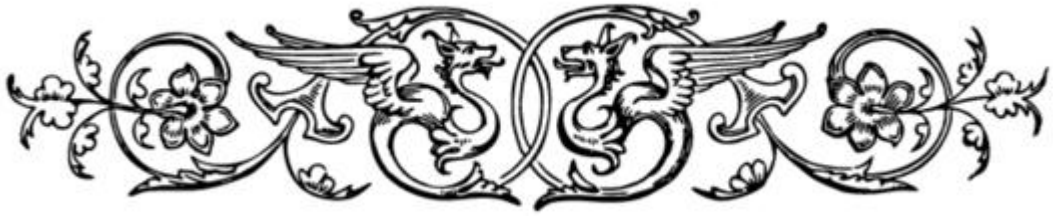
Pero alguien más sí estaba prestando atención. En el grupo, unos ojos astutos se entrecerraron al captar la palabra *Bendecida* en los labios del príncipe, confirmando sus sospechas.

La reina le dio a Askar un leve apretón en el antebrazo antes de volverse hacia los demás.

—Es hora de partir —anunció.

Los jinetes conversaron animadamente durante todo el viaje de regreso salvo uno que estuvo más callado que de costumbre, esforzándose por disimular la euforia que ardía en su interior.

QUINCE



Los dos carros dorados surcaban los cielos de Selaön tirados por varios caballos alados que relinchaban suavemente, casi como si rieran, cada vez que atravesaban las nubes. Desde lo alto, los viajeros que se atrevieron a mirar hacia abajo pudieron ver cómo sobrevolaban primero las nevadas montañas del Reino Perdido y, poco después, las desérticas llanuras de Aghtrull, hasta cruzar la frontera con Hüalian, el Reino de las Ninfas, y llegar a la imponente Montaña Mágica.

En cuanto aterrizaron, los extranjeros descendieron con andar inseguro, ansiosos por pisar tierra firme y alzaron la vista para observar la majestuosa cumbre, cuyo pico permanecía envuelto en una niebla perpetua que ocultaba su verdadera altura.

—Respirad hondo y lentamente. Así se os pasará antes el mareo —aconsejó Hjalmar. Escucharon un fuerte batir de alas. Horik miró al pelirrojo arqueando una ceja y él le devolvió una sonrisa tranquilizadora. —Son los guardianes de la montaña.

Ellos deciden quién puede entrar y quién no. Quedaos quietos cuando os observen y, tranquilos, que no os harán nada.

Dos dragones plateados descendieron con una agilidad sorprendente y se posaron frente a ellos casi sin hacer ruido, a pesar de su inmenso tamaño. Entre ambos transportaban una gran cesta que depositaron en el suelo, dentro de la cual había dos largos bancos de madera reforzada, capaces de acomodar al menos a treinta personas. Los caballos alados ni se inmutaron ante la presencia de los dragones, acostumbrados a compartir el cielo con ellos. Pero el aire a su alrededor se espesó, cargado de magia ancestral.

Huru, uno de los dos dragones, avanzó hacia los recién llegados con paso majestuoso mientras la luz del sol incidía sobre sus escamas plateadas, dándole la apariencia de una coraza impenetrable. Se detuvo frente al grupo y su voz resonó en sus mentes, clara y contundente:

—Solo aquellos que son dignos pueden entrar. —Su mirada rojiza y centelleante recorrió los rostros de todos, incluidos los de los *molugs*, que permanecían inmóviles porque no podían caminar sin ayuda, pero apenas tardó unos segundos en decir —: Subid a la cesta y os llevaremos dentro.

Entre todos comenzaron a subir cuidadosamente a los molugs a la cesta, asegurándose de que estuvieran cómodos. A continuación, Hjalmar despidió a los caballos reales, que alzaron el vuelo, llevándose consigo los carros vacíos. El Príncipe Haakon se quedó observando su vuelo hasta que Hjalmar le dio una palmada amistosa en el hombro.

—Vamos, Huru y Khiri se impacientan —comentó con una sonrisa. Cuando el príncipe se volvió hacia él, el pelirrojo añadió señalando a los caballos voladores—: Si vuelves a venir a la isla, me aseguraré de que puedas montar en uno de ellos.

El príncipe lo miró de tal manera que Hjalmar rió por lo bajo mientras lo seguía a la cesta. Cuando todos se sentaron, los dragones cogieron la estructura entre sus garras y se elevaron con facilidad, como si no sintieran el peso de los veinte hombres que llevaban a cuestas. El ascenso fue vertiginoso y, en cuestión de segundos, el paisaje oculto de la montaña se desplegó ante sus ojos: un lago cristalino con una cascada resplandeciente en el centro, decenas de cabañas de madera con tejados cubiertos de hierba a su alrededor; en la zona de la izquierda, un bosque frondoso y, a la derecha, un extenso terreno de cultivo que aseguraba la autosuficiencia del santuario.

Cuando la cesta tocó el suelo se encontraron frente a ellos a Baldar, el actual director de la montaña. Su cabello rojo resplandecía bajo la luz del sol y sus ojos negros analizaban a cada uno de los recién llegados con gesto tranquilo. A su lado, la Gran Maestra Hechicera Iollandahl les sonreía con calidez mientras sostenía en brazos a su hijo Booi, un pequeño de rizos dorados que los observaba con la misma intensidad que su padre.

—Bienvenidos —saludó Baldar.

Hjalmar y los demás lo saludaron con un murmullo, volcados en ayudar a los *molugs,* que estaban impacientes por salir de la cesta, conscientes de que se acercaba el momento de poner fin a siglos de sufrimiento.

Zoydis se acercó a Iollandahl con una amplia sonrisa.

—¡Cómo ha crecido! —Las dos Grandes Maestras se saludaron con un beso en la mejilla y el pequeño Booi alargó los brazos hacia Zoydis, pidiendo que lo cogiera.

—No deberías hacerlo, ¿no? —murmuró Iollandahl en voz baja, señalando discretamente su vientre, pero Zoydis hizo un gesto con la mano, restándole importancia.

—Tronch me ha prohibido ayudar con las camillas, pero nadie puede impedirme que coja a esta preciosidad —confesó, levantando al niño en brazos. Rio al escuchar cómo el pequeño comenzaba a parlotear en su propio idioma, uno que solo él entendía.

Mientras tanto, el resto de la comitiva, incluida Oonagh, estaba colocando a los *molugs* sobre las camillas que esperaban en el suelo para ellos. Seis jóvenes hechiceros, vestidos con la túnica azul típica de los aprendices, los ayudaban.

—Seguid a los hechiceros, ellos os guiarán hasta la cabaña donde se alojarán los *molugs* durante su proceso de transformación —anunció Baldar.

Llevaron las camillas hasta la última cabaña, la más espaciosa, donde acostaron a los *molugs* en las camas que habían preparado para ellos. Cuando terminaron, el príncipe salió a caminar y se detuvo junto al borde del lago, donde se quedó contemplando la relajante cascada que había enfrente. Horik lo siguió y permaneció en silencio a su lado, con gesto preocupado. Sin mirarlo, Haakon susurró:

—Me gusta este sitio. Es la primera vez en mucho tiempo que me siento en paz. Me gustaría quedarme durante un tiempo.

Horik lo miró sorprendido y, tras unos segundos de reflexión, contestó:

—Tienes que estar en Mondüir durante la negociación; pero si quieres, podemos preguntarle a Baldar si podemos quedarnos un par de días… —Haakon suspiró profundamente, expandiendo su ancho pecho. Luego miró al primo de su madre.

—Sí. Me gustaría.

—Entonces, voy a hablar con Baldar.

—Te acompaño —respondió el príncipe, lanzando una última mirada al lago de aguas cristalinas.



La reina salía de los establos junto a los demás cuando uno de los encargados de los pájaros mensajeros, que habitaban en la azotea del invernadero, se acercó a ella.

—Majestad, ha llegado un mensaje desde la Montaña hace un rato —informó, entregándole un pequeño pergamino enrollado y atado con una fina tira de cuero, como las que se usan para sujetar esos mensajes a las patas de los pájaros. La reina agradeció la entrega con un gesto y, tras desenrollar el

papel, lo leyó. Al levantar la vista, notó que todos la observaban expectantes.

—Es una nota de Hjalmar —explicó—. Dice que el príncipe y los demás permanecerán en la montaña un par de días y que viajarán directamente desde allí a las minas.

—Eso quiere decir que no tenemos que esperarlos. Podemos salir hacia Mondüir cuando queramos —comentó Einar.

—La mayoría de los marineros tienen permiso hasta mañana por la tarde, así que no podemos zarpar antes —le recordó Ulrik.

—Será mejor que viajéis en nuestros carros voladores; en barco tardaríais demasiado —intervino el rey, captando la atención de Ulrik y de Einar, que lo miraron sorprendidos—. No solo son más rápidos, también permiten un trayecto mucho más directo que ir bordeando la costa. Los caballos tienen que descansar después del viaje a la Montaña, pero pasado mañana os podrían llevar a Mondüir.

—Admito que me encantaría viajar en uno de esos carros antes de volver a casa —reconoció Einar, posando la vista en Yrene. Ella se ruborizó levemente y él sonrió, antes de dirigirse al grupo—: Si os parece bien, pasado mañana viajaremos a Mondüir en los carros voladores. —Todos asintieron y Einar miró a su padre—. Mañana le diré a Skoll que, cuando vuelvan los marineros, lleve el barco al Estrecho de las Sombras. Cuando llegue el momento de volver a casa saldremos de allí, como estaba previsto.

Mientras tanto, Adalïe Falk se acercó a la reina al notar la preocupación reflejada en su rostro.

—Lena, te agradecemos profundamente lo que has hecho por nosotros, pero debemos marcharnos; estamos inquietos por

la familia de mi sobrina —explicó con suavidad, justificando su partida. La reina tomó sus manos entre las suyas y las apretó con calidez.

—Lo entiendo perfectamente —respondió con una leve sonrisa—. Entonces, ¿os marcharéis en un par de días?

—Supongo que sí —afirmó Adalïe, echando un fugaz vistazo a su hijo, antes de volver a mirar a su antigua amiga.

—Siento que os vayáis tan pronto. Pensaba que tendríamos más tiempo… —murmuró Lena, mirando a la otra Adalïe, que se estaba acercando a ellas. Cuando llegó, la muchacha colocó sus manos sobre las de ambas mujeres, irradiando un reconfortante calor.

—Finn y yo regresaremos pronto, no te preocupes —aseguró a la reina. Ella sintió que se le quitaba un peso de encima y volvió a sonreír. Miró a su marido.

—Si nuestros queridos amigos se marchan, tendremos que ofrecer una cena en su honor —le dijo.

—Es lo mínimo que se merecen —respondió él con tono solemne, aunque un brillo de humor fulguraba en sus ojos.

—En ese caso, será mejor que empecemos con los preparativos para celebrarla mañana por la noche —concluyó la reina, agarrándose al brazo del rey antes de salir de los establos, seguida por los demás.



La bruja estaba sentada en el porche de su cabaña observando distraídamente al pequeño Guttorm, que estaba empezando a gatear, aunque su mente estaba centrada en cómo torturaría al príncipe noruego, antes de matarlo de la forma más dolorosa posible; desde que supo que estaba en la isla, no había podido pensar en otra cosa. Al notar que el niño tiraba suavemente de su túnica, suspiró, lo cogió en brazos y lo sentó en su regazo. El pequeño rio e intentó alcanzar un mechón de su pelo, pero ella le apartó la mano con suavidad.

—Ellos tuvieron la culpa de que tu padre muriera, ¿sabes? —susurró con una dulzura inquietante mientras pasaba los dedos por el cabello del niño—. El rey noruego ordenó su muerte y el que lo decapitó fue ese cerdo de Einar. —Sus ojos

brillaron con un destello de odio antes de añadir—: Pero lo pagarán, cariño. Todos ellos lo pagarán…

El niño dejó de reír y la observó en silencio. No entendía sus palabras, pero su instinto pareció advertirle de algo.

—Y cuando todo termine, seremos ricos y viviremos en un palacio —continuó en un tono melodioso, como si le estuviera contando un cuento—. Yo seré la reina y tú, mi príncipe. ¿No te gustaría vivir en un palacio enorme, con sirvientes que hicieran todo lo que quisiéramos? —Le hizo cosquillas en la barriga y el niño volvió a reír, retorciéndose entre sus brazos. Ella lo levantó en el aire, sosteniéndolo por las axilas hasta que su carita quedó a la altura de la suya.

—Cada día te pareces más a tu padre… —susurró con una sonrisa perturbadora—. Tienes su mismo pelo negro y esos ojos azules que… —Se detuvo de golpe. Bajo la luz del sol, los ojos del pequeño ya no parecían azules, sino castaños.

Su expresión se congeló y un escalofrío le recorrió la espalda. Inspiró bruscamente, como si el aire se negara a entrar en sus pulmones, y, en un movimiento torpe y brusco, dejó caer al niño sobre la manta. El pequeño hizo un breve puchero antes de distraerse intentando llevarse el pie a la boca, ajeno al repentino rechazo de su madre mientras ella lo observaba horrorizada.

Ella tenía los ojos azules y Guttorm tenía los ojos azules.

Un temblor le sacudió las manos cuando la verdad la golpeó con fuerza. El bebé al que había criado con tanto esmero durante meses… no era de él. Era de Otto. La repulsión le revolvió las entrañas y, en un impulso, se llevó una mano temblorosa al abdomen, como si deseara arrancarse el pasado de la piel. Durante largos minutos, permaneció inmóvil, con la

mirada clavada en el niño y, cuando al fin se movió, lo hizo con determinación.

Fue hasta su habitación y cogió su ejemplar del Libro Negro de las Brujas donde buscó, nerviosa, el conjuro adecuado; luego, puso al niño en su cuna y se dirigió a la cocina en busca de un cuchillo.

Necesitaba estar segura.

Apenas había pasado media hora desde que confirmó sus peores temores cuando Kolbeinn entró en la cabaña. Sin mediar palabra, se acercó a ella y la abrazó por detrás, presionando su pelvis contra el cuerpo de la bruja.

—Tengo grandes noticias, pero antes vamos a la cama.

Hallbera lo dejó hacer y cuando estuvo desnuda bajo él, lo recibió sin resistencia alguna, aunque su mente permanecía ausente, ajena a todo placer o dolor. Tras culminar, Kolbeinn se tumbó boca arriba junto a ella, recuperando el aliento hasta que escucharon el llanto del niño, que seguía en la otra habitación. Pero la bruja no se movió.

—¿No vas a ver qué le pasa? —preguntó el *drow*, extrañado.

—No —respondió ella secamente, con los ojos cerrados.

—¿Qué ocurre? La última vez que estuve aquí estabas como loca con ese niño y ahora no le haces ni caso —afirmó, escrutándola de cerca.

—Descubrí que no es hijo de Guttorm. Si lo hubiera sabido antes, no lo habría tenido.

—Entonces, si no es hijo *del amor de tu vida* … ¿De quién es? —preguntó Kolbeinn con tono burlón.

—¡Del cerdo de Otto! —masculló ella con tanto desprecio que Kolbeinn comenzó a reír a carcajadas.

—Así que el verdadero padre es ese humano al que odias tanto y que, además, está muerto.

—¡Tú no eres mejor que él! —murmuró ella con rabia, apartando la mirada. Kolbeinn la sujetó firmemente por el brazo hasta que la obligó a mirarlo. Ella siseó por el dolor, pero él sabía exactamente cuánto debía apretar.

—¡Cuidado con lo que dices! ¿O ya no te interesa nuestro acuerdo? —Ella palideció visiblemente y Kolbeinn sonrió, enseñando los dientes. Luego la soltó y comenzó a vestirse. —¿Cómo has descubierto lo del niño? —preguntó mientras se ponía la camisa.

—Hoy me he dado cuenta de que sus ojos han cambiado, ahora son oscuros. Y he realizado un conjuro con sangre para preguntarle a los espíritus quién era su verdadero padre —explicó con voz contenida. Kolbeinn lanzó una rápida mirada hacia el pasillo y se lamió los labios, recordando cuánto le gustaba el sabor de la sangre de los niños.

—¿Y qué piensas hacer ahora? —preguntó con frialdad.

—Poner fin a esto —respondió ella con firmeza y, aunque sintió una punzada de dolor al pensar en el destino que le esperaba al niño, rechazó enseguida ese sentimiento.

Kolbeinn, indiferente al conflicto interno de la bruja, se volvió hacia ella.

—¿Quieres que me ocupe yo?

—No —replicó Hallbera secamente, apartando la vista al ver la maldad que había en los ojos de su amante.

—Sigues pensando en él, ¿verdad? —murmuró el *drow* con una sonrisa sarcástica—. Pues deberías olvidarlo ya.

Ella se levantó de la cama, recogió su túnica del suelo y se la puso antes de preguntar con voz gélida:

—¿Qué has averiguado sobre los extranjeros? —preguntó, impaciente. Kolbeinn contestó mientras se abrochaba la camisa.

—Parece que entre ellos hay alguien mucho más importante que el príncipe; dicen que una de las mujeres es *la Bendecida.*

—¿*La Bendecida*? Creía que eso solo era un cuento de viejas —respondió ella con desdén.

—¿Estás segura? —replicó Kolbeinn con una sonrisa enigmática—. Porque mis fuentes dicen lo contrario… —Hallbera cruzó los brazos sobre el pecho, pensativa.

—La verdad es que, si lo que dice la leyenda es cierto, podría complicarnos mucho las cosas… —murmuró para sí misma, comenzando a preocuparse.

—Exactamente. —Kolbeinn avanzó hacia ella—. Por eso he venido a verte. Esta noche, los Reyes Hechiceros darán un baile en honor a los extranjeros, ya que partirán hacia Mondüir mañana mismo. Tengo un contacto dentro del palacio que nos ayudará a entrar sin ser vistos y podremos observarlos de cerca desde nuestro escondite. Hasta podrías encargarte del príncipe y desaparecer antes de que alguien se diera cuenta.

—Imposible —objetó Hallbera rápidamente—. El palacio está protegido con varios hechizos muy poderosos que imposibilitan que haya un asesinato en él.

—Entonces acompáñame para que veas quiénes lo acompañan. Puede que conozcas a alguno de los extranjeros.

—¿Quién es tu informante? —preguntó ella, suspicaz.

—Alguien de confianza —respondió él enigmáticamente—. ¿Vienes o no? —Hallbera sostuvo su mirada por un instante antes de asentir con firmeza.

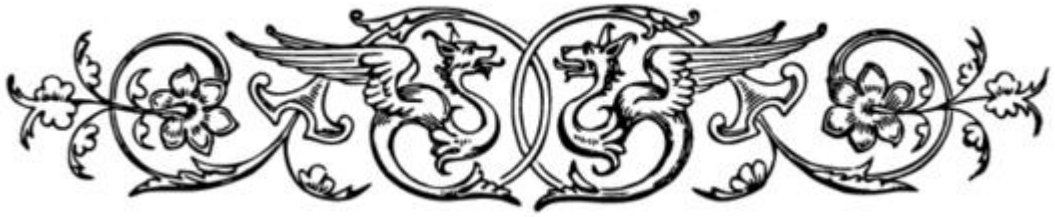
—Sí. Iré.

—Bien. Pasaré dentro de un par de horas a buscarte —dijo Kolbeinn con una sonrisa ladeada. Luego, inclinó ligeramente la cabeza y preguntó con aparente indiferencia—: ¿Y el niño?

—De momento, lo drogaré. Quiero pensar bien qué hacer con él —respondió Hallbera, con la voz tan helada como la expresión.

Kolbeinn asintió, satisfecho, y se marchó. Hallbera permaneció inmóvil, escuchando el llanto del niño, sin hacer ningún gesto para calmarlo.

DIECISÉIS



El carro avanzaba lentamente por el sinuoso camino de tierra que serpenteaba entre los viñedos, cuyas hileras se extendían hasta llegar al pie de las imponentes Montañas del Reino Perdido.

—Esta parte de la isla también es preciosa —comentó Inge, la esposa de Gregers Dahl, con los ojos brillantes de admiración. Estaba sentada al lado de su marido en el carro, envuelta en un ligero chal que la protegía del fresco matinal.

—¿Estáis seguros de que hacemos bien presentándonos en casa de los padres de Adalïe sin avisar? Tened en cuenta que llevan años sin verla —preguntó Magnus en voz baja para no despertar a las gemelas, que se habían dormido en brazos de sus padres gracias al suave traqueteo de la carreta. Lisbet, sentada delante junto a Esben que conducía el carro, se volvió ligeramente hacia su hermano para decirle:

—Acordamos que este era el punto de encuentro si nos separábamos, y Adalïe decía que su madre sabía que íbamos a venir.

—Y si no fuera así, siempre podemos buscar alojamiento en la ciudad —añadió Gregers, que siempre trataba de evitar cualquier tipo de incomodidad. Su mirada recorrió el paisaje hasta detenerse en la formación montañosa que había frente a ellos y la señaló con la mano—. Mirad. Las minas están en el corazón de esa montaña; lo sé por la peculiar forma que tiene su pico. Eso demuestra que el mapa que me entregó el rey estaba excepcionalmente bien dibujado—murmuró, pensativo. Todos desviaron su atención hacia la gigantesca montaña, cuyo pico torcido se perdía entre las nubes.

Finalmente, tras una última curva, la mansión de los Faëly apareció frente a ellos. Inspirada en las antiguas villas romanas, la propiedad era un despliegue de elegancia sobria y acogedora. Sus paredes, revestidas de piedra caliza dorada, reflejaban suavemente la luz solar, mientras que su tejado rojo contrastaba con el azul del cielo. Además, dos columnas clásicas adornaban el pórtico de la vivienda, al que se llegaba siguiendo un sendero bordeado por flores silvestres.

El carro se detuvo frente a una fuente de mármol blanco que lanzaba un delicado arco de agua al cielo, creando destellos de luz sobre el patio. La puerta principal, tallada con racimos de uvas y hojas de vid, se abrió antes de que pudieran llamar y una sirvienta salió a recibirlos e hizo una respetuosa inclinación.

—Bienvenidos a la propiedad de los Faëly. Yo soy Ari —dijo con voz suave—. La señora Ephel os está esperando.

Los condujo al salón principal de la mansión, donde los tapices que colgaban de las paredes narraban con imágenes cómo era la vendimia y posterior elaboración del famoso vino estrellado. Grandes ventanas circulares permitían que la luz inundara la estancia, realzando la calidez del espacio, repleto de cómodos sillones dispuestos para la conversación y el descanso. Ephel Faëly los esperaba en el centro de la habitación ataviada

con un vestido de lino azul, decorado con bordados brillantes que evocaban las estrellas en una noche despejada. Sus ojos plateados, idénticos a los de su hija, observaban con serenidad a los recién llegados.

—Bienvenidos a Mondüir —dijo con una sonrisa cálida y amable—. Imagino que estaréis cansados después del viaje, pero vuestras habitaciones ya están preparadas. Más tarde, durante la comida, podremos conversar tranquilamente. Mi marido y mis cuñados también estarán presentes.

Leif y Ydril intercambiaron una inquieta mirada, pero fue Esben el que dio un paso adelante:

—Perdone, señora… ¿mi hijo y su esposa no han llegado todavía? —preguntó educadamente, aunque mostrando su preocupación.

—Todavía no —respondió Ephel con tranquilidad—, pero sé que están bien y que pronto estarán aquí. En ocasiones veo las cosas antes de que ocurran—aclaró, aliviando ligeramente la tensión del grupo. —Ari os acompañará a vuestras habitaciones para que descanséis. Comeremos en dos horas; hasta entonces, cualquier cosa que necesitéis podéis pedírsela a ella.

Mientras seguían a Ari, los visitantes admiraron en silencio la belleza y elegancia de la mansión. Fuera, las hojas de las viñas danzaban suavemente con el viento, como si celebraran su llegada.



El aire soplaba con tanta fuerza que la trenza de Yrene revoloteaba ocasionalmente antes de caer de nuevo sobre su espalda. Sus ojos color miel brillaban al contemplar el paisaje que se desplegaba ante ellos, aparentemente ajena a la mirada pensativa de Einar. Sus caballos, dos hermanos de pelaje oscuro y alzada imponente, se movían con calma, indiferentes a la tensión latente entre los jinetes.

Después de desmontar, Einar se acercó a Yrene. La sujetó por la cintura y la ayudó a bajar, mientras ella se apoyaba en sus hombros. Cuando sus pies tocaron el suelo, le dio las gracias, aunque su voz sonó más temblorosa de lo que le habría gustado.

—El viento aquí es más fuerte —comentó él, apartándose para tomar las riendas de los caballos.

—No hace falta que los sujetes. No se irán —afirmó ella tan convencida que Einar arqueó una ceja, pero soltó las riendas. Los animales se alejaron unos metros y comenzaron a pastar tranquilamente.

—Este es uno de mis lugares favoritos de toda la isla —confesó Yrene, contemplando el mar. Esa mañana era de un gris plomizo, reflejando el cielo lleno de nubes amenazantes que presagiaban tormenta.

Einar tomó su mano y comenzaron a caminar sobre la hierba húmeda. Frente a ellos estaba el bosque oscuro, tan cerca que podían escuchar el canto de los pájaros, el crujido de las ramas y el susurro de las hojas. Yrene se dio cuenta de que Einar lo miraba con curiosidad.

—Cuando era niña, mi padre me llevaba al bosque oscuro que hay en Mondüir —sonrió con nostalgia—. Lo que más me gustaba era ver a las hadas jugar entre ellas mientras dejaban un rastro de polvo brillante en el aire, y a los elfos enanos de piel dorada que salían gritando de los matorrales para asustarme, aunque solo lograban hacerme reír. Entonces, eran lugares llenos de vida y donde todas las criaturas de la isla convivían en armonía. Pero después, los *drows* salieron de las entrañas de la tierra… y la oscuridad comenzó a extenderse.

La brisa marina soplaba con fuerza, llevándoles el aroma del océano y el rugido de las olas rompiendo contra las afiladas rocas del acantilado.

—Pero eso no es lo que querías decirme —aventuró Einar. Ella desvió la vista hacia el mar, buscando las palabras adecuadas.

—No imaginas lo difícil que es esto para mí —susurró al final.

Un crujido procedente del bosque los alertó y ambos giraron el rostro en esa dirección. Einar desenfundó la espada y se colocó delante de Yrene, pero ella no se quedó atrás; se colocó a su lado y alzó su propia espada.

—No me trates como a una mujer débil. Estoy entrenada para pelear, igual que tú —murmuró, sin apartar la vista del bosque. Einar asintió, aunque a ella no se le escapó lo difícil que le resultaba reprimir su instinto protector.

De entre los árboles emergieron seis figuras; eran *drows*, elfos oscuros de piel pálida y ojos lechosos. Sus bocas, repletas de dientes afilados, formaban macabras sonrisas mientras empuñaban unas extrañas espadas, cortas y curvas. Corrieron hacia ellos gritando salvajemente, pero se detuvieron en seco al notar que sus presas no solo estaban armadas, sino que no mostraban ningún miedo.

—Qué delicia encontrar un hada y una humana tan cerca del borde—gruñó uno de ellos, relamiéndose mientras avanzaba un paso hacia Yrene—. Hace demasiado que no me deleito con vuestra carne.

Los ojos de Einar cambiaron, transformándose en un azul intenso y brillante, como si una luz ardiera en su interior, y cuando habló, su voz tenía un eco sobrenatural que heló la sangre de sus enemigos.

—No deberíais haber salido del bosque —dijo, con una sonrisa que no auguraba nada bueno.

Uno de los *drows* se lanzó contra él sin previo aviso, pero Einar se movió con una velocidad sobrehumana y bloqueó el golpe con tanta fuerza que su atacante retrocedió

tambaleándose. Los demás se miraron entre sí, menos seguros que antes, y cuatro de ellos decidieron atacar al vikingo a la vez, mientras que los otros dos intentaban cercar a Yrene.

Ella se movió con precisión, sin darles la espalda, sujetando con firmeza la espada en la mano derecha. La hoja brilló bajo la luz difusa del cielo encapotado. No tenía miedo.

—¡Yrene, no dejes que se te acerquen! —rugió Einar, y su voz resonó como un trueno en medio de la tormenta que se cernía sobre ellos.

Yrene no necesitaba que se lo dijera. Cuando uno de los drows se abalanzó sobre ella, esquivó su ataque girando sobre sí misma y contraatacó rápidamente, haciendo que su espada trazara un arco letal que cercenó la mano de su atacante que cayó al suelo empuñando todavía a su arma; el *drow* observó, horrorizado, cómo los dedos de su mano amputada aún se movían y se tambaleó como si estuviera borracho antes de caer de rodillas, gimiendo como una rata herida. Su compañero intentó aprovechar la distracción y la atacó, pero ella detuvo sus golpes hábilmente, obligándolo a retroceder.

Einar, más tranquilo al ver la destreza de Yrene, centró toda su atención en los cuatro *drows* que habían decidido atacarlo a la vez, conscientes de que por separado no tenían ninguna oportunidad contra él. Uno logró alcanzarlo abriéndole un tajo en el costado, pero Einar apenas reaccionó y, con un rugido feroz, se volvió hacia él y le rajó la garganta de lado a lado con el filo de la espada. El *drow* se desplomó de rodillas, llevándose las manos al cuello en un vano intento por contener la sangre que salía a borbotones. Sin perder un momento, Einar se lanzó sobre el siguiente. Le hundió la espada en el vientre con una fuerza bestial y, al retirarla, el cuerpo de su enemigo cayó pesadamente al suelo. Giró justo a tiempo para esquivar el ataque de otro y, con una estocada rápida y letal, le atravesó el

torso, acabando con su vida antes de que pudiera emitir un sonido. El último *drow*, al ver el destino de sus compañeros, intentó huir hacia el bosque. Pero Einar no se lo permitió. Con un hábil movimiento, lanzó su espada, que giró varias veces en el aire antes de clavarse hasta la empuñadura en la espalda de su enemigo, que tropezó y cayó muerto al suelo.

El silencio cayó sobre el acantilado, roto solo por el sonido del viento y de las respiraciones entrecortadas de Yrene y Einar. Con los enemigos abatidos, los ojos de él comenzaron a recuperar su tono habitual.

—Estás herido —dijo Yrene, preocupada, acercándose a él.

—No es nada —respondió con indiferencia, sacando su espada del *drow* caído y limpiándola en su cuerpo. Su voz volvía a ser la de siempre y sus ojos brillaron con intensidad al sentir la preocupación de Yrene, que levantó su camisa y vio que su herida solo era un rasguño y que ya había dejado de sangrar. Suspiró, temblorosa, y lo abrazó con fuerza. Él la rodeó con sus brazos y cerró los ojos, dejando que la tensión que aún lo embargaba, se disipara.

—Estás temblando. ¿Te he asustado? —preguntó en voz baja, consciente del aspecto aterrador que tenía cuando despertaba su berserker.

—No —susurró ella, mirándolo con firmeza—. No te tengo miedo, sé que jamás me harías daño; bajo ninguna de tus formas. —Su confianza en él lo estremeció y la acercó más a él, hasta que sus cuerpos quedaron completamente unidos.

—Debemos volver y avisar de lo que ha ocurrido —murmuró ella—. La reina querrá saberlo y tomar medidas. Hasta donde sé, es la primera vez que los *drows* se atreven a salir del bosque para atacar a plena luz del día, sobre todo tan cerca del palacio.

—Vamos —asintió Einar, echando una última mirada al bosque.

Yrene se apartó, pero él tomó su mano y, con los dedos entrelazados, caminaron hasta los caballos. Tras ayudarla a montar, subió a su propia montura y emprendieron el regreso. El trayecto era corto, apenas diez minutos a buen paso, pero a mitad de camino, ella soltó las riendas y se cubrió el rostro con las manos. Einar acercó su caballo al suyo de inmediato.

—¿Qué ocurre, cariño? —preguntó, preocupado. Lejos de tranquilizarla, sus palabras parecieron quebrarla por completo y su llanto, hasta entonces contenido, se desbordó sin control. Sin dudarlo, él la levantó de la silla y la acomodó en su regazo, envolviéndola con sus brazos. No le importó quedarse en mitad del camino; estaban lo suficientemente lejos del bosque como para reaccionar a tiempo si los *drows* volvían a atacar. Con ternura, deslizó una mano sobre la nuca de la mujer que amaba más que a nada y susurró—: Aparta las manos, Yrene. Déjame verte.

Ella seguía cubriéndose el rostro, como si le avergonzara que la viera así, pero finalmente accedió y bajó las manos. Einar enjugó las lágrimas de sus mejillas con el pulgar, sin decir nada. Sabía que necesitaba tiempo. Yrene siguió mirándolo con los ojos enrojecidos y una expresión tan vulnerable que lo conmovió, durante unos segundos más.

—Mientras luchábamos contra ellos, me di cuenta de que podríamos haber muerto, y yo… —tragó saliva— yo aún no te había dicho que te quiero. Y encima, desprecié tu anillo… —su voz se quebró y su rostro se retorció como si fuera a llorar otra vez, pero la tierna sonrisa de Einar logró contener sus lágrimas. Entonces, alargó la mano y rozó el sencillo anillo que le había dado su padre, y levantó el rostro con el corazón en la mirada. —Quiero ponérmelo … si tú sigues queriendo que lo lleve.

—Yrene, desde que te conocí, lo único que he deseado es que aceptaras unirte a mí; que los dos fuéramos uno —confesó él con voz grave, mientras se quitaba el anillo. Pero antes de ponérselo, esperó a que ella lo mirara, a que asimilara cada una de sus palabras y tomara la decisión por sí misma; y solo cuando asintió, aún con lágrimas en los ojos, lo deslizó en su dedo. —Por un momento he pensado que te habías puesto así por la pelea —añadió.

—Espero que eso sea una broma —contestó ella, lanzándole una mirada ofendida.

—Por supuesto que sí —murmuró él, con una sonrisa cálida, antes de inclinarse y rozar la punta de su nariz con un beso. Su voz se volvió más profunda cuando añadió—: Nunca se me ocurriría pensar algo así de la hija del legendario Sigurd, el mejor luchador que ha tenido este reino. —Yrene parpadeó, atónita.

—¿Sabes quién es mi padre?

—Mi madre me lo dijo antes de embarcar. —Yrene asintió, sabiendo que había llegado el momento de ser sincera.

—Hace años, estuve prometida a un hechicero de mi tierra, que se llamaba Badel. Quedaban unas semanas para que nos casáramos cuando me enteré de que me engañaba con otra mujer y que había estado haciéndolo durante meses; y, como suele pasar en estos casos, todos lo sabían menos yo. Cuando me enteré y lo enfrenté, ni siquiera lo negó. Solo me dijo que, si tenía que elegir, se iría con ella porque su familia era muy rica y le convenía más que yo. —Suspiró—. Después de eso, me prometí que jamás volvería a enamorarme; que no necesitaba a nadie. Por eso decidí entrar en la guardia real. —Einar no dijo nada. Se limitó a apretarla contra su pecho, protegiéndola con su cuerpo, como si pudiera absorber su dolor. —¡Pero estaba

tan equivocada! Nunca quise a Badel, porque no he sabido lo que es amar de verdad… —continuó ella con voz baja, temblorosa, mirándolo a los ojos—hasta que te ha conocido a ti.

Él bajó la cabeza hasta rozar su frente con la de ella y susurró, con una sonrisa letal en los labios:

—Estoy deseando conocer a ese hechicero. Te juro que, cuando termine con él, no le quedarán ganas de seguir jugando con los sentimientos de nadie. —Yrene rió, hundiendo el rostro en su cuello.

—Eres terrible —murmuró, sonriendo.

—Y tú eres mía —le respondió con suavidad, antes de inclinar la cabeza y besarla. Fue un beso distinto a los anteriores; no había en él prisa, ni fuego, ni urgencia. Era más bien una promesa silenciosa, un reconocimiento del amor que los unía. Cuando se separaron, los ojos de Yrene brillaban más que nunca.

—Te quiero, Einar —susurró con voz temblorosa.

—Y yo a ti, amor mío —murmuró él sobre su oído haciendo que su cálido aliento le erizara la piel.

Finalmente, el *berserker* alzó la cabeza, golpeó suavemente los flancos de su caballo y este retomó el camino, seguido por su hermano. Yrene, con un suspiro de felicidad, apoyó la cabeza sobre el pecho de Einar, sin importarle lo que pensarían los demás al verlos llegar así.

DIECISIETE



La cena de despedida se celebró en la misma sala que la de bienvenida y la reina repitió el encantamiento del techo para que los invitados pudieran ver las lunas y las estrellas titilando en el firmamento. Aunque esta vez, la mesa en la que se sentaron era redonda, pues el número de comensales era mucho menor, pero, como en la otra ocasión, también estaba cubierta de manjares presentados con esmero en la misma vajilla multicolor.

Los invitados fueron tomando asiento a medida que llegaban, pues los lugares no estaban asignados. Holmgeirr tenía a su derecha a su esposa y a su izquierda a su nieta Lena, cuyo semblante reflejaba el cansancio de los últimos días de embarazo. Arud, su marido, la observaba con una mezcla de adoración y preocupación, deseando que hubiera optado por descansar en su habitación en lugar de asistir. Al otro lado de la mesa, Yrene y Einar estaban juntos; a su lado se habían sentado su prima Adalïe y su esposo y, a continuación, Adalïe la mayor y Ulrik, quien también estaba al lado de Arud. En total, solo eran diez comensales, ya que la Princesa Holda Unn no asistiría por sentirse indispuesta. La atmósfera era mucho más íntima que en la cena anterior, lo que favorecía la conversación

y la camaradería. Las voces se alzaban en animadas charlas, entre risas y felicitaciones por la exquisita comida. Cuando se sirvieron los postres, la Reina Lena se puso de pie con una copa en la mano. Con un leve movimiento de su varita, los faroles flotantes se reagruparon sobre su figura, iluminándola con una suave luz dorada.

—Queridos amigos, vuestra llegada ha sido una gran alegría para nosotros. Nos ha traído de vuelta a nuestra querida Yrene —dijo la reina con una sonrisa, mientras la joven bajaba la mirada, sintiendo el peso de la intensa mirada de Einar sobre ella—, y también a una amiga de la juventud, de quien tenido el honor de conocer a su familia. —Su mirada recorrió los rostros de Adalïe Falk, Ulrik, Einar hasta posarse, finalmente, en la joven Adalïe. Entonces, su expresión cambió y su tono se tornó solemne. —Sé que debes viajar a Mondüir… pero, en cuanto puedas, te ruego que regreses. Tu presencia es imprescindible si queremos salvar nuestra tierra de la oscuridad. Te necesitamos, Adalïe.

Los murmullos habían cesado y el ambiente festivo había desaparecido por completo. Finalmente, la reina alzó su copa y brindó con la tradicional bendición de despedida de la isla.

—¡Que los vientos os sean favorables! —Uno a uno, los comensales alzaron sus copas y repitieron el brindis antes de beber.

Adalïe, visiblemente conmovida, se levantó con la mirada fija en la reina. Cuando llegó a su lado, posó una mano suavemente sobre su brazo y Lena sintió al instante la serenidad que la joven irradiaba solo con su toque.

—Entiendo tu preocupación y te prometo que Finn y yo regresaremos y nos quedaremos el tiempo que sea necesario para ayudaros. —Los ojos de la reina brillaron con gratitud.

Apretó la mano de Adalïe en señal de agradecimiento y asintió con una sonrisa sincera.

—Gracias. Saber que lucharás a nuestro lado me llena de esperanza. La joven volvió a su asiento, donde Finn la recibió con una sonrisa antes de entrelazar sus dedos con los suyos y besarle la mano con ternura. La mirada de la reina volvió a recorrer a todos los presentes y, con renovado entusiasmo, anunció —: Y ahora, si todos habéis terminado, os invito a salir al jardín. Las luciérnagas desean honraros con un baile en vuestro honor.

Los extranjeros intercambiaron miradas llenas de curiosidad antes de levantarse y seguir a los monarcas hacia la gran puerta acristalada que daba acceso al jardín. Pero, de repente, un jadeo ahogado recorrió la sala. La Princesa Lena tenía las dos manos apoyadas sobre su vientre y el cuerpo encorvado y rígido por el dolor. Su marido, Arud, se apresuró a sostenerla.

—¿Ha llegado el momento? —preguntó la reina, acercándose con el ceño fruncido.

—Lo siento, hace un rato que tengo dolores, pero no quería interrumpir la cena —murmuró Lena a su marido, que la miraba con el rostro tenso por la preocupación. A pesar del dolor que sentía, la princesa trató de erguirse, pero un escalofrío le recorrió la espalda y, al mirar a su abuela, susurró—: Creo que he roto aguas.

Arud la tomó en brazos de inmediato, dispuesto a llevarla a su dormitorio, pero antes de que pudiera dar un paso, Adalïe se interpuso en su camino.

—Espera, puedo ayudarte —afirmó con suavidad, con sus ojos plateados fijos en los de la princesa.

Arud se detuvo, inseguro. Lena, pálida, observó a la muchacha, abstraída por la dulzura y serenidad que desprendía. Esa misma noche había escuchado que la joven había salvado la vida de su cuñada y sus sobrinas en un parto difícil. Inspiró hondo y asintió con un murmullo agradecido, aunque su voz sonó entrecortada por el dolor. Adalïe le dedicó una sonrisa tranquilizadora antes de posar ambas manos sobre su abultado vientre y cerrar los ojos. Durante unos instantes permaneció así, en completo silencio, hasta que volvió a abrirlos y anunció con certeza:

—Todavía tardarás unas horas en dar a luz, pero tu hija nacerá esta noche.

—¿Cómo sabes que es una niña? —susurró Arud, con los ojos muy abiertos. Adalïe sonrió y dijo, sin contestar a su pregunta:

—No soy partera, pero puedo ayudarte a aliviar el dolor del alumbramiento. Si confías en mí… —Lena soltó una breve risa temblorosa y le dedicó una mirada agradecida.

—Si puedes hacer que esto duela menos, te lo agradeceré toda la vida.

—¿Puedes tumbarla un momento? —indicó ella, señalando los sofás que había al otro lado del salón. Arud asintió y llevó a su mujer hasta allí con el mismo cuidado con el que se sostiene el cristal más frágil. Cuando la acomodó en uno de los divanes, se arrodilló junto a ella y tomó una de sus manos entre las suyas.

La escena era tan conmovedora que todos se acercaron en silencio, aunque manteniéndose a cierta distancia para no interrumpir. Yrene y Einar se quedaron detrás de todos y él aprovechó el momento para abrazarla por la espalda e Yrene apoyó la cabeza en su pecho y cubrió sus manos con las suyas.

—Tu prima es la persona más dulce que he conocido. ¿Es tan buena como parece? —preguntó en voz baja, levantando la mirada para ver su rostro. Einar aprovechó su cercanía para rozar su frente con los labios y respondió en el mismo tono:

—Tiene un corazón enorme. Y mira lo que es capaz de hacer.

Adalïe volvió a posar las manos sobre el vientre de Lena y comenzó a cantar en el idioma de las hadas. Era una melodía ancestral, delicada y poderosa a la vez, que le había enseñado su madre, siendo muy pequeña. Cada nota evocaba el murmullo del viento entre los árboles, el susurro de los ríos y el eco de risas etéreas de las hadas en la profundidad del bosque. Cuando llevaba unos instantes cantando, de sus manos comenzó a brotar una luz dorada que se extendió poco a poco, envolviendo a la princesa en un resplandor cálido. La tensión del rostro de Lena comenzó a desvanecerse y su respiración, antes agitada, se tornó pausada y profunda. Pero la luz no se detuvo en ella; siguió extendiéndose hasta tocar a todos los presentes y, gracias a ella, Einar, Yrene y los demás sintieron cómo una paz serena se asentaba en sus corazones, disipando sus miedos y preocupaciones.

Acostumbrados a la magia de los grandes hechiceros, el Rey Holmgeirr y la Reina Lena intercambiaron una mirada de asombro ante la magnitud del poder que procedía de la joven.

Adalïe continuó cantando hasta que el resplandor fue disminuyendo poco a poco, como cuando desaparecía la última luz del atardecer. Finalmente, retiró las manos y Lena abrió los ojos; su mirada ya no mostraba dolor, solo gratitud y una profunda calma.

—No sé cómo agradecértelo. No solo me has quitado el dolor, también la preocupación; estaba muy asustada por el

parto, pero ahora estoy segura de que todo saldrá bien —susurró, con los ojos húmedos por la emoción. —Adalïe esbozó una leve sonrisa, aunque su rostro estaba pálido y sus manos temblaban ligeramente por el esfuerzo. Dando un paso atrás, dijo con suavidad:

—Todo irá bien. —Miró a Arud y le dijo—: Ahora es mejor que la lleves a vuestro dormitorio para que descanse hasta que vuestra pequeña nazca.

Él, conmovido, inclinó la cabeza en agradecimiento antes de cargar a Lena en sus brazos una vez más. Esta vez, la princesa se dejó llevar con tranquilidad, recostándose contra su esposo con la confianza del que sabe que todo saldrá bien. Antes de que salieran de la sala, la Reina Lena se acercó para dar a su nieta un beso en la mejilla y asegurarle que iría pronto a acompañarla y que la partera ya la esperaba en su habitación. Después, la monarca se acercó a Adalïe.

—Gracias, querida. Lena es nuestra única nieta, si algo le pasara… —murmuró con un nudo en la garganta. De repente, arrugó la frente y se volvió hacia su esposo—: ¿Han localizado ya a nuestra hija? —Holmgeirr sacudió la cabeza.

—No. No está en su habitación. —Ambos intercambiaron una larga y tensa mirada, aunque no dijeron nada en voz alta. Sin embargo, los invitados no tardaron en notar que la ausencia de la princesa no solo causaba alarma en sus padres, sino también una sombra de desconfianza que ninguno de los dos era ya capaz de disimular.

Adalïe inclinó ligeramente la cabeza, tratando de disimular el cansancio que la embargaba. Pero Finn, siempre atento, la rodeó por la cintura y le susurró al oído:

—Te has esforzado demasiado. Necesitas descansar. ¿Quieres que nos retiremos? —Sabía que cuando usaba su

poder con tanta intensidad, su cuerpo se resentía. Se sentía orgulloso de su mujer, pero al mismo tiempo le preocupaba que fuera tan generosa con sus dones sin pensar en las consecuencias.

—No. Quiero ver las luciérnagas —contestó ella con una sonrisa cansada, acariciando la mejilla de Finn con ternura. Pero aceptó su ayuda mientras se dirigían con los demás hacia los jardines. Se sentía feliz, a pesar del agotamiento, porque la satisfacción de haber ayudado a alguien siempre llenaba su corazón.

Einar retuvo a Yrene con un leve tirón de su mano, cuando los demás estaban saliendo y, sin previo aviso, la atrajo hacia sí y, enmarcando su rostro entre sus manos, la besó con una intensidad inesperada. Ella se aferró instintivamente a sus brazos cuando sintió que las piernas le flaqueaban. A pesar de que ya se habían entregado el uno al otro en varias ocasiones, el placer que le provocaba su cercanía seguía sorprendiéndola. Su respuesta fue inmediata y ambos profundizaron el beso, hasta que él se separó con un leve jadeo y apoyó la frente contra la suya.

—No podía esperar más —murmuró, recorriendo su rostro con una mirada abrasadora. Yrene respiró hondo, tratando de recuperar la calma, aunque su corazón seguía desbocado. Él sonrió al verla así y dejó un último y rápido beso en sus labios antes de tomar su mano. —Será mejor que salgamos o tu reina enviará a su ejército a rescatarte —bromeó.

Cuando llegaron, el resto del grupo ya estaba sentado en unas sillas que se habían colocado formando un semicírculo, frente a una pequeña orquesta. Ellos dos ocuparon los dos últimos asientos libres, sin prestar atención a las miradas curiosas de los demás, disfrutando de la brisa nocturna que aliviaba la calidez que aún ardía en su piel. Justo en ese

momento aparecieron las primeras luciérnagas, que en unos instantes se multiplicaron formando una nube de luces danzarinas que chispeaban en la oscuridad.

Einar echó un vistazo a su prima y vio que, a pesar de su evidente agotamiento, sonreía fascinada con el espectáculo. Como todos los que la querían, temía que alguna vez se exigiera demasiado, pero sabía que, en esta ocasión, su energía se repondría en unas pocas horas. Dejó de preocuparse por ella y volvió a mirar a Yrene, con tanta devoción, que logró hacerla ruborizar.

—Te estás comportando como un adolescente —susurró ella, aunque no podía dejar de sonreír.

—No me importa —respondió él, con voz segura.

Tomó su mano y rozó con el pulgar el anillo que él mismo le había dado y entrelazó sus dedos con los de ella; así, con las manos unidas y apoyadas sobre su muslo, disfrutaron del espectáculo.



Mientras las luciérnagas deleitaban a los invitados de los reyes, danzando al suave ritmo de la música de la orquesta, en el extremo norte de los jardines palaciegos se desarrollaba una escena muy distinta; oculta en la penumbra, junto a la imponente valla de piedra, la Princesa Holda Unn aguardaba con el rostro contraído por la tensión y aferrando con fuerza su bastón de hechicera. Solo ella, por compartir la sangre de sus padres, podía deshacer temporalmente los encantamientos que protegían el palacio y abrir un pasaje en la valla, el tiempo suficiente para permitir la entrada de un intruso.

Cuando el ulular de un búho rasgó el silencio nocturno, Holda Unn susurró un conjuro en voz baja, apuntando con su bastón a la roca y un crujido reverberó en la piedra; un instante después, la magia hizo su efecto y se abrió un portal a través

del cual emergió Kolbeinn y, tras él, envuelta en una túnica negra que se fundía con la noche, Hallbera.

—¿Quién es ella? —inquirió Holda Unn con desconfianza, estrechando los ojos.

Kolbeinn esbozó una sonrisa fría, aunque en su mirada no había rastro de humor.

—Hallbera, otra aliada. Su magia es clave para que nuestros planes tengan éxito.

—No dijiste que traerías a alguien más —replicó la princesa con frialdad—. Ese no era el trato. —El *drow* respondió con tono autoritario:

—Las circunstancias han cambiado y ahora la necesitamos. —Holda Unn apretó los labios, irritada, pero sabía que no tenía otra opción que aceptar. Mostrando su fastidio con un resoplido, desvió la mirada y asintió con rigidez.

—Está bien. Pero no quiero más sorpresas. —Después de escuchar el intercambio, Hallbera hizo una mueca burlona.

—Así que la princesita está traicionando a sus padres… ¿Cuál es el precio de tu deslealtad? ¿Un reino, quizás?

Holda Unn avanzó un paso hacia ella con los ojos entrecerrados, pero Kolbeinn levantó una mano, deteniéndolas con ese simple gesto.

—Basta. Las dos sois necesarias para conseguir que esto funcione. Ahora, llévanos a ese lugar desde donde podremos observar sin ser vistos, Holda Unn.

La princesa chasqueó la lengua, pero giró sobre sus talones y comenzó a caminar con pasos ligeros y calculados, guiándolos

sin vacilar entre las sombras, a través de los jardines; no le molestaba la oscuridad, puesto que conocía cada recoveco, cada lugar donde ocultarse y, por supuesto, las rondas de los guardias. Además, la música del trío que estaba tocando en ese momento, acallaba cualquier ruido que pudieran hacer. Finalmente, llegaron a su destino: una vieja caseta que antes usaban los jardineros, pero que hacía años que ya nadie usaba, y que permanecía olvidada entre la espesura de los árboles del jardín del palacio. La princesa abrió la puerta con cuidado, evitando el crujido de la madera gastada, y se giró hacia sus acompañantes.

—Desde aquí podréis verlo todo con tranquilidad. Nadie viene nunca.

Cuando entraron, Kolbeinn se acercó a la pequeña ventana y echó un vistazo al jardín. Desde allí, la danza de las luciérnagas iluminaba el aire con destellos dorados, como si las estrellas hubieran descendido para ofrecer su propio espectáculo. La escena era de una belleza casi irreal, pero a él solo le provocó una mueca de disgusto.

Hallbera se situó a su lado, pero su atención no estaba en los bichos luminosos, sino en los invitados. Sus ojos se movieron de uno a otro, observando cada uno de sus rostros detenidamente, hasta que, de repente, todo su cuerpo se tensó y dejó escapar un leve jadeo.

—No puede ser… —susurró.

—¿Qué pasa?

—Esa chica… la conozco. Es la hija del cabrón de Otto.

Kolbeinn agrandó los ojos, sorprendido y observó a la muchacha que señalaba la hechicera.

—¿Otto? ¿El padre del niño?

—Sí. Pero no entiendo qué hace aquí… —murmuró. Su mirada era una mezcla de sorpresa y odio. Kolbeinn, giró la cabeza levemente hacia Holda Unn.

—¿Sabes por qué ha venido esa muchacha? —La princesa, que hasta entonces los había estado observando en silencio, parpadeó antes de murmurar:

—Es *la Bendecida*.

—Eso es imposible … —musitó Hallbera, pero se olvidó de eso en cuanto reconoció a otro de los invitados. Su rostro se contrajo con furia y sus dedos se clavaron en la madera de su bastón. —Einar… — masculló, entrecerrando los ojos, sin apartarlos del hombre al que odiaba más que a nada en el mundo y que, en ese momento, reía despreocupado a pocos metros de la bruja, pero ajeno a su presencia. —Es el asesino de Guttorm —escupió entre dientes—. Si no fuera por esos malditos hechizos del palacio, lo mataría aquí mismo.

Kolbeinn la miró con el rostro ladeado y una sonrisa perversa en él.

—Paciencia. Tendrás tu oportunidad.

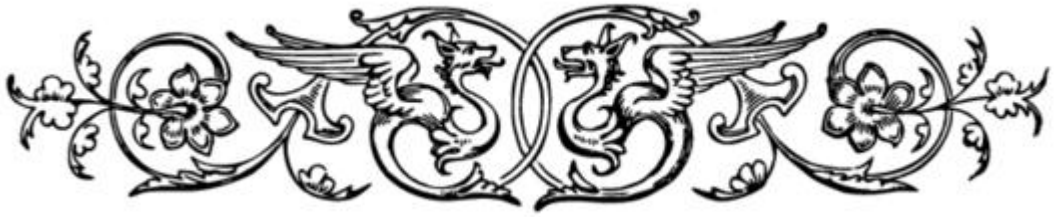
Hallbera sentía el impulso casi irrefrenable de lanzarse sobre Einar y desgarrarlo con sus propias manos, pero se obligó a respirar hondo y contenerse.

Holda Unn susurró con tono urgente:

—Tenemos que irnos ahora que todos están distraídos con el baile. Si nos ven los guardias, estaremos perdidos.

Kolbeinn asintió, pero Hallbera permaneció inmóvil, con la mirada fija en Einar y en la mujer cuya mano sostenía con tanta ternura. Entonces, los labios de la bruja se curvaron en una sonrisa maliciosa mientras decidía que no mataría al vikingo enseguida. Primero lo haría sufrir.

DIECIOCHO



La noche era perfecta. El cielo estaba salpicado de miles de estrellas parpadeantes que acompañaban a las dos lunas cuya etérea luz azulada lo bañaba todo con un resplandor sobrenatural.

En el corazón del jardín palaciego, sobre un elegante estrado hecho de conchas de nácar, el trío de músicos que los reyes habían invitado iniciaba en ese momento su interpretación. En el centro, un hada de cabello blanco acariciaba con maestría las cuerdas de su arpa dorada con los ojos cerrados, entregada por completo a la melodía. Dos elfos gemelos la acompañaban con un violín y un chelo, sus arcos deslizándose con una gracia impecable, alternando entre una suavidad envolvente y una intensidad vertiginosa cuando la pieza lo requería. Lo más extraordinario del grupo era que su música jamás se repetía. Cada noche, los tres músicos tejían una composición única, improvisando con una armonía tan perfecta que parecía guiada por la misma mano. Y, como si formaran parte del mismo sortilegio, las luciérnagas respondían moviéndose en el aire al compás de cada nota con una sincronía

sobrecogedora, como si la melodía fuera un lenguaje ancestral que entendieran instintivamente.

Cuando el grupo empezó a tocar, comenzaron a aparecer las primeras luciérnagas con sus diminutas alas translúcidas brillando en el cielo nocturno. Al principio, se movían tímidamente sobre unos arbustos llenos de flores que estaban algo alejados de los invitados, pero en cuanto la música tomó fuerza, alzaron el vuelo y se situaron sobre los músicos. Y, cuando el arpa lanzó un acorde dulce cuya última nota se quedó suspendida en el aire, las luciérnagas se agruparon en espirales ascendentes, tratando de perseguirla, pero entonces el violín irrumpió con un vibrato exquisito, y las pequeñas criaturas respondieron al delicado sonido como una sola, formando ondas concéntricas sin fin, hasta que el chelo dejó oír su poderosa voz con un poderoso crescendo y ellas se elevaron en una explosión de luz creando figuras complejas que desafiaban a la imaginación: un dragón que desplegaba sus alas, un río pasando bajo un puente, y hasta un unicornio que estaba erguido sobre sus dos patas.

Los invitados contemplaban la representación con los ojos llenos de asombro, incapaces de apartar la mirada. Normalmente, los reyes habrían disfrutado del espectáculo con la misma fascinación que los demás, maravillándose ante la danza etérea y fugaz de las luciérnagas. Sin embargo, aquella noche, la preocupación por su nieta los mantenía inquietos, y solo deseaban que la actuación terminara cuanto antes para poder retirarse y reunirse con ella en su habitación, a pesar de que, de vez en cuando, enviaban a una *ylva* a preguntar por su estado, y siempre recibían la misma respuesta: que la princesa estaba bien, tranquila y prácticamente sin molestias, algo que, sin duda, debían agradecer a la *Bendecida*.

Los músicos siguieron tocando, con gesto emocionado, hasta que la melodía alcanzó su clímax y las luciérnagas, en un

último despliegue de habilidad, crearon un árbol que parecía querer tocar las lunas azules con sus ramas luminosas.

El trío se había hecho famoso en toda la isla no solo por su habilidad para crear melodías únicas, también por la sutil tensión que se percibía entre ellos cuando tocaban juntos. El hada del arpa, Lyssëa, era una criatura de gran belleza, ojos tan prometedores como los de un amanecer y una sonrisa que parecía contener todos los secretos del universo. A su lado, los elfos gemelos, Aelion y Kaerion, encarnaban la perfecta combinación de gracia y fuerza élfica y se decía que ambos estaban locamente enamorados de Lyssëa, pero que el corazón de ella estaba ocupado por otro, aunque nadie sabía quién era.

Desde hacía siglos, Aelion y Kaerion habían compartido un vínculo tan profundo que parecía que uno no podía existir sin el otro, pero ese lazo había empezado a resquebrajarse desde que habían conocido a Lyssëa, unos años atrás. Los dos hermanos la amaban, aunque de formas tan distintas como lo eran sus caracteres: Aelion admiraba el modo en que sus dedos acariciaban las notas con una dulzura infinita, mientras que Kaerion se sentía atraído por la fuerza que el hada irradiaba cuando atacaba los pasajes más vivos de la melodía y que le parecía un contraste fascinante con su apariencia delicada.

Lyssëa nunca había experimentado una conexión como la que compartía con los gemelos cuando tocaban juntos; no necesitaban palabras, una simple mirada bastaba para que cada uno supiera exactamente qué debía hacer a continuación; le encantaba tocar con los dos y les tenía aprecio, pero nada más. En ocasiones, había considerado la idea de elegir a uno de ellos para no enfrentar sola los años que aún le quedaban por delante, pero siempre terminaba desechando ese pensamiento porque no quería arriesgar la armonía que existía entre los hermanos, ni la magia que los tres eran capaces de crear juntos.

Esa noche, mientras las luciérnagas danzaban al ritmo de su música, Lyssëa permitió que sus sentimientos se mezclaran con las notas que arrancaba de su arpa. Tocaba con los ojos cerrados, sumida en sus recuerdos, mientras evocaba sus momentos más felices cuando compartía besos y risas con Alwyn bajo los sauces mágicos del jardín de su familia, y las largas conversaciones que mantenía con él frente a la chimenea de la torre musical donde ambos estudiaban.

Aelion, al ver la expresión melancólica del hada se preguntó si pensaría en él, mientras que Kaerion respondió a lo que vio en su rostro con una serie de notas graves, llenas de anhelo, de su chelo.

Los invitados que presenciaban el espectáculo no parecían saber lo que estaba ocurriendo entre los músicos, pero los Reyes Hechiceros intercambiaron una mirada llena de preocupación. Ellos sí sabían lo que ocurría entre ellos, pero no querían intervenir porque creían que la mágica música del trío, tan perfecta y armoniosa, nacía precisamente de esa compleja red de emociones.

Cuando la última nota de la pieza resonó en el aire, Lyssëa abrió los ojos y miró a los gemelos y ellos le sostuvieron la mirada, ambos esperando que esa noche, por fin, se decidiera por uno de los dos. Pero, como siempre, el hada sonrió melancólicamente y murmuró:

—Ha sido maravilloso. Gracias. —Luego, se levantó, igual que ellos y los tres saludaron al público que les aplaudía, emocionado. Las luciérnagas se habían detenido al terminar la música y permanecían flotando en el aire, estáticas.

Cuando terminaron los aplausos, los músicos descendieron del estrado y se marcharon, y los invitados comenzaron a volver al palacio, maravillados por lo que acababan de presenciar.

Excepto Einar e Yrene, que permanecieron tomados de la mano, observando a las luciérnagas flotar en el cielo hasta que, poco a poco, los mágicos seres se desvanecieron en la noche, llevándose su luz consigo.



El cielo del Reino de los Hechiceros se había teñido con los tonos dorados y malva del amanecer y una suave brisa agitaba las hojas de los vetustos árboles que rodeaban los establos reales, como si fueran testigos de la inminente despedida.

Los mozos de los establos trabajaban con destreza y rapidez, asegurándose de que los seis imponentes caballos alados estuvieran bien sujetos al gran carro real. Todos eran igual de majestuosos, solo se diferenciaban en el color de su pelaje que iba desde el negro azabache hasta el blanco perlado,

pasando por todas las tonalidades del gris. Al sentir todas las miradas sobre ellos, los corceles alados relincharon con orgullo, golpeando el suelo con los cascos en un taconeo rítmico. Sabían que despertaban admiración entre los extranjeros y parecían deleitarse con ello. Una vez en sus posiciones habituales y asegurados con los arneses encantados, los mozos se retiraron unos pasos, dándoles espacio para desplegar sus majestuosas alas. Entonces, los alados dirigieron la vista hacia la rampa de salida y resoplaron con impaciencia, ansiosos por lanzarse al cielo.

Odiel, el cochero principal de los caballos reales, un elfo delgado y bajito, los observaba con los brazos cruzados y con una sonrisa, apoyado despreocupadamente en la pared de los establos. Conocía a sus caballos mejor que nadie y sabía que les gustaba exhibirse antes del vuelo. Echó un vistazo al grupo de viajeros y calculó que aún tardarían un rato en subir al carro, por lo que decidió dejar que sus indomables compañeros se pavonearan un poco más antes de imponer orden. Movió la cabeza con diversión mientras los observaba, sintiéndose afortunado de tener el mejor trabajo de toda la isla.

Algo alejados del resto del grupo, estaban Knut e Isolda, que acababan de llegar del puerto, pero que todavía no se habían acercado a sus amigos.

Isolda se había quedado paralizada en medio del camino, con los ojos desmesuradamente abiertos y la mano aferrada con fuerza a la de Knut, ignorando sus palabras tranquilizadoras. Egil, por el contrario, se había acercado a los caballos voladores para verlos de cerca.

Mientras, Knut hablaba con Isolda, preocupado por ella:

—Voy a decirle a Ulrik que no nos vamos con ellos. No quiero verte así.

—¡No, no le digas nada! —respondió ella, mirándolo. Inspiró hondo, tratando de controlar su miedo, y añadió—: Sé lo importante que es para ti que Magnus bendiga nuestra unión y no sabemos cuánto tiempo permanecerá en la isla. Iremos con ellos, solo necesito un momento. —Volvió a mirar a los caballos, que seguían batiendo lentamente sus alas y pateando el suelo con impaciencia. —Es que nunca había visto unos caballos tan grandes… ¡y encima con alas! —exclamó, como si fuera una acusación.

Egil regresó en ese momento, jadeante, con una amplia sonrisa.

—No tengas miedo —dijo—. He acariciado a uno y es muy dócil. El mozo me ha dicho que el negro es el más tranquilo de todos. Ven, ya verás qué suave tiene el pelo.

Sin esperar respuesta, regresó junto al caballo e Isolda suspiró, sabiendo que no tenía escapatoria. Knut le besó la nariz con cariño y la guió hasta el imponente corcel negro. Poco después, ella lo acariciaba con una expresión un poco más relajada.

A unos pasos de allí, los reyes estaban rodeados por sus invitados con la euforia iluminando sus rostros, a pesar de haber pasado la noche en vela debido a que la Princesa Lena había dado a luz a su primera hija, la pequeña Ligia, que también era la primera bisnieta de los reyes.

—Muchas felicidades, Lena —le dijo Adalïe a su amiga, abrazándola. La reina parpadeó cuando se separaron, y por un instante pareció que las lágrimas aflorarían en sus ojos, pero se recompuso con rapidez.

—Como dije en el brindis, vuestra visita ha sido una gran alegría; especialmente la tuya, querida. —Sus ojos reflejaban un

sincero afecto—. Te ruego que la próxima vez no tardes tanto en volver.

—Te lo prometo —aseguró ella con una sonrisa serena.

Lena le apretó el hombro con cariño antes de volverse hacia Ulrik y despedirse de él con un cálido abrazo. Luego, Finn y la joven Adalïe se acercaron para felicitarla y recordarle que regresarían en cuanto pudieran.

—Gracias —respondió la reina, visiblemente conmovida, y Finn y Adalïe se apartaron para dejar paso a Yrene y a Einar.

Finn trataba de mantener la compostura, pero su mirada se dirigía constantemente hacia el oeste, donde estaba Mondüir y donde esperaba volver a ver a su familia; Adalïe, por su parte, sonreía, pero tenía la angustiosa sensación de que el tiempo se le escapaba de entre los dedos; el niño seguía en peligro y ella todavía no había recibido ninguna señal que le indicara donde podía encontrarlo.

Después de despedirse de Einar, a la reina solo le faltaba hacerlo de Yrene. La tomó del brazo y la apartó un poco para poder hablar con ella en privado.

—Todo ha cambiado, ¿verdad?

—Sí, siento no habértelo dicho antes, pero todo ha pasado tan rápido que no he encontrado el momento… —Yrene intentó disculparse, pero la reina levantó una mano para interrumpirla.

—¿Lo amas?

—Tanto que ahora sé que lo que creí sentir por Badel solo era una ilusión.

—Entonces, tienes mi bendición —dijo la reina con una sonrisa maternal—. Creo que has elegido bien y que serás muy feliz. Y, aunque me entristece saber que no te quedarás en la isla, lo entiendo.

Los ojos de Yrene se humedecieron y confesó con un susurro:

—Einar tiene que volver a su tierra. Es el *jarl* de su pueblo desde que su padre se retiró y su gente depende de él.

La reina la besó en la frente.

—No llores, querida. Estoy muy feliz por ti y estoy segura de que tu madre estará tan contenta como yo cuando os vea juntos.

—Me hacía mucha ilusión formar parte de la guardia real, pero ahora… ya no puedo separarme de él —confesó Yrene, ya sin contener las lágrimas.

—Ni debes hacerlo. Tu felicidad es lo más importante —aseguró Lena, besándola en la mejilla antes de añadir—: Saluda a tus padres de mi parte cuando los veas.

Einar, que había permanecido cerca, rodeó a Yrene con un brazo, atrayéndola con suavidad hacia su pecho. La reina observó el gesto y, con una sonrisa de aprobación, le advirtió:

—Cuídala bien. —Él asintió con solemnidad, sosteniéndole la mirada hasta que se alejó.

Luego, alzó la barbilla de Yrene para que lo mirara y, con ternura, le secó las mejillas. Susurró algo en voz tan baja que solo lo escuchó ella y que consiguió que su expresión se suavizara. A unos pasos, los padres de Einar, que estaban observando la escena, intercambiaron una mirada cómplice,

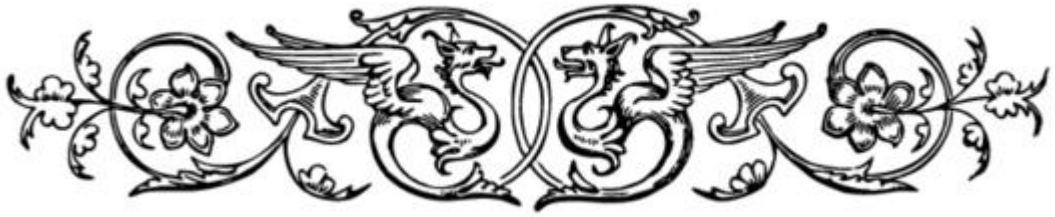
muy sonrientes. Cuando todo estuvo listo para la partida, la reina se acercó de nuevo a la *Bendecida* y le dijo con voz suave.

—Sé que gracias a ti el parto de mi nieta ha sido mucho más fácil. Te lo agradezco de corazón.

—No ha sido nada —murmuró ella, algo avergonzada al notar que todos la observaban. La reina le dio un último abrazo y luego volvió junto a su marido.

Finalmente, todos comenzaron a subir al carro y los caballos, impacientes, comenzaron a agitar sus poderosas alas, preparándose para alzar el vuelo. Cuando todos estuvieron sentados y sus cinturones asegurados, Odiel pronunció una orden en élfico y, de inmediato, los caballos empezaron a galopar por la rampa, ganando velocidad hasta que, con un poderoso batir de alas, el carro se elevó en el aire con elegancia, dejando atrás el palacio y sus jardines. Segundos después, surcaba el cielo, alejándose a gran velocidad.

DIECINUEVE



La noche envolvía el bosque oscuro del Reino de Hualian como un sudario. Entre la espesa bruma se alzaban un sinnúmero de árboles podridos, con los troncos ennegrecidos y retorcidos como huesos carbonizados, mientras que sus hojas muertas crujían a cada paso de sus visitantes.

Hallbera marchaba unos pasos detrás de Kolbeinn, eufórica, porque la venganza que tanto ansiaba estaba al alcance de su mano, y nada más le importaba; apenas percibía el denso aroma a humedad y savia rancia que impregnaba el aire, ni el leve olor a hierro, vestigio de la magia oscura que aún persistía en aquel lugar. Nadie en su sano juicio se atrevería a adentrarse en aquella selva maldita, que en tiempos remotos fuera un bosque luminoso, lleno de magia blanca. Nadie, salvo los *drows*.

La hechicera caminaba cargando a su hijo con la indiferencia de quien sostiene un fardo inerte hasta que, de repente, sintió una amenaza intangible y, con un destello en la mirada, empezó a murmurar un antiguo conjuro de protección. Sus labios apenas se movieron, pero el aire pareció vibrar a su

alrededor. Mientras tanto, el bebé dormía, drogado por su madre, ajeno a su destino.

Kolbeinn avanzaba con la naturalidad de quien camina por sus propios dominios; a pesar de que él residía en el bosque oscuro de Thëggel, solía recorrer los otros tres con regularidad para garantizar que sus seguidores le entregaran la parte que le correspondía de sus turbios negocios, tales como asesinatos, robos o secuestros, asegurándose así el control absoluto de la red de maldad que había tejido sobre la isla. Su piel lechosa relucía bajo la escasa luz de las lunas que se filtraba entre las ramas retorcidas, y sus ojos lechosos parecían indiferentes a simple vista, pero Hallbera sabía que en su interior ardía un fuego frío y calculador; pero eso hacía que ella estuviera tranquila porque Kolbeinn era astuto y sabía que la necesitaba; es decir que, al menos por ahora, estaba segura a su lado.

Tras una larga caminata, el *drow* se detuvo frente a un árbol más grande que los demás, cuya corteza tenía miles de hendiduras que mostraban su dolor. Kolbeinn Levantó una mano y la apoyó sobre el tronco antes de susurrar:

—*Naer'vash tal'rien.*

El árbol tembló y emitió un sonoro crujido, como si la madera se desgarrara desde dentro. Luego, la corteza se separó lentamente, revelando una escalera de piedra oscura que descendía en espiral hacia las entrañas de la tierra. Kolbeinn se giró hacia Hallbera y le hizo un gesto teatral señalando la abertura.

—Después de ti.

La sonrisa de su rostro era una burla, pero ella no titubeó, decidida a no darle la satisfacción de verla asustada. Entró sin vacilar, y él la siguió. Al instante, el tronco volvió a cerrarse tras ellos con el mismo sonido áspero y, por un momento, todo se

quedó completamente oscuro, hasta que una tenue luz rojiza empezó a filtrarse por las paredes, iluminando el camino.

Al final de la escalera, la caverna se agrandaba lo suficiente para poder caminar con comodidad y en ese punto los aguardaban dos *drows*: un macho y una hembra, vestidos con casacas de cuero oscuro, tan elaboradas como la de Kolbeinn; lo que hizo que Hallbera dedujera que no eran simples subordinados. El macho, de rostro afilado y melena plateada que llegaba hasta sus hombros, sonrió con servilismo mientras inclinaba su cabeza.

—Mi señor Kolbeinn, es un honor tenerte en nuestra madriguera. —Hizo un leve gesto hacia la hembra que lo acompañaba—. Mi compañera Luhira y yo estamos a tu disposición. La hembra no apartaba la vista de Hallbera o más bien del niño que cargaba contra su pecho. Sus ojos brillaban con el hambre de un depredador.

—Esperamos que tu viaje sea provechoso —murmuró Luhira con voz melosa cuando miró a su líder, pero Kolbeinn cortó la conversación con una orden seca:

—Esta noche nos alojaremos aquí. —El *drow* asintió al instante y extendió un brazo hacia uno de los dos pasadizos que había tras ellos.

—Por supuesto, mi señor. Podéis descansar en nuestra habitación; como sabes, es la más cómoda.

—Bien —replicó Kolbeinn con frialdad y avanzó en la dirección que le indicaba el otro *drow*. Hallbera lo siguió, observando su entorno con disimulo porque, hasta ese momento, jamás había estado en una madriguera.

La caverna estaba excavada en piedra grisácea y el aire era tan frío que su aliento se condensaba en el ambiente. Cientos

de estalactitas colgaban del techo y de algunas goteaba un líquido oscuro. Caminaron por el pasadizo, pasando junto a varias puertas antes de que la pareja de *drows* se detuviera frente a una de madera tallada. El macho carraspeó antes de abrirla y dirigió una mirada fugaz a Hallbera, antes de centrar de nuevo su atención en Kolbeinn.

—Como no sabíamos que ibas a venir acompañado, hemos preparado algunas hembras para tu… placer. Pero si el arreglo no es de tu agrado… —Kolbeinn esbozó una sonrisa lasciva.

—Lo es, pero tendrá que ser más tarde. Ahora, quiero que me enseñes lo que habéis conseguido desde mi última visita. Vamos a tu despacho. —La pareja inclinó la cabeza obedientemente y lo guiaron por el pasillo, dejando atrás a Hallbera sin una mirada.

Ella esperó a que los tres se alejaran antes de entrar en la habitación y cerrar la puerta tras de sí. Con cuidado, depositó al bebé sobre la cama cubierta de pieles y lo cubrió con su manta porque, en un sacrificio, un niño sano tenía más valor que uno débil. Lo observó dormir y, por un instante, su expresión pareció suavizarse, pero enseguida se endureció de nuevo. Con un gesto brusco, le cubrió el rostro. No permitiría que el hijo de Otto la hiciera flaquear.

—Pronto me libraré de ti —susurró con odio. El niño no se despertó, pero su pequeño cuerpo se estremeció, como si una sombra helada lo hubiera rozado.

A continuación, se quitó la capa y las botas embarradas antes de tenderse sobre la cama, y se quedó mirando el techo de la cueva con los ojos ardientes por la impaciencia. La espera le carcomía los nervios, pero pronto… muy pronto… llegaría su momento. Con un suspiro, cerró los ojos y sonrió.

Mientras tanto, el niño seguía durmiendo, ajeno a la pesadilla que se cernía sobre él.



Los seis caballos descendieron con majestuosa elegancia y con sus largas crines ondeando al viento. Odiel les había dado la orden de aminorar en cuanto divisó la ciudad de Mondüir y, con su pericia habitual, guió a los animales hasta que las ruedas del carro tocaron tierra con la mayor suavidad posible. Solo entonces tiró de las riendas con firmeza, hasta que los caballos se detuvieron por completo. A unos metros, la casa de Gram y Ephel Faëly se alzaba imponente, con sus muros de piedra dorada reflejando la luz del sol.

Adalïe Falk fue la primera en bajar del carro, seguida de su marido. Sus pasos eran firmes, aunque su corazón latía con una

mezcla de anhelo y nerviosismo mientras contemplaba la casa donde había crecido. Se sorprendió al darse cuenta de que, pese al tiempo transcurrido, a sus ojos seguía siendo igual de majestuosa. Detrás de ellos bajó Einar sin soltar la mano de Yrene y, después, su prima Adalïe que se aferraba a Finn, emocionada, por estar contemplando al fin el hogar de su madre. Knut, Isolda y Egil fueron los últimos del grupo en pisar la tierra de Mondüir.

La puerta de la casa se abrió porque sus ocupantes los habían oído llegar y, por fin, los viajeros de los dos barcos pudieron reencontrarse.

Leif avanzó con paso rápido hacia su gemelo y Finn hizo lo mismo hasta que se abrazaron cuidadosamente, ya que Leif llevaba a Magna en brazos. La pequeña protestó con un chillido cuando se vio envuelta entre los dos y Finn rió, y alargó los brazos para cogerla. Leif se la entregó y palmeó el hombro de su hermano con un brillo de felicidad en la mirada.

—Siempre igual de lento —bromeó con voz ronca—. Llevamos dos días aquí, esperando a que aparecierais.

—Estaba muy preocupado —confesó Finn, sin seguirle la broma.

—Yo también —confesó Leif, poniéndose serio.

Mientras tanto, Ydril corrió hacia su cuñada, Adalïe.

—Te he echado mucho de menos —susurró, abrazándola.

—Y yo a ti —respondió Adalïe, conmovida, acariciando la mejilla de Edohy—. Ha crecido —susurró, maravillada. Nunca olvidaría el día en que nacieron las gemelas y la angustia que sintió por si no podía salvarlas; pero todo había salido bien.

Lisbet por fin pudo estrechar entre sus brazos a Finn.

—¡Estaba tan preocupada, hijo mío!

Tras unos segundos durante los cuales lo abrazó con todas sus fuerzas, se apartó un poco de él para acariciar su rostro, como si necesitara asegurarse de que era real. Sabiendo que su marido estaba detrás de ella, esperando su turno, se retiró para que pudiera abrazarlo.

—¡Por los dioses, hijo! ¡Ya era hora de que nos reuniéramos de nuevo! —exclamó Esben, agarrado a Finn.

Magnus observaba en silencio los emotivos reencuentros de su familia, aguardando su turno para saludar a los recién llegados y, justo cuando iba a hacerlo, un movimiento captó su atención por el rabillo del ojo. Se giró y encontró a Knut, Isolda y Egil mirándolo. Una amplia sonrisa iluminó su rostro mientras se acercaba a ellos.

—¡Knut! ¡Qué alegría! —Le estrechó el antebrazo, como solían hacer, y le palmeó el hombro.

—Esto es muy distinto a nuestra tierra, ¿no crees? —comentó, echando un vistazo al cielo que, en ese momento, estaba teñido de color lila y dorado.

—Desde luego. Es otro mundo —afirmó Knut. Magnus asintió, observando a los acompañantes de su amigo.

—Te presento a Isolda, mi *andsfrende*. Hemos venido para que nos cases —dijo Knut, con tanto entusiasmo, que Isolda sonrió sin apartar la vista de él—. Y él es Egil, nuestro hermano —añadió.

Aunque no eran hermanos de sangre, sí lo eran de corazón, y Knut e Isolda compartirían su vida con él. Magnus besó la

mejilla de Isolda con afecto, provocando que se ruborizara ligeramente y, a continuación, saludó a Egil del mismo modo que a Knut.

—¡Me alegro mucho por vosotros! Pero dime… ¿cuándo… dónde? —preguntó Magnus, divertido, recordando lo desesperado que estaba Knut antes de zarpar de Noruega, porque aún no había encontrado a su compañera.

—Yo era la cocinera del barco de los Falk —explicó ella, con una gran sonrisa.

—Una noche la escuché cantar y, aunque en ese momento no pude ver su rostro, supe que era *ella* —añadió él, con voz ronca. Magnus lo miró con asombro.

—Casi no puedo creer cuánto has cambiado.

—Es cierto —replicó Knut, sin apartar la vista de Isolda—. Soy un hombre completamente distinto.

El antiguo fraile le apretó el hombro, sabiendo cuánto significaba aquello para su amigo.

—Me alegro mucho por ti, Knut. Ya lo sabes.

—Entonces, ¿nos casarás? —insistió él. Magnus suspiró y miró a Isolda. Decidió contarle la verdad por si era creyente.

—Fui fraile durante muchos años, pero hace tiempo que dejé la orden. Aun así, sigo casando a estos locos cuando me lo piden —añadió, lanzándole una mirada divertida a Knut—. Pero quiero que sepas que si os caso yo, la ceremonia no será reconocida por la iglesia.

—Eso no me importa, no soy religiosa. Solo quiero hacerlo porque a él le hace feliz —se apresuró a contestar ella.

—Entonces, os casaré. Más tarde hablaremos sobre los detalles —prometió.

Knut asintió con una gran sonrisa y, más relajado, rodeó a Isolda por la cintura antes de besarle la frente. Luego, volviéndose hacia Magnus, le preguntó cómo había sido su viaje desde Noruega.

Gram y Ephel estaban a unos pasos de su hija, con el corazón encogido por la emoción. Normalmente, su padre era el más cariñoso de los dos, pero esta vez fue Ephel quien se adelantó primero. Temblando y con lágrimas en los ojos, la abrazó.

—Por fin has vuelto… —murmuró, besando su cabeza, dejando que las lágrimas que había contenido durante años rodaran por sus mejillas.

Adalïe se estremeció al respirar el aroma de su madre y le devolvió el abrazo con los ojos cerrados. Luego, deslizó la mano dentro de su camisa y sacó el colgante de Silima, la joya familiar que le había hecho llegar como llamada de auxilio y, con un gesto solemne, se la devolvió. Ephel lo tomó con los dedos temblorosos y sonrió, sin dejar de llorar.

Adalïe se volvió hacia Gram, a quien siempre había estado muy unida, hasta que él se negó a aceptar a Ulrik como su esposo. Creía haberlo superado después de tantos años, pero al sentir sus brazos rodeándola y el temblor de sus manos en su espalda, se rompió y comenzó a sollozar como si volviera a ser una niña.

—Mi pequeña… perdóname —susurró su padre con voz ahogada. Ella asintió sin palabras, aferrándose a la tela de su túnica durante unos instantes antes de apartarse. Sonriendo orgullosa, tomó la mano de Ulrik y se lo presentó:

—Este es Ulrik, mi marido.

El vikingo dio un paso al frente, serio, pero sin rastro de rencor en su expresión. Con respeto, extendió la mano hacia su suegro y Gram la estrechó sin vacilar.

—Bienvenido a la familia, Ulrik y perdona a este viejo terco —le pidió con una sonrisa sincera. Él asintió con un leve murmullo y permitió que su suegra le besara en la mejilla antes de apartarse.

—Os presento a nuestro hijo, Einar —anunció Adalïe, emocionada—. Cariño, ellos son tus abuelos.

Einar se acercó con paso tranquilo y con la misma serenidad de su padre reflejada en el rostro. Iba a extender su mano para saludarlos, pero sus abuelos lo abrazaron, llorando, a la vez que le pedían que no los odiara. Por el rabillo del ojo, Einar vio la emoción en el rostro de su madre y su gesto se suavizó. Con voz calmada, respondió:

—No hay nada que perdonar. Estoy deseando conoceros. — Sus palabras parecieron tranquilizar a los ancianos.

—¿Los tíos no están en casa? —preguntó entonces Adalïe. Su madre pareció desconcertada durante un momento, hasta que recordó que habían pasado muchos años desde la última vez que su hija había estado allí.

—Se mudaron a la ciudad hace varias estaciones —explicó Ephel—. La muerte de Edohy —sacudió la cabeza con tristeza— fue demasiado para ellos. Nosotros, al menos, teníamos la certeza de que tú seguías viva. — Adalïe asintió en silencio y dirigió una mirada a su sobrina, que esperaba junto a Finn con los ojos llenos de expectación.

—Acércate, cariño —le dijo con dulzura.

Ella obedeció y se detuvo frente a los ancianos, que la observaban algo desconcertados, sin comprender aun lo que estaba ocurriendo.

—Es la hija de Edohy. También se llama Adalïe —anunció su tía con una sonrisa—. Pensé que mis tíos, sus abuelos, estarían aquí y podrían conocerla, pero iremos a verlos cuanto antes —aseguró, mirando a su sobrina.

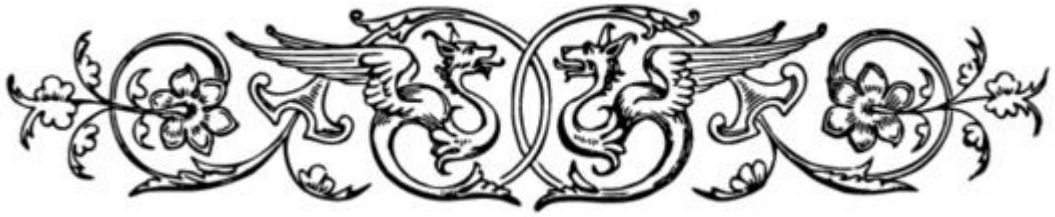
Los ancianos permanecieron inmóviles como si su mente se negara a aceptar lo que estaban viendo. Finalmente, Gram logró decir:

—¿De verdad eres hija de Edohy? —Adalïe asintió con timidez. —Cuando Tultien y Aranisse te vean, se volverán locos —aseguró él con una gran sonrisa antes de abrazarla y besar su mejilla. Ephel, conmovida, hizo lo mismo.

—Estoy deseando conocerlos —respondió ella con sinceridad a la vez que una suave y cálida luz surgía de su piel. Fue apenas un destello efímero, tan breve que los ancianos no supieron si lo habían imaginado y se miraron entre sí con expresión de asombro.

Adalïe los observó, pensando si debía contarles la verdad, pero decidió posponerlo. Ya habían tenido suficientes emociones por un solo día. Su corazón se había encogido al ver lo frágiles que parecían sus padres ahora.

VEINTE



Yrene no se sorprendió cuando abrió la puerta de su habitación y vio a Einar, ya duchado y con ropa limpia, esperándola. Apenas cruzó el umbral, él la atrajo hacia sí y la abrazó. Sus ojos la recorrieron con esa intensidad que siempre lograba desarmarla antes de susurrar:

—¿Lista? —Ella asintió, sintiendo el latido frenético de su corazón.

—¿Qué ha decidido hacer tu prima al final?

—Se ha ido a casa de sus abuelos. Finn la acompaña, por supuesto, y mis padres también, pero mis abuelos han preferido quedarse. Quieren organizar una gran cena para todos y le han pedido a mi madre que avise a mis tíos, para que vengan esta noche y se queden unos días con nosotros —respondió antes de inclinarse y mordisquearle suavemente la barbilla. Yrene entrecerró los ojos, estremeciéndose.

—¿Seguro que no preferirías ir con ellos para conocer a tus tíos? —preguntó, tratando de contener un gemido. Einar sonrió

contra su piel.

—No. He pedido a mi madre que los salude de mi parte, pero ahora tengo algo más importante que hacer: conocer a los padres de mi mujer.

—Cada vez que me llamas así, mi corazón se salta un par de latidos —susurró, sin darse cuenta. Einar alzó el rostro para mirarla fijamente, con expresión grave.

—Te llamo así porque eres mi mujer. Nos casemos cuando nos casemos, eso es un hecho. —Hizo una pausa antes de preguntar—: ¿Tú no me consideras ya tu marido? —Yrene sostuvo su mirada y, sin dudarlo, susurró:

—Sí. —Lo besó suavemente en los labios, pero cuando sintió que Einar la aferraba con más fuerza, apoyó las manos en su pecho para que se apartara.

—Tenemos que irnos —le recordó—. No soporto estar un minuto más sin ir a casa. Hace demasiado tiempo que no veo a mis padres. —Einar suspiró y deslizó los dedos por su mejilla antes de asentir.

—Tienes razón. Perdóname. Es que no puedo quitarte las manos de encima —confesó con una sonrisa traviesa, dándole un último beso en la boca antes de apartarse. Abrió la puerta y le cedió el paso antes de añadir:

—Mi abuelo me ha dicho que podemos coger las monturas que queramos. Les he avisado de que no sabíamos cuándo volveríamos.

Yrene asintió y se dirigieron a los establos.



Una brisa fresca acariciaba los rostros de los cuatro jinetes y movía suavemente las crines de sus caballos, cuando entraron en Mondüir. Desde lejos, la ciudad refulgía como una joya engarzada en la falda de la montaña, con destellos plateados centelleando por doquier bajo la luz del sol, pero al adentrarse en ella la vista era aún más impresionante.

Las casas construidas en piedra clara y madera pulida, exhibían detalles en plata en sus barandillas, aldabas y faroles, como símbolos de la riqueza de la región que procedía de las minas, de donde se extraía la plata más pura del mundo. Altas torres con techos de tejas azules sobresalían en las calles de la periferia, donde se situaban los centinelas en tiempos de guerra; el resto estaban pulcramente adoquinadas y bordeadas

por árboles cuyas hojas relucían con tonos de esmeralda y zafiro bajo la luz del mediodía.

Los cuatro visitantes avanzaban a paso lento, maravillados por la belleza de la ciudad, y hasta Adalïe Falk estaba asombrada por la cantidad de mejoras que se habían hecho desde que ella se había marchado.

Ahora, seis puentes de piedra con filigranas de plata atravesaban el caudaloso río que dividía la ciudad, reemplazando a los dos antiguos de madera que solían romperse con frecuencia. A lo largo de las calles, varios faroles encantados iluminaban cada esquina, y en su recorrido el grupo encontró varios grupos de niños jugando y riendo a carcajadas. En el corazón de la villa, un mercado al aire libre bullía con el tintineo de las monedas de plata, mientras el aroma del pan recién horneado se mezclaba con la fragancia de las flores que crecían por todas partes. A pesar de la opulencia evidente, la ciudad había mantenido un aire acogedor y sus gentes sonreían con amabilidad y parecían felices, una rareza en esos tiempos de incertidumbre.

Continuaron avanzando hasta las afueras, siguiendo la guía de Adalïe Falk, quien sabía dónde estaba el nuevo hogar de sus tíos gracias a las indicaciones de sus padres, hasta que llegaron ante una casa de piedra rosada en cuya puerta había un llamador de plata con forma de racimo de uvas. No era una mansión imponente como la de los viñedos, pero sí muy bella y sus jardines, concienzudamente cuidados, albergaban un pequeño estanque de aguas doradas con decenas de peces de colores buceando en su interior.

Adalïe detuvo su caballo y respiró hondo tratando de calmarse cuando su tía le dijo que esa era la casa. Finn desmontó y le tocó suavemente el muslo para llamar su atención.

—Cariño, deja que te ayude a bajar —susurró. Ella se volvió hacia él y, cuando sus botas tocaron el suelo con suavidad, le agradeció con un murmullo la ayuda, aunque sus ojos estaban fijos en su tía, quien ya había desmontado y la esperaba junto a Ulrik. Pero, al ver el rostro de su sobrina, se acercó a ella y le puso una mano sobre el antebrazo, tratando de tranquilizarla.

—No sé por qué estoy tan nerviosa. Sé que todo va a ir bien, pero… —confesó, encogiéndose de hombros.

—Es normal. Vas a conocer a tus abuelos por primera vez, pero te aseguro que te adorarán.

Adalïe estaba asintiendo en silencio cuando la puerta de la casa se abrió de par en par y dos figuras emergieron bajo la luz del sol. Eran Tultien y Aranisse. Al ver a su sobrina Adalïe, sus rostros reflejaron la emoción que sentían, y salieron de la casa repitiendo su nombre. Ella traspasó la verja del jardín a paso vivo para encontrarse con ellos y los demás la siguieron.

—¡Querida, tu madre nos dijo que estaba segura de que vendrías, pero no terminábamos de creerlo! —dijo Tultien, el hermano de su padre, abrazándola emocionado después de décadas sin verla. Con esfuerzo, se obligó a soltar a su sobrina para que su mujer, Aranisse, también pudiera abrazarla mientras que él se volvía, con una sonrisa en los labios, hacia los tres desconocidos que la habían acompañado. Entonces, vio a la otra Adalïe y se tambaleó, pálido, como si hubiera visto un fantasma; ella permaneció inmóvil bajo su mirada, pero Finn sintió el leve temblor en su mano, entrelazada con la suya. Aranisse se llevó las manos a la boca y dio un paso al frente con el rostro desencajado por la incredulidad.

—¿Quién eres…? —murmuró con voz ahogada. Adalïe Falk posó una mano sobre el hombro de su sobrina y, con voz serena, aunque cargada de emoción, dijo:

—Tío Tultien, Tía Aranisse… ella es Adalïe, la hija de Edohy. Vuestra nieta.

Los dos ancianos se quedaron en silencio unos instantes como si no consiguieran comprender lo que su sobrina acababa de decir, hasta que Tultien, susurró:

—¿Nuestra… nieta?

Aranisse sintió que las piernas le fallaban, pero Tultien la sujetó por la cintura con un murmullo tranquilizador, antes de que pudiera desplomarse. Sin soltarla, observó cuidadosamente a la joven que tenía delante y, en cuanto vio sus ojos, supo la verdad, porque eran iguales que los de su hija. Era cierto. Esa muchacha era su nieta.

En ese momento ella les dijo:

—Mi madre casi nunca me hablaba de su hogar porque era demasiado doloroso para ella y, desgraciadamente, murió cuando yo era una niña. Por eso no supe que seguíais vivos hasta hace poco, cuando me lo dijo la tía Adalïe.

Las lágrimas comenzaron a rodar por el rostro de **Aranisse** antes de que pudiera contenerlas.

—¡Te pareces tanto a mi Edohy! —murmuró con un nudo en la garganta. Incapaz de esperar más, avanzó y la estrechó entre sus brazos. Tultien también se acercó y, con mano trémula, acarició el cabello de la joven.

—¡Una nieta! —susurró, maravillado—. Si hubiéramos sabido que existías, te habríamos ido a buscar al fin del mundo.

Adalïe alargó la mano hacia Finn**,** invitándolo a acercarse.

—Este es mi marido, Finn. —Sus abuelos pusieron cara de sorprendidos, pero lo saludaron respetuosamente y después, la otra Adalïe les presentó a Ulrik.

—Entrad en casa, por favor —dijo Aranisse —. Pediré que os hagan un zumo de bienvenida.

Mientras los seguían, Adalïe Falk explicó:

—Mis padres van a celebrar una cena esta noche y, por supuesto, quieren que vengáis. También desean que os alojéis en la villa mientras estamos allí, así podréis pasar todo el tiempo que queráis con Adalïe.

—¿No quieres quedarte con nosotros? —preguntó Aranisse a su nieta, con un atisbo de tristeza en la voz. Ella sonrió con dulzura mientras respondía:

—La familia de Finn también está en la villa, y hacía semanas que no los veíamos. Queremos pasar estos días con ellos, pero… vosotros podéis quedaros allí también, ¿no? —explicó Adalïe dirigiendo una mirada a Finn, que le devolvió un gesto serio.

Ninguno de los dos había mencionado a su familia que iban a quedarse en la isla, al menos por un tiempo. Adalïe no podía irse sabiendo que su presencia marcaría la diferencia en los difíciles tiempos que se avecinaban, y Finn no iría a ningún sitio sin ella.



La puerta de madera oscura se abrió sin un solo ruido, dejando entrar a Kolbeinn, que parecía haber disfrutado de una noche entretenida. Bajo sus ojos se marcaban dos profundas ojeras, su cabello blanquecino estaba sucio y algunos mechones caían de manera desordenada sobre su rostro. Para colmo, cuando se acercó lo suficiente, Hallbera percibió el inconfundible aroma a sudor y perfume barato impregnado en su piel; pero lejos de avergonzarse, él se detuvo frente a ella con aire altivo, enorgulleciéndose de sus excesos. Hallbera lo observaba desde el sillón donde estaba sentada, con una copa de licor en la mano y sin hacer ningún esfuerzo por ocultar su desprecio.

—Veo que te has divertido —comentó con la misma frialdad que despedían las piedras que los rodeaban.

—No es asunto tuyo lo que haga. —Su voz era ronca debido a los excesos, y su sonrisa burlona. Se quitó el abrigo y lo dejó caer descuidadamente sobre una silla, antes de girarse de nuevo hacia ella. La hechicera aún sostenía la copa, aunque no había bebido ni un sorbo desde que él había entrado en la habitación.

—No, no lo es —admitió ella con una mueca de asco—. Pero espero que hayas hecho algo más que divertirte.

—Tranquilízate, bruja. He conseguido la información que querías. —Se sentó sobre la cama mirándola como un depredador a su presa—. Ya han llegado. Están en casa de los Faëly, que son los más ricos de la región.

Hallbera se inclinó ligeramente para dejar la copa sobre la mesa que tenía al lado.

—¿Einar Falk? —preguntó en voz baja. El *drow* asintió. —¿Y el príncipe?

—Ese no venía en el grupo —informó Kolbeinn con un encogimiento de hombros—. Holda Unn me dijo que llegaría aquí después de visitar la Montaña Mágica. —Hallbera se quedó en silencio, pensando. —¿Quieres que organice el secuestro de ese tal Einar? —propuso Kolbeinn con una sonrisa maliciosa—. Aquí abajo podrás torturarlo durante horas… días, si quieres, antes de matarlo.

—Déjame pensar un momento.

El silencio se prolongó mientras ella valoraba su oferta, pero antes de que se hubiera decidido, un llanto infantil rompió la quietud de la habitación. Hallbera no se movió, pero su cuerpo se tensó cuando el llanto se hizo más insistente. Kolbeinn, que hasta entonces no había prestado atención al bulto que había sobre la cama, se giró bruscamente hacia lo que había creído

que era un montón de ropa. Ahora vio que se movía y que de ahí provenían los lloriqueos y su expresión se retorció en una mueca de asco.

—Haz que se calle —gruñó, sin dejar de mirar el bulto; como ella no hacía nada, se acercó al niño con la intención de acallarlo como fuera, pero antes de que sus dedos pudieran rozarlo, Hallbera le sujetó el brazo con firmeza.

—No lo toques —ordenó con voz tajante, clavándole las uñas en la piel.

—Creía que ya no te importaba lo que le ocurriera —espetó con desdén. Hallbera le sostuvo la mirada con frialdad.

—Tiene que estar entero para la ceremonia. —Él bufó con desprecio y apartó el brazo de un tirón.

—Como quieras.

El niño se calmó por sí solo y la habitación se quedó sumida en un silencio lleno de odio contenido.

—No haremos nada hasta que el príncipe esté aquí —afirmó Hallbera, retomando el tema con frialdad—. Si nos precipitamos, perderemos la ventaja de la sorpresa. Cuando llegue el momento, capturaremos a Haakon, a Einar y a esa chica con la que se le cae la baba. —Una sonrisa cruel curvó sus labios—. Voy a despedazarla, poco a poco, delante de él para que sepa lo que es el verdadero sufrimiento antes de morir.

Kolbeinn se dejó caer en el sillón que había frente a ella, estirando las piernas perezosamente.

—Cumpliré mi parte del trato y te ayudaré con tu venganza —aceptó con desgana—. Pero cuando acabemos con ellos, te centrarás en lo que realmente importa: acabar con los reyes de

Selaön. Si cumples con lo prometido, podrás quedarte con uno de los reinos, excepto el de Thëggel —advirtió con una sonrisa fría—. El trono de los hechiceros me pertenece. Es el más rico y poderoso, y por eso serán los primeros en caer.

Los ojos de Hallbera brillaron con malicia cuando preguntó:

—Creía que la princesita estaba ayudándote porque quiere el trono de su madre…. ¿Qué te había prometido si la ayudabas? —Kolbeinn sonrió.

—Ser su consejero y general de sus ejércitos. —Incrédula, Hallbera le devolvió la sonrisa.

—Esa chica es aún más estúpida de lo que parece… así que la asesinarás en cuanto ya no te sea útil —aventuró.

—Por supuesto —afirmó él con voz burlona—. Y puede que, si por entonces nos llevamos bien, te deje participar en su final.

Inesperadamente, el aire entre ellos crepitó y las pupilas de Hallbera se agrandaron. El ambiente se llenó de una tensión oscura mezcla de maldad y de deseo. Kolbeinn se levantó y ella hizo lo mismo, acercándose a él, y no se detuvo hasta que sus cuerpos se juntaron. El *drow* alzó la mano y atrapó el mentón de ella con firmeza, obligándola a sostenerle la mirada; se lamió los labios, hambriento, mirándola de arriba abajo porque el vestido que llevaba la hechicera realzaba sus curvas.

—A veces te estrangularía, pero eres un puto volcán —gruñó con voz profunda y áspera. Su mano rodeó su cuello, apretando ligeramente, pero en lugar de asustarse por ello, Hallbera sonrió con un gesto de maldad que lo volvía loco.

—Lo sé —contestó, orgullosa.

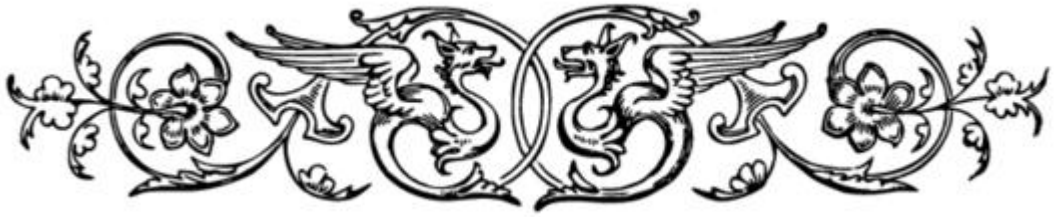
Y entonces, Kolbeinn inclinó la cabeza y la besó con una brutalidad feroz, llena de hambre, y ella respondió con la misma intensidad; se devoraron como si no existiera nada más que ellos. Las manos de Kolbeinn descendieron por la espalda de ella con rudeza hasta alcanzar su culo, por donde la sujetó para levantarla en el aire, apretándola contra su cuerpo. Hallbera se pegó a él, gimiendo y disfrutando de su demostración de fuerza bruta. Sus garras se deslizaron por la nuca de Kolbeinn, hundiéndose con fuerza en ella, haciéndolo gruñir. Lo mordió en el labio, haciéndolo sangrar y él se apartó lamiéndose el labio; sonriendo con los dientes llenos de sangre, volvió a besarla con un deseo que rugía como una bestia para ser liberada. Luego, la lanzó sobre la cama.

—No sabes cómo se me calienta la sangre cuando te hago sangrar —susurró Hallbera con los labios cubiertos en parte por la sangre de él. Kolbeinn se inclinó sobre ella, atrapándola entre su cuerpo y el colchón, con los ojos encendidos de lujuria y admiración.

—Más te vas a calentar con lo que te voy a hacer ahora.

Y mientras volvía a besarla, le desgarró el vestido de arriba abajo.

VEINTIUNO



Yrene detuvo su caballo sobre la colina. Einar la imitó y se quedó observando el asombroso valle que había a sus pies.

—Allí está mi casa —dijo ella, señalando la vieja granja donde había crecido. —Y esos son los Lagos Gemelos —añadió.

—¿Y las montañas que hay detrás?

—Las Montañas del Reino Perdido. Hacen de frontera entre el Reino de las Ninfas y el de los Hechiceros.

—Siempre me ha parecido extraño que mi madre, siendo un hada, naciera en el Reino de las Ninfas.

—Pues aquí es de lo más normal, porque en esta región hay muchas más hadas que ninfas —aseguró Yrene—. ¿Vamos? —preguntó, aunque no esperó su respuesta y azuzó a su caballo para que se pusiera en marcha. —Iremos por la senda que hay entre los dos lagos. Es el camino más rápido.

—Yo no veo ninguna senda —replicó él entrecerrando los ojos, mientras la seguía.

—Desde aquí no se ve, pero está ahí.

Por supuesto, tenía razón. Einar distinguió el sendero en cuanto llegaron a la orilla de los lagos; era una estrecha vereda que dividía las aguas en dos y apenas permitía el paso de una persona, pero ciertamente, desde allí la casa de los Miriel parecía mucho más cercana. Mientras los caballos avanzaban en fila india por el angosto camino, Einar no dejó de observar el entorno con su aguda mirada. Sus ojos recorrieron el mar, a lo lejos, los lagos centelleantes, las imponentes montañas y el cielo, teñido de dorado y escarlata, antes de afirmar con convicción:

—Has debido de ser muy feliz aquí cuando eras pequeña. —Ella le lanzó una mirada sonriente sobre el hombro, pero volvió a mirar al frente enseguida.

—Sí, esto era el paraíso.

Cuando cruzaron al otro lado, Einar puso su caballo junto al de Yrene para cabalgar junto a ella. Poco después, llegó hasta ellos el rítmico sonido de espadas chocando unas con otras, y, al atravesar la gran verja de hierro de la antigua granja que permanecía abierta de par en par, se encontraron en un amplio patio de entrenamiento. Allí, varios guerreros practicaban el arte de la lucha con espada bajo la atenta mirada de dos instructores. Al notar la presencia de los recién llegados, los profesores se giraron con cautela, pero en cuanto reconocieron a Yrene, relajaron su postura y la saludaron con la mano.

Ella les devolvió el gesto con una leve inclinación de cabeza, pero no se detuvo, sino que espoleó suavemente a su caballo y continuó avanzando hacia la vieja vivienda de piedra cuyas ventanas de madera reflejaban los destellos del sol.

Cuando llegó frente a la casa, Yrene hizo que su caballo se detuviera y se preparó para desmontar, pero las manos de Einar ya estaban en su cintura y la sostuvieron mientras bajaba, dejando que su cuerpo resbalara sobre el suyo hasta que sus pies tocaron el suelo; entonces, ella se giró en sus brazos, lo abrazó por la nuca y le murmuró en el oído:

—¡Qué ganas tenía de volver! —Con una carcajada llena de felicidad, tiró de él para que la acompañara. Cuando llegaron ante la puerta, Yrene alzó el llamador de hierro y golpeó con él la madera un par de veces; el sonido resonó en el interior de la casa y, poco después, la puerta se abrió y en el umbral apareció Grunilda, su madre. Su cabello, recogido en una larga trenza como siempre, tenía más hilos plateados que la última vez que Yrene la había visto, pero ella mantenía el mismo porte majestuoso de siempre. Sus ojos, cargados de emoción, recorrieron el rostro de su hija durante un momento antes de rodearla con sus brazos.

—¡Por fin! —exclamó. Detrás de ella, emergió su padre, Sigurd, un hombre alto y robusto, con el pecho musculoso y la mirada dura de un guerrero. Sus ojos se posaron de inmediato en Einar y se quedó observándolo fijamente hasta que su hija se volvió hacia él para abrazarlo.

—Papá, siento haber tardado tanto en volver —murmuró Yrene, con la voz ronca.

—Ya estás aquí, hija mía. Eso es lo único que importa —afirmó, pero por encima de la cabeza de su hija, su mirada volvió a posarse en Einar que le devolvió la mirada firmemente, pero sin decir nada. No quería interrumpir la reunión familiar; prefería esperar a que Yrene lo presentara. Poco después, Sigurd dijo a Yrene:

—Sabíamos por la Reina Lena que vendrías, pero no nos avisó de que traerías compañía.

Ella miró a Einar a los ojos y le sonrió, luego se volvió de nuevo hacia sus padres y anunció:

—Papá, mamá… este es Einar Falk. Mi novio. —Él evitó sonreír al escuchar que lo llamaba así puesto que, hasta ahora, ambos habían evitado poner nombre a lo que compartían. El silencio se extendió entre los cuatro y fue cuando se dieron cuenta de que los ruidos de lucha del patio se habían detenido, puesto que todos los hombres los estaban observando sin disimular su curiosidad. Inesperadamente, en los labios de Sigurd apareció una sonrisa de satisfacción.

—Eso quiere decir que no entrarás en la guardia real —dijo, con un brillo de aprobación en la mirada y Einar comprendió que su suegro nunca había visto con buenos ojos ese trabajo para su hija.

—No —confesó Yrene.

—Estupendo —murmuró Sigurd, sin molestarse en ocultar su alivio. Luego, se volvió hacia Einar y le hizo un leve gesto con la cabeza.

—Ven conmigo. Te enseñaré la finca. —Einar lo siguió después de lanzar una mirada tranquilizadora a Yrene, que parecía algo preocupada porque los dos hombres se quedaran a solas.

Mientras ellos se alejaban, ella entró con su madre en la casa. El interior olía al guiso que se estaba cocinando lentamente en la cocina, y a hogar. Yrene inspiró audiblemente haciendo sonreír a Grunilda que se sentó junto a la chimenea y palmeó la silla que había a su lado para que su hija se

acomodara allí. Yrene obedeció y su madre, con expresión asombrada, le preguntó:

—¿Es el hijo de Adalïe?

—Sí.

—¿Y lo amas de verdad?

—Sí, mamá. Mucho. Es un hombre maravilloso; ya lo verás cuando lo conozcas. —Hizo una breve pausa antes de añadir—: Es un *berserker*, como su padre.

—¿Y tú eres su elegida?

—Sí. Su *andsfrende* —confirmó Yrene, pronunciando con orgullo la palabra por primera vez en voz alta.

—Bien —asintió la madre sin ocultar su satisfacción—. Sé por Adalïe lo buen marido que ha sido Ulrik, así que espero que su hijo se comporte igual contigo… Entonces, ¿Badel es historia?

—Ahora sé que nunca lo quise de verdad —confesó Yrene después de suspirar.

—Puede que tuvieras que vivir la decepción de Balder para que supieras valorar el amor verdadero.

—Es posible.

—Se ha casado con Morie. Sus padres les han comprado una casa en la ciudad, cerca de la suya, y están viviendo allí desde hace más de un año —soltó sin rodeos, con la mirada atenta a la reacción de su hija, pero Yrene se encogió de hombros y esbozó una sonrisa despreocupada.

—Me alegro por él.

—Bien —Grunilda sonrió, satisfecha—. Ahora, cuéntamelo todo sobre tu Einar antes de que tu padre y él vuelvan.

Yrene rió, encantada.



La villa de los Faëly se había vestido de gala para recibir a sus invitados. Los anfitriones habían decidido que la cena se celebrara en uno de los patios de la mansión, el que estaba junto a los viñedos a los que habían dedicado casi toda su vida.

Tanto las viñas como las minas habían pertenecido a su familia durante generaciones, pero mientras que Gram y Ephel se habían dedicado al cultivo de los viñedos, Tultien y Aranisse habían centrado sus esfuerzos en las minas.

Para la ocasión, se habían colocado dos mesas redondas al borde del patio donde el aroma embriagador de las uvas maduras y la tierra llenaba el aire, bajo la suave luz dorada de las lámparas flotantes. Las criadas se movían entre los comensales con una gracia etérea, y es que sus pies apenas tocaban el suelo, pareciendo que flotaban sobre él.

Ari, la más antigua de las sirvientas de los Faëly, las dirigía mientras servían a los comensales los distintos manjares que se había preparado en la cocina para la ocasión: ensalada de hojas tiernas acompañadas de flores comestibles y frutos secos caramelizados; pastelitos de setas con crema de castañas y avellanas; y vegetales asados y glaseados con almíbar de luna y especias exóticas. De postre se sirvió el famoso Pastel de Ambrosía, un dulce tradicional de la región, que era una tarta muy esponjosa elaborada con harina de almendra y coronada con frutas translúcidas que le aportaban un toque ácido que equilibraba su dulzura. Todos esos manjares fueron realzados por el exquisito vino estrellado procedente de los viñedos de los Faëly, cuya suavidad celestial armonizaba a la perfección con cada uno de los platos.

En una de las mesas, Gram y Ephel presidían la cena acompañados por su hija Adalïe, su yerno Ulrik, su nieto Einar e Yrene, su prometida. Para los ancianos ese reencuentro era muy especial y querían saborear cada instante antes de abrir las puertas a los habitantes del pueblo, quienes podrían unirse a la celebración tras la medianoche. Gram se inclinó hacia Einar con una sonrisa cargada de afecto.

—Cuando naciste, tu madre nos envió un mensaje para avisarnos de la noticia. Durante todos estos años trataba de imaginarme cómo serías… y ahora —sacudió la cabeza, conmovido— casi no puedo creer que estés aquí. Espero que te quedes un tiempo con nosotros, para que podamos conocernos bien. — Einar contestó sinceramente:

—Me gustaría, pero tengo que marcharme pronto —hizo una pausa, buscando las palabras adecuadas—; hace varias semanas que salimos de viaje y tengo responsabilidades en mi tierra. —Antes de que Gram pudiera responder, Ulrik intervino con un destello de orgullo en la mirada.

—Einar es el jarl de nuestras tierras. Hace un par de años, decidí que había llegado el momento de cederle el mando para poder disfrutar de la vida con mi esposa, mientras el destino nos lo permita. Es un gran líder. —Gram asintió con aprobación y Einar intercambió una mirada con su padre antes de afirmar con orgullo:

—Aprendí del mejor.

Su abuela, que había permanecido en silencio hasta ese momento, dijo:

—Entonces, al menos prométeme que no pasará mucho tiempo antes de que vuelvas. —Einar la miró y afirmó con voz suave:

—Lo prometo.

—Recuerdo haberte visto en Mondüir con tus padres alguna vez cuando eras pequeña, pero tenía entendido que ahora vivías en el Reino de los Hechiceros y que trabajabas para la reina —comentó Ephel, mirando a Yrene con curiosidad.

—Así era, pero ahora mi vida está con Einar. Donde él vaya, yo iré con él.

—Debes de quererlo mucho para tomar una decisión así —afirmó Ephel. Yrene respondió sin dudar:

—Traté de resistirme a él, pero me fue imposible —confesó con una sonrisa traviesa provocando la risa de todos, pero

enseguida se puso seria para añadir—: La verdad es que me siento increíblemente orgullosa de estar a su lado. Einar es un hombre noble y sincero que daría su vida sin dudarlo por aquellos a quienes ama. Y para mí, no hay nada más valioso que eso.

Einar, aunque no era dado a mostrar sus emociones en público, entrelazó sus dedos con los de ella y los apretó con suavidad, en un gesto silencioso, pero lleno de significado.

—Todo lo que ha dicho Yrene sobre ti es cierto —afirmó Adalïe, mirando a su hijo. Luego, su cálida mirada se posó en Yrene—. Y ahora, al verte a su lado, sé que no podría haber elegido a una mujer mejor para compartir su vida que tú.

Yrene sonrió a su suegra, sintiendo que su corazón se desbordaba de emoción; la calidez con la que la familia de su esposo la había recibido le llenaba el alma de una manera que jamás habría imaginado.

Gram, con una expresión solemne y orgullosa, alzó su copa y dijo:

—Brindemos por Einar y por su mujer, por nuestra familia… y porque este encuentro sea el primero de muchos más.

Cuando todos volvieron a posar sus copas sobre la mesa, Adalïe señaló:

—Es una lástima que los tíos no hayan podido venir, pero cuando la tía Aranisse vio a Adalïe, se puso tan pálida que nos asustó.

—Está algo delicada de salud y el médico le ha recomendado que descansara esta noche —intervino Ephel con voz tranquila—, pero Tultien me ha asegurado que mañana vendrán y se quedarán con nosotros hasta que os marchéis.

Gram desvió la mirada hacia la otra mesa, donde la joven Adalïe conversaba animadamente con Finn.

—Parece una muchacha muy especial.

—Lo es, te lo aseguro —afirmó Einar con una sonrisa orgullosa, observando a su prima.

Gram asintió lentamente, aunque su expresión se ensombreció por un instante.

—Si Edohy pudiera verla… —murmuró, con la mirada triste porque la muerte de su sobrina, la hija de Tultien, seguía siendo una herida abierta para toda la familia.

Mientras tanto, Ephel había puesto una mano sobre la de Adalïe y le habló en voz baja:

—Tu padre y yo nos alegramos tanto de tenerte aquí de nuevo, hija mía… Ojalá pudiéramos cambiar el pasado, pero eso es imposible. —Su voz se quebró levemente—. Espero que tú y tu familia podáis perdonarnos algún día.

—Ya te he dicho que no os guardamos rencor. Ulrik y yo hemos sido muy felices… y todavía más desde que llegó Einar.

—Sí, se nota que os adora. También he percibido que es algo reservado con nosotros, pero lo entiendo —admitió Ephel con una sonrisa triste. Adalïe decidió cambiar de tema y le preguntó:

—¿Ya habéis hablado con Gregers?

Su madre asintió y dirigió una mirada fugaz al diplomático, que se encontraba en la otra mesa junto a su esposa, antes de responder sin ocultar su sorpresa:

—Según el documento que nos ha entregado, el rey de Noruega quiere comprar toda la producción de las minas del próximo año. Su oferta es generosa, no te lo niego, pero aún no hemos hablado con tus tíos y ya sabes que ellos son quienes gestionan las minas, aunque las decisiones importantes las tomemos entre todos.

—La verdad es que, aunque me pidieron que acompañara al grupo del rey para que pudiera cruzar el hechizo de protección, yo solo acepté venir cuando recibí tu Silima. En ese momento supe que me necesitabais. —Ephel bajó la mirada, observando su plato en silencio, hasta que Adalïe susurró con suavidad—: Mamá… ¿Queríais que viniera para verme y conocer a mi familia, o hay algo más? —Su madre titubeó unos instantes antes de responder:

—Ya has visto como está tu tía Aranisse… ya casi no va por las minas y tu tío también ha estado enfermo; durante los últimos meses, tu padre ha tenido que ir casi a diario para ayudarlo. Todos somos mayores, hija… y ha llegado el momento de que alguien más joven tome las riendas de los dos negocios. Habíamos pensado en Einar, pero ahora, con la aparición de Adalïe, se me ocurre que ambos podrían compartir las responsabilidades, como se ha hecho siempre en la familia. Uno podría encargarse de las minas y otro de los viñedos.

Adalïe desvió la mirada hacia su hijo, que estaba hablando con su padre y con Gram.

—Ya has oído que Einar es el *jarl* de nuestras tierras desde hace dos años. Ulrik ha estado preparándole para ello desde que era un niño, y sé cuánto ama su hogar… No creo que quiera quedarse aquí, pero se lo diré, por supuesto —concedió. Ephel suspiró y, con cierta cautela, preguntó:

—¿Y la joven Adalïe? ¿Crees que ella y su marido considerarían quedarse aquí, con nosotros?

Adalïe observó a su sobrina, consciente de la determinación que se ocultaba tras su frágil apariencia.

—No lo sé. Tendréis que preguntárselo. —Hizo una pausa durante la que recorrió la villa con la mirada antes de murmurar —: Todo parece igual que siempre… ¿Es que aquí no ha llegado la oscuridad? —Se arrepintió al instante de su pregunta al ver el horror reflejado en el rostro de su madre.

—Los viñedos y las minas se mantienen a salvo, de momento, pero el bosque oscuro avanza día a día. Algunas casas de las afueras de Mondüir ya han sido devoradas por las sombras, obligando a sus dueños a huir antes de ser alcanzados; pero pronto, todo ese barrio caerá. —Adalïe iba a seguir preguntándole por los ataques de los *drows*, pero su padre le pidió que le hablara sobre su vida en Noruega, por lo que se giró hacia él y obedeció con una sonrisa.

En la otra mesa, Finn y Adalïe conversaban con Leif e Ydril, quienes habían dejado a sus pequeñas dormidas en su habitación, al cuidado de una de las sirvientas. Junto a ellos, estaban Esben, Lisbet y Magnus, quien casi había tenido que arrastrar a Knut, Isolda y Egil para que se sentaran a su lado. La timidez mantenía en silencio a la pareja, aunque la calidez del ambiente parecía que empezaba a relajarlos. Cerraban el círculo Gregers e Inge.

Después de la magnífica cena y a petición de su familia, Finn relató lo sucedido en su barco, cuando ya estaba llegando a Selaön.

—No podéis imaginar lo que fue aquello —comenzó, con el ceño fruncido—. Estábamos en plena cena de cumpleaños de Adalïe Falk cuando, de repente, Daven, el amigo del príncipe,

cayó fulminado. Lo habían envenenado. —Un murmullo incrédulo recorrió la mesa. —Al final descubrimos que lo había asesinado uno de los timoneles —continuó—, aunque su objetivo era Haakon. —Gregers se irguió y lo miró inquieto.

—¿Pero al príncipe no le pasó nada?

—No, él no sufrió daño alguno —aclaró Finn—, pero ver morir a su amigo de aquella forma hizo que se volviera medio loco y que tratara de estrangular a Ahmad, su médico. Después de eso, tuvimos que encerrarlo en la celda del barco hasta que se calmó.

—Imagino que ese timonel pagó por lo que hizo. —La voz de Esben sonó cargada de tensión. Egil, murmuró sin levantar la vista de su plato:

—Se llamaba Jensen. —Isolda, que estaba sentada a su lado, puso la mano sobre su antebrazo y lo apretó con suavidad. Luego miró a los demás y aclaró:

—Egil lo quería mucho, eran buenos amigos. Antes de morir, nos contó que unos soldados del ejército del rey habían asesinado a su esposa y a sus hijos, que tenían tres y cinco años. —Knut añadió con un tono grave:

—No solo eso. Antes de matar a su mujer, la violaron delante de sus hijos, y, después, quemaron la casa con todos dentro. Cuando ocurrió todo eso, Jensen estaba trabajando. Era pescador.

Las miradas de todos reflejaban el horror de lo que acababan de escuchar. Gregers carraspeó suavemente y, como buen diplomático, decidió desviar la conversación hacia un terreno menos espinoso:

—Me habéis dicho que Haakon está en la Montaña Mágica, pero no me habéis dicho por qué. —Finn dejó su copa de vino sobre la mesa antes de responder:

—Se ofreció voluntario para acompañar a algunos de los *berserkers* malditos a la Montaña. Es un lugar de curación, como un hospital mágico. —Su hermano lo miró con la frente arrugada.

—¿Los *berserkers* malditos? ¿De qué hablas?

—Hace más de un siglo, Odín convirtió a miles de *berserkers* en una especie de árboles, condenándolos a ser los guardianes de los palacios de la isla durante quinientos años. Lo más terrible es que sus cuerpos y almas humanos están atrapados bajo sus cortezas, aunque no recuerden quiénes fueron, ni posean voluntad propia… solo existen, prisioneros de la maldición.

Esben apretó la mandíbula con incredulidad.

—¡Eso es imposible! —rugió.

—Aquí todo es posible, padre —afirmó Finn con gravedad—. Por eso Haakon quiso ir a ayudarlos y, sinceramente, si no hubiera sido por Adalïe, yo también habría ido. —Su mirada se suavizó al posarse en su esposa.

Gregers e Inge intercambiaron una fugaz mirada y en sus rostros se reflejó el respeto y orgullo que sentían por el comportamiento del príncipe.

VEINTIDÓS



Al llegar la medianoche, la villa de los Faëly abrió sus puertas a todos los habitantes de Mondüir que quisieran bailar o beber un vaso de vino estrellado. Los visitantes llegaron ataviados con ropas hechas de telas cómodas y alegres, casi todas con bordados que reflejaban algún aspecto de su cultura o tradición. Muchos de ellos al ver a Adalïe Falk se acercaron a ella y la saludaron con entusiasmo, recordándola de los años en los que vivió allí.

Una música alegre empezó a sonar, cortesía de una banda local, y varias parejas comenzaron a bailar en medio del patio, utilizándolo como pista improvisada, demostrando la energía y el espíritu festivo de un pueblo que sabía gozar con alegría en cada ocasión que se le presentaba.

Einar tomó la mano de su *andsfrende* y la guió hasta la pista sin preguntarle nada. Él iba vestido de verde oscuro y ella de dorado, colores que resaltaban la conexión entre ambos. Yrene llevaba un vestido de tela ligera, ceñido a la cintura, que le

llegaba hasta los pies y con un escote sugerente, acorde a las costumbres de la región. Einar, por su parte, vestía pantalón y camisa de tela delgada que resaltaba su cuerpo musculoso. Con cada paso y cada giro del baile, ambos pregonaban, sin palabras, la profunda unión que compartían. Cuando la música terminó, él preguntó:

—¿Te importa que vaya a bailar con mi madre?

Yrene aceptó con una sonrisa y lo observó alejarse para invitar a su madre a bailar. Luego, decidió apartarse de la pista y dirigirse al único rincón libre, donde dos sirvientes de los Faëly servían vasos de vino estrellado directamente de unos barriles traídos de la bodega. No era de extrañar que tanta gente de Mondüir hubiera acudido aquella noche; el prestigioso vino había atraído a todos esos invitados, que ahora se mezclaban con los homenajeados en una vorágine de risas, danza y voces cada vez más animadas. Pero, a medida que el bullicio crecía a su alrededor, Yrene empezó a sentirse incómoda. Necesitaba aire. Sin pensarlo demasiado, se alejó del patio y se adentró en los viñedos. En cuanto dejó atrás el gentío, se detuvo y el alivio la envolvió como un bálsamo. Inspiró hondo, disfrutando de la calma hasta que el sonido de unos pasos hizo que se girase para ver quién era.

—Sigues tan hermosa como la última vez que nos vimos —afirmó Badel con la misma arrogancia de siempre—. No sabes cuánto lo lamento, Yrene; nunca quise hacerte daño. —Ella lo miró, incrédula.

—Si eso fuera cierto, habrías roto nuestro compromiso cuando empezaste a acostarte con Morie, en lugar de engañarme con ella durante meses, hasta que os descubrí en mi

cama —replicó Yrene con frialdad. Él siguió mirándola fijamente, con ese mohín que alguna vez le había parecido cautivador y que al verlo ahora le daban ganas de darle un bofetón.

—Sabes que pasaba por dificultades… me vi obligado por las circunstancias a unirme a ella. No tuve elección. —Yrene dejó escapar una risa seca al escuchar su patético intento de justificarse.

—Podrías haber trabajado como hacemos los demás, pero es más fácil aferrarse a una mujer rica. Lo entiendo perfectamente, Badel. —Él dio un paso hacia ella y la sujetó del brazo.

—Escúchame … —exigió. Ella se estremeció, asqueada, al distinguir el deseo en su mirada. ¿Cómo había podido sentir algo por él?

—Suéltame —ordenó ella entre dientes. Llevaba un puñal en su cinturón y no era un mero adorno. Intentó liberarse, pero solo consiguió que él la sujetara con más fuerza, haciéndole daño. Entonces, sacó la daga y la alzó entre ambos con un movimiento fluido que hizo que su filo plateado brillara bajo la luz de las lunas. —He dicho que me sueltes. Si no lo haces, te juro que te arrepentirás.

—Solo te pido una oportunidad para… —comenzó a decir él cuando el aire cambió de repente, cargándose con una energía primitiva y letal. Un escalofrío recorrió la piel de Yrene y, con el corazón acelerado, miró más allá de Badel, sabiendo lo que iba a encontrar.

Einar emergió de entre los viñedos con el sigilo de un depredador acechando a su presa. Sus ojos resplandecían con un fulgor azul eléctrico, semejante al destello del relámpago antes de la tormenta, y sus manos se habían transformado en instrumentos mortales capaces de despedazar a cualquier enemigo en segundos.

Badel se giró y, al verlo, jadeó de terror. Soltó a Yrene al instante, pero ya era tarde. Una férrea garra atrapó su muñeca con una fuerza brutal, haciendo que un grito de dolor escapara de los labios del presuntuoso hechicero.

—No tendrías que haberla tocado —gruñó Einar con voz profunda y gutural, que procedía de la parte más oscura de su ser. Badel intentó balbucear una excusa, pero no llegó a terminarla porque el puño de Einar impactó en su rostro con una violencia devastadora. Su cuerpo salió despedido varios metros y aterrizó sobre la tierra con un ruido sordo, mientras un chorro de sangre oscura salía de su nariz rota. — Así que tú eres el mierdecilla que la engañó…. —añadió el *berserker* avanzando hacia él para terminar lo que había empezado, pero el hechicero logró ponerse en pie, a duras penas, y huyó rápidamente hacia la oscuridad, sin atreverse a mirar atrás. Einar se volvió hacia Yrene con la respiración entrecortada por la furia. —Espero no haberte asustado. —Ella se guardó el puñal y, a continuación, se acercó a él y colocó una mano en su nuca, haciendo que se inclinara para poder besarlo. Cuando se separaron, Einar ya había recobrado su forma humana por completo.

—No me da miedo verte así —susurró Yrene—. Sé que nunca me harías daño. —Al ver que él volvía a mirar, con los ojos entrecerrados, el lugar por donde había huido Badel lo

cogió del brazo pensando que era mejor alejarlo de allí y le dijo —: Volvamos a la fiesta, seguro que ya han llegado mis padres.

—Creía que los habías invitado a la cena. —Yrene esbozó una sonrisa suave y respondió:

—Y los invité, pero mi padre tenía trabajo hasta tarde y me dijo que vendrían directamente al baile. —Se detuvo repentinamente y añadió —: Por cierto, sabes que podría haberme encargado yo misma de Badel, ¿no?

—Lo sé, cariño. Te he visto pelear —respondió, más calmado—. Pero, me apetecía mucho romperle la nariz a ese gilipollas. Lo podía haber hecho sin transformarme, pero también quería acojonarlo un poco. —Ella rio por lo bajo y volvieron a la fiesta.



Adalïe corría entre los árboles retorcidos tratando de evitar las ennegrecidas raíces que salían de la tierra como garras dispuestas a atraparla. El suelo crujía bajo sus pies descalzos y, donde mirara, había cuerpos de animales en descomposición lo que hacía que el hedor a podredumbre le llenara los pulmones con cada jadeo.

No había viento, ni el más leve susurro de vida en medio de aquella constante semioscuridad, pero ella sabía que había algo esperándola más allá y siguió corriendo, sin fuerzas, hasta que la vio; era la misma mujer encapuchada de siempre, caminando con paso firme entre las sombras mientras sujetaba al niño. Adalïe gritó:

—¡Espera! —Pero la encapuchada no dio muestras de haberla escuchado y siguió caminando como si ella no estuviera allí o no le importara su presencia.

Adalïe trató de alcanzarla, corriendo con desesperación, pero el bosque mismo se lo impedía. Las sombras se alargaban, las ramas se inclinaban hacia ella y las raíces emergían del suelo, cerrándole el paso. Bajo sus pies, la tierra se resquebrajaba amenazando con engullirla; pero, de todos modos, siguió corriendo, negándose a rendirse, hasta que la mujer encapuchada comenzó a ralentizar sus pasos.

Adalïe se detuvo detrás de un grupo de árboles podridos, respirando agitadamente, y desde allí observó que se adentraba en un claro de forma circular, donde no crecía ni una brizna de hierba; solo había tierra negra y seca, como si el suelo estuviera maldito y rechazara toda forma de vida. De aquel lugar emanaba una energía antigua y hambrienta, que le erizaba la piel.

En el centro del claro se alzaba un altar de piedra oscura, rodeado por varias figuras de piel blanquecina y ojos lechosos que permanecían inmóviles. Adalïe contuvo el aliento al darse cuenta de que eran *drows*. Se decía que eran los que habían traído la oscuridad a la isla y que su sed de sangre y poder no tenía límites. La mujer atravesó el círculo que formaban esos seres e intercambió unas palabras con uno de ellos, que parecía el jefe. Luego, depositó al niño desnudo sobre el altar. Pero el pequeño no se inmutó; parecía estar dormido… o algo peor

Adalïe sintió un terror visceral al ver que el pequeño no se movía y un grito de angustia se formó en su garganta. Quería cogerlo y llevárselo lejos de allí, pero algo no le permitía moverse, solo podía observar. La mujer alzó las manos hacia su capucha y la deslizó hacia atrás lentamente y Adalïe sintió que el mundo se detenía al reconocer el rostro que emergió de las

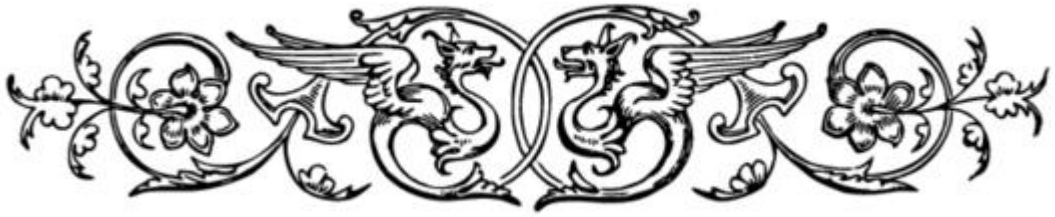
sombras. Conocía demasiado bien aquellos ojos, tan bellos como malignos, y esa melena rubia y rizada. Era Hallbera, la bruja. La amante de su padre. La misma que había huido de Noruega después de dejar tras de sí un reguero de muerte y traición. Y, de repente, Adalïe entendió la conexión: el pequeño era su hermano y por eso llevaba meses soñando con él. Un escalofrío la recorrió cuando vio a Hallbera levantar el puñal, apuntando directamente al pecho del niño; sus ojos se abrieron de par en par, horrorizados, y un grito desgarrador brotó de su garganta.

—¡No! —Pero Hallbera ni siquiera la miró, porque no podía oírla. Su expresión era serena, casi reverente, mientras sus labios se movían murmurando el hechizo que intercambiaría la vida de su hijo por más poder del que nunca había soñado poseer. Los *drows* inclinaron la cabeza como si presenciaran un ritual sagrado y el puñal de Hallbera comenzó a descender; entonces, Adalïe despertó. Su cuerpo estaba empapado en sudor y su pecho subía y bajaba aceleradamente. A su lado estaba Finn, con los ojos oscurecidos por la preocupación. Llevaba un rato intentando despertarla y cuando al fin abrió los ojos, le limpió las lágrimas con ternura. Estaba acostumbrado a sus pesadillas, pero esta vez había sido diferente.

—Amor mío, ¿qué ocurre? —preguntó, muy preocupado. Ella se abrazó a él y respiró hondo, dejando que su olor la calmara. Después, cuando fue capaz de hablar, lo miró y contestó:

—Tenemos que irnos. Va a matarlo esta noche.

VEINTITRES



—¿Estas segura de que no era una pesadilla más? —susurró él, mirándola a los ojos.

—No —contestó, sacudiendo la cabeza—. Era una visión. Van a sacrificar al niño esta noche. Y ya sé quién es la mujer.

—¿La encapuchada? —preguntó Finn, ya que Adalïe había soñado con ella muchas veces en los últimos meses.

—Sí, es Hallbera. ¿La recuerdas? —Él afirmó. Claro que la recordaba, era la bruja que había estado a punto de asesinar al Rey de Noruega. —El niño es su hijo… y mi hermano—añadió con voz temblorosa. Finn agrandó los ojos, incrédulo. Adalïe tomó aire antes de seguir:

—Esta noche he podido ver su rostro por primera vez, cuando ha dejado al niño sobre un altar en medio del bosque… estaban rodeados de *drows* —recordó y su garganta se cerró al recordar la escena—. Me he despertado cuando estaba a punto de apuñalarlo. —Miró a su marido antes de añadir—: Tenemos

que ir a buscarlo. Estoy segura de que lo va a asesinar esta noche. —Finn asintió y se levantó para comenzar a vestirse.

—Lo haremos, cariño, pero tienes que prepararte por si ya está muerto cuando lo encontremos —murmuró, mientras se ponía los pantalones.

—No. Sé que todavía está vivo, pero tenemos que salir ya o no llegaremos a tiempo —replicó ella mientras se quitaba el camisón.

Cuando terminaron de vestirse, Adalïe se dirigió hacia la puerta, pero Finn la sujetó por la muñeca y musitó:

—No podemos ir solos. Tú misma has dicho que había varios *drows* rodeando a Hallbera y al niño.

—Sí —respondió ella.

—¿Recuerdas cuantos eran? —preguntó con expresión seria. Ella cerró los ojos y trató de recordar. Después de unos segundos los abrió otra vez y respondió:

—Había seis formando el círculo alrededor del altar y otro más que estaba junto a Hallbera… siete en total —Finn asintió y se incorporó de inmediato.

—Vamos —ordenó.

Salieron al pasillo y Finn llamó a la puerta más cercana, la de la habitación donde dormían Einar y Yrene. El primo de su mujer abrió casi de inmediato, aunque Yrene también estaba detrás de él, ambos somnolientos. Sin embargo, en cuanto Finn les explicó, en pocas palabras, la visión de Adalïe, cualquier rastro de sueño desapareció de sus caras. Asintieron con seriedad y cerraron la puerta para vestirse rápidamente. Sin perder tiempo, Finn se dirigió a la habitación de su hermano

Leif, quien apenas vio su expresión, comenzó a prepararse para salir en silencio. Ydril, sin vacilar, tomó una de las cunas donde dormían sus hijas y se la tendió a su marido.

—Vamos a llevarlas con tus padres —dijo, pero Leif no se movió.

—Preferiría que tú también te quedaras aquí —confesó. La respuesta de Ydril no se hizo esperar.

—No pienso hacer eso. Adalïe nos salvó la vida, a nuestras hijas y a mí, y no voy a abandonarla ahora. Además, por si lo has olvidado, sé pelear; así que no se te ocurra decirme que es peligroso.

Leif suspiró y recogió ambas cunas para llevar a las pequeñas a la habitación de sus padres. Estaba dejándoselas, cuando Esben le dijo que quería acompañarlos.

—Papá, por favor. Necesito que tú y mamá cuidéis de ellas mientras no estamos —dijo en voz baja, aunque su tono tenía más de súplica que de exigencia. Lisbet posó una mano en el brazo de su esposo y murmuró:

—Cariño, por favor. —Después de mirar durante un par de segundos a su mujer a los ojos, Esben asintió con resignación.

Mientras tanto, en el pasillo, Adalïe hablaba en voz baja con Einar e Yrene, que ya estaban vestidos.

—La mujer con la que llevo meses soñando es Hallbera, y va a matar a su hijo esta noche —le decía a su primo con voz ronca. Einar entrecerró los ojos al escuchar el nombre.

—¡Por los dioses! ¿Queréis despertar a toda la casa? Rugís más que una horda de osos hambrientos —bromeó Ulrik con una sonrisa, antes de besar a su mujer en la mejilla como si se

despidiera para ir a dar un paseo. Ella, envuelta en una bata, se acercó a su hijo y lo abrazó con fuerza.

Adalïe y Ulrik habían oído lo suficiente para entender lo que ocurría, y él se había preparado para unirse a la expedición de rescate.

—Y no se te ocurra pedirme que me quede —le advirtió a Einar—. Hace demasiado que no muevo el brazo y se me va a anquilosar.

Einar rodó los ojos, pero no replicó. No había tiempo que perder si querían salvar al pequeño.

Cabalgaron bajo la luz azul de las lunas, guiados por Adalïe que seguía su instinto. La brisa nocturna, agradable hasta ese momento, se volvió repentinamente helada cuando alcanzaron el bosque oscuro, pero el grupo no se arredró; siguieron cabalgando lentamente hasta que la espesura se volvió tan densa que tuvieron que desmontar y dejar los caballos atados a un grupo de árboles muertos. Después, continuaron a pie, avanzando a través del aire denso y viciado con un hedor impregnado de muerte y podredumbre.

Pasaron largos minutos abriéndose paso por la selva sofocante y oscura, donde la luz apenas lograba filtrarse entre las copas retorcidas de los árboles. Adalïe avanzaba junto a Finn, guiando al grupo que los seguía en parejas, y Ulrik cerraba la marcha, espada en mano y la mirada alerta. Finalmente, llegaron al claro estéril, sin vegetación, que Adalïe había visto en su sueño. En su centro, sobre un altar de piedra, yacía el niño, desnudo y aparentemente dormido. Seis *drows* lo rodeaban y, frente al pequeño, Hallbera susurraba un oscuro sortilegio con un puñal en la mano. A su lado, Kolbeinn observaba la escena con una expresión indescifrable.

Ocultos tras un grupo de árboles, Adalïe y los demás se quedaron observando la escena, sabiendo que en cuanto hicieran un movimiento en falso, el niño moriría.

—No podemos acercarnos más —susurró Einar. Yrene y él estaban justo detrás de Adalïe y Finn—. Si nos descubren, lo matará. Hay que encontrar la forma de distraerlos. —Adalïe sacudió la cabeza, con el corazón encogido, porque no había tiempo. Finn tomó su mano y la apretó con firmeza.

—Dinos qué hacer y lo haremos —susurró, con un brillo decidido en los ojos.

Ella entendió el verdadero significado de sus palabras. Finn estaba dispuesto a todo, incluso a arriesgar su vida, si con ello podían salvar al pequeño. Pero Einar tenía razón, si atacaban sin un plan, Hallbera mataría al niño. La conocía bien. Sintió una mano posarse en su hombro y giró la cabeza. Yrene la miraba con una calma serena, como si quisiera transmitirle parte de su fuerza.

—La Reina Lena dice que nunca, en toda su vida, había presenciado un poder como el tuyo —susurró. Ella era de las pocas personas que sabía que la monarca había estado entrenando a Adalïe en el uso de su magia—, pero también cree que aún no entiendes de lo que eres capaz; eso significa que puedes sacar a ese niño de ahí cuando quieras.

Adalïe respiró hondo y volvió a mirar al niño, aislándose de todo lo que la rodeaba, tal y como le había enseñado la reina. Lo último que escuchó fue el susurro apenas audible de Einar:

—Todos confiamos en ti, prima.

Cuando consiguió ralentizar su corazón, alzó su mano derecha, con la palma extendida, apuntando hacia el altar; liberó las compuertas de su magia para que fluyera libremente y

una luz suave y cálida brotó de su mano, extendiéndose hacia el niño hasta envolverlo como un manto protector; después, su cuerpecito se elevó lentamente en el aire y comenzó a flotar en dirección a Adalïe.

Hallbera reaccionó de inmediato y dio un salto tratando de atraparlo, pero solo logró rozarlo con la punta de los dedos y su grito lleno de rabia resonó en el claro. Kolbeinn lanzó una orden en su idioma y los *drows* rompieron el círculo, corriendo hacia el niño. Pero ya era tarde, porque Adalïe ya lo abrazaba con firmeza contra su pecho, sintiéndolo temblar. Su familia la rodeó como una muralla, protegiéndola, con las espadas desenvainadas y la lucha comenzó. Los violentos sonidos de las espadas chocando y los gruñidos de los combatientes retumbaban a su alrededor, pero ella no apartó la mirada del niño; estaba demasiado frío… y no despertaba.

—Está drogado —murmuró, indignada.

Finn apareció a su lado. Su mirada era oscura y preocupada y se quedó solo un momento. Suficiente para ordenarla con voz grave:

—Quédate aquí con él. Esto se va a poner feo. —Le rozó los labios con un beso rápido y volvió a la lucha. Adalïe sabía que solo quería protegerla, pero no pensaba quedarse al margen si podía ayudar. Se quitó la chaqueta rápidamente y envolvió al niño con ella; luego lo ocultó con cuidado bajo un helecho y se acercó al claro, donde se estaba librando la batalla.

Cerca de ella, Einar e Yrene luchaban contra dos *drows* que empuñaban unas extrañas espadas curvadas de cuyas hojas goteaba un líquido verdoso y siniestro, que estaba claro que era veneno. Einar esquivó un tajo dirigido a su costado y contraatacó con una estocada, pero su oponente la evitó con la misma destreza. Yrene, por su parte, bloqueaba a su atacante

con una velocidad fulgurante, devolviendo golpe por golpe, buscando una abertura en la defensa de su enemigo.

A pocos pasos, Kolbeinn y los cuatro *drows* restantes se enfrentaban a Ulrik, Leif, Finn e Ydril. Pero los *berserkers* ya habían cambiado. Sus ojos resplandecían con el brillo azul característico de su especie, sus músculos se tensaban con una fuerza brutal y sus manos se habían convertido en garras.

Finn se adelantó con un golpe bestial, hundiendo media espada en el pecho de su oponente y Ulrik, con una sonrisa feroz, forzó a su adversario a retroceder con una ofensiva implacable. Ydril, la más rápida de todos, atacaba con movimientos veloces y precisos, minando la resistencia de su enemigo con cada estocada. En ese instante, Einar derribó al *drow* con el que combatía, dejándolo muerto sobre la tierra negra. Entonces, Hallbera, envuelta en un aura oscura y vibrante, gritó:

—¡Einar Falk, mírame! ¡Asesino! —Su voz rasgó el aire, llena de odio. Einar se giró hacia ella con la espada chorreando sangre.

—¿Tienes la desfachatez de llamarme asesino, bruja traidora? —contestó con tono peligroso.

—¡Sí! ¡Tú mataste a Guttorm, a sangre fría! ¿O ya lo has olvidado?

—¿Olvidarlo? —Los labios de Einar se curvaron en una sonrisa letal—. Lo recuerdo perfectamente. Lo ejecuté por traidor, por conspirar contra su rey, y por intentar asesinar a mi prima. Y lo haría mil veces más. Lo único que lamento es que tú te escaparas antes de recibir el castigo que merecías; pero parece que por fin ha llegado el momento de que pagues por todo el daño que has hecho. —Comenzó a caminar hacia ella con una expresión implacable, dispuesto a acabar con su vida.

Hallbera alzó su mano derecha con la palma hacia arriba, y en ella apareció un remolino de energía oscura, que comenzó a girar y crepitar, creciendo a cada segundo; pareció que iba a lanzárselo a Einar pero, en el último momento, su mirada se desvió hacia Yrene, que combatía con un *drow* a pocos pasos de distancia.

—Pues a mí me parece que ha llegado el momento de que sepas lo que se siente cuando te arrebatan lo que más quieres —replicó, enseñando los dientes en una sonrisa salvaje, antes de lanzar el remolino de energía oscura directo a Yrene. La esfera la golpeó de lleno en el pecho y la hizo volar varios metros en el aire, antes de que cayera con un fuerte ruido al suelo, donde se quedó inmóvil. Einar corrió hacia ella con el corazón martilleándole en el pecho.

—¡Yrene! —gritó, arrodillándose a su lado. Posó dos dedos cuidadosamente en su cuello y esperó hasta que sintió el latido constante de su corazón; solo entonces, se irguió lanzando un alarido lleno de cólera y deseos de venganza que recorrió todo el claro. Hallbera seguía junto al altar, conjurando otra esfera de energía oscura en su mano; pero Einar ya estaba más allá de la razón y, con un rugido primitivo, corrió hacia ella, impulsado por la furia. Sus ojos resplandecían como brasas en la oscuridad, su boca se entreabrió mostrando unos colmillos afilados como los de un depredador y sus garras, largas y curvadas, estaban listas para desgarrar la carne de la bruja. Se movía con la rapidez de una bestia desatada, esquivando sin esfuerzo a los que aún combatían a su alrededor con un único objetivo en mente: acabar con ella. —¡Te voy a matar, hija de puta! —gritó.

Hallbera esperó hasta el último instante, alimentando la esfera hasta que alcanzó su tamaño máximo y, cuando Einar estuvo lo bastante cerca, se la arrojó con una violencia brutal. El impacto lo golpeó de lleno, lanzándolo hacia atrás con tanta

fuerza que su cuerpo chocó con el tronco de un árbol, partiéndolo en dos.

Einar cayó al suelo como una piedra y, durante un momento, permaneció inmóvil. Luego, con un rugido que retumbó en todo el bosque, se incorporó con los músculos tensos y el cuerpo vibrando de rabia, decidido a acabar con la bruja, pero, entonces, Adalïe interpuso su menuda figura entre ambos; dándole la espalda a él y con la mirada fija en Hallbera.

A su alrededor, la batalla continuaba; de los *drows*, solo Kolbeinn y tres más seguían en pie peleando ferozmente con Finn, Leif, Ydril y Ulrik.

La bruja miró a la *Bendecida* con una mezcla de burla y desprecio.

—Mira quién ha venido. La pequeña Adalïe. —Su tono destilaba veneno—. ¿Qué haces tú aquí?

Pero esta vez, Adalïe no se encogió ni sintió el peso del miedo; ya no era la niña indefensa a la que Hallbera había maltratado en el pasado. Su mirada era firme y, cuando habló, su voz fue fría como el hielo.

—Ya basta, Hallbera. —Algo en su tono hizo que la bruja recordara lo que le había dicho Holda Unn.

—Es imposible. Tú no puedes ser la *Bendecida* —masculló, mirándola fijamente.

—¿Por qué no? —preguntó Adalïe tranquila, como si sintiera curiosidad por su opinión. Hallbera dejó escapar una risa incrédula, pero un leve destello de miedo había aparecido en su mirada.

—Porque hace solo un año no eras más que una chiquilla patética incapaz de controlar el poco poder que tenías… —Su sonrisa se ensanchó, cruel— …ese es uno de los motivos por los que tu padre nunca te quiso. —Adalïe ni siquiera pestañeó, porque hacía tiempo que había aceptado que su padre no la quería, que solo la veía como un medio para sus fines. —Y si no eras la *Bendecida* entonces, no puedes serlo ahora.

A pesar de sus palabras, Adalïe percibió el nerviosismo de la bruja cuando esta comenzó a moldear apresuradamente otra bola de energía; ella no se movió, pero sintió que sus propias manos empezaban a brillar con un aura plateada. Hallbera arremetió primero, lanzándole una esfera oscura que Adalïe contrarrestó con un chorro de luz brillante. El choque de ambas fuerzas iluminó el bosque por entero y lanzó varias ondas de fuerza en todas las direcciones; pero ninguna de las dos se detuvo. Comenzaron a moverse en círculo, siguiéndose la una a la otra, golpeando, esquivando, y liberando descargas de poder en una batalla donde la luz y la oscuridad luchaban sin tregua. Adalïe sintió el ardor del roce de una esfera oscura en su brazo, pero lo ignoró y contraatacó con un haz de luz pura que Hallbera apenas logró contener.

—¡No puedes vencerme! —masculló entre dientes, resistiendo con todas sus fuerzas el embate de la energía luminosa. Adalïe, haciendo un último esfuerzo, intensificó su luz y la bruja dejó escapar un jadeo de dolor antes de caer de rodillas. Sus brazos temblaban por el esfuerzo de seguir conteniendo la energía de la luz y la sangre había comenzado a resbalarle por la nariz y la comisura de los labios, pero, aun así, se negó a ceder. Alzó la vista hacia Adalïe e insistió tercamente, con voz débil—: Tú no puedes ser la elegida… —De repente, se agarró el pecho, pálida, mirando a Adalïe con gesto de incredulidad y se desplomó bocabajo, muerta.

Kolbeinn había desaparecido entre las sombras del bosque unos segundos antes, en cuanto comprendió que Hallbera no podía ganar. Su huida y la muerte de Hallbera dejó el claro sumido en un silencio denso, roto solamente por el crepitar de la magia que aún flotaba en el aire.

Einar estaba arrodillado junto a Yrene, ayudándola a incorporarse. A pesar de los espasmos de dolor que crispaban su rostro, ella insistía en que estaba bien, pero él no la creía.

—¿Quieres que te levante? Si no puedes sostenerte en pie, te llevaré en brazos —murmuró, acariciándole suavemente la espalda.

Yrene negó con un leve movimiento de cabeza y cerró los ojos.

—Espera… dame un momento.

Adalïe se arrodilló junto a ellos, despeinada y con la respiración entrecortada. Acababa de recoger al pequeño, que seguía dormido, pero lo había dejado en brazos de Ydril cuando se había dado cuenta de que Yrene estaba mal.

—Túmbate otra vez, por favor —le pidió con suavidad. En cuanto obedeció, extendió las manos sobre su cuerpo. Aparentemente no tenía ninguna herida, pero Adalïe podría ver que la magia oscura se había quedado enroscada en su interior y que estaba dañándola por dentro. Cerró los ojos, invocando su luz y sus manos comenzaron a resplandecer. Como siempre, al principio era un resplandor tenue, pero poco a poco el brillo se intensificó hasta envolver el cuerpo de Yrene. Su magia se filtró a través de la piel de la otra mujer, adentrándose en sus venas como un bálsamo curativo, deshaciendo a su paso los restos de la magia oscura. Yrene dejó escapar un suspiro entrecortado al sentir que el malestar que la había atenazado desde que se había despertado, comenzaba a desvanecerse y su respiración

se volvió más profunda y pausada. Sus pálidos dedos se cerraron sobre la mano de Einar en un gesto tranquilizador antes de mirar a Adalïe.

—Es increíble… el dolor ha desaparecido —murmuró con asombro.

Adalïe esbozó una leve sonrisa, pero enseguida su atención se desvió hacia su primo al darse cuenta de que, aunque su transformación lo había protegido en parte, la magia oscura también había dejado un rastro en él. Sin decir nada, apoyó una mano sobre su pecho y un suave resplandor se filtró a través de su ropa.

Einar sintió un leve ardor, seguido de un profundo alivio, pero cuando Adalïe retiró la mano de su pecho, temblaba, y su piel, ya de por sí pálida, ahora tenía un matiz casi traslúcido.

—Adalïe… —murmuró Einar, con la frente fruncida por la preocupación. De repente, ella comenzó a inclinarse hacia un lado, incapaz de mantenerse de rodillas. Einar alargó las manos para sostenerla, pero Finn, que conocía muy bien a su mujer, ya estaba preparado y, rápidamente, la cogió en brazos, estrechándola contra su pecho.

—Ya es suficiente —sentenció, con voz firme. Adalïe sonrió débilmente y apoyó la mano sobre el corazón de su esposo, dejando que su cabeza descansara contra su pecho.

—Estoy bien… —susurró con voz apagada, aunque su cuerpo extenuado decía lo contrario.

—No, no lo estás —replicó Finn, con ternura, acomodándola mejor en sus brazos mientras caminaba hacia los caballos—. Pero pronto lo estarás porque no vas a moverte de la cama hasta que te recuperes.

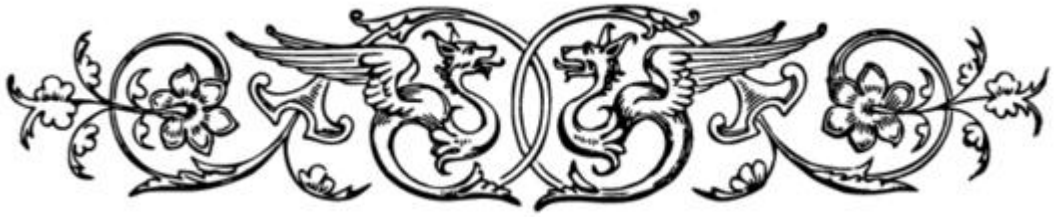
Einar no permitió que Yrene montara sola. Con un movimiento poderoso, la alzó con facilidad y la acomodó sobre su montura antes de subir detrás de ella. Los demás se adelantaron, dejándolos momentáneamente solos en la quietud de la noche y él rodeó su cintura con los brazos y, sin decir nada, hundió el rostro en su cuello, aspirando su fragancia con un profundo suspiro.

—Einar… —susurró Yrene, girándose levemente para poder poner la mano en su mejilla—. Estoy bien.

—Lo sé —contestó él, antes de inclinarse y besarla con tanta ternura que a ella se le encogió el corazón.

Luego, se irguió, chasqueó la lengua y su caballo siguió a los demás de vuelta a casa.

VEINTICUATRO



Un rayo de sol se filtraba entre los cortinajes claros, iluminando la habitación, y la brisa traía consigo el olor a tierra húmeda cuando Yrene se despertó. Pestañeó lentamente sintiendo la suavidad de las sábanas que la cubrían y, cuando giró el rostro, vio a la madre de Einar sentada en una silla a su lado, observándola con una sonrisa.

—¿Quieres un poco de agua, querida? —preguntó con su característica voz suave. Yrene asintió, todavía con los párpados pesados, y Adalïe le sirvió un poco de agua de una jarra que había sobre la mesilla. Bebió despacio y cuando le devolvió el vaso vacío, intentó incorporarse.

—Ten cuidado —le advirtió la madre de Einar, ayudándola a sentarse—. Si sientes algún dolor puedo llamar a mi sobrina. Está fuera, con los demás.

—La verdad es que estoy sorprendida de que no me duela nada, a pesar de que la magia que utilizó aquella bruja contra mí era muy fuerte —confesó—. Es cierto que Adalïe tiene un

gran poder. —Su mirada se desvió hacia la luz que entraba por la ventana y murmuró, con expresión confusa:

—¿Qué hora es?

—Pasa un poco del mediodía.

—Pero... ¿Cuánto tiempo he dormido?

—Algo más de un día. —Yrene la miró atónita.

—¿Y Einar? ¿Está bien? —preguntó, preocupada.

—Sí. Su parte de berserker lo hace más fuerte de lo normal, y solo ha necesitado unas horas para recuperarse por completo —afirmó Adalïe—. Esta mañana, como no despertabas, fue a buscar a su prima para que te revisara y ella le aseguró que lo harías cuando tu cuerpo estuviera listo. Ahora no está aquí porque le pedí que pasara un rato con sus abuelos; no dejaban de preguntarme por él, pero Einar no quería separarse de ti ni un segundo. Lo has tenido muy preocupado… y se va a volver loco de alegría cuando vea que estás despierta. —Yrene carraspeó, emocionada, y preguntó:

—¿Los demás están bien? ¿Nadie más resultó herido?

—La más afectada fuiste tú. Los otros solo tienen algunos moratones, nada grave. —Se quedó callada unos segundos, como si estuviera pensando cuidadosamente lo que iba a decir a continuación—: Anoche, durante el baile, tu madre y yo estuvimos hablando mucho rato. Nos reímos y lloramos recordando nuestra niñez. Después le confesé lo feliz que estoy de que tú y Einar estéis juntos. —Adalïe tomó su mano con delicadeza, mirándola a los ojos. —Siempre quise tener una hija, y si tú me lo permites, me gustaría considerarte así.

—Sería un honor —susurró Yrene. Adalïe se levantó y le dio un beso en la mejilla antes de añadir:

—Iré a buscar a Einar porque si se entera de que te has despertado y no lo he avisado, estará un mes regañándome.

Yrene solo pudo asentir con una sonrisa mientras la veía salir de la habitación. Apenas tuvo tiempo de acomodarse contra el cabecero acolchado de la cama, cuando la puerta se abrió de golpe y Einar apareció con los ojos plateados oscurecidos por la emoción. Cruzó la estancia en dos zancadas y se sentó junto a ella; sus manos atraparon su rostro y sus labios sellaron los suyos con un beso cargado de alivio.

—¿Cómo te sientes? —murmuró con voz ronca cuando se apartó, un instante después.

—Bien. Gracias a tu prima no me duele nada.

Einar sonrió, y sin previo aviso, la alzó con facilidad, sentándola sobre su regazo. Yrene rió por lo bajo, pero su risa murió cuando sus labios volvieron a unirse y el resto del mundo desapareció durante un rato.

—Entonces, ¿te sientes bien para asistir mañana a la boda?

—¿Qué boda? —preguntó ella, sintiendo que el corazón le latía en la garganta; Einar pareció extrañado por la emoción que había en su rostro.

—La de Knut e Isolda.

—¡Claro, me encantará! —aseguró, disimulando su decepción con una sonrisa temblorosa, sin saber por qué se le había ocurrido algo así. Einar y ella todavía no habían hablado de boda, aunque sí estaban de acuerdo en que ella lo acompañaría a su tierra, cuando volviera. Suponía que él querría

que se casaran cuando estuvieran allí y una ligera melancolía se instaló en su pecho al darse cuenta de que sus padres no estarían presentes y de que tardaría mucho tiempo, seguramente años, en volver a verlos.

—Yrene —susurró Einar para que volviera a la realidad. Ella lo miró y volvió a sonreír.

—Perdona, ¿has dicho algo?

—Solo quería saber en qué estabas pensando. Has puesto una cara rara. —Yrene le sostuvo la mirada durante un momento, antes de soltar con fingida seriedad:

—En que necesito ir al baño urgentemente.

Einar resopló divertido y la acompañó hasta la sala de higiene, pero cuando ella entró, él se quedó mirando la puerta con expresión pensativa.



El Príncipe Haakon y Gregers de detuvieron asombrados frente al edificio de los Faëly, cuya estructura imponente se alzaba ante ellos como un vestigio de otro tiempo. Tallada directamente en la misma montaña en la que estaban sus minas, la construcción tenía el aire resistente de la roca, pero aligerada por las planchas de plata que se habían añadido a sus muros y que resplandecían bajo la luz de la tarde. Dos grandes pilares de piedra negra con vetas irisadas flanqueaban la entrada, cuyas superficies estaban talladas con runas protectoras.

Las imponentes puertas dobles de metal que daban acceso al edificio, estaban decoradas con relieves que narraban la historia de las minas, entrelazada desde sus inicios con la familia Faëly. Para cruzarlas, era necesario pasar ante dos hadas

macho que montaban guardia en la entrada; unas criaturas altas, de porte fiero y musculoso, y armadas hasta los dientes. Tras atravesar la puerta, se accedía a un vestíbulo de techos descomunales, tan elevados que en su interior crecían varios árboles centenarios, preservados durante la construcción en honor a la profunda conexión que tenían las hadas con la naturaleza. Los muros, excavados en la roca de la montaña, añadían una sensación de solidez y antigüedad, mientras que el suelo de obsidiana pulida reflejaba la claridad que entraba por el amplio ventanal frontal. En los rincones donde no alcanzaba la luz natural, un sinfín de farolas flotantes, tan comunes en Selaön, danzaban en el aire, proyectando un resplandor suave.

En el vestíbulo aguardaba un grupo heterogéneo de seres mágicos, esperando a ser llamados a uno de los múltiples despachos donde se atendía a los clientes; varios enanos de rostros curtidos hablaban en voz baja con elfos de túnicas exquisitas, mientras que una ninfa de piel perlada y cabello recogido en un moño intrincado, conversaba con un mercader de orejas puntiagudas y manos enguantadas. La imagen revelaba que aquel lugar era un punto de encuentro para viajeros y comerciantes de todos los rincones de la isla.

Haakon caminaba con porte sereno y pensativo, mientras seguía al elfo que los llevaba ante los Faëly, reflejando la madurez que había adquirido en las últimas semanas. Gregers, a su lado, no podía dejar de sentir una mezcla de asombro y orgullo al darse cuenta de que, definitivamente, el príncipe no era el mismo hombre que había partido de Noruega. La muerte de Daven lo había cambiado, para mejor, y su decisión de ayudar a los malditos por Odín no había hecho más que confirmarlo.

Cuando entraron en el despacho, Gram y Tultien se pusieron de pie para saludarlos con cortesía. Sin embargo, sus ademanes dejaban claro que aún no habían tomado una decisión y que

todo dependía de aquella negociación, una de las más trascendentales de su historia puesto que, hasta entonces, los Faëly nunca habían permitido que su preciada plata cruzara los límites de la isla, al menos en grandes cantidades.

Después de los saludos y de que todos se sentaran, Haakon fue el primero en hablar, tal como había acordado con el diplomático.

—Sé que os habrá parecido extraño que Gregers os pidiera aplazar esta reunión hasta mi llegada y os agradezco vuestra paciencia. —Su tono era sereno, con un matiz de humildad, mientras sus ojos azules se posaban en los plateados de los hermanos—. Y por eso quiero confesaros que mi retraso ha sido producido porque he pasado unos días en la Montaña Mágica, ayudando a algunos de los *molugs* malditos por Odín.

Tultien lanzó una mirada inquisitiva a su hermano, pero Gram sacudió la cabeza, dejando claro que él tampoco sabía a qué se refería el príncipe.

—¿Los *molugs* malditos? ¿A quiénes te refieres? —preguntó Gram arqueando una ceja. Durante un momento, Haakon pareció desconcertado por su desconocimiento, pero enseguida comenzó a explicárselo:

—Los *molugs* no son simples árboles, como muchos creen, sino hombres a quienes Odín castigó, transformándolos en esos seres, dejando sus cuerpos humanos atrapados bajo sus cortezas. Hombres que una vez caminaron libres ahora solo pueden sentir el viento mecer sus ramas y la lluvia deslizándose por sus troncos. La mayoría ha olvidado quién fue y si tuvo familia o amigos…, pero unos pocos aún recuerdan; y para ellos, el sufrimiento aún es mayor. En la Montaña Mágica he visto lo que queda de esos hombres cuando la corteza se retira y sus cuerpos humanos emergen tras siglos atrapados, y os

aseguro que no hay castigo más cruel. —Sus ojos azules se oscurecieron, llenos de furia—. Ya sé que Odín es un dios, pero si estuviera en mi mano hacerle pagar por esto, lo haría sin dudarlo.

El silencio se alargó después de sus palabras mientras los hermanos trataban de recuperarse de la imagen que Haakon había pintado para ellos.

—Creíamos que los *molugs* solamente eran unos árboles que protegían los reinos —murmuró Tultien.

—Al parecer no lo sabía nadie, pero todos los Reyes de Selaön ya están informados y se han unido para liberarlos cuanto antes. En la Montaña Mágica los curanderos trabajan día y noche para revertir la maldición de cada uno de los *molugs* que llegan allí —aclaró Haakon—, pero es un proceso largo y doloroso. Yo mismo ayudé a transportar a uno de esos grupos y cuando vi su sufrimiento, decidí quedarme con ellos un par de días más para ayudar en lo que pudiera, pensando que me daría tiempo a llegar a Mondüir a la vez que los demás —añadió humildemente.

—Es una historia impresionante Príncipe Haakon y, por supuesto, justifica totalmente que no llegarais antes—dijo con voz respetuosa Tultien—. Y ahora nos gustaría empezar con la reunión. —Haakon miró a Gregers y este tomó la palabra.

—Como ya sabéis, venimos en nombre del Rey de Noruega para negociar la compra, por entero, de vuestra próxima producción anual de plata. Estamos informados de que, hasta ahora, nadie ha obtenido este privilegio, pero esperamos que consideréis nuestra petición en base a los lazos que nos unen. —El sutil recordatorio de que su hija y su nieta habían vivido hasta ahora en Noruega, hizo que los hermanos Faëly

intercambiaran una breve mirada, pero seguían sin estar convencidos.

—Entendemos que queréis acuñar monedas con nuestra plata, pero no acabamos de comprender por qué necesitáis adueñaros de toda la producción anual.

—Entiendo vuestras dudas —respondió Gregers con calma —. Pero nuestro rey no ha tomado esta decisión a la ligera. Tras una guerra que ha dejado nuestro reino debilitado, ha comprendido que necesitamos algo tangible que dé seguridad a nuestro pueblo y a los reinos vecinos; y una moneda fuerte, reconocida por todos, puede marcar la diferencia. —Hizo una breve pausa, antes de continuar—: Adquirir vuestra producción anual hará que contemos con suficiente plata para la acuñación de monedas durante los próximos diez años. No queremos depender de otras minas que no ofrecen vuestra calidad, sino que cada moneda acuñada en Noruega lleve vuestro sello.

Tultien afirmó, con tono pausado y reflexivo:

—Es un propósito distinto a todo lo que se ha hecho con nuestra plata hasta ahora… Pero también es una decisión demasiado importante para tomarla a la ligera.

Gregers estaba a punto de responder, pero Haakon le hizo un gesto sutil para que lo dejara intervenir. El príncipe se inclinó ligeramente hacia adelante, sosteniendo la mirada de los Faëly con determinación.

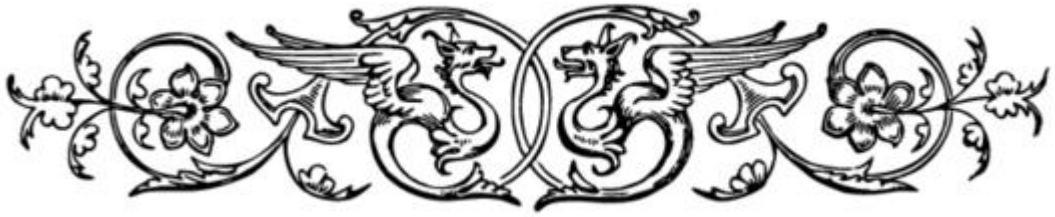
—Si nos concedéis este honor, no lo olvidaremos nunca — declaró con firmeza—. Y vuestra plata no se usará para conquistar tierras ni para llenar los bolsillos de unos pocos, se convertirá en los cimientos que sostengan la paz y la prosperidad de nuestro pueblo.

Los dos hermanos se miraron durante unos cuantos segundos mientras se comunicaban silenciosamente; después, Gram afirmó:

—Lo haremos —dijo con solemnidad—. Noruega tendrá la próxima producción anual completa de nuestras minas.

Gregers y Haakon se miraron sonriendo y luego se levantaron para estrechar las manos de los dos hermanos y sellar el trato.

VEINTICINCO



Dentro de los viñedos de los Faëly había un amplio espacio sin plantar que servía como punto estratégico durante la vendimia. Desde allí, los cosechadores partían en hileras hacia los extremos de los viñedos, recogiendo las uvas, y regresaban después por la siguiente fila reduciendo así a la mitad el tiempo del recorrido, y ese era el lugar que había sido elegido para celebrar la boda. A pesar de que los novios eran unos desconocidos para los anfitriones, no se había escatimado en gastos para los preparativos, pues la ceremonia representaba otra oportunidad de celebrar el reencuentro con sus familiares.

En el centro del claro se alzaba un arco de madera antigua, cubierto de racimos de uvas maduras, flores silvestres y hojas de vid, que haría las veces de altar para el enlace. Frente a él, tres largas mesas de madera dispuestas en forma de herradura ya esperaban a los comensales, rebosantes de un festín digno de la ocasión.

A medida que el cielo pasaba del ámbar al azul profundo del crepúsculo, los farolillos flotantes sobre las mesas comenzaron a encenderse, proyectando una luz dorada y suave; además,

pequeñas antorchas delineaban el sendero que los novios tendrían que recorrer para llegar hasta el altar.

El sonido sereno del laúd y las flautas que tocaban un grupo de músicos bajo un roble cercano sonaba perfecta para la ocasión.

Algunos invitados ya estaban acomodados en las mesas, conversando en voz baja, mientras que otros paseaban entre las hileras de vides cargadas de uvas, bajo la suave luz de las dos lunas que acababan de asomar en el cielo. Adalïe y Finn se habían sentado cerca del altar; ella sostenía en su regazo al pequeño Gudmund, quien, aunque no había emitido ningún sonido desde que despertó dos días atrás, al menos empezaba a comer y parecía menos aterrorizado. Ella sabía que el pequeño terminaría curándose de las atrocidades que su madre había cometido con él, pero que sería un proceso lento. Frente a ellos, Leif e Ydril tenían entre ellos a las pequeñas Edohy y Magna, dormidas en sus cunas. A su lado, Esben y Lisbet observaban a su familia con satisfacción, disfrutando del hecho de que todos estuvieran de nuevo reunidos y a salvo.

En otra mesa, Yrene conversaba animadamente con sus padres sobre la belleza del lugar y lo especial que debía de ser casarse allí, mientras que Einar la escuchaba con una discreta sonrisa. Adalïe, su madre, también sonreía escuchando a su nuera, pero Ulrik notó que la sonrisa no llegaba a sus ojos.

Mientras, las dos parejas anfitrionas Gram y Ephel, y Tultien y Aranisse, que habían rechazado cualquier ayuda de sus invitados, estaban asegurándose de que no faltaba ningún detalle y que los novios y el oficiante llegarían en el momento oportuno.

En la tercera mesa, algo apartados de los demás, se habían acomodado Haakon y su grupo. Axel y Bjorn conversaban

animadamente con el príncipe, que irradiaba satisfacción por el éxito de su misión. Horik, en cambio, mantenía su expresión imperturbable mientras su mirada recorría el lugar con discreción, asegurándose de que no acechaba ningún peligro, una costumbre adquirida en su trabajo. A su lado, Gregers e Inge hablaban en voz baja sobre lo ansiosos que estaban por reencontrarse con su hijo Voring, a quien no veían desde hacía meses. Por su parte, Ahmad, el médico árabe, permanecía en silencio mientras sus ojos oscuros observaban las dos lunas azules que brillaban en lo alto del cielo. Aquel lugar desafiaba todo lo que había estudiado, lo que le fascinaba.

Knut caminó con paso firme hacia el altar acompañado por Magnus. Para la ocasión, el novio vestía pantalones y una sobre camisa de piel clara, sobria y elegante. Se había recogido el cabello oscuro en una trenza, como solía hacer cuando luchaba en el ejército. Ambos se detuvieron bajo el arco y allí, de pie, esperando a su prometida, Knut respiró hondo. Sus ojos, tan fríos e implacables en la batalla, brillaban ahora con una emoción mucho más cálida. La música bajó de intensidad y el murmullo entre los invitados cesó por completo. Todos esperaban la llegada de la novia. Magnus, notando los nervios de su amigo, se dedicó a susurrarle anécdotas de su época como fraile, logrando arrancarle varias sonrisas. Hasta que, finalmente, por el sendero iluminado por antorchas, apareció Isolda del brazo de Egil.

El muchacho vestía igual que el novio y sonreía levemente, mientras que ella, muy emocionada, llevaba un vestido azul que se mecía con la brisa y su cabello estaba trenzado con hilos de plata. Cuando sus ojos se encontraron con los de Knut, sintió, como cada vez que lo miraba, que por fin había encontrado su hogar.

Magnus sentía una alegría especial al oficiar aquella boda; había sido testigo de lo cerca que había estado Knut de

perderse a sí mismo, pues, desgraciadamente, ese era el destino habitual de los *berserkers* que no encontraban a su *andsfrende*. Sabía cuánto había luchado por mantenerse cuerdo y recordaba bien la última vez que hablaron, cuando Knut, resignado, le confesó que casi había perdido la esperanza de encontrarla. Pero entonces, apareció Isolda… y todo cambió.

Cuando ella llegó al altar, Egil cogió la mano de la novia y se la cedió a Knut, apartándose después para reunirse con los demás invitados. El novio llevó la mano de Isolda hasta su boca y besó sus nudillos con devoción, como si con ese gesto sellara su promesa de amarla y protegerla durante toda su vida. A una indicación de Magnus, los novios se giraron para colocarse el uno frente al otro y, para ellos, todo lo demás dejó de existir. Todo, excepto la voz de Magnus:

—Knut, Isolda, os habéis reunidos aquí, ante todos estos amigos, para unir vuestros destinos —dijo con solemnidad. Cogió una tira larga de tela blanca y, con gesto ceremonioso, la enrolló alrededor de las manos entrelazadas de los novios. Luego alzó la mirada hacia ellos y añadió—: Podéis pronunciar vuestros votos.

En ese momento, Yrene rodeó el brazo de Einar con el suyo y apoyó la cabeza sobre su hombro. Él le dio un beso en la frente y murmuró en su oído:

—¿Te está gustando la ceremonia?

Ya le había contado que, entre los *berserkers*, era una tradición que Magnus los casara, a pesar de que ya no era fraile. A Yrene le había encantado la historia, pero lo que no imaginaba era que, en pocos minutos, Einar pensaba sorprenderla y que ellos también fueran una de las parejas unidas por Magnus.

—Es maravillosa —respondió ella con los ojos empañados. Él giró de nuevo el rostro para observar a Knut y a Isolda decir sus votos.

—Nunca sentí miedo en la batalla porque nunca he tenido nada que perder… hasta que te conocí. Desde ese día, cada paso que doy tiene un propósito: estar a tu lado. Ahora, todo lo que soy y todo lo que tengo es tuyo y juro, ante Dios y ante estos amigos que mi amor y mi lealtad siempre serán tuyos —prometió Knut.

—Antes de conocerte, buscaba mi lugar en el mundo, sin saber que lo que realmente me faltaba eras tú. Contigo aprendí a ser valiente, a luchar por lo que quiero y a confiar en mi propia fuerza. Juro amarte y que siempre encontraré el hogar cuando mire tus ojos —dijo Isolda.

En medio del silencio respetuoso y emocionado que se hizo en el claro, Magnus desató la tela que ataba sus manos y ellos se giraron hacia él.

—Igual que los viñedos que nos rodean viven gracias a la tierra que los nutre, os deseo que vuestras almas nunca dejen de alimentarse la una de la otra y que vuestro amor madure con el tiempo, como el mejor de los vinos. Bajo las dos lunas de Selaön os declaro unidos para siempre.

En cuanto terminó, Knut tomó a Isolda entre sus brazos y la besó con la intensidad del que ha visto cumplido un sueño largamente deseado. Los invitados rompieron en aplausos y la música comenzó a sonar otra vez.

Cuando todos terminaron de felicitar a los recién casados, Magnus, que no se había movido del altar, levantó la voz reclamando la atención de todos y dijo:

—¡Un momento de atención, por favor! Einar quiere decirnos algo.

Todas las miradas se posaron en el aludido, que se levantó con la mirada clavada en Yrene; ella lo observaba, un poco nerviosa, hasta que él sonrió como hacía cuando estaban a solas, y dijo:

—Yrene Miriel… —su mirada ardía con una intensidad arrolladora— …amor mío. —Extendió la mano hacia ella, con la palma hacia arriba— ¿Quieres que nosotros también nos casemos, como acaban de hacer Knut e Isolda?

Un murmullo de asombro recorrió a los presentes e Yrene se quedó sin aliento, y no era una mujer que se quedara sin palabras fácilmente, pero Einar acababa de conseguirlo. Parpadeó para contener las lágrimas y, mientras lo miraba, con la mano de él aún extendida entre ellos, la expectación creció a su alrededor; parecía que nadie respiró hasta que ella, finalmente, aceptó su mano y respondió:

—¿Cómo podría decirte que no?

Einar la atrajo hacia su pecho y la besó y los asistentes aplaudieron entusiasmados, la mayoría de ellos incrédulos por lo que estaba ocurriendo. Cuando el beso terminó, él permaneció inclinado sobre ella, con la frente rozando la suya, y murmuró:

—Sé que creías que íbamos a casarnos en Noruega, pero he pensado que preferirías hacerlo aquí, en tu tierra, con tus padres presentes. —Emocionada, Yrene asintió, sin poder contener un par de lágrimas que rodaron por sus mejillas. Einar las atrapó con el pulgar antes de besarla de nuevo, pero fueron interrumpidos por los padres de ambos, que fueron los primeros en abrazarlos, conmovidos. A ellos se sumaron Knut e Isolda y el resto de los invitados, mientras Magnus miraba al cielo como si agradeciera a su Dios tanta felicidad en aquella noche mágica.

Cuando Einar e Yrene se dirigieron hacia el altar, Grunilda y Sigurd intercambiaron una mirada llena de asombro y orgullo, y la madre de Einar, Adalïe, comenzó a llorar mientras Ulrik la abrazaba.

—No puedo creer que nuestro hijo se vaya a casar aquí, donde yo nací y me crie —confesó, con la voz temblorosa de emoción.

—Si crees que es una casualidad, es que no conoces a Einar. Lo hace por su *andsfrende*, pero también por ti. Lleva toda la mañana preparándolo todo con Magnus —respondió Ulrik, que trataba de aparentar frialdad, pero que tenía los ojos brillantes.

—No me habías dicho nada —respondió ella, sonriendo y llorando a la vez.

—Él quería que fuera una sorpresa para las dos. —Adalïe recostó la cabeza en el fuerte hombro de su marido y suspiró. Con los nuevos novios ya en el altar, Magnus sonrió mientras envolvía las manos de Einar e Yrene con la misma tela que había usado en la ceremonia anterior.

—Bien, pues al parecer esta va a ser la noche más consagrada de Selaön, ya que tendremos dos bodas seguidas —bromeó, arrancando risas entre los presentes, antes de adoptar un tono más solemne—. Einar e Yrene, hoy queréis sellar vuestra unión ante vuestra familia y amigos; así que, miraros el uno al otro y decid vuestros votos.

Einar fue el primero en hablar:

—Yrene, contigo he aprendido que hay batallas que no se ganan con la fuerza, sino con el corazón, y que no hay victoria mayor que despertar y verte a mi lado. Hace tiempo que soy tuyo y juro ante ti, ante los dioses y ante el mundo, que seré tu escudo cuando arrecie la tormenta, tu espada cuando el peligro

aceche y tu refugio cuando la oscuridad amenace con devorarlo todo. Si me aceptas, mientras me quede aliento, no habrá poder en este mundo ni en el otro que pueda separarme de ti. —Yrene respiró hondo antes de responder. Sus labios temblaban levemente, pero su voz fue clara:

—Einar, durante mucho tiempo pensé que el amor no era para mí. Aprendí a no confiar y a no esperar nada de nadie, creyendo que era mejor caminar sin ataduras que arriesgarme a perderlo todo otra vez, hasta que te conocí. Tú me has enseñado que la lealtad no es solo una palabra y que el amor puede ser un refugio, en lugar de una debilidad, y si me aceptas, prometo ser tu amante, tu aliada y tu compañera y juro amarte sin miedo, dudas ni reservas, mientras viva.

Después de desatar la tela que unía sus manos, Magnus anunció:

—Bajo el cielo de Selaön y con vuestras familias y amigos como testigos, os declaro unidos para siempre.

Einar no esperó ni un segundo más para besarla, mientras los aplausos de los invitados estallaban otra vez. Las risas y las lágrimas se mezclaron en esa noche inolvidable, de la que se hablaría durante mucho tiempo.

VEINTISÉIS



Adalïe caminaba lentamente entre los viñedos, deslizando los dedos por las hojas que brillaban con el rocío de la mañana. A pesar de que Ulrik y ella se habían acostado hacía apenas dos horas, se había despertado sobresaltada hacía un rato, incapaz de dormir más. Se había levantado, poniéndose solo una bata encima del camisón, para despedirse a solas de las plantas que le habían visto crecer y que conocían la historia de su familia, el sacrificio de generaciones de hadas que habían dedicado sus vidas a esa tierra. Rodeada por el familiar perfume de las uvas que pronto habría que cosechar, cerró los ojos, permitiéndose revivir los días en los que corría entre esas mismas filas, riendo con su prima Edohy. Sonrió durante un instante recordando lo felices que habían crecido, hasta que todo cambió y las dos se marcharon de Selaön siguiendo el amor.

Adalïe nunca se había arrepentido de esa decisión porque había sido inmensamente feliz junto a Ulrik, pero desgraciadamente, su prima no había corrido la misma suerte; su marido la había maltratado desde el inicio de su matrimonio

hasta que terminó por asesinarla y, conociendo a su prima, Adalïe podía imaginar perfectamente cuando debió de sufrir.

Miró hacia el cielo y observó las dos lunas azules, preguntándose cómo era posible que no hubiera comprendido cuánto las había extrañado, hasta que las había vuelto a ver. Parecía que, en algún momento, durante los cuarenta años que había estado fuera de Selaön, se había olvidado de cuánto amaba su tierra, pero ahora que tenía que volver a dejarla, se sentía melancólica.

—¿Estás bien, cariño? —Se sobresaltó al escuchar la voz de su marido porque no lo había oído llegar. Vio que estaba preocupado, pero antes de que pudiera tranquilizarlo, él tomó un mechón de su cabello y lo enroscó en su dedo índice —Tu pelo sigue tan suave como siempre —afirmó con una tierna sonrisa. Siempre sabía qué decir para que se sintiera mejor.

—Había olvidado lo bien que huelen —murmuró ella, refiriéndose a las cepas, ignorando su pregunta mientras rozaba una hoja que rejuveneció bajo su toque, al reconocer su sangre.

Ulrik observó su perfil con detenimiento, mientras ella seguía mirando las hileras de viñedos que se multiplicaban hasta donde alcanzaba la vista.

—No quieres irte —afirmó en voz baja, sin ninguna expresión en la voz.

—Sí —mintió ella con voz suave—, solo estaba despidiéndome de todo esto, y recordando.

—Mentirosa —susurró él con ternura. Adalïe siguió sin mirarlo, sonriendo, aunque también parecía estar a punto de llorar. Ulrik le tomó de la barbilla con delicadeza y la obligó a mirarlo a los ojos—. Si quieres quedarte, dímelo. Sabes que solo

tienes que decirme lo que quieres y, si está en mi mano, lo tendrás.

—No puedo pedirte eso, tenemos que volver —contestó, con la voz quebrada.

—Pero no tiene por qué ser ahora —respondió él—. Además, a Einar y a su mujer les vendría bien tener la casa para ellos por un tiempo. —Su mirada era decidida. —Podemos quedarnos una temporada si eso te hace feliz, pero tienes que decirme lo que quieres, cariño. —Adalïe apartó la mirada, tozuda, pero Ulrik no se lo permitió. Con suavidad, aunque con firmeza, la obligó a mirarlo de nuevo. —Tú podrías encargarte de las viñas y yo de las minas. Te apuesto lo que quieras a que, en menos de un año, consigo más beneficios que tu familia en toda una generación.

Adalïe dejó escapar una risa entre lágrimas, incapaz de contener la emoción.

—Eres un hombre imposible —afirmó con voz ronca y los ojos tan brillantes como las estrellas que titilaban sobre sus cabezas. Él la abrazó y Adalïe cerró los ojos y se aferró a él, dejando que su cercanía disipara su melancolía. Poco después Ulrik le preguntó, con esa sonrisa que guardaba solo para ella:

—Entonces… ¿Nos quedamos?

—Nos quedamos —confirmó.

Volvieron a la casa agarrados de la mano para darle la noticia a su familia.



Adalïe estaba sentada en la cama, sosteniendo al pequeño Gudmund, mientras él bebía con avidez la leche de cabra. Sus diminutos dedos se aferraban con fuerza al odre de piel, como si temiera que se lo quitaran. Frente a ellos, Finn observaba la escena con alivio, al ver que el niño estaba recuperando sus fuerzas.

—Es listo —comentó Adalïe sonriendo.

—Y fuerte —respondió Finn sin apartar la vista del pequeño. Aunque su delgadez le encogía el corazón, lo tranquilizaba ver que su espíritu seguía intacto—. Un verdadero protegido de los dioses.

Adalïe le pasó el odre vacío y Finn lo dejó sobre la mesita. Se sorprendió al sentir la caricia de su esposa en la mejilla y la miró.

—Y tiene al mejor padre del mundo. —Unos golpes suaves en la puerta interrumpieron el momento.

—Adelante —dijo Finn.

La puerta se abrió y Leif apareció en el umbral. Se acercó al pequeño Gudmund y le acarició la cabeza con suavidad, pero al ver que el niño se asustaba y parecía a punto de llorar, retiró la mano con un leve suspiro.

—Sigue atemorizado —murmuró, negando con la cabeza.

—Pero está mejor y se recuperará del todo —afirmó Finn con convicción. Luego, besó a su esposa en la mejilla y se levantó—. Volveré en un rato. —Adalïe asintió y observó cómo se marchaban antes de levantarse para dejar a Gudmund en su cuna.

Finn y Leif habían decidido alejarse del bullicio de la villa, donde todos estaban inmersos en los preparativos de la cosecha. Tomaron sus caballos y cabalgaron hacia las montañas hasta que divisaron los lagos, de los que tanto habían oído hablar, y desmontaron.

—Curioso, ¿no? Dos gemelos frente a dos gemelos —bromeó Leif, señalándose a sí mismo, luego a su hermano y, finalmente, a los lagos idénticos que se extendían ante ellos. Pero Finn no sonrió. —. No hace falta que lo digas —dijo, a continuación, Leif sin rastro de broma en su tono. Se quedó mirando el agua, con la mandíbula tensa—. Estaba seguro de que, al final, cambiarías de opinión, que no os quedaríais.

—Leif… —murmuró Finn, dando un paso hacia él. No imaginaba que aquello sería tan duro para su hermano.

—Creía que viviríamos en las casas que construiríamos junto al río, en la finca de nuestros padres. —Su voz sonaba tensa, pero lo que más le dolía a Finn era la tristeza que había en su mirada.

—Será solo una temporada, volveremos antes de que te des cuenta. —Leif suspiró, asintiendo.

—Siento haberme comportado como un crío —se disculpó. Pero Finn negó con la cabeza, quitándole importancia.

—Adalïe puede ayudar aquí, ya has visto lo que puede hacer. Y yo no puedo irme sin ella —respondió con sinceridad—. Además, mira a tu alrededor. Este mundo es increíble; no puedo dejar que los *drows* lo destruyan, si puedo hacer para evitarlo.

—¿Adalïe te ha pedido que te quedes?

—No. Quería que me fuera con vosotros y que me llevara a Gudmund, pero jamás podría alejarme de ella… como tú no podrías separarte de Ydril.

—Es cierto —confesó Leif, y la tensión que lo había dominado hasta ese momento comenzó a disiparse—. Lo siento, hermano. Siento haber reaccionado así, pero para mí es muy duro separarme de ti… siempre hemos estado juntos.

—Para mí tampoco es fácil —aseguró él, apretándole el hombro con el mismo gesto que solía hacer su padre cuando quería mostrarles su comprensión o su apoyo.

—¿Os quedaréis aquí, con su familia?

—No. Tenemos que volver al Reino de los Hechiceros.

—Los padres de Einar también se quedan, ¿no?

—Sí, eso no me lo esperaba, ni Einar tampoco. Cuando me lo dijo, todavía estaba tratando de hacerse a la idea.

Ambos se quedaron en silencio admirando la belleza del lugar y escuchando el murmullo del viento. Después de un rato, Leif suspiró profundamente y abrazó a su hermano.

—Si quieres que nos quedemos contigo… —murmuró con voz ronca, pero Finn se apartó, y le habló muy serio.

—No. Adalïe ha visto que las cosas se van a poner muy feas por aquí, y prefiero que no estéis en la isla cuando eso ocurra. Tú encárgate de cuidar de tu familia… y de nuestros padres.

Su hermano asintió con un murmullo, y luego se irguió, cuadrando los hombros, y preguntó:

—¿Volveremos a vernos pronto? —Finn sonrió, ocultando su tristeza.

—Te lo prometo.

Después, regresaron a la villa.



Esa mañana, la villa de los Faëly olía a tierra húmeda; durante toda la noche había estado cayendo una lluvia fina, perfecta para las uvas según Gram, pero ahora el sol asomaba tímidamente entre las nubes, como si él también quisiera despedirse de los que partían. Los caballos estaban ensillados y listos, pero ninguno de sus jinetes parecía tener prisa por montar mientras se despedían de los que quedaban atrás.

Lisbet y su familia habían pasado toda la noche en vela, tratando de aprovechar al máximo las últimas horas que compartirían con Finn y a Adalïe en mucho tiempo; ahora que había llegado el momento de la despedida, tomó el rostro de su hijo entre sus manos y lo miró con los ojos enrojecidos.

—Prométeme que volveréis a casa. —Su voz tembló, rota por la emoción, pero tragó saliva para no llorar más. No quería que ese momento fuera todavía más difícil para él—. Y que tendréis cuidado, por favor.

Finn sonrió con ternura y secó con el pulgar derecho una lágrima rebelde que rodaba por la mejilla de su madre. En su brazo izquierdo, el pequeño Gudmund dormía plácidamente.

—Te lo prometo, mamá. —Lisbet se mordió el labio al escucharlo llamarla así y tragó saliva dolorosamente. —Volveremos —afirmó, convencido. Su madre lo abrazó por última vez y luego se volvió hacia Adalïe, para envolverla en el mismo abrazo largo e intenso que le había dado a su hijo.

—Recuerda que eres parte de nuestra familia, hija mía. Cuídate mucho.

Adalïe, incapaz de responder, besó las mejillas de Lisbet mientras las lágrimas surcaban su rostro. Después, se giró y se encontró con Ydril.

—Eres la hermana que nunca tuve, Adalïe —murmuró con la voz ahogada.

—Y tú la mía —respondió Adalïe sinceramente, devolviéndole el abrazo—. Te voy a echar mucho de menos.

—Y yo a ti. Volved pronto —susurró Ydril antes de apartarse para dejar paso a Esben, que acababa de despedirse de Finn. Adalïe lo abrazó, prometiéndole que cuidaría de su hijo.

A su lado, se despedían los gemelos.

—Si no volvéis pronto, vendré a buscaros —decía Leif, muy serio a su hermano.

—Y yo lo acompañaré —añadió Magnus, que ya se había despedido de Adalïe y que había venido a dar un último abrazo a su sobrino. Finn asintió, tratando de sonreír.

A su lado, Sigurd y Grunilda decían adiós a su hija.

—Sé que vas a ser muy feliz, pero te vas tan lejos… —susurró su madre, abrazándola con fuerza—. A pesar de que ya estés casada, para nosotros sigues siendo nuestra niña. —Cuando Yrene se volvió hacia su padre, Sigurd tomó su mano con suavidad y carraspeó, intentando ocultar la emoción.

—Iremos a verte en cuanto podamos, hija. Y si nos necesitas, solo envía un mensaje y estaremos allí antes de que te des cuenta.

—Os voy a extrañar mucho —susurró Yrene, abrazándolos a ambos al mismo tiempo.

—Cuida bien de mamá —le decía en ese momento Einar a Ulrik, mientras lo abrazaba. Luego bajó de nuevo la vista hacia su madre y le dijo en voz baja—. Y tú cuida de él. ¿Cuándo volveréis a casa? —preguntó, a continuación, intentando ocultar la impaciencia en su voz; todavía trataba de aceptar que sus padres no volverían con él.

Adalïe y Ulrik se miraron un instante antes de que ella respondiera:

—No lo sé, hijo. Aquí hay mucho que hacer. Pero, como dice tu padre, os vendrá bien tener la casa solo para vosotros durante un tiempo.

Ulrik lo abrazó una última vez, sujetándolo por la nuca, antes de dejarlo marchar. A pocos pasos, Gram y Ephel, que acababan de despedirse de Einar, intercambiaron una mirada

cargada de emoción al presenciar el vínculo que había entre padre e hijo.

Cerca de los caballos estaba el Príncipe Haakon junto a Axel, Bjorn, Gregers, Inge, Ahmad y Horik. Ya se habían despedido de sus anfitriones y esperaban impacientes el momento de montar para dirigirse hacia el Estrecho de las Sombras, donde los esperaba su barco. A diferencia de los demás, no había tristeza en sus rostros; no dejaban familia en la isla, solo la satisfacción del deber cumplido.

—Estoy deseando llegar a Noruega para contarle a mi padre que la misión ha sido un éxito —comentó Haakon, mirando a Gregers, quien asintió con aprobación—. Pero también quiero hablarle sobre la maldición. Estoy seguro de que no querrá abandonar a esos *berserkers* a su suerte. Al fin y al cabo, también son vikingos, como nosotros. —Axel lo observó con los ojos entrecerrados.

—Quieres volver, ¿verdad?

—Por supuesto —confirmó Haakon sin dudar—. Sé que podemos hacer mucho más de lo que hemos hecho. Selaön es un lugar maravilloso, pero esta es una tragedia que no podemos ignorar. ¡Odín ha condenado a esos hombres a la peor esclavitud posible, borrándoles sus recuerdos y negándoles hasta su propio cuerpo! Yo habría preferido la muerte—confesó, indignado.

—No te enfades, estamos totalmente de acuerdo contigo —replicó Bjorn con gesto grave—. Cuenta con nosotros para volver cuando quieras. —Haakon se sintió orgulloso de tener unos amigos semejantes.

—No hay duda de que esta isla es un lugar único en el mundo —dijo Gregers a su esposa—. La cultura, la magia, su gente… Hemos aprendido más en este viaje de lo que jamás

habríamos imaginado; pero como todo paraíso, tiene una serpiente. O varias —añadió haciendo una mueca al recordar a los *drows*.

—¡Y aún hay tanto por descubrir! —añadió Inge observando con añoranza las montañas que tenían a su derecha—. Ojalá algún día podamos volver.

—Volveremos, cariño —prometió Gregers besándola en la sien.

Ahmad, que había permanecido en silencio hasta ese momento, añadió con su característico acento árabe:

—Podría pasarme la vida aquí, estudiando esta tierra, y no llegar a entender ni una pequeña fracción de sus secretos.

—Lo que está claro —intervino Horik con su habitual tono pragmático— es que ha sido un viaje muy útil, y no estoy hablando solo de la plata. —Haakon asintió con una media sonrisa.

—Todavía no me puedo creer que nuestra hija y su marido se queden con nosotros —decía Gram en ese momento.

—Es más de lo que jamás nos atrevimos a soñar —asintió Ephel—. Y ya sé que es pedir demasiado, pero me gustaría que nuestro nieto también se quedara; hemos pasado muy poco tiempo con él.

—Cierto, pero estoy seguro de que vendrá pronto a visitarnos. Al fin y al cabo, sus padres van a estar aquí —añadió, pasando un brazo sobre los hombros de su mujer.

—Al menos vosotros tendréis a vuestra hija aquí. Nuestra nieta se queda en la isla, pero se va a otro reino… —murmuró

Tultien con el ceño fruncido. Aranisse, su mujer, le lanzó un ligero codazo censurándole su tono malhumorado.

—Adalïe ha prometido volver del Reino de los Hechiceros en cuanto pueda —dijo con voz firme—. Sabes que se va porque no tiene más remedio.

El día anterior, Adalïe les había revelado a los cuatro que era *la Bendecida* y que había jurado regresar junto a la Reina Lena para ayudar en la lucha contra la oscuridad. Los Faëly se habían quedado sin palabras al escucharla y aún intentaban asimilar la magnitud de lo que aquello significaba.

Finalmente, las despedidas llegaron a su fin. Por un momento, todos se quedaron en silencio, mirándose sin saber cómo dar el primer paso, hasta que Adalïe caminó hacia su caballo y montó en él, rompiendo el hechizo. Uno a uno, los demás la siguieron.

Finn le entregó a Gudmund a su madre mientras se subía a su montura. Luego tomó al pequeño de nuevo y lo acomodó con cuidado sobre el lomo del caballo, asegurándolo con un correaje, como el que usaban los vikingos para proteger a sus hijos en los viajes. Solo cuando estuvo bien sujeto, tomó las riendas, pero antes de marchar, se inclinó sobre su madre y le dijo:

—Nos veremos pronto.

—Que los dioses te protejan —susurró Lisbet, conteniendo las lágrimas antes de subir al caballo que le estaba sujetando su marido.

Yrene, que montaba junto a Einar, echó una última mirada hacia atrás y vio a sus padres sonriéndole con lágrimas en los ojos y les devolvió la sonrisa, aunque tenía el corazón encogido. Einar tomó su mano y la apretó con cariño.

Y finalmente, el grupo se marchó. Los cascos de los caballos resonaron sobre la tierra húmeda y, con cada paso, se alejaron más de la villa.

Ulrik y Adalïe se quedaron observando cómo se alejaba Einar hasta que ya no pudieron verlo y, entonces, ella exhaló un suspiro tembloroso y se apoyó en el pecho de su marido.

—Se ha ido —murmuró, afligida. Él la abrazó y besó su cabello.

—Volveremos a verlo, mi amor.

Agarrados de la mano, entraron en la mansión.

EPÍLOGO



En las paredes del Salón del Trono de Lotheradël estaba escrita la historia de Selaön. Victorias legendarias, alianzas entre reinos y antiguas maldiciones ya olvidadas, convergían en sus muros, como testigos de tiempos pasados y advertencia para quienes supieran leerlos. En el centro de la solemne estancia, una larga mesa de madera oscura con incrustaciones de nácar reflejaba la luz de las velas con un brillo hipnótico. A su alrededor, las sillas, también de nácar y sin respaldo, permitían que los invitados alados se sentaran con comodidad, un detalle que todos ellos apreciaban.

La reunión había sido convocada con urgencia por la Reina Lena y la preocupación en los rostros de los reyes presentes, dejaba claro que comprendían la gravedad del asunto que allí se debatiría.

Verdiel y Manwë, los Reyes de las Hadas, mantenían su porte sereno, aunque las alas de la reina, apenas visibles bajo

los pliegues de su túnica, vibraban sutilmente delatando su inquietud.

Eruwa y Apsel, los Reyes Élficos, se mostraban más relajados, aunque una observación más atenta revelaría la tensión en los ojos de la reina.

Lena y Holmgeirr, los Reyes Hechiceros, ocupaban los extremos opuestos de la mesa, una disposición simbólica que reflejaba tanto su liderazgo conjunto como que eran los anfitriones de la reunión.

Seraphina y Garrik, los Reyes de las Ninfas, mostraban contrastes evidentes; mientras ella asentía con aprobación ante las propuestas de Lena, su esposo, siempre desconfiado, analizaba cada palabra y cada gesto de los presentes buscando intenciones ocultas.

La presencia de los Reyes de las Profundidades, Bryal y Kelerin, anunciaba que la reunión sería corta ya que no podían estar fuera del agua más de dos horas. Sus miradas frías y sus movimientos precisos les hacían parecer tan insondables como las aguas que gobernaban. Aunque, según los rumores que recorrían la isla, su distante actitud tenía tanto que ver con su naturaleza como con los conflictos que arrastraban entre ellos desde hacía décadas.

Algo apartados de todos, Bartar y Dianis, los Reyes de Valinor, se mantenían callados, escuchando y observando.

Después de que las *ylvas* que habían traído los zumos se marcharan, Lena se puso en pie. Su túnica dorada ondeó ligeramente mientras daba unos cuantos pasos, buscando las palabras adecuadas. Aspiró hondo, deseando que las antiguas deidades de Selaön la guiaran, y cuando habló, su voz serena llenó la sala con una autoridad incuestionable.

— Amigos, durante siglos hemos luchado contra los *drows* sin lograr erradicarlos. Lo que comenzó como una amenaza confinada a un solo bosque ha terminado por extenderse a los cuatro, y ahora su sombra avanza sin tregua por toda la isla. Nuestras victorias han sido efímeras, porque allá por donde pisan, la vida se apaga. Los bosques se marchitan, los ríos se secan… incluso las abejas han desaparecido casi por completo. Si esto sigue así, la vida, tal y como la conocemos, desaparecerá. La última información que hemos recibido confirma que la oscuridad ha sobrepasado el Círculo de la Luz y ha comenzado a adentrarse en la ciudad de Mondüir. —Los reyes la observaban en silencio, pero en sus rostros se reflejaban la inquietud y la tensión —Sin embargo… —continuó Lena, dejando que la pausa cargara de significado su siguiente frase—… no os he reunido para hablar de la amenaza que nos acecha, sino de esperanza porque, por primera vez, no estamos solos en esta lucha… Por fin, *la Bendecida* ha llegado.

Algunos reyes intercambiaron miradas escépticas, pero otros dejaron entrever un destello de ilusión en sus rostros. Entre ellos, Eruwa y Apsel, quienes confiaban plenamente en Lena y Holmgeirr. Manwë hizo una mueca llena de incredulidad, retorciendo su verde rostro de duende consiguiendo que fuera aún más desagradable a la vista. Garrik, por su parte, se cruzó de brazos y se quedó observando a la Reina Lena con rostro escéptico.

Pero fue Bryal, el primero en hablar con su habitual tono gélido:

—¿Y quién nos garantiza que realmente es *la Bendecida*? — Holmgeirr se irguió, molesto por la desconfianza de Bryal, pero su mujer no se ofendió. Hizo un gesto con la mano y las puertas del salón se abrieron de par en par dejando ver a una figura en el umbral, envuelta en una luz dorada tan brillante que los reyes invitados contuvieron el aliento.

—Decidid por vosotros mismos —dijo la Reina Lena inclinando la cabeza hacia la recién llegada.

Adalïe entró en la sala con paso seguro y se detuvo frente a la larga mesa. Sus ojos plateados y brillantes, recorrieron uno a uno los rostros de los monarcas allí reunidos, esperando sus preguntas. Fue Verdiel, la Reina de las Hadas, la primera en hablar con ella:

—Dices ser la Bendecida, pero ¿cómo podemos estar seguros de que es cierto? —Adalïe miró fugazmente a Lena, quien asintió levemente en señal de aprobación. Entonces, ella extendió una mano hacia la mesa y de su palma brotó un chorro de luz plateada que recorrió la superficie como una corriente viva. Un murmullo de asombro se alzó entre los reyes cuando la luz formó un muro vertical en el que comenzaron a aparecer antiguos símbolos brillantes.

Eran las palabras de la profecía, escritas en el idioma ancestral de la isla, que resplandecían con la misma fuerza con la que había sido anunciada siglos atrás.

Los reyes contuvieron el aliento cuando la luz se elevó, deteniéndose a pocos centímetros de sus rostros, pero sin causarles daño alguno; luego, poco a poco, cambió de forma hasta convertirse en una gran esfera cristalina, suspendida en el aire; en su interior, se reveló una imagen que todos creían perdida: la isla de Selaön en su estado puro antes de que la corrupción de los *drows* comenzara a devorarla. Los bosques resplandecían en todo su esplendor, los ríos cristalinos serpenteaban entre praderas floridas y la luz dorada se filtraba entre las copas de los árboles milenarios… Era un instante suspendido en el tiempo, un recuerdo del paraíso que una vez gobernaron.

Durante unos segundos la imagen flotó en el aire, vibrante y viva, hasta que, con un leve movimiento de la mano de Adalïe, se desvaneció, pero ya había recordado a los monarcas lo que habían perdido… y lo que aún podían recuperar.

La *Bendecida* había hablado, sin decir una sola palabra.



El knarr se mecía suavemente sobre las aguas mientras la isla de Selaön se desdibujaba, poco a poco, en el horizonte; sus bosques ancestrales y sus escarpados acantilados se alejaban más con cada ola. Yrene, apoyada en la borda y con Einar a su lado, contemplaba su tierra con el pecho encogido.

La tripulación realizaba sus tareas con discreción, dándoles espacio y evitando mirarlos, aunque ella había percibido la sorpresa en sus rostros cuando Einar, nada más subir a bordo,

había anunciado que estaban casados. En ese momento, él se colocó frente a ella y tomó su rostro entre las manos, acariciando su mejilla con el pulgar.

—Gracias —susurró, porque comprendía el sacrificio que ella estaba haciendo—. Sé cuánto te duele dejar a tu familia, tu tierra y también tus sueños.

—Es cierto, pero más me dolería separarme de ti. —Sus ojos, dorados bajo la luz del sol, mostraban un amor tan sincero que lo dejó sin aliento—. Sé que tu gente te necesita, Einar; pero yo también.

Él cerró los ojos un instante, dejándose envolver por la dulzura de sus palabras, antes de inclinarse y besarla. Primero con suavidad, pero después el beso se tornó más apasionado; entonces, se apartó con la respiración entrecortada y tomó la mano de ella.

—¿Bajamos?

Ella asintió y él tiró suavemente de su mano, guiándola bajo cubierta hasta el camarote que compartían, el único junto a la bodega, apartado del resto para ofrecerles mayor intimidad. En cuanto cerró la puerta, Einar la atrajo hacia su pecho; su boca descendió por su cuello, mientras sus manos recorrían con lentitud el contorno de su cuerpo, hasta alcanzar el ruedo del vestido.

—Levanta los brazos —ordenó con voz ronca.

Yrene obedeció, con el corazón latiendo con fuerza. Se quedó solo con una fina camisola y se estremeció al ver el deseo que ardía en los ojos de Einar.

—Nunca he querido a ninguna mujer como te quiero a ti.

—Y yo nunca habría imaginado que me enamoraría de un hombre como tú.

—¿Como yo? —murmuró él, rozando su barbilla con los dientes, mientras sus manos acariciaban sus nalgas con un toque posesivo.

—Tan… autoritario.

—Pero no contigo.

—Lo sé —admitió Yrene, sonriendo—. Y eso hace que me sienta especial.

—Porque lo eres. —Volvió a besarla, pero ella se apartó apenas unos centímetros y le susurró, con una chispa traviesa en la mirada:

—Esta vez quiero desnudarte yo.

Einar sonrió y permaneció inmóvil, permitiendo que ella lo despojara de su ropa. Cuando se quedó completamente desnudo, su erección se tensó al máximo, como un recordatorio silencioso de lo mucho que se estaba conteniendo. Su respiración se volvió irregular cuando los dedos de Yrene rodearon su verga y la apretaron con suavidad, antes de apartarse para quitarse la camisola y las bragas.

Los ojos de él recorrieron su cuerpo desnudo con una intensidad feroz antes de tomarla en brazos y depositarla sobre la estrecha cama. Luego, se acomodó sobre ella, atrapándola con su mirada encendida.

—Einar… —susurró, sintiendo el calor de su erección rozando su muslo. Sus manos exploraron la musculatura de su espalda, bajando con lentitud hasta apretar sus nalgas. Él dejó escapar un gemido contenido y su piel se erizó bajo sus caricias.

Animada por su reacción, Yrene deslizó una mano entre ellos hasta envolver de nuevo su miembro, firme y palpitante en su palma. —Déjame tocarte como quiero… por favor —susurró con voz ronca.

Él se tumbó de espaldas y ella de costado, pegada a él, y comenzó a explorar lentamente su cuerpo, acariciando primero su brazo, su rostro y su pecho. Luego, su mano descendió sin prisa, provocando que él se endureciera cada vez más bajo su toque. Pasó las yemas de los dedos por las venas palpitantes de su pene antes de rodear su base, sintiendo el contraste entre la dureza de su erección y la suavidad de su piel. Einar entornó los ojos y dejó escapar un gemido.

—¿Te gusta? —preguntó, traviesa. Él rió por lo bajo, con la voz más grave de lo habitual.

—Demasiado—susurró—. Si sigues así, me correré en tu mano. —La miró con intensidad antes de añadir—: Cariño, necesito estar dentro de ti. — A pesar de la palpitante necesidad que rozaba el muslo de Yrene, se quedó mirándola a los ojos y su mano acarició suavemente su mejilla. Sus facciones estaban cubiertas por una ligera capa de sudor, y en el fondo de sus ojos plateados ardía una suave luz azul. Ese fue el momento más intenso que Yrene había vivido nunca.

—Sí —gimió ella, sintiendo el vacío que solo él podía llenar —. Yo también necesito sentirte dentro de mí.

—Date la vuelta —ordenó él—. Túmbate de costado y vuelve el culo hacia mí. —Yrene emitió un gemido cuando él le pellizcó con cuidado los pezones antes de terminar la frase, pero obedeció y se colocó de manera que su espalda quedara pegada al pecho de él, con el cuerpo de Einar alineado con el suyo. Al notar su erección, se frotó contra ella, con un deseo tan agudo que no podía pensar en nada más. Einar besó y mordió su nuca

a la vez que levantaba su pierna derecha, llevándola hacia delante y sujetándola en esa posición, para tener acceso a su vagina. Yrene dejó escapar un gemido gutural cuando la penetró de una estocada, llenándola por completo. —¿Te duele? —susurró él junto a su oído.

—Solo un poco —jadeó ella.

Sus grandes manos recorrieron la parte delantera del cuerpo femenino, acariciándole los pechos y el tembloroso vientre, hasta llegar a la cumbre de su sexo dónde sus hábiles dedos presionaron suavemente su clítoris, a la vez que comenzaba a entrar y salir de ella. Cada vez que Yrene movía las caderas hacia delante para aumentar la presión de ese dedo sobre su clítoris, él aprovechaba el movimiento para hundirse con mayor profundidad en su cuerpo. Aquella exquisita tensión fue aumentando en ella más y más a cada momento, hasta que tuvo que morderse los labios para no gritar.

—¡Einar, por favor! ¡Einar! —gimió con el cuerpo rígido y sudoroso. Aferró la fuerte mano de él, que seguía entre sus piernas, en un esfuerzo por alcanzar el clímax antes.

—Está bien, amor mío —escuchó su profunda voz en el oído, a la vez que sintió el suave pellizco que él le dio en el diminuto capullo, sin dejar de embestir firmemente dentro de ella; entonces, Yrene por fin tuvo su orgasmo y la contracción de sus músculos internos llevó a Einar al suyo, aunque se mantuvo dentro de ella durante unos minutos, abrazándola y con el rostro oculto en el cuello de ella, respirando su olor. Después, se retiró de ella con un gruñido.

Exhausta y saciada, Yrene rodó hasta estar de nuevo frente a él y, con un profundo suspiro, apoyó la cara sobre su pecho, acariciando las viejas cicatrices que había en el torso masculino

con las yemas de los dedos, como si pudiera borrarlas con sus mimos.

En la penumbra del camarote, sus respiraciones entrecortadas se fueron haciendo cada vez más lentas y sosegadas, hasta que la calma los envolvió por completo. Entonces, ella levantó el rostro hasta encontrar sus ojos.

—Te amo, Einar —Él sonrió, levantando el brazo que tenía sobre su cintura y acarició su cabello desordenado, con los ojos brillantes.

—Y yo a ti, mi amor. Te he amado desde el momento en que te vi y te amaré hasta el final de mis días. —Ella cerró los ojos con una sonrisa y volvió a apoyar el rostro en su pecho.

Seguían alejándose de Selaön, pero ya no sentía tristeza, porque entre los brazos de Einar había encontrado su verdadero hogar.

FIN

ÍNDICE DE PERSONAJES

Adalïe Falk: Hada pura nacida en Selaön que está casada con el vikingo Ulrik Falk con quien vive en el Territorio del Norte. También es la madre de Einar Falk y tía de Adalïe Lodbrok. Su familia es dueña de las Minas de plata de Mondüir.

Adalïe Lodbrok: Semihada con habilidades recién descubiertas, entre ellas la curación. Está casada con Finn Lodbrok y es sobrina de Adalïe Falk. Su madre, Edohy Faëly (prima de Adalïe Falk), murió cuando Adalïe era una niña. Su padre, Otto Rhun, intentó derrocar al Rey Haakon de Noruega y fue ejecutado por traición.

Ahmad Fadlan: Médico y viajero de renombre nacido en Bagdad. Durante una visita a la corte noruega, se ganó la confianza de los reyes, quienes le encomendaron la misión de acompañar al Príncipe Haakon en su travesía a Selaön.

Axel Erling: Leal amigo y confidente del Príncipe Haakon. Conocido por su valentía y astucia, lo acompaña en sus misiones más peligrosas.

Badel: Exnovio de Yrene Miriel. Ahora está casado con Morie.

Bjorn Carlson: camarada del Príncipe Haakon, conocido por su destreza en el combate y su inquebrantable sentido del honor.

Daven Engberg: Amigo del Príncipe Haakon. Fue envenenado por el timonel del barco en el que viajaba durante su viaje a Selaön.

Egil: Joven de dieciséis años que trabaja en la cocina del barco de los Falk y que ha forjado una gran amistad con Isolda, la cocinera, quien lo ha tomado bajo su protección.

Einar Falk: Hijo de Ulrik y Adalïe Falk, por lo que es medio hada y medio *berserker*. También es el temido jarl del Territorio del Norte y líder del ejército más letal de Noruega. Conocido entre su pueblo como el "Halcón de la Noche", su fiereza en la batalla es solo comparable con la atracción que siente por Yrene Miriel

Esben Lodbrok: *Berserker* y cabeza de familia de los Lodbrok. Está casado con Lisbet y es el padre de los gemelos Leif y Finn.

Finn Lodbrok: *Berserker* y esposo de Adalïe la joven. Hijo de Esben y Lisbet Lodbrok, comparte un lazo inquebrantable con su hermano gemelo, Leif.

Gram y Ephel Faëly: Hadas. Son los padres de Adalïe Falk y abuelos de Einar y los guardianes de los viñedos que la familia Faëly posee en Mondüir desde tiempos inmemoriales.

Gregers Dahl: Diplomático al servicio del Rey Haakon, conocido por su astucia y habilidad para las negociaciones. Casado con Inge y padre de Voring

Haakon y Margarita: Reyes de Noruega. Su reinado ha estado marcado por la larga guerra que han mantenido para unificar su país. Aunque tuvieron varios hijos, el único que queda vivo es el Príncipe Haakon.

Hallbera: Hechicera oscura nacida en Selaön, cuya insaciable sed de poder la condujo a cometer un crimen terrible que la obligó a escapar de la isla. En el mundo humano se convirtió en la amante de Otto Rhun, aunque en secreto su corazón pertenecía a Guttorm de Guiz, la mano derecha de Otto. Ambiciosa y despiadada, utilizó la magia negra para tratar de asesinar al rey noruego y usurpar su trono, pero fue derrotada y tuvo que presenciar cómo Einar decapitaba a Guttorm. Después huyó para salvar su vida, mientras juraba venganza.

Hjalmar y Oonagh: Hjalmar, un feroz *berserker*, está casado con Oonagh, una noble elfa, y son los príncipes herederos del Reino de los Elfos. Su unión simboliza la alianza entre dos fuerzas muy diferentes: la fuerza y la magia.

Horik Bardsson: Jefe de los espías de la Reina Margarita y también su primo. Astuto y discreto, ha sido enviado a Selaön con el Príncipe Haakon para protegerlo y asegurarse de que la misión es un éxito.

Hytlan: Elfo y capitán de la guardia real de los Reyes Hechiceros, conocido por su disciplina y lealtad a los reyes. Su destreza en el combate lo convierte en un defensor implacable del reino.

Inge Dahl: Esposa de Gregers y madre de Voring. Su cercanía con la Reina Margarita la convierte en un personaje clave dentro de la corte.

Isolda: *Andsfrende* de Knut y cocinera del barco de los Falk. Considera a Egil como su hermano.

Knut Gormsson: *Berserker* y pareja de Isolda. Reconocido por su destreza como cazador y pescador, es un hombre fuerte y paciente.

Kolbeinn: Es el líder de los *drows*, los elfos oscuros que habitan en las profundidades de la tierra. Astuto, cruel y despiadado, sueña con someter a todas las razas de Selaön y proclamarse su único rey. Su ambición solo es igualada por su vileza, y su sola presencia resulta inquietante incluso para los suyos

Leif Lodbrok: *Berserker*, hijo de Lisbet y Esben, y gemelo de Finn. Está casado con Ydril, con quien ha tenido dos niñas.

Lisbet Lodbrok: Esposa de Esben y madre de los gemelos Leif y Finn. También es sobrina del Rey Haakon.

Magna y Edohy Falk: Gemelas recién nacidas, hijas de Ydril y Leif, descendientes de una poderosa línea de *berserkers*.

Magnus Jorvik: Hermano de Lisbet y dueño de la Isla de Mosteroy, donde fundó una abadía después de hacerse monje. Su vida dio un giro cuando el papa lo excomulgó injustamente.

Naro: Trucha adolescente con un gran talento para el salto, pero cuyo temperamento impulsivo le impide ganar ninguna de las competiciones en las que participa.

Otto Rhun: Padre de Adalïe la joven. Fue un hombre marcado por el odio y la venganza. Secuestró a los hijos de Esben y Lisbet cuando eran bebés, condenándolos a crecer en un orfanato y, después, se casó con Edohy Faëly, a quien asesinó; incluso abandonó a su propia hija Adalïe en un convento cuando aún era una niña. Finalmente fue ajusticiado por orden del Rey Haakon por alta traición

Pityon: Mayordomo de la familia real del Reino de las Profundidades. También es tío del rey, lo que le otorga una influencia considerable en el reino.

Princesa Holda Unn: Hija de los Reyes Hechiceros, viuda de Syvaris Elarion y madre de la Princesa Lena.

Príncipe Haakon: *Berserker* y heredero de la corona noruega. Su padre lo ha enviado a esta misión para darle la oportunidad de que pruebe su valía.

Príncipes Kaia y Carlson: Kaia, un hada, y Carlson, un *berserker*, se han unido recientemente en matrimonio y son los príncipes herederos del Reino de las Hadas.

Príncipes Lena y Arud: Lena, hija de la Princesa Holda Unn y nieta de los Reyes Hechiceros, y Arud, un *berserker* nacido en el mundo humano, están casados y a punto de tener a su primera hija.

Reyes de los Elfos: Eruwaedhiel, una elfa, y Apsel, un hechicero, son los padres de la Princesa Oonagh, quien está casada con el *berserker* Hjalmar.

Reyes de las Hadas: Verdiel, un hada, y Manwë, un duende. Son los padres de la Princesa Kaia, que está casada con el *berserker* Carlson.

Reyes de los Hechiceros: Lena y Holmgeirr, ambos hechiceros, son los padres de la Princesa Holda Unn y abuelos de la Princesa Lena, casada con el *berserker* Arud.

Reyes de las Ninfas: Seraphina, una ninfa, y Garrik**,** un guerrero elfo**,** son padres de la Princesa Nymphadora y del Príncipe Torik.

Reyes de las Profundidades: Bryal y Kelerin. Casados; ambos son elfos acuáticos y padres de Draevos, Nyxara y Ceyren.

Reyes de Valinor: Bartar y Dainis, ambos hadas, son los padres del Príncipe Askar.

Roshel: Trucha de gran habilidad para el salto, conocida por su destreza en las competiciones

Selaön: Isla mágica protegida por un poderoso hechizo que impide el acceso a barcos extranjeros, permitiendo la entrada solo a quienes han nacido en sus tierras o poseen una invitación especial. Habitada por hechiceros, hadas, ninfas, duendes, algunos humanos y una fauna única de criaturas mágicas, todos sus habitantes se comunican mediante el *brooor*, un antiguo encantamiento de comunicación. Aunque Selaön siempre fue un lugar de luz, desde hace unos años la oscuridad avanza imparable desde el norte, por culpa de los *drows*, que ansían someter a todas las especies que habitan la isla.

Sigurd y Grunilda Miriel: Padres de Yrene. Sigurd fue un legendario guerrero perteneciente a la guardia real de los Reyes Hechiceros y tras su retiro, fundó una academia para entrenar a futuros guardias. Su esposa, Grunilda, fue amiga de la infancia de Adalïe Falk, un lazo que ha perdurado a través de los años.

Silima: Piedra mágica que recarga la energía vital de las hadas. Su poder permite a quienes la portan comunicarse mentalmente con otros de su especie, incluso a grandes distancias. Es especialmente valorada entre los Faëly.

Skoll: Capitán del barco de los Falk.

Thifin: Rana. Árbitra jefe de las competiciones de saltos de trucha, conocida por su rectitud.

Thorios: Trucha adulta y campeona indiscutible en las competiciones de salto, admirada por su destreza y precisión.

Tronch y Zoydis: *Berserker* y hechicera. Casados. Él ha logrado recuperar su forma humana, después de siglos siendo un *Ent*, gracias a su esposa y a su hermano Hjalmar.

Tultien y Aranisse Faëly: Hadas. Padres de Edohy, fallecida en el mundo humano, y abuelos de Adalïe la joven. Son los encargados de administrar las Minas de Plata de Mondüir, que han pertenecido a su familia desde siempre.

Ydril Lodbrok: Esposa de Leif Lodbrok y madre de las gemelas Magna y Edohy. Huérfana desde niña, fue adoptada por Magnus y criada en su abadía, entre frailes. Su vínculo con su cuñada Adalïe se fortaleció tras ayudarla en su embarazo y, sobre todo, en su parto.

Yrene Miriel: Humana nacida en Selaön, que regresa a su hogar a bordo del barco de los Falk tras completar una misión secreta encomendada por la Reina Lena.

Wë: Joven rana. Aprendiz de Thifin.

GRIMORIO DE SELAÖN

ALADOS

Seres con alas, como hadas, caballos voladores y dragones, entre otros.

ANDSFRENDE

Mujer que está destinada a un *berserker* y que, si no logra unirse a él en esta vida, se reencarnará hasta encontrarlo.

ÁRBOLES DE PAN DE HADA

Árboles mágicos cuyo fruto tiene la textura y el sabor de un pan dulce. Es un manjar muy apreciado por las hadas y un alimento esencial para ellas.

ARTESANOS DE MADERA

Expertos en descubrir y liberar figuras atrapadas en la madera, dándoles forma y vida con su arte.

BERSERKERS o ESPÍRITUS PRIMITIVOS

Espíritus ancestrales que otorgan a sus portadores una fuerza sobrenatural, convirtiéndolos en guerreros invencibles. Si no logran unirse a su *andsfrende*, su alma gemela, pueden perder la razón y acabar muriendo violentamente.

BOSQUES OSCUROS O SOMBRÍOS

Hay cuatro repartidos por la isla. Es donde habitan los *drows*.

BROOOR

Hechizo que permite la comunicación entre los habitantes de Selaön, incluyendo los animales, sea cual sea su idioma. Su efecto desaparece si se abandona la isla y regresa al volver a ella. Es un hechizo que tiene tanta complicación que para su mantenimiento se requieren la intervención de al menos tres Grandes Maestros.

CABALLOS ALADOS DE LA REINA LENA

Son los más rápidos de la isla y sus nombres son Nârië, Hisimë, Ringarë, Nénimë, Yavannië y Cormarë. Viven en los establos reales y descienden del legendario Roheryn, que fue quien eligió a la reina dando paso a la nueva era.

CHIRIBITAS

Pequeñas chispas luminosas que flotan en la Laguna Sagrada y que se suelen utilizar como adornos para eventos especiales. Las más codiciadas, por su rareza, son las azules y las doradas.

CÓRTUX

Planta que crece en la Laguna Sagrada cuyos filamentos sirven para coser las delicadas alas de las hadas. Para conservar sus propiedades, debe recolectarse bajo la luna llena y cocerse lentamente en agua de la misma laguna.

DEYJE

Palabra del idioma vikingo que significa "muertos en vida o sin alma” y que se usa para referirse a los *berserkers* que han

enloquecido sin su *andsfrende* y, también, a los afectados por el hechizo de vaciado.

DICHOS Y REFRANES

—*Que los vientos te sean favorables*: Es a la vez una bendición y una despedida cariñosa.

—*En Selaön nada ocurre por azar*: Quiere decir que todo forma parte de un plan.

—*Enseñar las alas*: Invitación sexual entre los seres alados.

DRAGONES PLATEADOS

Criaturas majestuosas y pacíficas, capaces de percibir la maldad en cualquier ser y que evitan el combate siempre que es posible. Su cuerpo está cubierto de escamas metálicas que los protegen como una coraza; viven en las montañas y se emparejan de por vida. Dos de ellos son los guardianes de La Montaña Mágica.

DROWS

Descendientes corruptos de los elfos, que tienen los colmillos muy desarrollados y los ojos blanquecinos por vivir siempre bajo tierra. Son astutos, mezquinos y su debilidad es la luz intensa.

ELFOS ACUÁTICOS

Tienen la piel azul y branquias porque respiran bajo el agua, aunque también son capaces de estar fuera de ella durante un par de horas. Sus manos y pies palmípedos les permiten nadar rápidamente.

IDIOMA PROHIBIDO: Lengua ancestral usada en hechizos oscuros, prohibida por los Antiguos.

VARDA: Asiento sin respaldo que suelen utilizar los seres alados.

HECHIZOS

BROOOR: Permite la comunicación entre todos los seres de Selaön.

OCULTACIÓN: Sirve para ocultar objetos y hasta lugares, pero solo los hechiceros que tienen un nivel de maestría avanzada pueden ejecutarlo.

SÁMAHAL: Para esclavizar a cualquier ser.

VACIADO: Es uno de los hechizos más crueles que existen. Extrae el alma de un ser, dejándolo como una cáscara vacía y convirtiéndolo en una marioneta de quien le robó su esencia.

MAESTRÍAS ANCESTRALES

Forjadores de anillos Oköll

Hilanderas de Córtux

Domadores de caballitos de mar

Fabricantes de varas de hechicero

Elfos arborícolas